



AVISO LEGAL

REVISTA

Título: *Cuadernos Americanos*, enero-febrero de 1953 núm: 1 vol: LXVII

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam.mx>
En caso de un uso distinto contactar a: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

1

CUADERNOS

AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Ave. Rep. de Guatemala N° 42
Apartado Postal 905
Teléfono 12-31-46

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

ADMINISTRADOR
DANIEL RANGEL

EDICION AL CUIDADO DE
RAFAEL LOERA Y CHAVEZ

AÑO XII

1

ENERO - FEBRERO
1953

INDICE

Pág. IX

ANGEL FLORES

INDICE DE CUADERNOS AMERICANOS

1942 - 1952

(Edición reducida)

Clasificación por materias y autores

Aparecerá próximamente

Precio \$20.00 en México ó 3.00 Dls. en el extranjero

De venta en las principales librerías y en CUADERNOS AMERICANOS,
República de Guatemala 42-4, Apartado Postal 965.

.....
(lugar y fecha)

CUADERNOS AMERICANOS

REP. DE GUATEMALA 42-4

APARTADO 965

MEXICO, 1, D. F.

Sírvanse remitirme ejemplares del Indice 1942-1952 por
Angel Flores.

Acompaño por valor
(cheque o giro postal)
de \$.....

El envío puede hacerse por correo reembolso.

.....
(dirección)

.....
(firma)



TALLERES GRAFICOS,
S. A.

AV. REP. DE GUATEMALA 96

TELS.: 12-74-41; 36-36-32.

MEXICO 1, D. F.



Atención viajeros **atención viajeros**

MEXICANA de AVIACION

ANUNCIA SUS VUELOS
DIARIOS CON DESTINO A:

El vuelo "El Internacional" le ofrece el servicio más rápido, lujoso y único sin escalas a Los Angeles en SUPER DC-6 Vuele también por "El Internacional" a La Habana.



LOS ANGELES
LA HABANA - MONTERREY
GUADALAJARA - NUEVO LAREDO
MERIDA - CAMPECHE - CD. VICTORIA
CD. DEL CARMEN - CD. VALLES
CHETUMAL - HERMOSILLO - IXTEPEC
MAZATLAN - MEXICALI - TAMPICO
MINATITLAN - OAXACA - TIJUANA
TUXPAN-VERACRUZ-VILLAHERMOSA
TAPACHULA - TUXTLA GUTIERREZ

M-166

CONSULTE A SU AGENTE DE VIAJES O A

MEXICANA DE AVIACION

"LA PRIMERA LINEA AEREA DE MEXICO"

Agentes de: **PAN AMERICAN WORLD AIRWAYS**

AV. JUAREZ Y BALDERAS. TELS. 18-12-60 y 35-81-05

SIN COBRO ADICIONAL,

EN NUESTROS COCHES de PRIMERA

Hay un asiento
exclusivo
para usted!



Los tres nocturnos México-Guadalajara, México - Oaxaca, México - Veracruz y México-Nuevo Laredo (trenes 3 y 4) llevarán coches de primera clase con asientos numerados.



Estos coches fueron construídos en Suiza con las más modernas características de lujo y comodidad y van al cuidado de un sobrecargo que atenderá a los pasajeros

Al comprar con la anticipación que usted guste sus boletos de primera clase, le será separado, SIN CARGO ADICIONAL, un asiento para su uso exclusivo donde viajará segura y cómodamente.

FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO



EQUIPOS MECANICOS S.A.



REFORMA No. 157 TELS. 11-45-10 35-16-84 MEXICO, D. F.

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS PARA LA REPUBLICA DE



INTERNATIONAL HARVESTER
TRACTORES Y FUERZA MOTRIZ



PALAS Y DRAGAS MECANICAS



SPRINGFIELD
APLANADORAS



PALA ESTIBADORA

BOMBAS

WORTHINGTON



PARA POZO PROFUNDO

Fabricadas por WORTHINGTON DE MEXICO, S. A. y distribuidas en toda la República por EQUIPOS MECANICOS, S. A.



MAS AGUA CON MENOS GASTOS

Es natural, una bomba WORTHINGTON, se sostiene a bajo costo y su durabilidad es excepcional, por las aleaciones especiales que entran en su fabricación.

Para cada aplicación agrícola o industrial, hay un tipo exacto de Bomba WORTHINGTON. Nuestros técnicos están a sus órdenes para estudiar su caso y colaborar con Ud. en la selección y montaje de su bomba. Solicitenos información más amplia sobre el particular.

WORTHINGTON



BOMBAS Y COMPRESORAS



MOTO CONFORMADORAS

C.H.&E.

BOMBAS PARA CONTRATISTAS

UNIVERSAL

QUEBRADORAS Y TRITURADORAS

SUCURSALES

SUCURSAL MONTERREY SUCURSAL CHIHUAHUA
AV. MADERO 702 OTE. MONTERREY, N. L. ALDAMA 103 CHIHUAHUA, CHIH.
SUCURSAL GUADALAJARA

CALZ. INDEPENDENCIA SUR 703 GUADALAJARA, JAL.



EQUIPOS MECANICOS, S. A., es una institución al servicio del progreso de México.

PRODUCIENDO ACERO PARA MEXICO



*La confianza de quien
construye se basa en
los materiales de
calidad que usa!*



LA CALIDAD . . . ACERO MANDA!

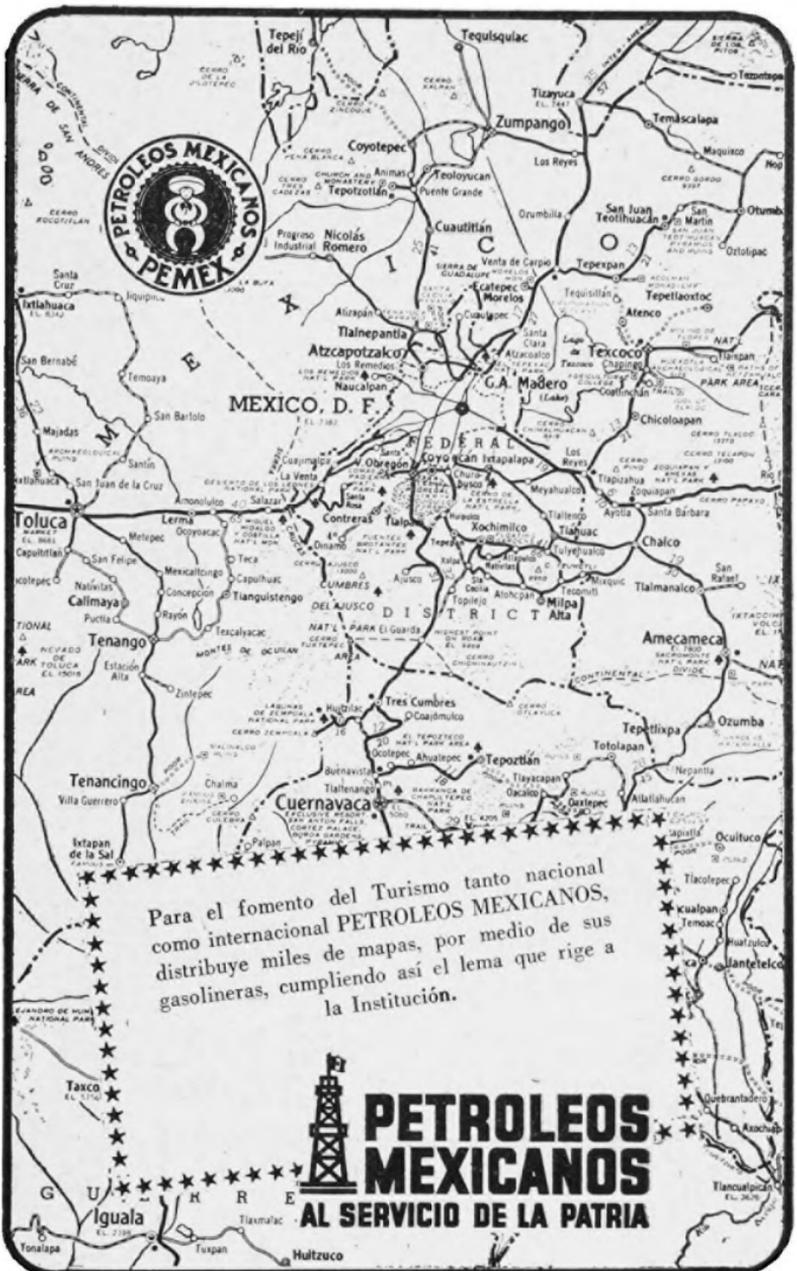
Calidad



de nuestros productos que satisfacen las normas de la
Secretaría de la Economía Nacional y además las especificaciones
de la A. S. T. M. (Sociedad Americana para Pruebas de Materiales)

CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S.A.

OFICINA DE VENTAS EN MEXICO: BALDERAS 68 · APARTADO 1336
FABRICAS EN MONTERREY, N. L.: APARTADO 206



Para el fomento del Turismo tanto nacional como internacional PETROLES MEXICANOS, distribuye miles de mapas, por medio de sus gasolineras, cumpliendo así el lema que riges a la Institución.



PETROLES MEXICANOS
AL SERVICIO DE LA PATRIA

G U A R E
Tonalapa EL 2100 Iguuala EL 2100 Tlaxmalac Tlaxpan Huitzaco



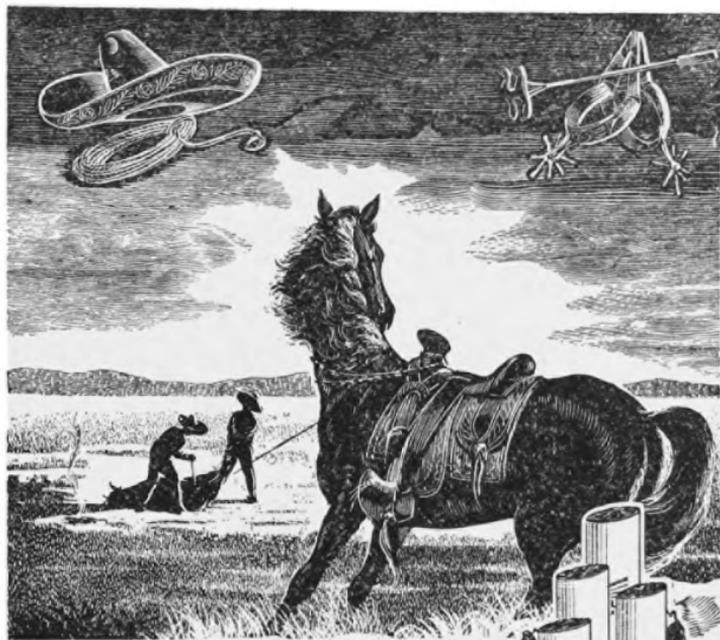
ENTREGA INMEDIATA...
BIEN FRIA



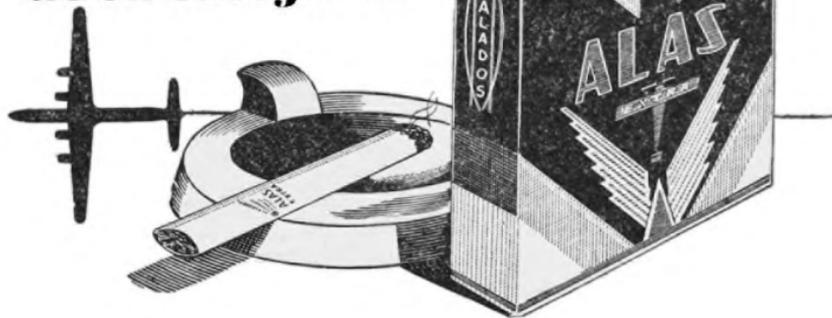
Dondequiera que esté puede usted confiar en la calidad inalterable de Coca-Cola porque Coca-Cola es pura, saludable, deliciosa y refrescante. Ese sabor, que tanto le agrada, no se encuentra sino en Coca-Cola. Elaborada y embotellada bajo condiciones rigurosamente higiénicas, como Coca-Cola, no hay igual.

REG. S. S. A. 4598 "A" PROR-B-203

ALAS EXTRA



*se destacan
entre los
de su categoría*





★ ★ ★ ★
EL DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO que ofrece la más amplia y documentada información sobre **HISPANOAMERICA** ★ ★

EL DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA es el primero que ha dedicado una atención preferente a Hispanoamérica, en sus múltiples aspectos y valores. No obstante, esto se ha realizado sin que deje por ella de ofrecer un contenido universal tan amplio y exacto como en el mejor y más completo de los diccionarios, incluso de aquellos que constan de un número considerablemente mayor de tomos. Estas características excepcionales han sido posibles, porque el DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA, que es la obra de máxima importancia en el género publicada en toda la América de lengua española, ha sido concebido y editado íntegramente —para orgullo nuestro— en México. Por esta circunstancia, todo cuanto en el mundo hispanoamericano posee un verdadero interés y resulta necesario para su más perfecto conocimiento y comprensión, se encuentra en la obra con una amplitud y veracidad hasta ahora no logradas. Como lógica consecuencia, y merced al trabajo entusiasta y persistente de sus redactores y colaboradores, se ha conseguido que el léxico, la Geografía e Historia, el acervo biográfico y artístico hispanoamericanos figuren en el DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA con una calidad y abundancia extraordinarias, que abarcan todos los aspectos antiguos y modernos y lo convierten en la obra que más se identifica con el espíritu y con la vida de Hispanoamérica. Así mismo, el contenido universal de este Diccionario, el único rigurosamente al día de cuantos existen en lengua castellana, ha sido objeto de una escrupulosa elaboración, ya que cada uno de sus artículos se ha redactado teniendo a la vista las fuentes originales de mayor solvencia y con una ponderación y objetividad que excluyen todo lo superfluo y permiten compararlo ventajosamente con los obras más importantes de su género editadas en el mundo entero. Por todo ello, se ha realizado sin duda una labor de primordial trascendencia, que a todos ha de satisfacer y a todos proporcionará inestimables servicios culturales, ya que este Diccionario puede adquirirse además con unas facilidades de pago nunca ofrecidas, que no suponen esfuerzo económico alguno para nadie.

**MÁS DE MEDIO MILLON DE VOCES
 13000 PAGINAS - 20000 GRABADOS
 400 MAPAS - 400 LAMINAS - 10 TOMOS**

En sus diez tomos, con más de 500,000 entradas, gracias a su cuidada redacción y al tipo de letra, fundido expresamente para esta obra, ha sido posible incluir la totalidad del léxico castellano, enriquecido con abundantísimo número de americanismos, y cuanto de interés científicos, artístico, literario, filológico, geográfico... se ha producido en el mundo hasta el momento actual. Cientos de mapas y láminas, a todo color y en negro, así como más de 20,000 ilustraciones que avalotan sus páginas, constituyen por sí solas una monumental enciclopedia gráfica, en la que se conjugan estéticamente amenidad y valor didáctico. Por todo cuanto le hemos dicho, el DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA, además de ser el más exacta y ampliamente documentado sobre Hispanoamérica, es un diccionario de hoy, al día en todos sus aspectos y nuevo por su presentación y por su contenido.



**DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO
 UTEHA**

SOLO \$45 AL MES

**DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS
 EDITORIAL GONZALEZ PORTO**

AV. INDEPENDENCIA, 10 - APOD. 140-BIS - TEL. 13-55-88, 13-26-30, 35-58-18 - MEXICO, D. F.

EDITORIAL GONZALEZ PORTO

Apartado 140 - Bis - México, D. F.

Sirvase remitirme el folleto descriptivo del DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA, dándome a conocer también sus condiciones de pago.

Nombre _____
 Domicilio _____
 Localidad _____
 Estado _____

CUADERNOS AMERICANOS

No. 1

Enero - Febrero de 1953

Vol. LXVII

INDICE

| | <i>Págs.</i> |
|--|--------------|
| NUESTRO TIEMPO | |
| JESÚS SILVA HERZOG. La epopeya del petróleo en México | 7 |
| MANUEL J. SIERRA. Unidad Interamericana | 64 |
| DEMETRIO PORTALES. Talla y destino de Aneurin Bevan | 71 |
| <i>Falange en la Unesco</i> , por MARIANO RUIZ FUNES | 86 |
| AVENTURA DEL PENSAMIENTO | |
| Homenaje a García Monge. Participan: | |
| COSTA RICA: Vicente Sáenz. Primeras palabras | 93 |
| ARGENTINA: Francisco Romero. Reconocimiento | 97 |
| BOLIVIA: Fernando Díez de Medina. El sembrador | 99 |
| COLOMBIA: Agustín Nieto Caballero. Orgullo de nuestro continente | 100 |
| Baldomero Sanín Cano. Explorador y cruzado | 101 |
| Germán Arciniegas. El mensajero de la Indoesapñola | 102 |
| Gerardo Molina. Educador de masas dispersas | 104 |
| COSTA RICA: Alfredo Cardona Peña. Don Jaquín, bibliotecario | 105 |
| León Pacheco. El mensaje de García Monge | 108 |
| CUBA: Manuel Pedro González. Ejemplaridad y hombría | 111 |
| CHILE: Alfonso M. Escudero. Maestro nato | 113 |
| ECUADOR: Alfredo Pareja Díezcanseco. Mensaje. Benjamín Carrión. Alertador y guía | 115 |
| EL SALVADOR: N. Viera Altamirano. Yo también lo he de decir | 119 |
| ESPAÑA: León-Felipe. Un viejo pastor | 122 |
| Mariano Ruiz-Funes. Alto sentido humano. | 123 |
| Max Aub. Obra de romano. | 124 |
| GUATEMALA: Luis Cardoza y Aragón. Claridad ecuaníme | 125 |
| Mario Monteforte Toledo. Un recuerdo de tránsito | 126 |
| HONDURAS: Rafael Heliodoro Valle. Millonario de la generosidad | 128 |

| | <i>Págs.</i> |
|---|--------------|
| NICARAGUA: Salvador Mendieta. Ilustre y sencillo | 129 |
| PANAMÁ: Octavio Méndez Pereira. Monje benedictino | 132 |
| PARAGUAY: Natalicio González. Un varón ejemplar | 133 |
| PERÚ: Felipe Cossio del Pomar. Hombres símbolo | 134 |
| F. León de Vivero. Maestro de energías y esperanzas | 135 |
| Luis Alberto Sánchez. "Un tal García Monge" | 137 |
| PUERTO RICO: Angel Flores. Faro y atalaya | 139 |
| José Ferrer Canales. El maestro | 140 |
| URUGUAY: Alberto Zum Felde. Benemérito de la cultura americana | 141 |
| Carlos Sabat Ercasty. No ha muerto Ariel | 143 |
| VENEZUELA: Andrés Eloy Blanco. Un hombre junto al canal | 145 |
| Diego Córdoba. Los ídolos caídos | 147 |
| MÉXICO: Alfonso Reyes. "Mañanitas mexicanas" | 150 |
| Andrés Iduarte. Llor a don Joaquín | 151 |
| José Gaos. Desinteresado y bravo | 153 |
| Rómulo Gallegos. Gallegos a don Joaquín | 154 |
| Jesús Silva Herzog. Palabras finales | 155 |
| PRESENCIA DEL PASADO | |
| MARGIT FRENK ALATORRE. El nacimiento de la lírica española a la luz de los nuevos descubrimientos | 159 |
| JOSÉ DURAND. El afán nobiliario de los conquistadores | 175 |
| RAIMUNDO LIDA. Cartas de Quevedo | 193 |
| <i>Palma y la historia</i> , por TOMÁS ACOSTA | 211 |
| DIMENSION IMAGINARIA | |
| FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI. La edad de oro de José Martí | 217 |
| FÉLIX MONTIEL. Camino y esperanza del cinema | 236 |
| ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ. Miseria y esplendor de Gogol | 247 |
| LOLÓ DE LA TORRIENTE. Los caminos de la novela cubana | 264 |
| F. LEÓN DE VIVERO. La justicia del Varayoc | 285 |
| <i>Amanecer de un poeta</i> , por MANUEL SCORZA | 293 |
| <i>Criollismo y casticismo en Gabriela Mistral</i> , por SIDONIA C. ROSENBAUM | 296 |

ONCE AÑOS DE SEGURIDAD PARA SU DINERO
Y DE PROGRESO PARA MÉXICO.



La plena convicción de que México requiere una canalización productiva de sus ahorros para industrializarse; la creciente confianza del público respecto al futuro del país y su entusiasta cooperación a la labor realizada por la Nacional Financiera, S. A., han hecho posible el éxito alcanzado por los Certificados de Participación.

Durante los últimos once años la

Nacional Financiera ha llevado a cabo 32 emisiones de Certificados de Participación cuyo monto asciende a 1,216 millones de pesos. Esta circunstancia ha permitido ofrecer a usted la oportunidad de colocar su dinero en títulos productivos y seguros, y al mismo tiempo canalizarlo junto con el de otros muchos ahorradores hacia el impulso de empresas que constituyen el mejor símbolo del progreso de México.

Nacional Financiera, S. A.

Venustiano Carranza 33

Apdo. 333

México, D. F.

Registrada en la Comisión Nacional Bancaria en Oficio No. 8612/789

La CERVEZA

bebida económica y popular

México es el país productor de la mejor
cerveza del mundo
y, siendo el precio de la cerveza en México
más reducido que en cualquier otro país,
se ha convertido en una de las
bebidas más populares.



ES ECONOMICA porque a pesar de su alta calidad, del elevadísimo costo de sus finos ingredientes y de su cuidadosa elaboración, estrictamente higiénica, el precio de la cerveza en nuestro país es el más bajo en comparación con el de cualquiera otra bebida recomendable. ES POPULAR; la cerveza mexicana es la mejor del mundo y, además, la bebida más económica, al alcance de cualquier presupuesto; por lo tanto, es la bebida típicamente popular.

Por económica y popular, por sus grandes cualidades, por su bajo contenido alcohólico, la cerveza mexicana es recibida con confianza en todos los hogares; es la bebida familiar por excelencia.



ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA



No importa
de dónde vengan
y cuánto valgan...
no hay ron
mejor que

RON
BATEY
Extra Añejo



LA Unión Nacional de Productores de Azúcar, como lo hemos venido diciendo, invariablemente vende sus azúcares a los precios autorizados oficialmente, jamás usa de intermediarios para realizar estas operaciones mercantiles, sino que directamente va a los comerciantes en todo el país. La misma Unión ha estado invitando a todos los mexicanos para que colaboren con ella y no permitan que en su perjuicio se sobrecargue el precio de este indispensable complemento de la alimentación, pero físicamente es imposible para la Unión vigilar que este producto llegue al público a los precios autorizados, primero porque carece de autoridad para hacerlo, ya que constituye un simple organismo comercial de distribución en beneficio del consumidor y segundo porque requeriría, además de la autoridad delegada por el Gobierno, de una planta numerosísima de empleados que forzosamente tendría que recargar el costo del azúcar, en perjuicio del consumidor.

A pesar de esto, en aquellos lugares donde notoriamente se abusa en los precios del azúcar, esta Unión ha procedido a establecer expendios directos al menudeo para contrarrestar así el aumento en los precios más allá de los oficialmente autorizados. Nuevamente insistimos en hacer un llamado a todo el comercio, a fin de que haciéndose eco de nuestra labor y del deseo general del país, cumpla la alta misión que tiene encomendada en beneficio del pueblo consumidor.



**UNION NACIONAL DE PRODUCTORES
DE AZUCAR, S. A. de C. V.**

EDIFICIO INDUSTRIA Y COMERCIO.

Balderas No. 36—1er. piso. México, D. F.

EDITORIAL SUR S. R. L.

| | |
|--|----------|
| BORGES, Jorge Luis, <i>Otras Inquisiciones</i> | \$ 18.00 |
| GREENE, Graham, <i>El Fin de la Aventura</i> | 22.00 |
| GREENE, Graham, <i>El Revés de la Trama</i> . 3a. Edición | 24.00 |
| CAMUS, Albert, <i>La Peste</i> . 3a. edición | 18.00 |
| CONNOLLY, Cyril, <i>La tumba sin sosiego</i> | 12.00 |
| SARTRE, Jean Paul, <i>Reflexiones sobre la cuestión judía</i> | 6.00 |
| ISHERWOOD, Christopher, <i>Adiós a Berlín</i> | 8.00 |
| WELLS, H. G., <i>El destino del Homo Sapiens</i> | 3.90 |
| LAWRENCE, T. E., <i>Cartas</i> , reunidas por David Garnett (Tela) | 30.08 |
| MICHAUX, Henri, <i>Un bárbaro en Asia</i> | 3.00 |

Próximamente:

FAULKNER, William, *Luz de Agosto* (Reedición)
 CAMUS, Albert, *Bodas*.
 DEL VASTO, Lanza, *Judas*.
 LAWRENCE, T. E., *Los Siete Pilares de la Subduria* (reedición).
 PAVESE, Cesare, *Entre mujeres solas*.

SAN MARTIN 689

T. E. 31 - 3220

Buenos Aires

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO
Y FUERA DEL PAÍS

A las personas que se interesen por completar su colección, les ofrecemos ejemplares atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

| Año | Ejemplares disponibles | Precios por ejemplar | |
|------|---------------------------|----------------------|---------|
| | | Pesos | Dólares |
| 1943 | Números 3, 5 y 6 | 35.00 | 4.00 |
| 1944 | Los seis números | 30.00 | 3.50 |
| 1945 | " " " | 30.00 | 3.50 |
| 1946 | " " " | 25.00 | 3.00 |
| 1947 | Números 1, 2, 3, 4, 5 y 6 | 25.00 | 3.00 |
| 1948 | " 3, 4, 5, y 6 | 20.00 | 2.50 |
| 1950 | Número 2 | 15.00 | 2.00 |
| 1951 | Números 2, 3, 4, 5 y 6 | 15.00 | 2.00 |
| 1952 | " 2, 3, 4 y 6 | 12.00 | 1.50 |

Los pedidos pueden hacerse a

República de Guatemala 42-4, Apartado postal 965,
o por teléfono al 12-31-48.

Véanse en la solapa posterior los nuevos precios de nuestras publicaciones.

COMPRAMOS EJEMPLARES DEL AÑO DE 1942

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA Y
PREPARATORIA

Externos



VIENA 6.

TEL.: 35-51-95

KINDER - PRIMARIA

Medio Internado - Externos.



REFORMA 515 (LOMAS)

TEL.: 35-05-62

MEXICO, D. F.

LIBRERIA M. GARCIA PURON Y HNOS.,

A. EN P.

CIENCIAS, FILOSOFIA, ARTE
Y LITERATURA



Encontrará usted además la Revista CUADERNOS AMERICANOS
y los libros que edita.



Visítenos en Palma 22 (entre Madero y 5 de Mayo)
Ericsson 13-37-53. - Apartado postal 1619 - MEXICO, D. F.

REVISTA DE HISTORIA DE AMERICA

PUBLICACIÓN SEMESTRAL DE LA COMISIÓN DE HISTORIA DEL
INSTITUTO PANAMERICANO DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Un instrumento de trabajo indispensable para el historiador de América y el americanista por su Sección de Artículos, Noticias, Notas críticas, Reseñas y Bibliografía, con colaboraciones en los cuatro idiomas del Continente.

Director: **Silvio Zavala.**

Secretario: **Javier Malagón.**

Redactores: **Agustín Millares Carlo, J. Ignacio Rubio Mañé,
Ernesto de la Torre y Susana Uribe.**

CONSEJO DIRECTIVO

José Torre Revello y Sara Sabor Vila (Argentina).—Humberto Vázquez Machicado, y Guillermo Hernández de Alba (Colombia).—José María Chacón y Calvo y Fermín Peraza Sarauza (Cuba).—Ricardo Donoso (Chile).—José Honorio Rodríguez (Brasil).—Abel Romeo Castillo (Ecuador).—Merle E. Curti y Clement G. Mottin (Estados Unidos de América).—Rafael Heliodoro Valle (Honduras).—Jorge Basadre y J. M. Vézec Picasso (Perú).—Emilio Rodríguez Demerziti (República Dominicana).—Juan E. Pivel Devoto (Uruguay).

Suscripción anual, 5 dólares o su equivalente en moneda mexicana. Toda correspondencia relacionada con esta publicación debe dirigirse a: Comisión de Historia (R. H. A.) Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Ex-Arzbispado 29, Tacubaya.

México, 18

República Mexicana

GEOGRAFIA GENERAL DE MEXICO

Por

JORGE L. TAMAYO

Cuadernos Americanos se ha hecho cargo, en forma exclusiva, de la distribución de esta interesante obra que consta de dos volúmenes de 628 y 582 páginas, con fotografías y mapas, y de un *Atlas Geográfico General de México* con 24 cartas a colores, formando un volumen en folio de 41 x 53½ cms., encuadernado en holandesa.

PRECIO DE LA OBRA:

| | |
|--|-----------|
| Con los dos tomos, de texto a la rústica | \$ 100.00 |
| Con los dos tomos, pasta de percalina | 115.00 |
| Con los dos tomos, pasta española | 130.00 |

DIRIJA SUS PEDIDOS A

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Rep. de Guatemala No. 42-4

Apartado Postal No. 965

México 1, D. F.

Tel. 12-31-46

EL COLEGIO DE MEXICO
Y
HARVARD UNIVERSITY

publican trimestralmente la

NUEVA REVISTA DE
FILOLOGIA HISPANICA

Director: AMADO ALONSO

Harvard University

Redactores: Dámaso Alonso, Marcel Bataillon, William Berrien, Américo Castro, Antonio Castro Leal, Fidelino de Figueiredo, Hayward Keniston, Irving A. Leonard, María Rosa Lida de Malkiel, José Luis Martínez, Agustín Millares Carlo, José F. Montesinos, Marcos A. Morínigo, S. G. Morley, Tomás Navarro, Federico de Onís, Alfonso Reyes, Ricardo Rojas, José Rojas Garcidueñas, Manuel Toussaint y Silvio Zavala.

Redactor bibliográfico: *Agustín Millares Carlo*

Secretario: *Raimundo Lida*

Precio de suscripción y venta:

En México: 35 pesos moneda nacional al año; en el extranjero: 6 dólares norteamericanos. Número suelto: 10 pesos moneda nacional y 1.75 dólares respectivamente.

Redacción:

EL COLEGIO DE MÉXICO
Nápoles 5, México, D. F.

Administración:

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Pánuco 63, México, D. F.

PROBLEMAS AGRICOLAS E INDUSTRIALES DE MEXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

Gerente

ENRIQUE MARCUÉ PARDIÑAS.

Director

MANUEL MARCUÉ PARDIÑAS.

Jefe de Redacción

ENRIQUE ALATORRE CHÁVEZ.
Y FERNANDO ROSENZWEIG

Oficinas: Edificio Guardiola 503-3.

5 de Mayo Núm. 1. Tels. 10-39-55 y 36-73-96

Vol. IV, Núm. 2

Ursulo Galván. Editorial. *La revolución agraria mexicana*, por Frank Tannenbaum. *El pensamiento agrario mexicano*, por Ponciano Arriaga. Andrés Molina Enríquez. Luis Cabrera y Narciso Bassols.

Vol. IV, Núm. 3

Una ventana abierta. Editorial. *México, desarrollo económico y capacidad para absorber capital del exterior*, por Raúl Ortiz Mena. Víctor L. Urquidí, Albert Waterston y Jonas H. Horalz. *Los precios, las inversiones públicas y el gobierno de Adolfo Ruiz Cortines*, por Eduardo Villaseñor. *La industria de la carne en México*, por Emilio Alanís Patiño. *Crédito y tenencia de la tierra*, por Marco Antonio Durán.

Vol. IV, Núm. 4

Felipe Carrillo Puerto. Editorial. *El ejido: única salida para México*, por Eyley N. Simpson. *El pensamiento agrario de los cuatro candidatos a la presidencia para el sexenio 1952-1958*, por Efraín González Luna. Miguel Henríquez Guzmán. Vicente Lombardo Toledano y Adolfo Ruiz Cortines.

DE VENTA EN LAS MEJORES LIBRERIAS

H U M A N I S M O

REVISTA MENSUAL DE CULTURA

Av. Juárez 30, desps. 115-116

México 1, D. F.

★

Las firmas de mayor prestigio de América en una revista al servicio de los valores del espíritu: *Arciniegas Germán, Cardona Peña Alfredo, Cossío del Pomar Felipe, Gallegos Rómulo, Hidalgo Alberto, Martínez José Luis, Marín Juan, Mistral Gabriela, Pardo García Germán, Reyes Alfonso, Samayoa Chinchilla Carlos, Sánchez Luis Alberto, Silva Herzog Jesús, Sinán Rogelio.*

★

CONSEJO DE REDACCION:

ANDRES ELOY BLANCO
ALFONSO CASO
MIGUEL ANGEL CEVALLOS
JUAN DE LA ENCINA

CARLOS LAZO
MARGARITA PAZ PAREDES
MANUEL SANCHEZ SARTO

Director:
MARIO A. PUGA

Gerente:
JOHN GREPE

Consejero Editor:
RAFAEL LOERA Y CHAVEZ

★

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS DE AMERICA

Seis obras fundamentales para la Historia de América

- HISTORIA GENERAL DE LOS HECHOS DE LOS CASTELLANOS EN LAS ISLAS Y TIERRA FIRME DEL MAR OCEANO. Escrita por *Antonio de Herrera*, cronista de su Majestad. Diez volúmenes, con mapas . . . \$350.00
- HISTORIA GENERAL Y NATURAL DE LAS INDIAS, ISLAS Y TIERRA FIRME DEL MAR OCEANO. Por el Capitán *Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés*. Catorce volúmenes . . . \$300.00
- COLECCION DE LOS VIAGES Y DESCUBRIMIENTOS QUE HICIERON POR MAR LOS ESPAÑOLES DESDE FINES DEL SIGLO XV. Coordinada e ilustrada por *Don Martín Fernández de Navarrete*. Cinco volúmenes . . . \$200.00
- PRIMERA PARTE DE LOS VEINTE I VN LIBROS RITUALES Y MONARCHIA INDIANA, CON EL ORIGEN Y GUERRAS DE LOS INDIOS OCCIDENTALES, DE SUS POBLACIONES, DESCUBRIMIENTO, CONQUISTA, CONUERSION Y OTRAS COSAS MARAVILLOSAS DE LA MESMA TIERRA DISTRIBUYDOS EN TRES TOMOS. Por *Fray Juan de Torquemada*. Tres volúmenes . . . \$125.00
- HISTORIA ECLESIASTICA INDIANA. Por *Fray Gerónimo de Mendieta*. Cuatro volúmenes . . . \$ 50.00
- EPISTOLARIO DE NUEVA ESPAÑA, 1505-1818. Recopilado por *Francisco del Paso y Troncoso*. 16 volúmenes. \$300.00



ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 88-55
TELEFONOS NOS. 12-12-85 Y 36-40-85
MEXICO 1, D. F.

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

LIBROS RECIENTES

J. H. ADLER, E. R. SCHLESINGER y E. R. OLSON
LAS FINANZAS PUBLICAS Y EL DESARROLLO
ECONOMICO DE GUATEMALA

340 pp.

R. ROJAS CORIA

TRATADO DE COOPERATIVISMO MEXICANO
792 pp., ilustrado, en tela.

S. H. SCHURR y J. MARSCHAK

ASPECTOS ECONOMICOS DE LA ENERGIA ATOMICA
360 pp., ilustrado, en tela.

I. BERNAL

INTRODUCCION A LA ARQUEOLOGIA
168 pp., ilustrado, en tela.

M. R. LIDA DE MALKIEL

LA IDEA DE LA FAMA EN LA EDAD MEDIA
CASTELLANA

320 pp.

E. ABREU GÓMEZ

TATA LOBO

(*Letras Mexicanas*, vol. 5). 144 pp., en tela.

R. POZAS A.

JUAN PEREZ JOLOTE: *biografía de un tzotzil*
(*Letras Mexicanas*, vol. 6). 124 pp., en tela.

A. PAREJA DIEZ CANSECO

VIDA Y LEYENDA DE MIGUEL DE SANTIAGO
138 pp., ilustrado, en tela.

Fondo de Cultura Económica

MEXICO - BUENOS AIRES.

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XII

VOL. LXVII

1

ENERO - FEBRERO
1953

MÉXICO, 1º DE ENERO DE 1953

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,

CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA

Antonio CARRILLO FLORES

Alfonso CASO

León FELIPE

José GAOS

Manuel MARQUEZ

Manuel MARTINEZ BAEZ

Alfonso REYES

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Administrador
DANIEL RANGEL

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Jesús Silva Herzog* La epopeya del petróleo en México.
Manuel J. Sierra Unidad Interamericana.
Demetrio Portales Talla y destino de Aneurin Bevan.

Nota, por Mariano Ruiz-Funes.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

Homenaje a García Monge.

Participan: Vicente Sáenz, Francisco Romero, Fernando Díez de Medina, Agustín Nieto Caballero, Baldomero Sanín Cano, Germán Arciniegas, Gerardo Molina, Alfredo Cardona Peña, León Pacheco, Manuel Pedro González, Alfonso M. Escudero, Alfredo Pareja Díezcanezo, Benjamín Carrión, N. Viera Altamirano, León-Felipe, Mariano Ruiz-Funes, Max Aub, Luis Cardoza y Aragón, Mario Monteforte Toledo, Rafael Heliodoro Valle, Salvador Mendieta, Octavio Méndez Pereira, Natalicio González, Felipe Cossio del Pomar, F. León de Vivero, Luis Alberto Sánchez, Angel Flores, José Ferrer Canales, Alberto Zum Felde, Carlos Sabat Erceasty, Andrés Eloy Blanco, Diego Córdoba, Alfonso Reyes, Andrés Iduarte, José Gaos, Rómulo Gallegos y Jesús Silva Herzog.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Margit Frenk Alatorre* El nacimiento de la lírica española a la luz de los nuevos descubrimientos.
José Durand El afán nobiliario de los conquistadores.
Raimundo Lida Cartas de Quevedo.

Nota, por Tomás Acosta.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Fryda Schultz de Mantovani.* "La edad de oro" de José Martí.
Félix Montiel Camino y esperanza del cinema.
Adolfo Sánchez Vázquez Miseria y esplendor de Gogol.
Loló de la Torriente Los caminos de la novela cubana.
F. León de Vivero La justicia del Varayoc.

Notas, por Manuel Scorza y Sidonia C. Rosenbaum.

INDICE DE ILUSTRACIONES

| | Frente a la pág. |
|---|---------------------|
| García Monge en 1939 | 96 |
| García Monge, Neruda y Delia del Carril, 1943 | 97 |



Fotograbados de
FOTOGABADORES Y ROTOGABADORES UNIDOS, S. DE R. L.
Bucareli No. 24. — México, D. F.

Nuestro Tiempo

LA EPOPEYA DEL PETROLEO EN MEXICO

Por *Jesús SILVA HERZOG*

Explicación necesaria

LAS conferencias que aquí se incluyen bajo el rubro de "La Epopeya del Petróleo en México", fueron dictadas en El Colegio Nacional en el curso del mes de agosto próximo pasado. El propósito perseguido no fué el de agotar tema tan amplio, sino divulgar entre un público no especializado la historia del petróleo en México, los acontecimientos que culminaron con la expropiación de los bienes de las empresas extranjeras, la lucha de las mismas empresas en contra de México y la consolidación de la industria nacionalizada.

Las versiones taquigráficas de las conferencias fueron apenas corregidas, sin cambiar una sola idea o un solo dato y sin quitarles el tono espontáneo de toda improvisación. Por eso el estilo se resiente sin duda alguna de imperfecciones que yo soy el primero en reconocer y lamentar; pero preferí dejarlas así, a aplazar su publicación por tiempo indefinido. Desgraciadamente yo no hablo como escribo ni escribo como hablo, que escribir y hablar de la misma manera son dotes de excepción de entes privilegiados.

Por otra parte, una buena conferencia que se dice, puede no gustar al ser leída, y una buena conferencia leída puede no gustar al ser escuchada. Los estilos en uno y otro casos son y deben ser en mi opinión diferentes. El escritor puede pulir la frase, sustituir palabras, ordenar su discurso y reflexionar en cada idea. En cambio, el conferencista debe entregarse a su público, debe darse en encendida plenitud.

Sea de ello lo que fuere, lo que ahora importa es dar a conocer lo que he llamado la epopeya del petróleo en México a los trabajadores petroleros, sobre todo a los que eran niños o adolescentes en 1938; a los jóvenes universitarios; y a los hom-

bres cultos y preocupados por los problemas de nuestro tiempo, que influyen en la opinión pública en los dilatados territorios de nuestra América.

Los agentes de las grandes empresas petroleras, principalmente de la Standard Oil Company de New Jersey y de la Royal Dutch Shell, propalan en todas partes noticias tendenciosas acerca del fracaso de la expropiación de sus bienes en México. El lector podrá comprobar la falsedad de tales aseveraciones y el éxito indiscutible de la empresa mexicana.

Lo ocurrido en México servirá seguramente, está sirviendo ya, de ejemplo a otros pueblos víctimas de la codicia y de la maldad, víctimas de quienes encuentran en el lucro su único ideal y en el dólar su único dios.

El petróleo en el mundo

HACE poco menos de un siglo, en el año de 1859, Edwin L. Drake perforó el primer pozo de petróleo en Pennsylvania, Estados Unidos de Norteamérica. Utilizó la técnica conocida para perforar pozos artesianos y obtuvo, por medio de bombeo, 25 barriles diarios. Dos años más tarde, en 1861, se obtuvo el primer pozo brotante, con una producción de 300 barriles al día.

En 1862 un joven audaz, emprendedor y sin duda de genio, John D. Rockefeller y su amigo Andrews, encontraron la manera de refinar el petróleo; de tal modo que, pasados unos cuantos años, en 1869, el petróleo era ya una gran industria en el país vecino. En 1870 fundaron Rockefeller y Andrews la Standard Oil de Ohio, con un capital de un millón de dólares.

Rockefeller dijo, desde luego, que con el petróleo refinado iluminaría el mundo. El petróleo en aquellos años, apenas refinado o imperfectamente refinado si lo comparamos con los procedimientos modernos, se utilizó para producir luz, lubricantes y también con fines medicinales. Efectivamente, el petróleo refinado o sea el kerosene, se fué generalizando para producir luz y no llegó a iluminar el mundo como pensaba Rockefeller porque andando los lustros, y no muchos, el kerosene fué sustituido con ventaja por la luz eléctrica. Sin embargo, aquellas palabras de Rockefeller de que iluminaría el mundo, se cumplieron, pero en forma no prevista por él, porque gracias al petróleo transformado en gasolina de alto octano, ha sido posible poner en movimiento los aviones, esos pájaros violado-

res del espacio, y con las bombas incendiarias iluminar trágicamente pueblos y ciudades de Europa y de Asia.

LA producción de petróleo en el mundo fué aumentando con extraordinaria celeridad, trazando una línea ascendente muy pronunciada. A este propósito vamos a dar unos cuantos datos: en 1873 se produjeron en todo el globo 71 millones de barriles; en 1895, 102; en 1910, 328; en 1920, 690; en 1930, 1,444; en 1939, 2,150; en 1947, 2,777 y en 1950, último dato que tengo a la mano, el incremento aparece verdaderamente extraordinario, puesto que la producción mundial ascendió a 4,100 millones de barriles de petróleo. En ese año de 1950, los Estados Unidos produjeron el 59%; Venezuela, el 13%; Rusia, el 8%; Irán, Arabia Saudita y México, el 3%, que nos da un total de 82%; el 18% restante correspondió a otros países tales como Rumania, Polonia, Perú y otros territorios de la América Latina.

¿Cuál es —pudiera preguntarse— la explicación de este extraordinario crecimiento en la producción de petróleo? La respuesta es bien sencilla: se ha debido principalmente, a la invención del motor de combustión interna.

EN el año de 1883 el alemán Daimler, inventó el primer motor movido por gasolina. En 1889 ya se fabricaban automóviles en Alemania y en Francia, según el procedimiento del mismo Daimler.

En 1895 se realiza la invención del motor Diesel. En ese año, había en los Estados Unidos solamente cuatro automóviles. En 1900, cinco años más tarde, se fabricaron en el propio país, 4,192; en 1910, 187,000; en 1920, 2.227,000.

Ahora bien, en el mundo se produjeron en 1924, 4.097,000 automóviles; en 1937, 6.353,000 y en 1950, la producción de automóviles en todo nuestro planeta llegó a 9.852,000. Por otra parte la circulación en 1929, fué de 35 millones, o en otras palabras, había en 1929, 35 millones de automóviles en todos los países; en 1937, 43 millones, y en 1950 —no está incluida en este dato la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas—, 66 millones de automóviles.

Y no solamente había en 1950, 66 millones de automóviles, y no solamente en 1952 habrá, de seguro, una cantidad bastan-

te mayor, sino que, hay millares de aviones, millares de locomotoras diesel, millares de barcos movidos también por motores diesel, y el petróleo se utiliza además para mover numerosas industrias, producir calefacción en los edificios y en usos domésticos cada vez más generalizados.

El caso del petróleo es uno de los más aleccionadores de la enorme significación que tienen los descubrimientos del hombre de ciencia y del progreso de la técnica, en todos los aspectos de la existencia del individuo y de la sociedad.

Se ha asegurado, y tal cosa es verdadera, que el mundo está transformándose constantemente; que hay una ley perenne que es la ley del cambio, que lo único que no cambia es que todo cambia y seguramente los cambios en nuestro mundo, los cambios en la historia, los cambios en la vida social, se originan por los cambios en las técnicas utilizadas por el hombre. Y no creo que haya otro caso, como el del petróleo para demostrar la enorme trascendencia de un invento en la transformación de la vida humana en sus múltiples y complejos aspectos.

El petróleo ha transformado la vida económica, la vida social, la vida política; pero, como algunas veces me agrada hacerlo, voy a valerme de una hipótesis para que quede perfectamente precisado lo que quiero decir al hablar de la significación de una nueva técnica, de una nueva máquina en la evolución mundial, en la historia del hombre sobre la tierra. No es la primera vez que acudo a esta hipótesis, aun cuando seguramente lo haré en forma distinta de como lo he hecho en algunas ocasiones anteriores.

VAMOS a pensar un momento, que por causas ignoradas por los geólogos más eminentes, mañana en la mañana nos encontramos con esta noticia verdaderamente alarmante: ¡Se han agotado repentina, inesperadamente los pozos petroleros de toda la Unión Norteamericana. Se ignora la causa; hay alarma general; un verdadero pánico! A las 11 de la mañana se reciben noticias en la Dirección General de Petróleos Mexicanos de que no sale petróleo de los pozos, con gran sorpresa para los trabajadores petroleros. Y al día siguiente se reciben noticias idénticas de todos los países productores de petróleo. De manera que nos hallamos con el hecho inusitado, sorprendente, increíble, de que se agotó el petróleo en el mundo.

¿Y qué sucederá? Se utilizarán con cautela los almacena-
mientos, pero de modo indudable al pasar un poco de tiempo
ya no habrá una gota de petróleo. Los sabios investigarán el
problema, se harán excavaciones en distintas zonas petroleras.
Otros sabios, afanosamente, día y noche, procurarán encontrar
substitutos de este maravilloso combustible. Mientras tanto,
¿qué ocurrirá? ¿qué ocurrirá en el mundo? Pensemos esto por
unos instantes, dejándonos llevar de nuestra imaginación.

No podrán seguir cruzando los mares los barcos movidos
por gasoil; no podrán continuar cruzando las llanuras y trepan-
do montañas las locomotoras movidas por petróleo, ni podrán
continuar circulando por los caminos los autobuses, los auto-
móviles de todas clases.

Muchas fábricas se pararán; los aviones dejarán de cruzar
los espacios. Nuestra noción de tiempo se modificará incuestio-
nablemente. ¿Y qué ocurrirá desde el punto de vista de la polí-
tica? Tendrá una enorme significación el hecho de que el petró-
leo desaparezca de la tierra, escapando quizás de los efectos
dramáticos que a veces ha producido, huyendo avergonzado a
las profundidades de los mares. Tendrá que modificarse la
técnica política como resultado de la catástrofe imaginada. Las
giras de los políticos se suprimirán porque ya no habrá automó-
viles ni aviones. Tampoco será posible, dentro de nuestra hipó-
tesis, la llegada de autobuses pletóricos de partidarios del candi-
dato X o del candidato R; no serán posibles esos fáciles traslados
de muchedumbres pagadas para aplaudir y vitorear a los per-
sonajes en turno.

¿Y qué diremos respecto a la política internacional? ¿Qué
diremos con respecto a las guerras? Lo que podemos decir aun
cuando sea brevemente, tiene algún interés. La técnica guerrera
ha sufrido enormes, trascendentales modificaciones en las últi-
mas décadas. ¿Por qué? Fundamentalmente por el petróleo. El
petróleo es lo que nos explica esos cambios tan considerables,
tan importantes.

Recuerdo de mis lecturas, que Federico Engels en el Anti-
Düring, escribe buen número de párrafos en los que al examinar
el adelanto alcanzado en la técnica guerrera aseguraba que se
había llegado, allá por los setentas del siglo pretérito, a la ma-
yor perfección ambicionada. Engels no pudo prever la influen-
cia en la ciencia militar del petróleo y sus derivados, ni tampoco
el sufrimiento y la angustia que habría de padecer la población

del mundo por la utilización de máquinas infernales movidas por ese combustible.

El petróleo ha hecho posible el "Jeep", el tanque, el avión; y el tanque ha hecho posible la bomba incendiaria, el avión las bombas que destruyen ciudades o fracciones de ciudades; el avión ha hecho posible la bomba atómica.

Pero continuemos, no nos apartemos de la hipótesis: ya no hay gasolina en el mundo, ya no hay gasolina de alto octano para los aviones. Ante esta situación, ¿qué puede hacerse con las bombas atómicas almacenadas en distintos lugares secretos de dos de los países en pugna? Se asegura que los Estados Unidos tienen centenares de bombas atómicas; se asegura también que Rusia tiene bombas atómicas; pero ¿de qué servirán si ya no podrán ser arrojadas desde la altura, por una mano quizás temblorosa? Serán inútiles las bombas atómicas; serán inútiles las bombas incendiarias; ya los magos negros no seguirán fabricando bombas cargadas de bacterias para envenenar a los enemigos. Inútiles quedarán las bombas de toda especie; quedarán inútiles todas esas máquinas diabólicas que han sembrado ruina, desolación y muerte. Se ven con toda claridad los cambios derivados de descubrimientos científicos, los cambios producidos por la invención humana, cómo esos cambios han transformado la vida económica, cómo esos cambios en la vida económica han transformado en cierta medida las relaciones sociales, y también cómo han influido en la vida política y por último en la legislación de todas las naciones.

¿QUÉ pasará con el petróleo si mañana el hombre se resuelve a utilizar la desintegración del núcleo para fines productivos? Si la desintegración del núcleo en el futuro va a servir para generar energía con mayor comodidad y con mayor perfección que todos los derivados del petróleo, todavía seguirá siendo muy útil, porque aún no se emplea en todo lo que puede ser aprovechado. Desde luego, ya se sabe bien que con el petróleo puede producirse hule y fibras sintéticas; con el gas puede producirse nitrógeno, fertilizantes, y de seguro que se habrán encontrado ya y podrán encontrarse nuevas aplicaciones.

Por ahora, el petróleo ha tenido, repitémoslo una vez más, una significación considerable. El petróleo fué el elemento que dió la victoria, según se asegura, en la guerra de 1914-1918 a las potencias aliadas. Alemania tenía carbón pero no tenía

petróleo. Los aliados, Francia, Inglaterra y más tarde Estados Unidos tenían petróleo y fueron a la victoria sobre olas de petróleo, como alguien lo dijo al terminar la contienda.

PARA México, sin duda alguna, es de gran importancia el petróleo, como lo es para todo el mundo. Y ¿quiénes son los dueños del petróleo en el mundo, de esta substancia que ha transformado la estructura económica, social y política en varios aspectos? ¿Quiénes son los dueños de esta riqueza tan importante, tan codiciada, tan valiosa? Trataré de dar respuesta a la interrogación.

En primer lugar hay en los Estados Unidos una gran entidad económica: la Standard Oil Company de New Jersey. La Standard Oil Company de New Jersey en el año de 1899, tenía un capital de ciento diez millones de dólares; en 1922, doscientos cincuenta millones, y en 1940, ese capital pasaba de dos mil millones. Tenía la Standard Oil Company de New Jersey en ese año, porque quiero quedarme en 1940, más de doscientos barcos-tanques, cerca de ocho mil kilómetros de oleoductos y doscientas cuarenta empresas filiales y subsidiarias. Había invertido en el exterior más de mil millones de dólares en exploraciones y explotaciones petroleras. Es cierto que en 1911 fué disuelta por la Suprema Corte de Justicia de la Unión Americana, pero nada más desde el punto de vista jurídico, pues si bien es verdad que se dividió en distintas compañías, éstas continuaron bajo una sola alta dirección administrativa y financiera.

La Standard Oil Company es una de las unidades económicas más poderosas del mundo; controla instituciones de crédito y empresas de diversa índole; tiene representantes en la Cámara Baja y en la Cámara Alta de los Estados Unidos; tiene influencia en la política norteamericana, merced a su inmenso poder. La Standard Oil Co. de New Jersey está manejada por hábiles y agresivos hombres de negocios con la mira esencial del engrandecimiento de la Standard, del constante aumento de utilidades, y de la acumulación de capitales nuevos; su propósito es que la Standard sea cada vez más poderosa y domine más dilatados territorios.

Hay otra gran unidad económica: la Royal Dutch Shell, con capital anglo-holandés; la fundó Deterding en el año de 1907 con 21 millones de libras esterlinas. En 1938, el capital de la

Royal Dutch Shell se elevaba a mil doscientos cuarenta y tres millones de florines y dependían de ella ciento dos compañías petroleras, una de las cuales era la Cía. Mexicana de Petróleo El Aguila.

La Royal Dutch Shell también es poseedora de grandes cantidades de petróleo, porque es dueña de vastos territorios petroleros.

Estas dos empresas a menudo han luchado entre sí. En ocasiones se entienden y se reparten el botín; en otras discrepan hasta provocar conflictos internacionales. En resumen, la Royal Dutch Shell y la Standard Oil Company de New Jersey son las más grandes empresas petroleras en el globo. Hay que agregar un tercer caso: El trust soviético, que ya sabemos que produce alrededor del 8% del petróleo del mundo, y seguramente ahora también, dentro de la influencia del trust soviético están el petróleo rumano y el polaco. En cuarto lugar está México, independiente desde el punto de vista del petróleo y que debe seguir siéndolo. Y podría mencionarse en quinto lugar el esfuerzo que se está haciendo en el Irán para independizar y nacionalizar su petróleo.

EN contra de esas dos enormes empresas, en contra de esos dos gigantes: la Standard Oil Co. de New Jersey, de la que era subsidiaria la Huasteca Petroleum Company; en contra de la Royal Dutch Shell, de la que era subsidiaria la Compañía El Aguila, en contra de esos dos monstruos económicos, inmensamente ricos, inmensamente poderosos, plenos de ambición de dominio; en contra de esas dos entidades, de historia sombría, luchó México de 1917 en adelante. Y un país mediano, un país de escasos recursos les ganó la pelea.

Pero no hay que hacerse ilusiones ni pecar de optimismo; no hay que vivir alegres y confiados, porque esas dos grandes unidades económicas: la Standard Oil Co. de New Jersey y la Royal Dutch Shell están en pie, están en pie de lucha, no se han resignado a la derrota, y aprovecharán la primera coyuntura para la revancha. Y de todo esto se desprende que nosotros debemos estar gritando constantemente al pueblo mexicano: Centinela, ¡ALERTA!

Antecedentes del petróleo en México

EL lema de esta conferencia y de las posteriores, podría ser los dos versos de Ramón López Velarde, cuando en la Suave Patria dijo: "El Niño Dios te escrituró un establo y los veneros de petróleo el Diablo". El vate pudo intuir el futuro, pudo desgarrar el telón que ocultaba el porvenir.

Los pueblos indígenas, los habitantes de lo que ahora es México, conocían el petróleo por las chapopoterías, y lo utilizaban como colorante, pegamento, con fines medicinales y a manera de incienso en ciertas ceremonias religiosas.

Durante la época colonial, los españoles solían utilizarlo para calafatear navíos.

Bien sabido es que el Papa Alejandro VI, en el año de 1493, donó a los Reyes de España y de Portugal la tierra firme y las islas que hasta entonces se habían descubierto y las que se descubrieran en lo futuro.

Claro que se impone preguntar ¿a título de qué el Papa Alejandro VI hizo la donación de islas y tierras, de las que no sospechaba su extensión ni sabía si estaban o no habitadas? La explicación es fácil: Dios, creador de todo lo existente en la tierra, había dado poder al Papa, su representante, un poder amplísimo, y aprovechando este poder hizo tan estupendo regalo. El regalo de las tierras que aún no se habían descubierto en 1493, fué mucho mayor por un mero azar para España que para Portugal.

Pero debemos precisar que la donación de las tierras no fué ni a Portugal ni a España, en estricto rigor, sino a los reyes de estas naciones, o en otras palabras, a la Corona de España y a la de Portugal.

De modo que por eso, y ya concretándonos a la Nueva España —por eso, digo— la Corona Española daba las tierras y en concesión las minas para que fueran explotadas por sus vasallos; pero siempre exigiendo con más o menos éxito, el reconocimiento pleno de que ella era la propietaria de la riqueza subterránea.

Los reyes exigían la quinta parte de lo obtenido en la explotación minera —el Quinto del Rey, como se llamaba oficialmente.

De manera que es muy importante subrayar el hecho de que durante todo el período colonial, el subsuelo no podía ser objeto de propiedad privada; el subsuelo se concedía para explotar sus riquezas, pero siempre manteniendo con toda claridad, con precisión incuestionable, el derecho de los reyes de España sobre esa propiedad.

En el año de 1787 se expidieron las Reales Ordenanzas para la Minería de la Nueva España. En estas Reales Ordenanzas se llama a lo que ahora llamamos petróleo, vitúmenes o jugos de la tierra y se precisaba que los vitúmenes o jugos de la tierra pertenecían de igual manera que los metales preciosos, a la Corona de España, la que podía, lo repito intencionalmente, otorgar concesiones para la explotación de esas riquezas.

Las Reales Ordenanzas de 1787 para la minería permanecen en vigor durante la época independiente. En tales Ordenanzas se apoyó en una ocasión el Presidente Juárez para dictar determinadas disposiciones legales, y lo mismo hizo el Emperador Maximiliano. El Dr. Mora, ya influído por el pensamiento del liberalismo económico, muestra su inconformidad con la Legislación que habíamos heredado de España y dice que en México no sucede lo que en Inglaterra, en donde la propiedad del suelo se prolonga hacia arriba y hacia abajo, desde el cielo hasta el infierno.

La legislación española en materia de propiedad del subsuelo, por los antecedentes que someramente se han indicado, no fué, como veremos, una novedad en la historia del mundo.

Según el testimonio de Jenofonte, en su libro titulado *De la manera de Aumentar los Ingresos en la Ciudad de Atenas*, las minas de plata pertenecían al Estado y éste las arrendaba a los particulares; y Jenofonte proponía en su estudio, el caso tiene cierto interés, que no se siguieran arrendando las minas de plata a los particulares, sino que para que el Estado incrementara sus ingresos debían ser explotadas por el mismo Estado. Agregaba que el Estado podía explotar las minas con el trabajo de esclavos, debiendo comprarlos con tal propósito; mas sugería que era menester comprarlos poco a poco porque si se adquirían muchos a un mismo tiempo, subiría el precio de los esclavos.

El aspecto de interés a que me refiero, estriba en la observación de que ya en el siglo IV, antes de nuestra Era, había quien

sostenía la tesis de que el Estado, que era propietario del subsuelo, debía ser el que lo explotara, y quien lo dijo fué una de las personalidades más brillantes de su tiempo.

Y no sólo en Grecia, en Roma, no obstante la definición que el Derecho Romano dió a la propiedad; no obstante el principio del *jus utendi, jus fruendi, jus abutendi*, es decir el derecho de usar, disfrutar y abusar de la cosa poseída; no obstante esto, hay dos casos absolutamente concretos en que el Emperador Adriano en una ocasión y el Emperador Graciano en otra, reivindicaron para el Imperio Romano las minas de metales preciosos. Hay algo más: se sabe de un célebre litigio en la época de la Reina Isabel de Inglaterra. Un lord inglés descubrió en algún lugar de la isla una rica mina de oro y quiso con apoyo en su derecho de propietario del suelo explotar tal riqueza; pero la Reina Isabel entabló un juicio en contra de su noble súbdito y a la postre lo ganó, aceptando la autoridad judicial que el oro extraído de la entraña de la tierra pertenecía a la Corona inglesa y no podía pertenecer al propietario del suelo.

Y en México todavía en el año de 1882 o en el año de 1883, se seguía el principio jurídico heredado de España sobre la propiedad subterránea; pero el Código de Minería de 1884 y más tarde la Ley Minera de 4 de junio de 1892, y todavía después la Ley de 25 de noviembre de 1909, modificaron en una forma radical, la legislación anterior.

Los legisladores del Código de Minería de 1884 y de las leyes que he citado, expedidas en años posteriores eran discípulos de los economistas clásicos y se hallaban convencidos de la concepción liberal del mundo.

De manera que no es extraño que el legislador mexicano de los ochentas del siglo pasado, hubiera encontrado anticuadas y en contra de principios axiomáticos, las bases legislativas sobre la propiedad del subsuelo que habían servido de norma a la Corona de España durante varios siglos, y al México independiente desde 1821 hasta 1884.

Lo repito: como resultado de ese acervo de ideas se expidieron el Código de Minería de 1884 y las leyes posteriores, asimilando la propiedad del subsuelo a la del suelo. Ignoraban nuestros legisladores de entonces, los problemas que más tarde se plantearían.

EN 1863, sólo 4 años después de que Drake perforara el primer pozo en Pennsylvania, se hicieron perforaciones en el Estado de Tabasco con resultados negativos desde el punto de vista comercial. Un poco más tarde, en la zona de Papantla un norteamericano, el Dr. Autrey, hizo algunas perforaciones, encontrando petróleo, pero sin conseguir organizar una empresa comercial.

Años después, en 1883, el entonces gobernador de Tabasco, Sarlat Nova, hizo perforaciones, encontró petróleo de muy buena calidad, mandó analizarlo a los Estados Unidos y los análisis dieron excelentes resultados. El petróleo de Tabasco de Sarlat Nova era tan bueno como el de Pennsylvania. Entusiasmado el Gobernador, organizó una compañía petrolera con un capital de un millón de pesos. La compañía fracasó, por un catastrófico descenso en el precio del petróleo, precisamente cuando comenzaba a obtenerse el combustible en buenas cantidades; un descenso tal que llegó a diez centavos de dólar el precio del barril. De modo que este intento de Sarlat Nova no tuvo resultados afirmativos.

Las exploraciones continuaron en los Estados de Veracruz y Oaxaca; los resultados durante los últimos lustros del siglo XIX, no fueron satisfactorios. Era fácil descubrir indicios de petróleo por las chapopoterías, y se hicieron perforaciones; mas los exploradores encontraron incosteable la producción.

Hubo varias empresas extranjeras empeñadas en esta tarea; todas ellas fracasaron. Cabe citar el caso de la London Oil Trust, con capital inglés, que sufrió tremendas pérdidas y desistió de su empeño. Y sucedió que a fines del siglo XIX y primeros meses del XX, los geólogos nacionales e internacionales afirmaron de un modo categórico, enfático, que en México no había petróleo comercialmente costeable. Sólo hubo, según mis informes, una voz discrepante: la del Ing. Ezequiel Ordóñez, geólogo eminentísimo, uno de los miembros fundadores del Colegio Nacional, muerto no ha mucho, quien en contra de la opinión de todos sus colegas, afirmó que en México sí había petróleo y en condiciones de costeabilidad; y gracias a Ordóñez tuvo éxito el aventurero norteamericano Edward L. Doheny.

Doheny fué un empresario petrolero salvado por Ordóñez. Digo salvado por Ordóñez, porque según se cuenta, y esto ya se halla un tanto envuelto en leyenda, que la historia está llena de leyendas y las leyendas de historia, se cuenta, y como cuento

lo cuento, que cuando Doheny, decepcionado de no encontrar petróleo, estaba resuelto a abandonar la empresa, Ordóñez insistió en que perforaran en un sitio por él señalado, asegurando el éxito. Animado Doheny, fué a California a vender su última propiedad, una casa que realizó en veinte mil dólares; regresó a México, se perforó en el lugar señalado y se descubrió la faja de oro.

Por otra parte, Weetman Pearson, negociante inglés, fué otro de los pioneros de esta industria. No sé por qué viene a mi memoria la historia de Francis Drake, al recordar la de Pearson.

Recordemos el caso: Francis Drake fué el pirata más famoso del siglo XVI; logró apresar una nave española que llevaba un tesoro a España, calculado en 8 millones de pesos, de aquellos pesos con un poder de compra muchas veces mayor que nuestro pequeño peso actual. El Embajador de España pidió la devolución del tesoro robado. La Reina Isabel prometió devolverlo, pero nunca cumplió su promesa. Lo que hizo la Reina con su corsario fué hacerlo Caballero. Y Pearson en tiempos históricos diferentes, con grandes diferencias de tiempo y espacio, fué un aventurero del petróleo que hizo bien a la Corona inglesa y... se repitió en esta vez la historia... lo hicieron algo más que caballero: Lord de Inglaterra.

EL primer año en que en México se produce petróleo comercial, es el de 1901. En ese año se produjeron apenas 10,000 barriles; 10 años más tarde, en 1911, se produjeron 12,553,000 barriles; se empezó a conocer la enorme riqueza petrolera de México, sobre todo por el incendio del pozo "Dos Bocas" que ocurrió a mediados de 1906. El pozo "Dos Bocas" pertenecía a Pearson; se incendió por falta de conocimientos técnicos de los ingenieros ingleses, y además porque no habían conocido un pozo de tan enorme potencialidad en que el petróleo brotara con extraordinaria abundancia. No supieron cómo realizar los trabajos, y al brotar el petróleo se produjo la catástrofe.

Cuentan quienes lo vieron, que el petróleo inflamado ascendía a una altura que se calculaba en 300 metros. Fué seguramente un maravilloso espectáculo. El fuego se extinguió cuando se acabó el petróleo. Algunos estimaron las pérdidas en 50 millones de barriles. El incendio de "Dos Bocas" fué un

índice más para afirmar la enorme riqueza petrolera del subsuelo mexicano.

EL 24 de diciembre de 1901, se expidió la primera Ley Petrolera, las principales características de esta Ley, podemos resumirlas del modo siguiente: Primera: El propietario del suelo, lo es también del subsuelo de conformidad con el criterio predominante en aquellos años. Segunda: Podían explotarse los terrenos nacionales. Tercera: El 7% de las utilidades para el Gobierno Federal y el 3% para el Gobierno del Estado en donde se encontrara el petróleo. Cuarta: Expropiación de terrenos petroleros por causa de utilidad pública. Y quinta: Facilidades aduanales para la importación de maquinaria con destino a tal industria.

En 1906 fué firmada la concesión a Pearson and Sons para explotar el petróleo. En la concesión se decía, entre otras muchas cosas, que Pearson and Sons, antecesores de El Aguila, tengámoslo presente, perforarían en tierras pertenecientes a la nación y que el Gobierno recibiría el 10% de las utilidades que se obtuvieran en el negocio; y como el Gobierno aparecía como socio de Pearson and Sons, contrajo el compromiso de no cobrar ningún impuesto excepción hecha del impuesto del timbre. Pasó algo inesperado: la Ley se discute en la Cámara de Diputados; uno de los Secretarios de la Cámara, Lorenzo Elízaga, propone una modificación al convenio que ya conocían los diputados; la propone en voz baja sin darle importancia. La reforma consistió en autorizar a la empresa a perforar también en terrenos de propiedad privada, sin modificar la cláusula relativa a impuestos. De manera que al obtenerse petróleo en propiedades de particulares, el Gobierno no percibía utilidad alguna, pero sí se mantenían las mismas obligaciones en materia impositiva. El Aguila no perforó en terrenos nacionales sino en aquellos de propiedad privada. Entonces la situación de El Aguila fué muy ventajosa, porque no necesitó dar el 10% al Gobierno Federal, pagando solamente el impuesto del timbre.

En 1917, siendo Ministro de Hacienda el licenciado Luis Cabrera, inconforme con el hecho de que mientras El Aguila obtenía enormes cantidades de petróleo, sólo pagara el impuesto del timbre que resultaba insignificante, acudió a una pequeña triquiñuela de abogado: estableció un impuesto de producción, pero en la Ley se decía que este impuesto debía pagarse en

timbres; de modo que cuando los representantes de El Aguila protestaron amparándose en su concesión, la Secretaría de Hacienda sostuvo la tesis de que obraba de acuerdo con ella puesto que se trataba de un impuesto en timbres. Los abogados de la compañía no estuvieron de acuerdo y desde entonces El Aguila hizo lo siguiente: no entregaba a la Tesorería de la Federación el total del impuesto; entregaba una suma un poco menor y con unas líneas que decían: "Bajo protesta, en calidad de depósito y a cuenta de impuestos futuros". Por lo tanto, la situación era peligrosa. El Aguila pagaba menos de lo que debía pagar; no reconocía la legitimidad del impuesto y luego, bajo protesta, en calidad de depósito y a cuenta de impuestos futuros; peligrosa situación, porque en un momento dado, en uno de esos virajes que suele dar la historia, México podría resultar deudor de sumas fabulosas.

Esto se vió con toda claridad en el mes de enero de 1935. Era Presidente de la República Lázaro Cárdenas y Secretario de Hacienda, Narciso Bassols. Se juzgó necesario cancelar el convenio con El Aguila, y se hizo lo siguiente: estuvimos pendientes —yo era Director de Ingresos en Hacienda— del momento en que hubiera barcos cargados de petróleo en los puertos para ordenar que no se permitiera la salida de ninguno de ellos. Todo esto no es un cuento que me havan contado, es un hecho por mí también vivido. Se detuvieron los barcos con petróleo en Minatitlán, en Tuxpan y creo que también alguno en Tampico. Pasaron 48 horas; acudieron a Hacienda los representantes de El Aguila y con decisión Bassols les dijo: no dejaremos salir ningún barco de petróleo, si no queda cancelado el Convenio que celebró la nación con Pearson and Sons y que ustedes han heredado; si no hacen una declaración de que las sumas pagadas no han sido en calidad de depósito, ni bajo protesta, ni a cuenta de impuestos futuros, sino que han sido entregadas como pago de impuestos legítimamente establecidos por el Gobierno de México, y además vamos a hacer cuentas para que paguen lo que nos deben. Resultado: se canceló la concesión y se pagó una suma cuyo monto no recuerdo, pero que se escribe con siete cifras.

En 1908 se otorgó la concesión a la Huasteca Petroleum Co. En la concesión la Huasteca se obligó a construir un gasoducto del sur de Tamaulipas o del norte de Veracruz a la

Mesa Central. Jamás lo construyó. Su contrato fué cancelado en el año de 1918.

PASEMOS a otro punto. El Gobierno de don Francisco Madero estableció en el mes de junio de 1912, un impuesto de 20 centavos por tonelada de petróleo que se exportara. Las Compañías pusieron el grito en el cielo y objetaron el establecimiento de tal impuesto. Por primera vez usaron un vocablo que habían de usar hasta el cansancio durante lustros y lustros: el vocablo confiscación. Aseguraron que el impuesto de 20 centavos por tonelada era confiscatorio.

MIENTRAS tanto la producción petrolera de México, seguía creciendo.

Daré unas cuantas cifras: en 1911, ya se dijo 12.553,000 barriles; en 1912, 16.558,000; en 1913, 25.696,000; en 1914, 26.235,000; en 1915, 32.911,000; en 1916, que es el último año al que quiero llegar en esta ocasión, México produjo 40.546,000 barriles de petróleo en números redondos.

Y es que en México brotaron los "gushers", los pozos de petróleo más extraordinariamente productivos del mundo; en ningún país de la tierra hubo la cantidad de pozos de tan abundante producción como en México.

Voy a dar tan sólo tres ejemplos: Potrero del Llano, del 23 de diciembre de 1910 al 31 de diciembre de 1938, produjo 117 millones de barriles de petróleo. Cerro Azul, del 16 de noviembre de 1916 al 31 de diciembre de 1937, produjo 84 millones de barriles, y Juan Casiano, en 9 años a partir del 11 de septiembre de 1910 produjo 75 millones.

Hubo ya desde entonces, desde los comienzos de la segunda década de este siglo, fiebre de petróleo. Se establecían compañías y compañías, se improvisaban empresas. Allá por los años de 1913 y 1914, se vendían acciones en toda la República de compañías petroleras; se ofrecían a los preaccionistas ventajas increíbles; se decían disparates inauditos; a la gente se le hacía creer que había pozos que producían 50,000 y hasta 100,000 barriles diariamente; y hubo especulación, hubo engaño, hubo fraude, hubo compañías inexistentes que se apoderaron de pequeños ahorros de hombres de mediana posición económica.

La fiebre de petróleo continuó todavía; se trataba de extraer el oro negro, de extraerlo en la mayor abundancia posible. Si se perdía el gas, eso no les importaba a estos enfermos de codicia petrolera. Se ha estimado que durante la gestión de las compañías el gas no aprovechado significó una pérdida para el país de 600 millones de pesos; de los pesos de 1937, de esos pesos de 3.60 por un dólar.

Se cometieron tremendos abusos en materia de terrenos y de regalías. También daré algunos ejemplos. Del Lote 113 de Amatlán, terreno adquirido por El Aguila de un sujeto que a la postre resultó no ser el legítimo propietario, se extrajo petróleo que los asesores del verdadero dueño calcularon en veinte millones de pesos. Ya se sabe que el negocio se transó en 1936; El Aguila moralmente perdió el pleito. Quiso el gobierno inglés acudir a la vía diplomática para que los tribunales fallaran a favor de El Aguila, pero hubo dos funcionarios de indiscutible probidad que fallaron en contra de la poderosa empresa.

Hablaba de ejemplos respecto a terrenos y a regalías; unas cuantas muestras para terminar. Se refiere que del pozo Cerro Azul, que produjo 84 millones de barriles, según algunos datos, creo que esto es susceptible de ajuste, el propietario del lote recibió doscientos mil pesos, y puede considerarse que le fué extraordinariamente bien.

En Juan Casiano se pagó una renta anual al propietario de mil pesos y se extrajeron en total, según testimonios del Embajador Daniels —en este caso me gusta citar a Daniels porque cuentan que los norteamericanos saben bien aritmética— cien millones de barriles.

Según el mismo Daniels, al propietario de un lote en Chianampa, Ver., se le pagó una renta de ciento cincuenta pesos al año y se extrajeron 75 millones de barriles de petróleo.

AHORA bien, sobre esa zona geográfica inmensamente rica en oro negro, vivió durante varios lustros un pueblo miserable. Esto me recuerda el pensamiento de un conocido historiador y sociólogo, que voy a expresar a mi manera. Cuando llegaron los conquistadores al mando de Hernán Cortés a Veracruz, los indígenas cambiaron tejuelos de oro y plata por cuentas de vidrio y espejitos de varillero. Así ocurrió con las empresas petroleras; cambiamos la riqueza del subsuelo por bajos salarios

y mezquinos impuestos. Y es que México, nuestro México ha sido un país de mineros y petroleros hambrientos.

El petróleo y la revolución

EN México hemos tenido muchas rebeliones y sólo tres revoluciones. La primera revolución fué la de la Independencia, la segunda la de la Reforma y la tercera la revolución social que se inició el 20 de noviembre de 1910. La Revolución de Independencia trajo como resultado la independencia política de España y favoreció a los criollos; la Revolución de la Reforma nos independizó económica y políticamente del clero favoreciendo al mestizo, y la Revolución de 1910 libertó al pueblo mexicano de la influencia económica y política del hacendado. En este último gran movimiento revolucionario se comenzó a favorecer al indígena.

Ya otras veces he dicho que la Revolución Mexicana —1910-1917, período de la lucha armada— tuvo su origen en el hambre de tierras, en el hambre de pan, en el hambre de justicia, y en el hambre de libertad. La ideología de la Revolución tuvo antecedentes en la asamblea de los clubes liberales de la ciudad de San Luis Potosí, en los comienzos de este siglo; en las publicaciones periódicas de oposición, tales como *El Diario del Hogar*, *El Hijo del Abuzote*, *Regeneración* y otras; en el Manifiesto del Partido Liberal de 1906, firmado en San Luis Missouri por Ricardo y Enrique Flores Magón, Antonio I. Villarreal, Librado Rivera, Juan y Manuel Sarabia y Rosalío Bustamante. Por supuesto, también se encuentran antecedentes de esa ideología en libros como el de Wistano Luis Orozco, en *Los Grandes Problemas Nacionales* de Andrés Molina Enríquez, *La Sucesión Presidencial de 1910* por don Francisco I. Madero y en los manifiestos y planes de los partidos opositoristas después de la entrevista Díaz-Greelman. Pero el pensamiento revolucionario se va aclarando y precisando en el curso de la lucha armada, hasta cristalizar en los artículos 27 y 123 de la Constitución de 1917.

Ahora bien, como durante el régimen porfirista se favorecieron las inversiones de capital extranjero; se favorecieron en gran medida, pues el ministro Limantour creía que con abrir las puertas de par en par a los capitalistas de otras naciones, todos los bienes nos vendrían por añadidura, la Revolución

Mexicana, los revolucionarios mexicanos, reaccionaron en contra de la política extranjerizante del general Díaz, con una actitud profundamente nacionalista. En consecuencia, ese profundo sentimiento se tradujo en una política inspirada en el propósito de reivindicar para México la riqueza que estaba en manos extranjeras.

El general Obregón entró victorioso a la ciudad de México el 15 de agosto de 1914 y el señor Carranza cinco días después. Carranza dándose cuenta de la importancia creciente de la riqueza petrolera del país, aun antes de llegar a la capital de la República, el 21 de julio de 1914, desde la ciudad de Monterrey, expidió un decreto estableciendo el impuesto de barra, consistente en \$0.10 por tonelada de petróleo que se exportara. Esto seguramente produjo, como es obvio, mala impresión y hondo disgusto a las empresas petroleras. El hecho es que mientras en todo el país las facciones revolucionarias luchaban entre sí y reinaba la anarquía en vastas zonas geográficas de nuestro territorio, el 10 de noviembre de ese año de 1914, Manuel Peláez se levantaba en armas en las regiones petroleras de Veracruz, Tamaulipas y San Luis Potosí. Se mantuvo en armas luchando primero en contra de la facción carrancista y después, a partir de mayo de 1917 en contra del gobierno legítimo, del gobierno legal presidido por don Venustiano Carranza. Peláez se rindió al triunfo del Plan de Agua Prieta en mayo de 1920. Es decir, Peláez trató de sustraer la región petrolera del dominio del gobierno nacional. Peláez con su ejército de aventureros estuvo sostenido por las empresas petroleras norteamericanas e inglesas en lucha abierta en contra de México. De manera que, vale la pena observarlo, el extranjerismo de las compañías que explotaban el petróleo de México, tuvo que chocar desde entonces con el nacionalismo de la Revolución Mexicana.

Y mientras luchan los constitucionalistas en contra del gobierno de Huerta, mientras las facciones luchan entre sí: carrancistas, convencionistas, zapatistas, villistas; mientras Peláez se ha adueñado, a veces de pequeña parte, a veces de grandes zonas de la región petrolera; mientras se lucha por encontrar una nueva legislación en la cual cristalicen las aspiraciones populares; mientras todo esto acontece, en uno de los períodos más agitados, más enconados y sangrientos por las luchas lleva-

das a cabo en nuestro país, el petróleo fluye en cantidades cada vez mayores en la Faja de Oro y en otros lugares donde existían grandes mantos petrolíferos. A este respecto voy a dar unas cuantas cifras que se adicionan a las que se dieron en la conferencia pasada.

En el año de 1917, la producción de petróleo fué de 55.293,000 barriles; en 1918, ascendió a 63.828,000; en 1919, fué de 87.073,000; en 1920, de 158.069,000 y llega nuestra producción petrolera a su punto culminante en el año de 1921. En ese año se produjeron 193.398,000 barriles de petróleo. A partir de este año se inicia el descenso de nuestra producción hasta llegar en años posteriores por debajo de 40 millones de barriles.

DE modo que según lo he apuntado, hay una lucha de las empresas petroleras por las razones también ya enunciadas, en contra del Gobierno de México. Pero no sólo hay una lucha de las compañías en contra del Gobierno, de las compañías en contra del pueblo mexicano: hay una lucha entre las mismas empresas; las mismas empresas luchan entre sí. La ambición las domina; la fiebre de lucro impera; lucha, ya se dijo, de algunas compañías en contra de otras compañías; lucha para adquirir un lote en el cual hay indicios de petróleo. Estuvieron a la orden del día en estas luchas, las chicanas, las chicanas de una empresa a otras empresas; las chicanas de toda índole. Estuvieron a la orden del día las titulaciones falsas, los cohechos y abundaron las sombrías historias de incendios y asesinatos. Algunas empresas petroleras denunciaron tales hechos. Incendios de juzgados pueblerinos para hacer desaparecer títulos de propiedad; asesinatos de indígenas inconformes con la decisión del hermano o del padre para pasar a las compañías un lote prometedor. ¡Lucha sin cuartel! Es entonces un axioma para las empresas petroleras que quien domine el petróleo del mundo, quien adquiera mayor cantidad de petróleo, quien controle mayores zonas petrolíferas, será dueño del mundo. Luchan las compañías norteamericanas en contra de las compañías inglesas. El Aguila en contra de la Huasteca Petroleum Co. y ésta en contra de El Aguila; Las Standard en contra de las Royal Dutch Shell, y compañías norteamericanas en contra de empresas de la misma nacionalidad,

Existen documentos que prueban mis afirmaciones; hay folletos publicados por gerentes de pequeñas empresas petroleras, en los cuales hay acusaciones en contra de las grandes empresas.

Las compañías no sólo sostienen a Peláez, sino que establecen guardias blancas. Se distingue entre las empresas petroleras que operan en México, por su arbitrariedad, por su decisión combativa, la Huasteca Petroleum Co., que lustros más tarde había de pasar a la propiedad de la Standard Oil Co. de New Jersey.

Se controlan los caminos; los caminos nacionales quedan en poder de las grandes empresas; en ocasiones las guardias blancas de la Huasteca prohíben el tránsito por esos caminos nacionales, hasta a funcionarios del Gobierno en México. Las guardias blancas obran con energía y despotismo.

Mientras todo esto está ocurriendo, ya lo hemos visto, la producción de petróleo crece y crece y se realizan enormes utilidades.

El Gobierno de México no controla la exportación de petróleo, no puede controlarla por completo, porque suelen impedirlo las tropas mercenarias de Peláez. El país está en guerra civil y apenas se inicia el período de la nueva estructuración económica y social.

LA Compañía Mexicana de Petróleo El Aguila repartió dividendos a sus accionistas, de 1914 a 1922, equivalentes al 235% del capital invertido, y de seguro las utilidades fueron superiores para los accionistas de la Huasteca Petroleum Co., de la Sinclair y de otras compañías, sobre todo de la Huasteca, porque en aquellos años hasta 1922, la Huasteca poseía los pozos petroleros más ricos del país.

LAS empresas no cesaban en su actitud en contra de México, según afirmación categórica del Embajador Daniels en su libro *Diplomático en Mangas de Camisa*. Según su afirmación, durante la primera Guerra Mundial, cuando los Estados Unidos entraron a ella, las compañías petroleras norteamericanas que operaban en México, pidieron al Gobierno de Wilson la ocupación militar de la zona petrolera. El Presidente Wilson que

todavía entonces normaba su conducta en principios morales, se negó a atender la petición de las empresas.

EL 5 de febrero de 1917 se promulga la nueva constitución. El artículo 27, lo sabemos todos los aquí reunidos, reivindica para la nación la riqueza del subsuelo. Considera que esta riqueza es inalienable, es imprescriptible y pertenece a la nación, y por supuesto se incluye expresamente el petróleo.

Es curioso observar que en este aspecto el Artículo 27, que nos parece muy revolucionario, no fué sino un retorno a lo esencial a la legislación de la colonia, en vigor hasta el año de 1884. La reflexión que me asalta, es que a veces, lo que en un momento dado pareció anticuado, en otro momento histórico vuelve a adquirir vigencia y matiz de novedad. Y claro está, la promulgación del artículo 27 tenía que herir la sensibilidad de los dirigentes de las compañías petroleras: la lucha adquiere proporciones peligrosas, adquiere aspectos de gravedad. Se emprende en los Estados Unidos una campaña pagada por las compañías petroleras en contra de México, en contra de la Constitución de 1917. Varios órganos de la prensa norteamericana machacan constantemente vocablos tales como confiscación, despojo, robo, etc. Se nos presenta como un país de trogloditas, que no sabe respetar las garantías elementales que consagra el Derecho Internacional. Se nos calumnia a diestra y siniestra, calumnias subvencionadas por las empresas petroleras y México aparece robando bienes legítimamente adquiridos. Las compañías poseídas de generosidad, animadas por un espíritu civilizador, habían venido a México a arriesgar sus capitales, a hacer inversiones para que México rebasara su etapa primitiva, y se les pagaba esta actitud altruísta con la confiscación, con actos de monstruosa ingratitud.

No se reglamenta desde luego el Artículo 27 Constitucional, y al no reglamentarse se van atenuando poco a poco los ataques de las compañías.

DURANTE los gobiernos de De la Huerta y Obregón, no se dió ningún paso en materia de legislación petrolera. El general Obregón no fué reconocido por el gobierno de Washington sino ya muy avanzada su gestión administrativa; seguramente

al general Obregón le pareció demasiado peligroso apretar los tornillos del Art. 27.

PERO en el gobierno del general Calles, bien pronto se comienza a hablar de la reglamentación de tal artículo. El general Calles se hace cargo de la Presidencia de la República el 1º de diciembre de 1924 y meses después se sabe que hay un grupo de técnicos en la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, ocupado en reglamentar ese artículo en materia de petróleo. En cuanto esto se sabe, comienza otra vez la campaña en contra de México en los Estados Unidos y en todos los países en que ejercen influencia las empresas petroleras.

Hay representaciones diplomáticas antes de que aparezca la Ley del Petróleo.

La Ley del Petróleo apareció al fin, y entró en vigor el 29 de diciembre de 1925. ¡Escándalo internacional provocado por las compañías petroleras! Y en esta ocasión contaron los magnates norteamericanos del petróleo y los magnates ingleses y holandeses del petróleo, con la simpatía del gobierno norteamericano.

El gobierno de Washington asume una actitud enérgica en contra de México por la expedición de la Ley del Petróleo. Era Presidente de los Estados Unidos el señor Coolidge; era Secretario de Estado el señor Kellog; era Embajador de los Estados Unidos en México el señor Sheffield. Y el señor Kellog un buen día hace declaraciones vejatorias para la dignidad nacional; hace declaraciones en las cuales, hablando desde una cima, dijo entre otras cosas, que el gobierno de México estaba enjuiciado ante el mundo. El señor Kellog se nombró a sí mismo nuestro juez, y quiso colocarnos en el banquillo de los acusados ante las demás naciones.

El gobierno del general Calles hace declaraciones enérgicas en defensa del decoro del país, rechazando con altivez las palabras del Secretario Kellog.

Poco después sucede algo interesante: un empleado infiel de la Embajada de los Estados Unidos—esto ocurría en el año de 1927—, proporciona al gobierno mexicano una serie de documentos secretos que ponen a las claras la existencia de un complot, perfectamente organizado, por ciertos magnates petroleros de obscura historia, con el mismo Secretario de Es-

tado Kellog y el Embajador Sheffield: complot, si así puede llamarse; plan, si se prefiere llamarle así, para iniciar la invasión de México, por el ejército de los Estados Unidos. Todo estaba listo para llevar a cabo esa infamia.

El Lic. don Emilio Portes Gil, en una conferencia no ha mucho pronunciada en la sala de conferencias del Palacio de las Bellas Artes, leyó una serie de documentos a tal propósito, los cuales le fueron entregados por el general Calles al hacerse cargo Portes Gil de la Presidencia de la República. La conferencia leída por Portes Gil se publicó íntegra en *El Universal* y jamás ha sido refutada.

¿Por qué no se realizó ese crimen?

El general Calles hizo copiar los documentos y envió copias a cada una de las misiones diplomáticas de México en el extranjero. Al mismo tiempo hizo saber al Presidente de los Estados Unidos que México poseía esos documentos del plan Kellog-Sheffield y asociados. Le fueron mostrados los documentos y se le informó que todas nuestras misiones diplomáticas tenían copia de ellos e instrucciones de publicarlos, al cruzar la frontera o al desembarcar en un puerto el primer soldado o marino norteamericano; se daría a la publicidad el siniestro proyecto bélico, urdido a la sombra por un Secretario de Estado y un Embajador enemigos de México, manejados por un grupo de negociantes petroleros.

Así se detuvo una guerra, otra guerra injusta, entre México y Norteamérica.

Sheffield fué destituido de su puesto; se nombró Embajador al señor Morrow que llegó a nuestra ciudad animado de un espíritu distinto al de Sheffield; vino en actitud amistosa, pero por supuesto sin olvidar los intereses de su país.

Hubo un célebre desayuno en la finca agrícola del general Calles, "Santa Bárbara", entre el propio general Calles y el Embajador Morrow. Se habló de que se había llegado a un acuerdo en materia de petróleo.

Poco después, la Suprema Corte de Justicia de la Nación falló en un litigio petrolero que planteaba el problema de la retroactividad del Art. 27 Constitucional. El fallo de la Corte fué en el sentido de aceptar el derecho de confirmación a actos positivos anteriores a la Constitución de 1917. Esto vino a aflojar la tirantez de relaciones entre los dos países.

OTROS años de cierta calma, de un armisticio entre lo que he llamado el nacionalismo mexicano y el extranjerismo de las empresas explotadoras del petróleo de México.

Sin embargo, se continuó regateando tanto los salarios como los impuestos.

En el año de 1934 se funda la Petromex, compañía petrolera gubernamental que había de perforar en terrenos nacionales. Esto alarmó a las empresas petroleras, sobre todo a la Huasteca, ya perteneciente a la Standard Oil Co. de New Jersey.

A las compañías les molestaba todo lo que en alguna forma pudiera afectar levemente sus intereses.

El señor Armstrong, de la Huasteca, enemigo reconocido de México, fué a quejarse con el Embajador norteamericano porque el Gobierno había fundado la Petromex; le expresó su temor de que el Gobierno, y de manera particular los ferrocarriles, para sus distintos servicios, compraran el petróleo a la Petromex, lo cual efectivamente comenzó a suceder porque era algo absolutamente lógico, claro y legítimo. Al señor Armstrong le pareció atentatorio. Las compañías creían que sus intereses debían ser intocables, sagrados, como si Dios hubiera estampado su firma en escrituras de dudosa legitimidad.

LOS altos empleados, todos extranjeros, vivían en cómodos chalets en las zonas petroleras; cómodos e higiénicos con alambrados para evitar la entrada del mosquito y otros insectos. En esos chalets se vivía con todas las comodidades, con todo el confort moderno. Y allá, a la distancia estaban las casas de madera; las casas modestísimas en que habitaban los "greasers", los trabajadores mexicanos. Los hospitales mal acondicionados; el servicio médico deficiente. Y el puerto de Tampico, por donde habían salido ríos de petróleo, en 1937 no tenía suficiente agua potable para calmar la sed de sus habitantes.

Y centenares de trabajadores mexicanos enfermos de paludismo y del aparato digestivo, lo mismo que sus mujeres y sus hijos. Pero ya no estaba lejos el 18 de marzo de 1938.

El conflicto de orden económico y la expropiación

EN el año de 1935 operaban en México algo más de 20 compañías petroleras, todas ellas, con excepción de la Petromex y algunos pequeños productores, de nacionalidad extranjera.

El primer lugar por sus inversiones y por su producción lo ocupaba la Compañía Mexicana de Petróleo El Aguila, que ya sabemos era subsidiaria de la Royal Dutch Shell; el segundo lugar lo ocupaba la Huasteca Petroleum Co., subsidiaria de la Standard Oil Co. de New Jersey, y el tercer lugar la Sinclair. Además, la Standard Oil de California, filial de la de New Jersey; la Sábalo Transportation Co., el grupo Imperio, la Mexican Gulf y otras más.

Cada compañía tenía su contrato de trabajo con sus empleados y obreros de manera que había tantos contratos como empresas existían. En algunos casos como el de la Compañía Mexicana de Petróleo El Aguila, la misma Compañía tuvo interés, por razones que más tarde estudiaremos, en dividirse en varias empresas. La Compañía Mexicana de Petróleo El Aguila en el momento de la expropiación, se hallaba dividida en diez compañías diferentes.

No era posible que continuara esta situación, porque de manera obvia las prestaciones sociales y los salarios tenían niveles distintos en las diferentes pequeñas o grandes entidades económicas.

De modo que los trabajadores, no sin vencer inúmeros obstáculos, no sin luchar con dificultades que en ocasiones parecían insuperables, lograron fundar en el año de 1936 el Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana, sindicato industrial, el que dió los primeros pasos en cuanto quedó constituido para exigir de todas las compañías un contrato colectivo de trabajo con la finalidad de que todas las empresas petroleras que en México operaban, pagaran los mismos salarios a sus trabajadores y las mismas prestaciones de carácter social, tales como vacaciones, indemnizaciones por accidentes de trabajo, servicio médico, hospitales, etc. Las empresas petroleras no tuvieron más remedio, porque los trabajadores se hallaban apoyados por la Ley del Trabajo, que aceptar discutir con los dirigentes del Sindicato. Esto ocurría en los últimos meses de 1936, pero en vista de que las partes se hallaban muy lejos la una de la otra, en el mes de noviembre estuvo a

punto de estallar una huelga, porque los trabajadores consideraron que era el arma que les quedaba para que las compañías accedieran a sus peticiones.

El Gobierno Federal intervino como amigable componedor; logró que se llevase a cabo una convención obrero-patronal y que las discusiones se reanudaran. En efecto, las discusiones continuaron durante el resto de 1936 y los cuatro primeros meses de 1937. No se llegó a ningún resultado positivo y en el mes de mayo de ese año, los trabajadores declararon una huelga general a todas las empresas que explotaban el petróleo en México.

Los resultados de esa huelga se hicieron sentir inmediatamente en la ciudad de México y en toda la República. Se pudo ver con toda claridad la importancia del petróleo y de sus derivados; cinco o seis días después de iniciada la huelga, las calles se veían semidesiertas; comenzaron a pararse algunas fábricas que no tenían suficientes reservas de combustible; empezaron a pararse las máquinas útiles para la explotación agrícola. De modo que se estaba hiriendo al país en el aspecto más vital de su actividad económica.

Ante tan grave situación, el Gobierno Federal pidió a los dirigentes del sindicato que reanudaran sus labores y que plantearan ante la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje un Conflicto de Orden Económico.

ANTES de seguir adelante, deseo explicar con la mayor claridad que me sea posible y con el menor número de palabras, lo que es un conflicto de orden económico de conformidad con la Ley del Trabajo.

Cuando una empresa y sus trabajadores no llegan a acuerdo alguno en cuanto a elevación de salarios y mejoría en las prestaciones; cuando por una parte, los obreros dicen: la empresa, puede elevar nuestros salarios en un 10, en un 20, en un 30% porque tiene capacidad financiera, porque está obteniendo grandes utilidades; y por la otra los patronos aseguran enfática y categóricamente que no pueden acceder a las demandas de su personal, porque sus condiciones financieras se lo impiden; si tal caso se presenta, la Ley ha previsto que ya sea la parte obrera, o la patronal, presente ante la Junta el caso como un conflicto de orden económico.

La Junta Federal de Conciliación y Arbitraje, al demandarlo alguna de las partes, establece el conflicto de orden económico y designa tres peritos. La obligación de ellos consiste en presentar ante la Junta en un plazo de treinta días, dos documentos: un informe del estado financiero de la empresa, y un dictamen conteniendo su parecer acerca de la manera de resolver el conflicto.

A los treinta días, los peritos presentan, como antes lo apunté, tales documentos; la Junta Federal los pone a la vista de las partes y les da setenta y dos horas para que presenten objeciones; presentadas éstas en el plazo indicado, con el informe de los peritos, el dictamen de los mismos, las objeciones de los trabajadores, las objeciones de la empresa y todos los demás elementos que a su juicio sean necesarios, la Junta Federal pronuncia su laudo ordenando lo que debe hacerse en tal caso, y las partes en pugna no tienen sino dos caminos a seguir: acatar el laudo o acudir a la Suprema Corte de Justicia de la Nación solicitando la rectificación de la sentencia.

Los trabajadores petroleros establecieron ante la Junta Federal el conflicto de orden económico. Esta designó desde luego tres peritos, que fueron: el señor Efraín Buenrostro, Subsecretario de Hacienda y Crédito Público; el Ing. Mariano Moctezuma, Secretario de la Economía Nacional, y el que habla, que entonces desempeñaba las funciones de Consejero del Secretario de Hacienda, Lic. don Eduardo Suárez. La Junta de Peritos se organizó designando Presidente al señor Efraín Buenrostro, Secretario a mí, y Vocal a don Mariano Moctezuma.

Inmediatamente nos dimos cuenta del grave problema que teníamos en nuestras manos. Desde luego pensamos que el legislador de la Ley del Trabajo, al dar un plazo de treinta días para hacer un informe y un dictamen, pensó seguramente en una sola fábrica, en una sola empresa; pero no previó un conflicto que abarcara toda una industria y mucho menos de la magnitud de la del petróleo.

De modo que el plazo de treinta días para ahondar, para conocer a fondo las condiciones financieras de alrededor de veinte empresas y poder dar un parecer razonado, sereno, sobre la manera de resolver el conflicto, nos pareció insuficiente y la tarea difícil de realizarse.

Debo confesar que lo único que pudo hacerse fué lograr una demora, acudir a una pequeña maniobra seguramente no censurable, consistente en que yo, como Secretario de la Comisión, no me diera por notificado de los nombramientos sino diez días después, para ganar ese lapso y disponer siquiera de cuarenta días a fin de llevar a cabo tarea tan agobiadora.

Nos pusimos a trabajar. A las veinticuatro horas de la designación, se había elaborado ya un plan completo, y fué menester organizar rápidamente todo un equipo de personas expertas en diversas ramas que ascendió a un centenar aproximadamente: geólogos, ingenieros petroleros, economistas en buen número, calculistas, taquimecanógrafos, en fin todo lo que se estimó necesario para llevar a cabo tamaña labor.

Unas setenta y dos horas después de haber recibido la comisión estaban trabajando las cien personas, cada una con sus tareas parcelarias perfectamente determinadas. Se trabajó intensamente durante esos cuarenta días, y en algunos casos de las 8 de la mañana a la 1 de la mañana del siguiente día. Nos dimos cuenta de la tremenda responsabilidad que pesaba sobre nosotros. Todos los que colaboraron en la investigación, en la redacción del informe se sintieron poseídos de un hondo fervor por servir al país.

Se pidieron todos los informes que se juzgaron necesarios a las empresas y a los trabajadores. A medida que se fué avanzando en la investigación fuimos descubriendo aspectos muy interesantes de la industria petrolera. Por ejemplo, encontramos que la Compañía Mexicana de Petróleo El Aguila vendía sus productos a una empresa establecida en el Canadá que se llamaba también El Aguila, a precios por debajo del mercado. Recuerdo un dato concreto: mientras el precio en Nueva York de un barril de petróleo, en promedio, en el año de 1936, era de \$3.19, la Compañía Mexicana de Petróleo El Aguila se lo entregaba a su filial a \$1.96. ¿Con qué objeto, se preguntarán algunos de mis oyentes? Sencillamente con el propósito de ocultar aquí las utilidades para reducir el pago del Impuesto Sobre la Renta, y trasladar parte de la contribución sobre utilidades a otro país.

Revisando la contabilidad, encontramos numerosas triquiñuelas. Ya sabemos que el arte del contador se parece al arte de los prestidigitadores. El prestidigitador sabe cómo echar una paloma en un sombrero, soplar nuevamente y hacerla desapa-

recer. El contador puede realizar esos trucos con extraordinaria habilidad. Nuestros contadores pudieron descubrir en las contabilidades de las empresas, una serie de maniobras tendentes a la ocultación.

Tres días antes de que venciera el plazo para entregar el Informe y el Dictamen ante la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje, se presentaron en mis oficinas los abogados de las empresas y en un tono levemente burlón me preguntaron: ¿van a entregar el 3 de agosto el Informe y el Dictamen? Yo señalé una silla donde estaban tres volúmenes encuadernados conteniendo dos mil quinientas cuartillas que constituían el Informe, y les dije: "Allí está el Informe y será entregado el día 3; por lo que al Dictamen se refiere, lo estoy redactando en estos momentos y también estará listo el día señalado por la Ley". Se pusieron serios, me dieron las buenas tardes y se marcharon.

Los peritos estimamos que lo que los trabajadores pedían de aumento, sobre las erogaciones de las empresas en salarios y prestaciones sociales en el año de 1936, llegaba a unos noventa millones de pesos. Las compañías habían ofrecido aumentar las prestaciones sociales y los salarios en catorce millones. De modo que la diferencia era enorme puesto que por un lado se ofrecían catorce y por el otro se pedían noventa.

Los peritos llegamos a la conclusión de que las empresas podían aumentar en salarios y en otros servicios en provecho de los trabajadores, veintiséis millones de pesos. De manera que puede verse con toda claridad el problema; empresas: catorce millones; trabajadores: noventa millones; peritos: veintiséis millones.

¿Por qué llegamos a fijar la suma de veintiséis millones? Fué resultado de una serie de cálculos, de estimaciones y además, porque pudimos precisar que en los años de 1934, 1935 y 1936 las compañías habían obtenido utilidades en promedio anual de cincuenta y cinco millones de pesos. En consecuencia, si las compañías aumentaban veintiséis millones e intensificaban su producción y se organizaban mejor —porque no estaban tan bien organizadas como se creía— sin mengua de sus intereses podían perfectamente aumentar la suma señalada en beneficio de los trabajadores mexicanos.

El 3 de agosto nos presentamos los peritos ante la autoridad del trabajo. Estaban presentes los representantes de los

trabajadores y los de las empresas. Entregamos por triplicado, como lo ordena la Ley, el Informe y el Dictamen.

Yo no les oculto que me divertí un poco al pensar que de acuerdo con la Ley se daban setenta y dos horas para que las partes presentaran objeciones. El Informe, ya lo dije, contenía lo equivalente a dos mil quinientas páginas en máquina a renglón abierto, y el Dictamen unas cien más. Y claro, era materialmente imposible que persona alguna pudiera en setenta y dos horas leer siquiera tan extensos documentos.

La Junta fué benévola. Ante la imposibilidad material, alargó el plazo.

INMEDIATAMENTE que las empresas conocieron el parecer de los peritos, iniciaron una campaña enconada en contra de nosotros en páginas enteras en los periódicos, afirmando que nos habíamos equivocado; que habíamos cometido numerosos errores. Esto, todos los días, en todos los tonos, acudiendo a todos los procedimientos que aconsejan la falsedad, la inquina y la mala fe.

Se quejaron ante el Presidente de la República. El Presidente, general Lázaro Cárdenas, seguramente pensó en la conveniencia de conocer personalmente los argumentos de unos y otros. Invitó a los representantes de las compañías para que acudieran al despacho presidencial el 2 de septiembre de ese año de 1937, y citó a los peritos.

La reunión se efectuó alrededor de las 12 del día.

Estaban algunos gerentes de las empresas; desde luego el gerente general de la Compañía Mexicana de Petróleo El Aguila. Estaban los abogados más duchos de la Huasteca Petroleum Co. y de otras compañías.

El general Cárdenas concedió la palabra a los representantes de los petroleros. Comenzó a hablar el gerente de El Aguila, diciéndole al Presidente de la República que la compañía de la cual era gerente general, era una compañía auténticamente mexicana y que los peritos habíamos dicho algo inexacto al afirmar que era una subsidiaria de la Royal Dutch Shell; que también era inexacto, que los peritos habíamos faltado a la verdad, al afirmar en el Dictamen que estaban vendiendo por debajo de los precios del mercado a El Aguila del Canadá, y agregó otros argumentos secundarios.

Cuando terminó el caballero inglés, yo saqué de mi portafolio un periódico financiero londinense. No recuerdo exactamente en este instante si este periódico correspondía al año de 1927 o al de 1928. No me es posible precisar el año, que es de importancia secundaria para nuestro propósito, porque no pude consultar el archivo del conflicto de orden económico que se halla en el Departamento de Bibliotecas y Archivos Económicos de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público. Saqué el periódico y leí substancialmente lo que sigue: Informe anual de la asamblea general de accionistas de la Royal Dutch Shell correspondiente a tal año, 27 ó 28. Nuestra subsidiaria, la Compañía Mexicana de Petróleo El Aguila, ha realizado durante el año que se comenta, buenas utilidades en México; pero hemos resuelto organizar en el Canadá la Compañía Canadiense El Aguila, con el objeto de evitar las dificultades y molestias derivadas del pago de múltiples y elevados impuestos. Los accionistas —se añadía—, no tendrán pérdida ninguna; las acciones de diez pesos las vamos a dividir en acciones de cuatro pesos las de El Aguila de México, y de seis pesos la de El Aguila del Canadá.

Cuando comencé a leer ese informe oficial de la Royal Dutch, el gerente de El Aguila se puso nervioso, porque significaba desmentir de modo categórico, aplastante e irrefutable, las afirmaciones que acababa de hacer ante el Presidente de la República, y no pudiendo contenerse quiso interrumpirme. El general Cárdenas, con su laconismo habitual, tuvo que contenerlo y decirle: deje que termine el señor.

Hice un breve comentario al terminar la lectura, un breve comentario al señor general Cárdenas: Quiero recordar —dije— que precisamente uno o dos años antes del Informe a que me he referido, se estableció en México por vez primera el Impuesto Sobre la Renta, y se ve con toda claridad que lo que la Compañía Mexicana de Petróleo El Aguila ha hecho por decisión de su matriz, la Royal Dutch, es ocultar utilidades para reducir lo que legítimamente le corresponde a México por la explotación de sus recursos naturales, y trasladar parte de esas utilidades al Canadá, a fin de que en alguna forma beneficien a Su Majestad británica. Y además recordé lo que los peritos habíamos afirmado en cuanto a la reducción en el precio del petróleo que El Aguila de México simulaba vender a El Aguila del Canadá.

SE dijo antes que la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje no exigió que en el término de setenta y dos horas las partes presentaran sus objeciones; fué sumamente tolerante, de manga ancha, y les dió varias semanas.

Los trabajadores presentaron algunas objeciones. Las empresas presentaron muchas objeciones. Continuaron con la campaña agresiva en contra del peritaje. El argumento total de las empresas fué éste: no podemos pagar los veintiséis millones de pesos, porque no tenemos capacidad financiera. Esto lo repitieron día tras día, hasta el fastidio, en todos los periódicos de la ciudad de México, e iniciaron además su campaña insidiosa en publicaciones periódicas de los Estados Unidos y de otras naciones.

La Junta Federal pronunció su laudo el 18 de diciembre de 1937, aceptando en lo substancial las recomendaciones de los peritos y condenando a las compañías petroleras a que aumentaran salarios y prestaciones en 26 millones de pesos.

Las compañías entonces elevaron la puntería dirigiendo sus ataques ya no sólo a los peritos sino también a la Autoridad del Trabajo. La campaña de calumnias no se interrumpió. Pero hubo algo más grave. Esto merece una explicación aparte.

A fines del año de 1937, se sabía que no era posible sostener el tipo de cambio de \$3.60 por dólar, debido a condiciones desfavorables de nuestra balanza de pagos, que se estaban manifestando en una constante sangría de la reserva monetaria constituida en el Banco de México. Se veía con toda claridad por las personas enteradas de estas cosas, que México bien pronto estaría obligado a desvalorizar su moneda. Hubiera sido peligroso pensar en otra solución. Las empresas que conocían bien esta situación, llevaron a cabo una ofensiva financiera, propagando la noticia de que el dólar tendría que subir, y comprando ellas mismas con pesos, grandes cantidades de la divisa norteamericana. Al propalar estas noticias, lógicamente la ofensiva dió resultado. Numerosos depósitos en pesos, se transformaron en dólares y se refugiaron en el extranjero. Además influyó el conflicto que a cada momento se agravaba entre Gobierno y empresas.

El Banco de México tuvo que hacer enormes esfuerzos, sacrificios sin cuento para mantener el tipo de \$3.60 durante los primeros meses de 1938.

Hay una observación interesante: si era obvio, si era inevitable que el peso frente al dólar se devaluaría, las empresas estaban seguras que los 26 millones de pesos de fines de 1937, representarían para ellas una suma menor, puesto que buena parte de sus productos los exportaban y al recibir dólares, podían comprar mayor número de pesos al venir la desvalorización.

Las empresas subestimaron al Gobierno de México y sobreestimaron su poder. Se dirigieron a la Suprema Corte de Justicia de la Nación en demanda de rectificación del laudo de la Junta. La Suprema Corte estudió el problema, y el 1º de marzo de 1938 confirmó el laudo de la Autoridad del Trabajo.

Las empresas afirmaron una vez más que no tenían capacidad económica para aumentar los 26 millones de pesos a que habían sido sentenciadas. De manera que al negarse a cumplir la sentencia de la Suprema Corte, se declararon en rebeldía en contra del más alto tribunal de la República. Las empresas petroleras arrojaron el guante en actitud de desafío al Gobierno de México y al pueblo de México.

Yo fui comisionado para ir a los Estados Unidos a enterar al Embajador Castillo Nájera en Washington acerca de la seriedad de la situación. Llegué a Washington precisamente el 1º de marzo; conversé con el Embajador; le informé en detalle de cómo estaban las cosas en relación con el conflicto petrolero. Y aquí va una pequeña anécdota: El Embajador me preguntó: ¿Y qué cree usted que va a pasar? Le respondí: creo que habrá una intervención temporal por el gobierno. . . Con cierta nerviosidad me interrumpió y me dijo: ¡Ah! eso yo lo arreglo; yo agregué: o la expropiación. El Embajador pronunció una de esas interjecciones muy mexicanas que analiza tan bien Octavio Paz en su libro titulado *El Laberinto de la Soledad*, y añadió: ¡Si hay expropiación, hay cañonazos! Y no andaba desencaminado el Dr. Castillo Nájera. Yo pensé en aquel momento: si hay expropiación, será muy grave lo que pueda acontecer.

El general Cárdenas todavía estuvo haciendo esfuerzos durante los primeros días de marzo, en plan amistoso, para persuadir a las compañías a que acataran la sentencia de la Suprema Corte. Hubo una junta de abogados de las compañías con el Presidente de la República. Algunos de los represen-

tantes le preguntó al general Cárdenas: Y quién nos garantiza que el aumento será solamente de 26 millones? El general Cárdenas contestó: Yo lo garantizo. ¿Usted? Sí, lo garantiza el Presidente de la República. El que preguntó no pudo contener una leve sonrisa. El Presidente Cárdenas se puso de pie y les dijo: señores, hemos terminado.

Es absolutamente falso que desde un principio el Gobierno hubiera tenido la idea de expropiar a las compañías petroleras. El Gobierno se daba cuenta clara de la gravedad de tal paso. Pero ¿qué iba a hacer el Gobierno de México frente a la rebeldía de las empresas? ¿Ante la actitud de desafío a la más alta autoridad judicial de la República? ¿Qué se hubiera hecho en cualquier otro país? El Gobierno pudo tal vez llevar a cabo una intervención temporal, pero la actitud de las empresas fué tan levantada, tan soberbia, tan intransigente, que el general Cárdenas, con opinión favorable de algunos de los miembros de su Gabinete y desfavorable de otros, resolvió optar por la expropiación.

Posteriormente las empresas ofrecieron aumentar las prestaciones en 22 millones de pesos. Ya el problema era insignificante, era un capricho no acatar el fallo de la Corte y es que estaban resueltas a rebelarse, a demostrar su fuerza, a no aceptar que un país modesto como el nuestro les impusiera su autoridad, acostumbradas a mandar sin ninguna oposición en dilatados territorios.

Se anunció la expropiación el 18 de marzo por medio de todas las estaciones de radio de la República. Momentos antes las empresas enviaron una persona a ver al general Cárdenas, para decirle que sí podían pagar los 26 millones. Fué demasiado tarde. Esto ha sido negado por las compañías, pero quien quiera tener una comprobación de mi aserto, puede consultar el diario *La Prensa* del 19 de marzo de 1938, donde hay declaraciones de las empresas en el sentido indicado.

El acto expropiatorio produjo una honda impresión en todo el país.

Tengo informes de que aún algunos dirigentes del Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana —y tenían razón— estaban temerosos de lo que pudiera acontecer.

El país respondió. La expropiación se llevó a cabo un viernes, y rápidamente se fué advirtiendo el apoyo de la opinión pública.

Las compañías continuaron trabajando en contra del país. Sus agentes en Tampico, hicieron correr la voz de que no había dinero para hacer el próximo pago a los trabajadores. Sin embargo, el día de pago a las 7 de la noche llegó un avión de México con varios sacos de billetes. El pago se había retardado varias horas. Se improvisaron pagadores. Algunos que jamás se habían ocupado de esas tareas, se ofrecieron a ayudar. Se pagó al último individuo como a las 2 de la mañana, y a pesar de cierto desorden, y de tanto pagador improvisado, no faltó un solo centavo.

El miércoles 23 de marzo hubo en la ciudad de México una manifestación de respaldo al Gobierno por la expropiación de las empresas petroleras, de más de cien mil personas, según entonces se informó; cien mil personas que fueron espontáneamente a la manifestación, sin ninguna amenaza, sin ningún procedimiento coercitivo. Puede decirse que fuera de unos cuantos descastados, todo México estuvo con el Gobierno frente a las compañías petroleras.

Días más tarde, el 12 de abril, hubo una manifestación de mujeres frente al Palacio de las Bellas Artes. Millares de mujeres de todas las clases sociales, desde las más humildes hasta las aristocratizantes, fueron a entregar su cooperación para pagar la deuda petrolera. Algunas entregaron joyas valiosas, y otras objetos de valor escaso. Hubo una viejecita de la clase humilde que llevó una gallina, la cual seguramente representaba una buena parte de su exiguo patrimonio. Actos ingenuos y conmovedores, pero de todos modos dan idea de lo que en los momentos difíciles somos capaces de realizar los mexicanos.

Hay algo que es justo confesar: La Iglesia Católica estuvo con el Gobierno en esa ocasión; aceptó que hubiera colectas en las iglesias para pagar la deuda petrolera. Es uno de los pocos casos en que el clero mexicano ha estado franca y decididamente del lado de los intereses populares.

AHORA bien, unos cuantos días después de la expropiación ¿cuáles eran las condiciones de la industria petrolera? Procuraré ser breve.

El 19 de marzo se habían ido todos los técnicos, todos los directores de las empresas; el 19 de marzo no había un solo barco-tanque en puertos mexicanos; antes del 19 de marzo habían cruzado la frontera todos los carros-tanque alquilados y de propiedad de las empresas. ¿Qué hacer? Realmente el problema se presentaba pavoroso. Los técnicos se improvisaron; a los sargentos se les hizo coroneles o generales de división. Recuerdo un caso concreto, que no fué el único; el señor Federico Aznar, repartidor de gasolina en la ciudad de México, líder de prestigio en la refinería de Azcapotzalco, fué designado superintendente de esa refinería, y desempeñó con eficacia su alto cargo.

No había barcos ¿qué hacer para distribuir la gasolina en el occidente del país? Compramos un viejo barco cubano con capacidad para 6,000 barriles y lo bautizamos con el nombre de "Cuauhtémoc". Había otro barco, el "San Ricardo" en reparación en Mobile, Alabama; se le trajo después de largo litigio, se abanderó con nuestra insignia y se le puso—nombre simbólico—"18 de Marzo".

¿Cómo repartir el petróleo con un número relativamente reducido de carros-tanque? Los trabajadores petroleros trabajaban con actividad y fervor. Los trabajadores ferrocarrileros demostraron una gran eficacia moviendo los trenes, multiplicando por el número de viajes los carros-tanques. Y no faltó gasolina en todas esas semanas en el país.

Se había iniciado la batalla de las grandes empresas petroleras en contra de México; entidades económicas con un poder inmenso basado en su riqueza, con una enorme influencia en todas partes; verdaderos monstruos de la economía mundial. Estaban allá, en New York, en Londres, en Amsterdam. Aquí estaba un pueblo pobre; pero estaba todo el pueblo y ese pueblo tenía su caudillo. Justo es no olvidarlo. El caudillo se llama LÁZARO CÁRDENAS.

La lucha de las empresas en contra de México

RECUÉRDESE que en la parte final de la conferencia pasada se hizo notar que unos cuantos días después de la expropiación, la situación era bastante difícil porque habíanse marchado de México los técnicos; porque no teníamos carros-tanque suficientes para el transporte de petróleo; porque no teníamos barcos

para llevar el combustible a la zona occidental de nuestro país. Recuérdese también que se dijo que no obstante tamañas dificultades y que fué menester ascender a generales a los sargentos; que fué necesario mover los carros-tanque, gracias a la cooperación entusiasta del personal ferrocarrilero, con la mayor celeridad posible; y que no obstante todo esto hubo gasolina, diesel oil y petróleo crudo en todo el país. Fué un esfuerzo verdaderamente titánico, un esfuerzo heroico de parte de esos sargentos ascendidos a generales de división, de los empleados de los Ferrocarriles Nacionales, de todos los que con pasión fervorosa se afanaron por sacar a flote la industria petrolera que en una forma inesperada, de manera repentina, había pasado a manos de los mexicanos.

PERO esas fueron dificultades interiores que afortunadamente se fueron venciendo con increíble oportunidad. Las dificultades que nos vinieron del exterior fueron mucho mayores. Desde luego, las grandes empresas iniciaron un boicot total en contra de México. Las grandes empresas amenazaron con su inmenso poder financiero, a todas las compañías que hubieran podido comprarnos petróleo; amenazaron al mismo tiempo a todas las empresas productoras de maquinaria, de refacciones indispensables a la industria petrolera. De modo que el plan de la Standard Oil Co. de New Jersey, de la Sinclair, de la Standard Oil Co. de California, de la Royal Dutch Shell, fué estrangular la industria petrolera mexicana por medio de este tremendo e injustificado boicot.

Logramos al principio vender unas cantidades apreciables de asfalto y petróleo a Holanda y a Francia; pero al llegar las mercancías a los puertos de Francia y Holanda, fueron embargadas por gestiones de las empresas, asegurando a los tribunales de los países citados que se trataba de petróleo robado y que debía entregarse a sus legítimos propietarios.

Por supuesto que eso nos hizo grave daño, porque aun cuando a la postre México ganó los juicios en estos dos países, es obvio que perjudicaron la posibilidad de nuevas ventas, ya que los compradores en potencia supusieron en aquellos meses dramáticos, que de comprar petróleo a México sufrirían los retardos inevitables, consecuencia de posibles litigios.

En el puerto de Mobile, Alabama, se encontraba el barco "San Ricardo" que había pertenecido a la Compañía Mexicana

de Petróleo 'El Aguila'. Este barco, que se hallaba en reparación, tratamos de recuperarlo. Se inició un juicio; establecimos un Consulado en la población referida; nombramos abogados y después de numerosas gestiones judiciales, México otra vez ganó el pleito y fué posible enviar marinos mexicanos a recibir el "San Ricardo", el cual, como ya se dijo, se bautizó con el nombre de "18 de Marzo". Así es que ya avanzado el año de 1938, contábamos con algunos carros-tanque más, adquiridos de emergencia y contábamos también con dos navíos petroleros: el "Cuauhtémoc", que ya referí habíamos comprado a Cuba y el "San Ricardo" transformado en el "18 de Marzo", un barco viejo de alrededor de 20 años de vida pero con capacidad para transportar diez mil barriles.

No nos vendían materiales, no podíamos en esos primeros meses realizar con facilidad ventas. La falta de materiales, la falta de piezas de repuesto fué substituída por esa habilidad mexicana—cualidad de los pueblos pobres—para ser buenos remendones, capaces de improvisar una pieza complicada producida en una fábrica moderna, con unos cuantos elementos de herrería primitiva.

No fué sólo el boicot lo que nos causó grave daño, fué además la campaña de prensa iniciada en periódicos norteamericanos y europeos con inquina inaudita.

México era presentado a los lectores de numerosos rotativos, de revistas semanarias, de publicaciones mensuales, con los colores más sombríos. Eramos un país de ladrones, nos habíamos robado el petróleo y estábamos incapacitados para pagar los bienes de que nos habíamos apropiado, y no sólo no podíamos pagar, sino que además no queríamos pagar.

La Standard Oil Co. de New Jersey auspició la publicación de una revista que se llamó *The Lamp*. En esa revista se decían las mayores enormidades respecto a nosotros; se hablaba de que las compañías norteamericanas habían sido expropiadas con un valor de dos mil millones de dólares y que lógicamente México se hallaba incapacitado para pagar esa suma. En otros periódicos se reducía la cantidad a cuatrocientos cincuenta millones de dólares. En *The Lamp* se publicaban caricaturas insidiosas, que el Embajador Daniels, calificó de repulsivas. Y aun a publicaciones serias y de prestigio llegó el dinero corruptor de la Standard Oil Co. En la revista *The Atlantic Monthly*, del mes de julio de 1938 se publicó un artículo conteniendo una

cantidad inconcebible de calumnias y embustes. Por ejemplo, se afirmó en ese artículo que el petróleo que no podíamos vender corría en arroyos hacia el mar; que habíamos rentado puertos marítimos a los japoneses, y que habíamos alquilado aeródromos a los fascistas. Se trataba de crear una psicosis en el pueblo norteamericano para que apoyara la petición que en repetidas ocasiones hacían los representantes de las empresas ante el Departamento de Estado, para que se declarara la guerra a México.

Aquí, en esta ciudad también apareció una revista mensual con el título de *El Economista*; revista pagada por las empresas petroleras, dirigida seguramente por un mexicano equivocado y de la cual fueron redactores mexicanos equivocados también; y estoy haciendo, lo confieso, un enorme esfuerzo para suprimir adjetivos que me nacen de adentro para calificar con energía a tales individuos.

Naturalmente, las gestiones de los petroleros ante el Departamento de Estado tuvieron alguna influencia; pero no lograron lo que deseaban y que era como ya dije antes, la declaración de guerra. Era Presidente de los Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt que conocía bien los manejos de esas empresas; conocía bien la política de ellas en su propio país. Sin embargo, el 26 de marzo de 1938, el señor Hull entonces Secretario de Estado, envió una nota a nuestro Gobierno preguntando cómo íbamos a pagar a las empresas expropiadas y cuándo íbamos a pagar. Además se recordaba en forma agría la falta de pago de indemnizaciones por las tierras expropiadas a ciudadanos norteamericanos, resultado de la reforma agraria. El Gobierno de México contestó que el Secretario de Hacienda esperaba a los representantes de las compañías petroleras para fijar el monto del pago por la expropiación, previo avalúo de los bienes de las empresas. Ninguna de las empresas en aquellas semanas, se presentó a discutir con el representante del Gobierno Federal.

El Gobierno norteamericano tomó esta posición bien definida desde un principio: reconoció la legitimidad del acto expropiatorio; consideró que México había realizado tal acto de acuerdo con sus leyes; pero en no pocas ocasiones insistió en que el pago debía ser justo y pronto.

Así las cosas, nos llegó el 9 de abril de ese mismo año de 1938, la nota de protesta del gobierno inglés. La Compañía

Mexicana de Petróleo El Aguila, según lo referí en ocasión pasada, acerca de la cual decía su gerente que era una empresa mexicana, resultó lo que ya todos sabíamos: era compañía predominantemente de capital inglés y en la que, según Daniels, tenía buen número de acciones el Gobierno de Su Majestad. La nota de Inglaterra estaba escrita en un tono que se apartaba del lenguaje diplomático; se le echaba en cara a México el no haber pagado una suma de algo más de trescientos mil dólares a Inglaterra. Nuestro Gobierno entregó inmediatamente un cheque por la suma reclamada al ministro inglés y le recordó a Inglaterra que México no era el único país que se hallaba en demora por el pago de sus deudas, que había otros, más poderosos que no habían cumplido con sus compromisos, aludiendo a la falta de pagos de Inglaterra a ciertas deudas a Norteamérica.

El 13 de mayo de 1938 se notificó al ministro inglés Mr. O'Malley que México, en vista de la actitud poco amistosa de Inglaterra, había cerrado su Legación en Londres. El ministro O'Malley no tuvo más remedio que marcharse del país.

POR otra parte en los periódicos de los Estados Unidos se hablaba de que pronto estallaría, o había estallado ya en México, una revolución que daría al traste con el Gobierno del general Lázaro Cárdenas. Algunos han afirmado que agentes de las compañías petroleras tuvieron conversaciones con el general Saturnino Cedillo. El Embajador de los Estados Unidos en México, en ese libro que tantas veces he citado, *Diplomático en mangas de camisa*, se inclina a creer que hubo tales conversaciones. Afortunadamente la rebelión cedillista abortó gracias a que el general Cárdenas, se presentó en San Luis Potosí, se lanzó a la boca del lobo en su tren presidencial con una veintena de soldados, y con su prestigio moral y su indiscutible valor, deshizo la rebelión cedillista.

VARIOS meses después de la expropiación las compañías petroleras enviaron al abogado Richberg a conversar sobre el problema con las autoridades mexicanas. El abogado Richberg se reunió con el Presidente Cárdenas en la ciudad de Saltillo e hizo entre otras, las siguientes proposiciones para que se esta-

bleciera la paz entre compañías y Gobierno: El Gobierno de México devolvería los bienes expropiados a las compañías; éstas explotarían el petróleo de México durante cincuenta años y el Gobierno de México se comprometería a que no se elevaran los salarios de los trabajadores durante ese lapso y a no subir los impuestos. Por supuesto que México declinó tan generoso ofrecimiento.

PERO ¿qué podemos decir respecto a las ventas? El boicot fué efectivo durante las primeras semanas. Afortunadamente no sólo existe la lucha de clases, la lucha de los de abajo en contra de los de arriba, sino que en la estructura económica predominante en los países de civilización occidental, hay también lo que yo he llamado la lucha horizontal. Los capitalistas luchan en contra de los capitalistas, los industriales en contra de los industriales, los comerciantes en contra de los comerciantes. En fin, eso que se llama competencia. Owen decía: la competencia es la guerra y el beneficio es el botín.

Pues bien, gracias a la competencia, gracias a esa lucha horizontal, empezó la industria petrolera mexicana a tener clientes. El primer cliente que tuvo fué Stendrup and Company, que nos compró una cantidad pequeña de asfalto. Más tarde, vendimos petróleo a la Eastern State Petroleum Co. de Houston, una compañía refinadora que se hallaba en condiciones económicas muy lejos de la bonanza. De todos modos en aquellos meses nos ayudó en forma considerable y vendimos petróleo para ser refinado en Houston, consiguiendo después de numerosos trabajos y a precios por encima de los del mercado, que algunos armadores nos alquilaran botes para transportar ese petróleo y también para enviar productos de la industria a la Costa Occidental, teniendo estos barcos que ir por el Canal de Panamá y hacer un largo recorrido. No había otro camino. . .

El gobierno quiso desde un principio vender el petróleo a las democracias. Se envió a Francia al señor don Eduardo Villaseñor, entonces Subsecretario de Hacienda, con el objeto de conseguir que el gobierno francés comprara nuestros productos. Villaseñor luchó durante varias semanas. El gobierno francés temía las represalias de las compañías y sobre todo no quería ponerse en mal con el gobierno de Inglaterra. Villaseñor puso una carta a las autoridades francesas haciéndoles ver que si México no podía vender petróleo a las democracias, lo que era su

vehemente deseo, se vería obligado a venderlo a las potencias del Eje, porque no podía tirar su petróleo al mar. Y agregaba Villaseñor en su carta, en un párrafo profético, que al venderle petróleo a Alemania, el petróleo de México podía servir para que los aviones alemanes y los tanques atacaran al ejército y al pueblo francés. Villaseñor no tuvo éxito en su gestión y regresó al país.

SE presentó uno de esos sujetos internacionales, inescrupulosos, habilísimos negociantes, que ocupan los departamentos presidenciales en los más suntuosos hoteles, que saben gastar dinero, que son inteligentes y audaces; se presentó en México el señor Davis, de nacionalidad norteamericana, como intermediario del gobierno italiano, para hacer compras en México de nuestros productos. Se hicieron contratos con Italia; les vendimos petróleo y derivados a cambio de la construcción de tres barcos petroleros de diez mil barriles cada uno en los astilleros Anzaldo del Puerto de Génova; un poco más tarde cambiamos con Italia petróleo por artisela, de la que tenía necesidad México.

Davis no se detuvo allí. Pudo negociar la venta de petróleo con Alemania. A Italia le vendimos petróleo desde fines del año de 1938 hasta que entró a la guerra, y a Alemania de enero a agosto de 1939, en parte a cambio de artículos manufacturados, de estructuras de puentes, de productos de la industria pesada alemana, y en parte en dólares.

Es útil agregar que la Standard Oil Co., de New Jersey, en artículos publicados en "Fortune", en los meses de abril, mayo y junio del año de 1940, refiere entre otras muchas cosas que realizó en 1938, grandes ventas de petróleo a Alemania, que Alemania fué en ese año su mejor cliente, y se lamentaba de que la guerra le hubiera cerrado ese mercado.

Lo que México vendió a Alemania fué insignificante en comparación con lo que vendió la Standard Oil Co. de New Jersey. Así es que los productos petroleros de la Standard Oil Co. de New Jersey, sirvieron para asesinar jóvenes norteamericanos durante la guerra. ¡Antinomias de la sociedad en que vivimos!

Por otra parte, también logramos, a través de una compañía de paja, vender petróleo crudo de Pánuco a la Cities Service Company; lo logramos gracias a la intervención del ingeniero

Garfias que era entonces uno de los directores de esa poderosa compañía. Garfias no olvidaba su mexicanidad. Vendimos en la primera ocasión un millón quinientos mil barriles de ese petróleo que, como es bien sabido, es el mejor, o uno de los mejores del mundo, para elaborar asfalto.

A mediados de 1939 era yo Gerente General de la Distribuidora de Petróleos Mexicanos. Fui a Washington, y apadrinado por nuestra Embajada dirigí una nota al Departamento de Estado, que contenía la siguiente pregunta: ¿El Departamento de Estado opondrá alguna acción si México amplía sus ventas de petróleo en los Estados Unidos? El señor Duggan, Jefe de la División de Asuntos Latinoamericanos, con quien además conversé sobre el particular, me manifestó oficialmente que el Departamento de Estado no tenía ningún inconveniente en que México realizara ventas de sus productos en Norteamérica. Amparado en esa respuesta, fui a Nueva York, y a principios de enero de 1940 se firmó un contrato con la First National Oil Corporation, una de las empresas que surte o surtía a Nueva York de gas-oil para calentar edificios. Fue un contrato muy importante puesto que montó a veinte millones de barriles de petróleo.

También hicimos algunas pequeñas ventas a países latinoamericanos; vendimos algo al Brasil, a Argentina, a Uruguay, a Guatemala, y una sola venta al Japón, que según mis recuerdos no pasó de dos millones de barriles.

Como se ve, el boicot se iba aflojando a pesar de la presión, de los esfuerzos, de las calumnias de la Standard Oil Co., de New Jersey, de la Royal Dutch Shell y de las otras empresas.

ERA menester tener barcos para cumplir con los contratos que íbamos adquiriendo. Logramos comprar dos barcos noruegos con capacidad para diez mil barriles cada uno, después de numerosas gestiones y esfuerzos. Cada barco costó seiscientos mil dólares. Los barcos debían ser entregados en Mobile, Alabama. El primero llegó a fines del año de 1939. Enviamos nuestros marinos al mando de quien entonces era Jefe del Departamento de Marina de Petróleos Mexicanos, el capitán Obregón. Tomamos precauciones por temor de que las compañías embargaran el barco a pesar de los pleitos que les habíamos ganado. De modo que se dieron instrucciones de que el barco noruego

se recibiera sigilosamente a las 2 de la mañana. Ocurrió algo inesperado: nuestros marinos encontraron que el flamante barco se movía con motores diesel y los marinos mexicanos no habían manejado ningún barco con esa clase de motores. Sin embargo, se les dieron algunas explicaciones por medio de intérpretes y entre 4 y 5 de la mañana, ese barco, al que bauticé con el nombre de "Cerro Azul" se dió a la mar. Cuentan los que en él venían, que a la altura de Florida, ya doblando hacia el Golfo de México, inesperadamente se oyó una sirena que hacía un ruido infernal. Y nuestros marinos subían, bajaban, corrían, iban y venían y no lograban localizar la procedencia de aquel silbido sin tregua. Recibí un radiograma del capitán Obregón que decía: "A la vista de las costas de Florida. Navegando sin novedad hacia Tampico". Algunos refieren que horas después, 3 ó 4, se pudo localizar la causa de aquel alarmante y agudo sonido; según otros, el aullido de la sirena cesó cuando el "Cerro Azul" ancló en Tampico.

EN el mes de enero de 1940, hubo unas conversaciones secretas iniciadas primero en Nueva York y después en Washington, entre un representante de la Consolidated Oil Corporation, es decir la empresa de Sinclair en los Estados Unidos, el líder obrero Lewis, el licenciado Eduardo Suárez, el Embajador Castillo Nájera y yo. Estuve presente en dos conversaciones y tuve que regresar a México. El objeto de esas pláticas era el de buscar un arreglo entre Sinclair y el Gobierno Mexicano en cuanto al problema de la expropiación.

Las negociaciones continuaron. A fines de marzo se me pidió que me trasladara a Washington a asesorar al Embajador Castillo Nájera, porque los arreglos con Sinclair iban por buen camino. Llegué a Washington el 31 del mes citado, y el 1º de abril comenzamos a conversar el coronel Hurley, representante de Sinclair, el Dr. Castillo Nájera y yo. Empezamos a conversar sobre la manera de pagar a Sinclair los bienes expropiados. Pero el 4 de abril, el Gobierno Norteamericano dirigió una nota energética al de México por considerar que se retardaba demasiado el pago a las compañías petroleras, y se insistía sobre las cuestiones derivadas de la Reforma Agraria. También se insinuaba que México tal vez no quería o no podía pagar. Yo creí que todo iba a echarse a perder, pero Hurley no hizo mención

al hecho y continuamos las conversaciones. México contestó con dignidad la nota norteamericana.

Bueno es recordar que en ese mes nos hallábamos en plena campaña presidencial. Por una parte la candidatura del general Manuel Avila Camacho; por la otra, la del general Juan Andreu Almazán. De manera que la situación en el país no era del todo tranquilizadora y por supuesto la nota con matiz de protesta del Departamento de Estado, vino a complicar la situación política en México. En consecuencia, el arreglo con Sinclair tenía enorme trascendencia. Si llegábamos a un arreglo con esa empresa, la tercera en importancia de las que operaron en México, demostrábamos al Departamento de Estado que queríamos y podíamos pagar y de seguro se influiría ventajosamente en las condiciones políticas internas.

Las conversaciones con Hurley fueron extremadamente laboriosas; fué menester trabajar cuatro o cinco días a la semana, en ocasiones más horas de las razonables. Poco a poco nos fuimos acercando. Consideramos los mexicanos que el valor de los bienes expropiados a Sinclair montaba a ocho millones de dólares. Sinclair, que al principio pedía dieciocho millones y que en el curso de las discusiones fué reduciendo sus demandas, al fin aceptó que se le pagaran ocho millones y medio de dólares. Las conversaciones abarcaron todo el mes de abril. Sabíamos perfectamente que íbamos a pagar una prima de quinientos mil dólares, pero creímos que eso estaba bien si tomábamos en consideración las condiciones ligeramente tensas entre México y los Estados Unidos, después de la referida nota del 4 de abril y de la respuesta consiguiente.

Llegamos al acuerdo de que a Sinclair se le pagaría en petróleo en el plazo de 5 años.

Lo que el Embajador Daniels refiere en "Diplomático en Mangas de Camisa" respecto al arreglo con Sinclair, es completamente inexacto. El Embajador no recordó el asunto al escribir su libro y se equivocó de lugar, de tiempo y en todos los detalles. El arreglo no fué en México como Daniels dice, sino en Washington y exactamente como lo vengo refiriendo. Después del arreglo, el coronel Hurley vino a México en actitud de cosechar laureles.

El día 30 de abril, se llegó a una solución definitiva. Uno de los documentos que debía firmar Sinclair tenía una última cláusula que decía substancialmente: "El pago que se hace a la

Consolidated Oil Corporation se deriva de la expropiación de sus bienes, llevada a cabo por el Gobierno de México en uso de su soberanía". Allí se presentó el último escollo. Sinclair le dió instrucciones a Hurley en el sentido de que aceptaba todas las cláusulas de los convenios, pero que no estaba dispuesto a aceptar la última relativa a la expropiación; que proponía en cambio, que se substituyera la cláusula diciendo que la suma que se pagaba era por compra que hacía el Gobierno de todos sus bienes en México. A todo trance quería que no se usara la palabra expropiación. Se insistió en el punto de vista mexicano y Hurley en el de Sinclair. Discutíamos en la Biblioteca de la Embajada. Bajé a buscar al Embajador Castillo Nájera y le dí mi parecer: "Es absolutamente necesario sostener esta cláusula que viene a consagrar el derecho de México para expropiar los bienes de las empresas". Y agregué: "Señor Embajador, tengamos si es necesario, el valor de fracasar en esta negociación. El doctor Castillo Nájera estuvo enteramente de acuerdo con mi opinión.

Después de un mes de trabajos intensos, estábamos resignados aquella mañana a que se frustraran las negociaciones. Conferencias telefónicas entre el coronel Hurley y Sinclair. Nosotros sosteniendo con firmeza nuestra resolución. Al fin, a las 11 de la noche, Sinclair aceptó la discutida cláusula. El día 1º de mayo de ese año de 1940 se firmaron en la Embajada los convenios: uno de venta de petróleo que firmé yo, y el relativo al pago por la expropiación de los bienes, que firmó el Embajador.

El día 5 debía yo salir de Washington para México y una hora antes cité a los periodistas en el hotel en que me alojaba. Habíamos tratado el asunto con tal sigilo, que nadie sospechó lo que se estaba negociando. Si la Standard Oil de New Jersey lo hubiera sabido, no hubieran podido firmarse esos convenios. A los periodistas les dije: "Señores, debo darles la noticia de que México ha roto un flanco del frente de batalla de las empresas petroleras", y les comuniqué el arreglo con Sinclair.

Efectivamente, habíamos obtenido una nueva e importante victoria.

Consolidación y progreso de la industria

EN los comienzos del año de 1938 explotaban el petróleo de México —como ya se dijo— alrededor de veinte empresas, la mayor parte filiales de grandes unidades económicas extran-

jeras; y no pocas de las compañías que operaban en México tenían a su vez varias subsidiarias en nuestro país, con el objeto de disminuir el pago del Impuesto sobre la Renta. Todas estas compañías tenían a su servicio técnicos experimentados, administradores experimentados, flotas de barcos, y no vendían el petróleo, sino más bien lo entregaban a las matrices de las cuales dependían.

Al venir la expropiación y fundirse todas esas compañías grandes y pequeñas en una sola empresa, Petróleos Mexicanos, sin flota de barcos, sin técnicos experimentados y en ocasiones con dirigentes obreros que no entendieron bien al principio lo que la expropiación significó, fué inevitable que hubiera un desajuste en la industria petrolera en México; desajuste agravado, como seguramente se recuerda, por la hostilidad de las empresas extranjeras: el boicot, la campaña de prensa, las dificultades enormes para obtener materiales, para abrir en realidad por primera vez al petróleo de México mercados en el exterior, y como si todo ello no hubiera sido bastante, el 1º de septiembre de 1939 se declaró la guerra en Europa, que bien pronto asumió proporciones mundiales sin precedente en la historia del mundo.

Al estallar la guerra, se hizo ya imposible vender por largo tiempo petróleo al exterior, por la acción de la guerra misma y de los submarinos alemanes que nos hicieron sus víctimas en más de una ocasión.

El señor don Efraín Buenrostro que fué director de Petróleos Mexicanos del 1º de diciembre de 1940 al 30 de noviembre de 1946, tuvo que enfrentarse a tremendas dificultades, tal vez en algunos casos, mayores que aquéllas a las cuales nos habíamos enfrentado sus antecesores. Sobre todo dos fueron las grandes dificultades de Buenrostro, las derivadas de la guerra como antes hice notar, y aquéllas provocadas por dirigentes obreros mal encaminados a los que en ocasiones apoyó en forma inexplorable la Secretaría del Trabajo.

En el mes de julio de 1940 la empresa petrolera nacionalizada planteó un conflicto de orden económico; otro conflicto de orden económico se planteó en diciembre de 1946, pero un poco más tarde se organizó la comisión técnica industrial formada por trabajadores y personas designadas por Petróleos Mexicanos. Comisión que rindió su informe sobre el estado de la industria el 20 de mayo de 1947. En esta Comisión reinó la mayor

armonía entre las partes y desde ese momento las relaciones entre Petróleos Mexicanos y sus trabajadores no han tenido grandes tropiezos.

La gestión de don Antonio J. Bermúdez, a partir de diciembre de 1946 ha significado la consolidación de Petróleos Mexicanos.

SE recordará que las compañías extranjeras habían afirmado en todos los tonos que México no quería ni podía pagar la indemnización proveniente de la expropiación, y ya sabemos por lo que se dijo en la conferencia pasada, que el 1º de mayo de 1940 se firmaron los convenios con Sinclair; pero las empresas no obstante que se debilitaron por haberles roto un flanco como se indicó anteriormente, continuaron su campaña en contra de México y no daban señales de entrar en arreglos con nuestro país.

De manera obvia era menester precisar cómo iban a pagarse los bienes expropiados y el valor de tales bienes. A este propósito es bueno dar unos cuantos datos.

Los peritos en el conflicto de orden económico de la industria petrolera planteado en junio de 1937, consolidamos los balances de todas las compañías y estimamos que el valor de sus bienes el 31 de diciembre de 1936, se eleva a \$221.822,000.00.

Más tarde, en 1940, se hizo un avalúo judicial después del arreglo Sinclair y en este avalúo se concluyó que el valor de las propiedades de las compañías petroleras expropiadas ascendía a \$203,278,000.00. Naturalmente los balances de las compañías, por razones fiscales, no se ajustaban a la realidad. Tomando en cuenta este hecho, y otra serie de elementos que me sirvieron de juicio en el año de 1937, llegué a estimar el valor de los bienes expropiados en cien millones de dólares.

Pero se decía hace un instante que las compañías se negaban a celebrar arreglo alguno. Entonces se entendieron los Gobiernos de México y de los Estados Unidos; cada Gobierno nombró un plenipotenciario y se comprometieron a que la conclusión a que llegasen sería acatada por los dos Gobiernos. El Gobierno norteamericano designó al señor Morris L. Cooke, uno de esos norteamericanos de mente liberal, de lo mejor que existe en el país vecino. El Gobierno de México nombró al Ing. Manuel J. Zevada, persona de probidad indiscutible que había tenido la ventaja de participar como técnico en el primer conflicto de

orden económico de 1937. Por fin, el 17 de abril de 1942, los plenipotenciarios concluyeron que el valor de varias empresas norteamericanas, incluyendo la Huasteca Petroleum Co., subsidiaria de la Standar Oil de New Jersey, montaba a 23,996,000.00 dólares, y se firmó el convenio respectivo. Ese mismo día, se firmó también un convenio con el Grupo Imperio, al que se le reconoció \$1,500,000.00 dólares.

El total pagado a las empresas norteamericanas, ascendió en números redondos a 35 millones de dólares. Estos 35 millones de dólares han sido liquidados. Vale la pena no olvidar que mientras en los periódicos en que se infamaba a nuestro país, se hablaba de que los bienes de las empresas norteamericanas alcanzaban la cifra de 450 millones de dólares y en alguna ocasión, en el artículo publicado en una revista norteamericana, se dijo que se elevaban a 2,000 millones de dólares, llegaron apenas a 35 millones; pero quedó pendiente el arreglo con la más poderosa de las compañías que operaban en México, la más poderosa desde el punto de vista mexicano y no desde el punto de vista internacional.

En el balance de El Aguila, al 31 de diciembre de 1936, balance oficial de la compañía, el valor de sus bienes era de \$166.651,000.00.

Ya se hizo notar la costumbre fraudulenta de las compañías petroleras que operaban en México, de presentar balances que no revelaban la verdad. Mi cálculo respecto a El Aguila era de que sus bienes valían entre sesenta y sesenta y cinco millones de dólares.

El Aguila ya por el año de 1946, inició negociaciones directas con el Gobierno de México. El 29 de agosto de 1947 se firmó un convenio con El Aguila, en el cual se reconoció que los bienes expropiados a esta gran empresa se elevaban a . . . 81,250,000.00 dólares. El Gobierno de México se comprometió a pagar esta suma en dólares. El tipo de cambio en la fecha en que se firmó el convenio, era de \$4.85 por dólar; pero no sólo adquirimos el compromiso de pagar los 81 millones, sino además por intereses del 18 de marzo de 1938 al 17 de septiembre de 1948, nos comprometimos a pagar 25,594,000.00 dólares, y por intereses de cantidades insolutas del 18 de septiembre de 1948 al 17 de septiembre de 1962, 23,495,000.00 dólares. Total, la deuda ascendió a 130,339,000.00 dólares para pagarse en 15 anualidades, cada 18 de septiembre. A partir de 1948, se han

venido entregando a los representantes de esa compañía, 8.689,000.00 dólares. Al hacer el primer pago, —llevamos hechos cinco—, el peso mexicano se había desvalorizado de \$4.85 a 8.65 por dólar. A mi parecer México fué demasiado generoso con esa empresa. En fin, la historia dirá la última palabra.

De modo que a El Aguila hasta estos instantes le hemos pagado 43.445,000.00 dólares y le debemos 86.894,000.00 en números redondos. A uno le asalta el temor de que si en el futuro se desvalorizara otra vez nuestra moneda, sería enorme el sacrificio que habría que hacer para cumplir con el compromiso contraído.

En resumen, los bienes expropiados montaron según todos los arreglos, a 165 millones de dólares, de los cuales hemos pagado 78 y debemos 87.

SE ocurren dos preguntas; dos preguntas verdaderamente importantes. La primera es ésta: ¿La expropiación ha sido un éxito o un fracaso? Y la segunda: ¿México ha ganado o perdido con la expropiación?

Acerca de la primera pregunta, los agentes de las compañías petroleras en Bolivia, en Venezuela, en el Perú en todas partes, afirman que la expropiación ha sido un fracaso.

Voy a contestar con cifras a la primera pregunta. Será un poco cansada, pero es inevitable. Los números suelen tener elocuencia a la que no alcanzan las palabras.

En el trienio de 1934-1936, los últimos años normales de la explotación del petróleo en México por las compañías extranjeras, se produjeron 119 millones de barriles; en el trienio de 1949-1951, la producción ascendió a 215 millones de barriles.

La exportación presenta la tendencia a decrecer, resultado del incremento de la demanda interior.

El consumo de gasolina en litros en el trienio ya citado de 1934-1936, fué de 1,096 millones; en el trienio de 1949-1951 de 6,657 millones, consumo que pone de relieve el desarrollo económico del país.

La capacidad diaria de refinación en el año de 1938, era de 102,000 barriles; en la actualidad es de 239,000, es decir algo más del doble.

En el año de 1938 había cinco refinerías; en la actualidad hay ocho, habiéndose ampliado además, considerablemente, la antigua refinería de Azcapotzalco.

En el año de 1938 sólo había un barco en reparación en Mobile, Alabama, según ya se ha explicado; en la actualidad Petróleos Mexicanos tiene una flota de 19 barcos-tanque.

En 1938 los gasoductos y oleoductos tenían una extensión de 2,102 kilómetros; en la actualidad hay gasoductos y oleoductos con una extensión de 4,020 kilómetros.

Petróleos Mexicanos ha hecho referencia hace poco a las declaraciones de un tal Mr. Pratt, que fué Jefe de Producción de la Standard Oil Co. de New Jersey, declaraciones contenidas en un libro que tiene por título "El Petróleo en el Mundo" y en el cual con esa suficiencia, con ese orgullo, con esa petulancia tan característica de ciertos funcionarios estadounidenses, afirmó de modo categórico que sólo los ingleses y los norteamericanos, tal vez por descender de semidioses, eran capaces de descubrir campos petroleros; pero ha resultado que en el año de 1947, nos costó trabajo aprender, los mexicanos descubrimos un campo petrolero y de 1947 a la fecha, hemos descubierto 31 campos más, entre otros el último recién descubierto al que con toda justicia se le ha llamado "Ezequiel Ordóñez", en memoria del gran geólogo mexicano no ha mucho desaparecido, y este campo que parece prolongación de "La Faja de Oro", ofrece enormes posibilidades para la industria petrolera de México y para el desenvolvimiento de la economía nacional. Tal vez si los resultados corresponden a las fundadas esperanzas que en este momento se tienen, la producción podrá incrementarse de manera considerable; será posible llenar con holgura las necesidades del país y hacer exportaciones, que de seguro influirán favorablemente en nuestra balanza de pagos.

Los equipos de perforación de todas las empresas petroleras en el año de 1938, llegaban apenas a 16; en estos momentos Petróleos Mexicanos tiene 131 equipos.

En el trienio tantas veces citado 1934-1936, los supertécnicos de las empresas petroleras perforaron 129 pozos productivos. De 1949 a 1951, se han perforado con éxito 364 pozos.

Los ingresos de todas las compañías petroleras, según sus balances, en el trienio de 1934-1936, ascendieron a 662 millones de pesos. Los ingresos de Petróleos Mexicanos de 1949 a 1951, fueron de 4,688 millones. Si reducimos estas cifras a dólares; si la primera la dividimos entre 3.60 y la segunda entre 8.65, todavía se advierte un aumento de gran importancia en los ingresos.

Por otra parte Petróleos Mexicanos, del 18 de marzo de 1938 al 31 de diciembre de 1951, ha hecho inversiones capitalizables que se elevan a 1,755 millones de pesos, cantidad destinada a modernizar la industria, a adquirir mejores equipos, a construir nuevas refinerías como la de Salamanca, a construir nuevos oleoductos y edificios. La participación del capital extranjero en esta suma, fué de 10 millones de dólares, préstamo que hizo después de oponer numerosos obstáculos el Eximbank en 1944, y que ha sido totalmente pagado.

Los impuestos y derechos incluyendo el Impuesto sobre la gasolina, en el trienio de 1934-1936, fueron de 119 millones de pesos. Las compañías discutían siempre los impuestos y si había una pequeña elevación, ponían el grito en el cielo y hablaban de gravámenes confiscatorios. De 1949 a 1951, Petróleos Mexicanos pagó a la Secretaría de Hacienda, en vez de 119 millones 1,237 millones.

Pero conviene mencionar algunos aspectos que podemos catalogar como obras de servicio social. Voy a citar solamente dos ejemplos: En 1938 había 5 hospitales y 9 consultorios, consultorios y hospitales atendidos por 70 médicos; este servicio costó un millón setecientos ochenta y tres mil pesos. En estos momentos hay 8 hospitales en la industria petrolera, 12 clínicas y 123 consultorios, atendidos por 379 médicos, con un costo estimado para este año de 1952, de 28 millones de pesos. A las compañías no les interesaba la salud de nuestros trabajadores, que al fin y al cabo, si la vejez prematura inutilizaba a alguno de ellos, allí estaban los hijos para suplirlos en el trabajo industrial.

El otro ejemplo: En 1937, las compañías petroleras sostenían 32 escuelas con 90 profesores y 4,719 alumnos con un costo de \$215,340.00: en la actualidad hay 46 escuelas con 344 profesores y 21,348 alumnos, incluyendo a cerca de 5,000 niños que no son hijos de trabajadores petroleros. El costo de este servicio ascenderá en el presente año a \$3,981,000.00. Se impone otra vez el comentario: ¿Qué interés podían tener los dirigentes de las compañías petroleras para que el niño mexicano se instruyera? ¿para que el niño mexicano se educara? Lo que les importaba era obtener beneficios para repartir dividendos entre los "sleeping partners" de Nueva York, de Bruselas, de La Haya, de Amsterdam o de Londres. Hay que agregar que Petróleos Mexicanos otorga numerosas becas a

hijos de trabajadores para que mejoren su cultura, de igual manera que a estudiantes, a aquellos estudiantes que van a graduarse con el tiempo de ingenieros petroleros tanto en el Politécnico como en la Universidad.

Petróleos Mexicanos ayuda con créditos iniciales a las cooperativas de consumo que organizan los trabajadores. Hay 3,800 casas que pertenecen a Petróleos; mas no son suficientes. Petróleos ayuda a los trabajadores también con créditos, a construir sus propias moradas. En ocasiones Petróleos también ha gastado dinero para introducir agua potable. Construye caminos; algunos centenares de kilómetros han sido construídos por la industria nacionalizada. Y es que Petróleos Mexicanos tiene un criterio enteramente distinto al que normaba la conducta de las empresas extranjeras, porque Petróleos está manejado por mexicanos.

Los planes para nuevas inversiones con el objeto de perfeccionar la industria, renovar y ampliar sus instalaciones y construir tres refinerías en lugares estratégicos en el sur y el occidente del país, requieren una inversión de 443 millones de pesos.

Está contestada la primera pregunta: ¿La expropiación ha sido un éxito o un fracaso? Las cifras que he dado están gritando que la expropiación ha sido un éxito, un gran éxito de los técnicos y trabajadores mexicanos, un gran éxito de los directores de la Empresa, un gran éxito del pueblo de México.

Y ¿qué es lo que se ha ganado? No falta quienes hacen esta pregunta: ¿qué es lo que ha ganado México con la expropiación? Voy a dar algunas respuestas.

En primer lugar, en los tres últimos años de las compañías petroleras que operaron en México, se exportaron como utilidades alrededor de 165 millones de pesos, producto de la riqueza acumulada por la naturaleza en nuestro suelo y del desgaste productivo de energía del trabajador mexicano. Esos 165 millones de pesos fueron a dar a los bolsillos de accionistas grandes o pequeños, que vivían en ciudades distantes de México y sin ninguna vinculación con nosotros. 55 millones de pesos anuales, que vamos a suponer muy conservadoramente, hubiera sido la suma que continuaran obteniendo las compañías como utilidades durante 15 años, de 1938 a 1952, hubieran ascendido a 825 millones de pesos. Esos millones se han quedado

en buena parte en México y por distintos canales de la circulación han fecundado la economía de la República.

Por otra parte, Petróleos Mexicanos ha sido factor de indudable importancia en la industrialización del país, la cual se inició en el año de 1939, continuó en los años posteriores, uno más del Presidente Cárdenas, seis del Presidente Avila Camacho y se ha seguido por los senderos trazados de 1947 a la fecha. La industrialización quizás no hubiera sido posible que llegara al modesto nivel en que se encuentra, que si algo se ha hecho, hay mucho más por hacer, sin la expropiación del petróleo; porque Petróleos Mexicanos ha hecho una serie de concesiones a distintas empresas en formas diferentes que han facilitado el proceso de capitalización interna e incrementando el ingreso nacional. Esta es otra de las ganancias derivadas de la expropiación.

Una tercera es que los productos del petróleo se venden en México a precios baratos; me atrevo a asegurar que en México se venden el petróleo y sus derivados, a precios más bajos que en la inmensa mayoría de los países del mundo, y ésta ha sido una ganancia para el pueblo mexicano.

Y finalmente, han ganado los trabajadores al alcanzar una categoría plenamente humana. El trabajador de las antiguas empresas al que se le escatimaba el jornal y el derecho a vivir con decoro, es ahora hombre y ciudadano que ha recibido numerosos beneficios.

Se ha dado respuesta a la segunda pregunta enunciada.

¿ACASO de todo lo que se ha dicho se concluye que Petróleos Mexicanos se desliza como nave en mar apacible? De ninguna manera.

Mucho se ha hecho ya en Petróleos Mexicanos, se ha avanzado bastante, pero Petróleos Mexicanos tiene problemas y sin duda alguna de cierta seriedad.

En primer lugar, si bien es cierto que Petróleos Mexicanos dispone de créditos en el país con la mayor amplitud posible, no dispone de ellos en el exterior y por lo mismo los créditos de que goza, son notoriamente insuficientes para manejar negocio de tanta cuantía.

De seguro, por estas circunstancias, por las dificultades de adelantar en la exploración y en la perforación de nuevos pozos,

Petróleos Mexicanos ha celebrado contratos con empresas mexicanas y extranjeras, según mis noticias más extranjeras que mexicanas, para hacer exploraciones y perforar pozos dentro de determinadas condiciones. En mi opinión los contratos celebrados por Petróleos Mexicanos con entidades norteamericanas, no son ilegales como se ha dicho por allí; pero no puedo ocultar mi temor, más que mi temor mi zozobra ante la creciente inversión de capitales norteamericanos en México. La independencia política de una Nación, no hay que olvidarlo jamás, depende de su independencia económica; si ésta se debilita, se mengua aquélla; y lo que debe defender un pueblo sobre todas las cosas, es su soberanía compatible con la realidad internacional de nuestro momento histórico.

Sea de ello lo que fuere, Petróleos Mexicanos necesita intensificar sus inversiones, tarea que no debe descuidar, porque debe adelantarse al ritmo de la economía del país para coadyuvar a su rápido desenvolvimiento. Aquí hay también problemas que obstaculizan una más acelerada capitalización con nuestros propios recursos. Si alguna vez se pidiera mi opinión a tal respecto, yo diría que hay que incrementar las inversiones de Petróleos Mexicanos pero con nuestro esfuerzo. No busquemos ayuda en la casa del vecino, porque ello suele entrañar graves peligros.

Petróleos Mexicanos ha venido capitalizando con cierta lentitud, por varias razones: en primer lugar, porque los impuestos que está pagando al Gobierno Federal son tal vez excesivos; en segundo lugar, porque suele vender sus productos al costo y aún por debajo del costo a determinadas negociaciones.

Dos ejemplos: Primero:—Los Ferrocarriles Nacionales de México tienen un precio especial en el combustible que utilizan; si se les vendiera al precio del mercado, recibiría Petróleos Mexicanos 44 millones de pesos más al año. Eso no es deseable para los Ferrocarriles ni para Petróleos; para los Ferrocarriles porque están fincando sus finanzas sobre terreno movedizo, y para Petróleos porque debilitan su economía.

Segundo ejemplo:—Petróleos Mexicanos entrega gratuitamente a Guanos y Fertilizantes, azufre cuyo valor, según el dato que se me ha proporcionado, monta a seis millones de pesos al año. Lo cual no tiene ninguna justificación.

Petróleos Mexicanos suele vender a precios reducidos el combustible a compañías de luz y fuerza; en algunos otros

casos, a empresas que persiguen fines de lucro y no hay razón alguna para que Petróleos Mexicanos sacrifique legítimos ingresos.

En buena hora que Petróleos Mexicanos venda por debajo del costo los derivados del petróleo a la Costa Occidental de México; en buena hora que venda a precios reducidos la gasolina que mueve los vehículos, la tractolina y el gas que se utilizan en los hogares mexicanos; mas no está bien que Petróleos Mexicanos sea tan pródigo, o que el Gobierno lo obligue a serlo. Es necesario que Petróleos Mexicanos no se convierta en una Nuestra Señora de la Misericordia.

Petróleos Mexicanos, en consecuencia, debe perfeccionar su organización administrativa, su política financiera y por supuesto debe mantener, dentro de términos razonables, la posición que ha tomado de servir intereses de carácter social.

Yo tengo una fe terca en los destinos de México, y creo con convicción profunda que la industria petrolera, que se halla en buenas manos y ojalá que en buenas manos continúe mañana, será factor afirmativo en el futuro de la Patria.

UNIDAD INTERAMERICANA

Por *Manuel J. SIERRA*

CON insistente frecuencia reveladora de la expresión de un criterio que podría calificarse de general, se viene señalando no sólo por observadores norteamericanos, sino por distinguidos estadistas de nuestras propias repúblicas, una perceptible tendencia desintegradora, creemos fortuita, no por eso menos peligrosa, de la solidaridad continental, que ha representado por más de un siglo, inspiración unánime de la política americana.

Lo lamentable en este fenómeno en que se anuncian síntomas de esclerosamiento, incluso en las ligas mismas, que unen a los estados iberoamericanos, preocupados desde la iniciación de su independencia, por constituir un bloque homogéneo de países democráticos y libres, orientados hacia una colaboración común de recíproco beneficio y resueltos a mantener entre sí una paz inalterable.

Continuamente se habla de conflictos y desconfianzas que llevan a veces en potencia, propósitos de intervencionismo e inconfesos proyectos de hegemonía, que con muy raras excepciones habían interferido en el pasado, la cordialidad de nuestro amistoso convivir, cuyos apóstoles nos dejaron como guía luminosa en el cielo de América, su inquebrantable empeño, de confraternidad y ayuda en trance de una verdadera mística.

Allí están radiantes las páginas escritas por las conferencias panamericanas, de lo que se ha dado en llamar por los "nuevos" en tono peyorativo, época romántica del panamericanismo, pretendiendo con tal epíteto referirse a su falta de sentido práctico, sobre todo en el campo de las transacciones comerciales.

Sin embargo, dentro de esta visión de supremacía idealista de intereses morales y políticos, se lograron mantener intactos los nexos vitales de nuestra América que pudo presentar un frente común e inmovible en el orbe internacional y

resistir inmune los peligros de verse envuelta innecesaria e injustamente en contiendas que atañen a lejanos y ajenos problemas.

Palpita asimismo en esa edad de oro la labor callada de los hombres de ciencia y de los misioneros de la fraternidad y la educación dedicados a buscar un mundo mejor, en comunidad de justicia y amor, para las grandes masas de nuestros pueblos, segregadas en trágica inferioridad, del bienestar que nosotros disfrutamos y, por último, los progresos de nuestra ascensión democrática, condenando con índice de fuego, los ensayos dictatoriales de un veleidoso totalitarismo, que confunde la demagogia con la libertad.

Los bronceos de los héroes de la solidaridad continental, montan guardia a lo largo de nuestros territorios y no dejarán perderse esta patria única americana, en un mar cosmopolita de 60 naciones juntas, no unidas, que hasta ahora sin que hayan podido evitarlo, sólo han advertido entre ellas un creciente antagonismo, que acentúa el alejamiento de una cordial y constructiva comprensión, en bien de la humanidad.

Hubo un momento a partir del cual los Estados Unidos gradualmente contagiados y seducidos por el idealismo iberoamericano, fueron eludiendo las prácticas de dominio e intervención que habían dejado profundas y dolorosas huellas principalmente, en las repúblicas del Caribe y en nuestra patria.

Para continuar la labor de otros arquitectos de una América unida, surgió en la vida del vecino país, la figura de Roosevelt que repudiando los viejos sistemas y técnicas, algunos tenazmente sostenidos y practicados por sus antecesores, adoptó una política de las más altas miras, para borrar en el continente las humillantes marcas del imperialismo.

Esta conducta despertó en Iberoamérica un sentimiento general de simpatía que vino a ser alimento asimismo para la realización de ofrecimientos concretos para nuestro desenvolvimiento económico.

La política del "buen vecino" constituyó por una parte, el propósito inquebrantable de cumplir con los principios y normas del Derecho Internacional y por otra, el deseo de proceder a una ayuda efectiva para la integración económica de las repúblicas americanas.

Esta política invariablemente acatada, tenía que propiciar un sólido entendimiento, cuyos frutos se manifestaron no únicamente en el orden práctico, sino también en el campo espi-

ritual. Nunca las relaciones entre los Estados Unidos y nuestras veinte repúblicas fueron más sinceramente cordiales.

El órgano encargado de promover esta fecunda alianza, que al mismo tiempo que nos conservó independientes nos mantuvo fuertemente unidos, fué la Unión Panamericana a cuyo espíritu que predomina en las ocho primeras conferencias, debe acreditarse en gran medida los resultados de esta política venturosa de concordia e independencia.

Los archivos de las reuniones que tuvieron lugar en este período de claros e inequívocos propósitos, se encuentran llenos de las más inspiradas y elocuentes muestras de una labor desinteresada que vino nutriendo la entonces vigorosa contextura americanista.

Al impacto de la guerra, al contagio del utilitario intercambio comercial y el acodo de nuestro organismo en un cónclave universal, se debe a la dispersión lamentable y peligrosa que viene acentuándose dentro del movimiento interamericano.

Tal parece que existía el deseo de algunos de nuestros estadistas, de acabar con esta interdependencia gloriosa y útil del movimiento interamericano. Empezaron a brotar nuevas corrientes de improvisadas ideologías; comenzó a tacharse de anticuado al panamericanismo que iniciara Bolívar; se habló de comunidad material para olvidarse de la unidad espiritual; se empezó a consentir en transacciones ominosas sobre el concepto de soberanía y por último, se resolvió plegar la orgullosa independencia americana, a la voluntad universal representada por las Naciones Unidas.

Durante el funcionamiento de la Sociedad de Naciones, producto de la primera Guerra Mundial, la organización americana pudo mantener su autonomía haciendo compatible su cooperación, con aquel organismo; en la actualidad esto ya no es posible, no sólo las Naciones Unidas en su acción de conjunto, sino a través de la actividad desplegada por la multiplicidad de costosos y de común ineficientes organismos auxiliares, perturban, desvían, invaden y contradicen la labor de unidad americana.

El debilitamiento de nuestra solidaridad es algo tan grave, que se ha hecho evidente la forma en que ha ido decayendo la fuerza que representaban las 20 repúblicas que en unión de los Estados Unidos, integran el movimiento interamericano. Uno de tantos ejemplos escogidos por reciente, de este fenómeno,

puede verse en el asunto de Túnez sometido a las Naciones Unidas y a cuya consideración se ha opuesto en términos tan categóricos Francia, juzgando que tal problema cae dentro de su competencia interna y no de la jurisdicción internacional.

En el caso, un grupo de estados americanos votó en favor de que se examine la cuestión y otro en contra, obviamente exhibiendo oposición flagrante entre las antes sólidamente unificadas repúblicas americanas.

En estas condiciones estamos gastando la fuerza de nuestra solidaridad, al interferir y mezclarnos desde el punto de vista de nuestro interés en casos secundarios de suyo complejos y que para nosotros representa un objetivo académico, que no compensa las consecuencias que se derivan de nuestra actitud, los compromisos que pueden ser adquiridos y los resquemores que podemos provocar, sobre todo, cuando en América tenemos tan graves problemas que resolver y que obviamente nos interesan de modo directo.

Podemos desde luego referirnos a la alarmante frecuencia con que estallan en el continente, luchas políticas antidemocráticas, que culminan en ocasiones, con la ruptura del equilibrio institucional y el afianzamiento de intolerables dictaduras que de inmediato adoptan disposiciones y sistemas contrarios ostensiblemente al tradicional espíritu democrático que constituye el alimento esencial que nutre su vida independiente.

La restricción a la libertad de pensamiento, que alcanza aun a los Estados Unidos, en el campo de la vida educacional; ciertos hechos políticos de gran trascendencia, por ejemplo la proyectada formación de un nuevo Dominio con las posesiones británicas del Caribe, incluyendo Belice; el precedente de la transformación de la vieja colonia española a Puerto Rico en un estado adherido a la Unión Americana, son acontecimientos cuya importancia para nuestras repúblicas no podría soslayarse.

Habría además que señalar el empeño puesto desde Chapultepec, en concebir la seguridad colectiva de nuestros países en funciones de una posible agresión entre ellos mismos abandonando la regla histórica adoptada en la junta de ministros de La Habana de admitir solamente las agresiones extracontinentales, juzgando que la misma enunciación de un supuesto ataque entre nuestras repúblicas, contiene sustancia corrosiva suficiente para quebrantar su unión espiritual y material.

En el campo económico, los problemas de la falta de seguridad en los precios de las materias primas; el financiamiento insuficiente de nuestro desarrollo industrial; la remisa ayuda recíproca que estorba el necesario ensanche de nuestras comunicaciones marítimas y aéreas, son cuestiones que merecen también nuestra atención especial y no conformarnos con que otras invasoras agencias efectúen al respecto trabajos de laboratorio, dentro de un marco universalista y de un espíritu burocrático sin consecuencia práctica alguna. En el orden social, la miseria en todas sus formas; falta de habitación, de vestido, de cultura, alcanza a más de veinte millones de hombres que viven en nuestro continente.

Inútil es pretender que estas cuestiones puedan ser resueltas por organismos no americanos entre los cuales y en muchos de ellos, ni siquiera se habla el español, ni se dispone de los recursos necesarios, ni pueden tener el mismo interés que alienta a las repúblicas americanas y en suma, cuya labor sólo posee un carácter puramente académico.

Este inevitable intervenir del organismo mundial, en tan diversos aspectos, ha creado real incertidumbre, desorganizando nuestro esfuerzo, que se traduce en una actitud de letal inhibición.

Ante tan sombríos horizontes es evidente que hay que hacer algo; tal vez la próxima asamblea de Caracas, la X Conferencia Panamericana ofrezca la oportunidad de revisar la organización de los estados americanos, que precipitada aunque generosamente concebida, convirtió un organismo autónomo en una agencia regional dentro de la jurisdicción de las Naciones Unidas.

Entre otras reformas, parece indispensable el que las asambleas panamericanas o las juntas de ministros previstas, se celebren con mayor frecuencia; los asuntos que tienen que tratar entre sí nuestras repúblicas, por la rapidez con que se presentan los acontecimientos, exigen para moverse con el ritmo del tiempo, acuerdos más inmediatos de factible observancia. Asimismo debe proveerse lo debido para garantizar hasta donde sea posible, una acción de conjunto de las repúblicas americanas, cerca de las Naciones Unidas, previo examen en común de los puntos a debate, como procede el bloque árabe-asiático, cuya solidaria acción le permite realizar en muchos aspectos sus aspiraciones.

Los comentarios anteriores nos obligan a pensar y a recordar lo que se dijo durante la guerra sobre la gran misión que el Continente Americano tendría que asumir en el futuro; las reservas espirituales y materiales que aportaría a la reconstrucción del mundo y por ende al mantenimiento de la paz.

La solidaridad de los pueblos de América, frente a los grandes problemas mundiales, no debe ser un acto, ni aislado ni oportunista, sino el producto de una acción concertada y conjunta de la que tendrían que derivarse los más altos beneficios para todos.

México a la vanguardia geográfica del continente, único país limítrofe de los Estados Unidos, está llamado a representar un papel promotor en la campaña que juzgamos indispensable, para renovar los sentimientos de solidaridad interamericana, que implican acción común, ideal común no sólo en pro de la libertad y la democracia, sino de objetivos de ayuda material.

Esta comunidad fraterna servirá como dijera el artículo 14 del tratado celebrado por Bolívar con México en nombre de Colombia en 1823, acerca de la asamblea proyectada: "Que nos sirviese de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete de sus tratados públicos cuando ocurren dificultades y de Juez árbitro y conciliador en sus disputas y diferencias".

Los Estados Unidos van a cambiar radicalmente en un día su equipo gubernamental. Nuevos hombres van a interpretar y aplicar el espíritu de la política panamericana.

Un milite victorioso cubierto de laureles, con un amplio apoyo nacional estará al frente de los destinos del país, quizás más poderoso de la tierra. A pesar de que su amplitud de criterio constituye una garantía de continuidad, conviene reforzar la solidaridad americana que enraiza en el alma misma de nuestros pueblos.

No estamos pensando en que debemos ser indiferentes a los trabajos de las Naciones Unidas, ni a la alta misión que todos le hemos conferido, las cuestiones que ahí se ventilan, no pueden dejar de hacer sentir sus efectos en mayor o menor grado en todas las naciones del mundo, pero valgamos ante este organismo por nuestra unidad, seamos un voto igual para comprobar la identidad de nuestros ideales y propósitos. Olvidemos efímeros éxitos oratorios a cambio de una unión más ostensible y fecunda.

El día que como una regla en los debates, se oiga como un solo voto la voz de nuestros 20 países independientes, seremos tomados en mayor cuenta, influyendo positivamente en los resultados generales. Hablo de 20 países porque en muchos casos los Estados Unidos tienen por razón de su participio efectivo en la política mundial, que seguir algunos puntos de vista peculiares, que a veces llegan a apartarse de los genuinos intereses de las naciones iberoamericanas.

El crisol para acuñar esta unidad indisoluble, no puede ser sino la organización de los estados americanos, cuya labor tiene que tornarse más efectiva y frecuente, sólo así demostraremos que por fortuna Bolívar se había equivocado cuando en trance de muerte, creía haber arado en el mar y sembrado en el viento.

México por múltiples razones, es el país abocado a acometer la noble y útil empresa de la rehabilitación panamericana.

Teniendo al frente de sus destinos un hombre que por momentos va acentuando su actitud social y progresista, acrecentando nuestra autoridad moral para ser reconocidas como los paladines por antonomasia de tan necesario movimiento a fin de que sin dispersar nuestras energías en otras empresas extracontinentales, desterrar en nuestro hemisferio, usando los medios adecuados, hambre, desnudez e incultura y asegurando con el respeto a todas las libertades, la implantación de una auténtica justicia social, sostén único de una verdadera democracia, como ha sido reiterado en las conferencias y reuniones interamericanas.

TALLA Y DESTINO DE ANEURIN BEVAN

Por *Demetrio PORTALES*

Dos hombres-símbolos

ANEURIN BEVAN es todavía poco conocido en la América ibera, pero no sería raro que en el transcurso de los próximos diez o quince años su ideología y su batalladora personalidad ejercieran una fuerte influencia en todo el mundo occidental. Por el momento su significación está principalmente circunscrita al ámbito de la política doméstica inglesa, mas su recia individualidad empieza a perfilarse en el horizonte internacional. En los últimos meses, lo mismo el Departamento de Estado que las grandes revistas y periódicos norteamericanos, han comenzado a tomarlo en cuenta y no es poca la alarma con que allí se contempla la creciente popularidad de que goza este dinámico tribuno. Conviene, pues, que tomemos nota de su ideario y del ascendiente que tiene sobre las masas proletarias de la Gran Bretaña. Su valimento entre los humildes y el prestigio de que disfruta entre las clases trabajadoras puede medirse por el recelo y el temor que inspira a sus enemigos políticos —los "tories" o conservadores—, y la ojeriza con que sus propios correligionarios de la extrema derecha laborista contemplan su rápida ascensión popular.

Aneurin Bevan es, sin duda, el "leader" político de más vigorosa mentalidad y de mayor relieve que en Inglaterra existe actualmente, y aquél que está llamado a ejercer mayor influjo en los destinos de aquella nación —y acaso del mundo. Los gobernantes de todos los países —exceptuados Nehru y Tito— se pliegan hoy a los designios de Moscú, unos y a los de Washington, la mayoría, y aceptan sus respectivas consignas. De esta docilidad no puede excluirse a Winston Churchill que de león imperial que aspiraba a ser se ha convertido en sumiso cordero desde que volvió al poder hace poco más de un año.

Frente a esta casi universal abdicación de la libertad de obrar, Aneurin Bevan aboga por una tercera posición independiente de ambas capitales imperiales, en el terreno internacional, y sostiene una filosofía económica, política y social equidistante de las que Wall Street y Moscú simbolizan y propagan.

El dinamismo y el talento de este joven y formidable orador; su certera intuición y su vasta cultura; la fogosa sinceridad con que sostiene su ideario socialista, y la transida simpatía con que defiende el derecho de los humildes a compartir en proporción equitativa los beneficios de la riqueza que con su esfuerzo crean, lo han convertido en la figura política más apasionadamente querida y a la vez más odiada de Inglaterra en el momento presente. Para unos Bevan es casi un ídolo, un fervoroso demolidor de injusticias y privilegios, dotado de gran sagacidad y de aptitudes excepcionales; para otros es simplemente un demagogo ambicioso y peligrosísimo para la estabilidad del régimen vigente a quien es necesario destruir antes de que se apodere de la jefatura y de la dirección del Partido Laborista. No hay en aquel país hoy figura más controvertida ni que más apasione.

Como todos los grandes hombres, Bevan despierta vehementes adhesiones y lealtades y, al mismo tiempo, inquisinos antagonismo. Su personalidad es antitética de la incolora inocuidad de su jefe, Clement Attlee. Frente a Aneurin Bevan sus cofrades del Parlamento o del Partido Laborista, la prensa y los "leaders" obreros, no pueden permanecer impasibles o indiferentes. O se le aplaude o se le combate y condena —ardorosamente en ambos casos. Allí donde él habla o actúa se inhibe la neutralidad y desaparece el sosiego. La proverbial flema inglesa se declara en fuga ante el ímpetu arrollador con que este púgil de la palabra enfoca los problemas.

Contrastada con su inflamada oratoria, la de Winston Churchill resulta académica, solemne y desvitalizada. Aneurin Bevan es el único parlamentario inglés de los últimos años que se ha enfrentado con el famoso tribuno conservador y ha salido triunfante en la lid. Es también el único a quien Churchill teme. La viveza y fertilidad imaginativas, la abundancia del léxico, la temible capacidad de ironía y sarcasmo oportunos que Bevan posee; la agilidad y brillantez de su mente, y la lógica contundente de su argumentación, le convierten en el orador político más persuasivo y elocuente de la Gran Bretaña

en el momento actual. Mas su elocuencia y su eficacia tribunicias no dependen tanto de las cualidades intelectuales referidas como de la contagiosa vehemencia que a su oratoria imprimen la conciencia de que lucha por una causa justa y noble, el amor a los humildes que lo consume, y la pasión por la justicia social que lo inspira. Son estas motivaciones altruistas y generosas las que prestan a su palabra acentos convincentes y tiernos, a veces, en tanto que otras la tornan fogosa y demolidora como una catapulta.

En eso —en el sentimiento de equidad social que lo alienta, más que en sus aptitudes mentales— es donde radica la superioridad de Bevan sobre Churchill. Este defiende un orden de privilegio, extemporáneo y caduco; una ideología enmohecida, sin virtud y sin viabilidad posible ya. Su oratoria está en perfecta armonía con su filiación aristocrática, con su concepto clasista de la sociedad que la escinde en privilegiados y obreros, en poseedores y asalariados. De ahí la majestad de crepúsculo que caracteriza su elocuencia. La de Bevan, en cambio, es arrebatada y vibrante, transida y fervorosa como un himno auroral.

Estos dos adalides que el destino ha puesto frente a frente son símbolos perfectos de dos Inglaterra que se excluyen: la que fenece y la que alborea. Hasta su respectivo origen y edad tienen validez simbólica. Uno nació en cuna ducal y es casi octogenario ya. El otro procede de humildísima extracción: vino a la vida en paupérrima cabaña de minero hace cincuenta y cuatro años y supo de privaciones y de dolor desde la infancia. Churchill encarna —y añora— un pasado glorioso, la Inglaterra imperial, con toda su pompa y su grandeza asentadas sobre los andrajos, el sufrimiento y la miseria de sus masas proletarias. Bevan, por su parte, personifica la rebelión de los siervos secularmente privados del justo premio de su trabajo que al fin se cansaron de la expoliación que por siglos han sufrido y le demandan su porción de bienestar a la vida. Por eso es tan diversa la filosofía social de estos dos paladines y tan distinta también la respectiva elocuencia con que ambos la defienden. Una es como el canto de cisne de un orden y de una cultura que agonizan; la otra semeja un salmo de vida que germina. Aquélla es agorera y conminatoria; ésta robusta y optimista como un hosanna de esperanza.

He puesto el énfasis hasta ahora en la antítesis Bevan-Churchill, pero es necesario añadir en seguida que los enemigos

más tozudos de Bevan, y acaso los más peligrosos, no son los "torios" con Churchill al frente, sino sus propios correligionarios del centro y la extrema derecha dentro del Partido Laborista: Clement Attlee, Herbert Morrison, Hugh Gaitskell, Hugh Dalton, Emmanuel Shinwell, etc., y algunos "leaders" obreros muy influyentes y reaccionarios, como Arthur Deakin y Will Lawther. Entre la extrema izquierda del Partido representada por el "bevanismo" y la facción más tímida y moderada dirigida por los "leaders" que acabo de mencionar, se viene desarrollando una intensa pugna entre bastidores desde 1949 que sólo en los últimos meses ha alcanzado proporciones de cisma o amenaza de él. De hecho el cisma existe en el orden programático, aunque el partido no se haya escindido todavía.

Si las dos facciones en que está dividido el partido laborista en la actualidad—las que acaudillan Bevan y Attlee—llegaran a un divorcio absoluto y el partido se bifurcara, tal calamidad sería precipitada por la derecha. Bevan—más inteligente y generoso—tiene una aguda conciencia de la necesidad de mantener unidos a los laboristas, por más irreconciliables que los respectivos programas parezcan. El sabe que una escisión definitiva entre la derecha y la izquierda socialistas, significaría el triunfo de Churchill y de los elementos "torios", más reaccionarios por muchos años. La división del laborismo representaría una gran tragedia, no sólo para Inglaterra sino para el mundo entero. La única esperanza de paz que al mundo le queda hoy es el surgimiento en la Gran Bretaña de un gobierno independiente y capaz de enfrentarse con decisión y energía a los planes belicosos de las dos repúblicas imperiales. Sin la cooperación de Inglaterra no puede haber guerra mundial. Tampoco sería factible la catástrofe sin la colaboración del "British Commonwealth of Nations"—particularmente sin la India, el Canadá y Australia—y del Commonwealth Inglaterra es el cerebro. De ahí la trascendencia internacional que tendría el triunfo final de Bevan, el único "leader" británico que ha demostrado tener la entereza y el vigor necesarios para oponerse a la peligrosísima belicosidad que sus primos transatlánticos vienen exhibiendo, lo mismo que a la truculenta política rusa.

Pero si Bevan subordina sus propias ambiciones y aun las aspiraciones de las grandes masas trabajadoras que lo apoyan a la conveniencia de mantener la unidad del partido y al interés general y trascendente, en cambio, algunos de sus cruzados ene-

migos de la extrema derecha laborista empiezan a manifestar una ominosa impaciencia y una intemperancia que hacen recordar el viraje desleal de James Ramsay Mac Donald hace unos veinte años. No sería extraño que algunos de estos recalci-trantes "leaders" prefirieran pactar con los "tories" y traicionar la causa socialista antes que someterse a la creciente autoridad y dirección de Aneurin Bevan. El cisma pues, si se produce, lo precipitarán los hombres de la derecha laborista, los que defienden una política de unión con y sometimiento a los designios del Pentagón, en el orden internacional, y de marcha lenta en el proceso de socialización, en el orden doméstico. Las destempladas y poco honestas protestas que contra Bevan se han escuchado en ese sector del laborismo durante las primeras semanas de octubre, constituyen un síntoma alarmante y un augurio poco tranquilizador.

La jornada de Prometeo

ANEURIN BEVAN nació en el país de Gales (Wales) en 1897. Su padre era minero y en el horror que eran entonces las minas de carbón trabajó Aneurin desde su adolescencia. En aquel antro de miseria y de angustia se hizo hombre. Allí se gestó su odio implacable contra los explotadores del trabajo manual. En 1925 vió morir a su padre víctima de la "pneumonoconiosis" que a tantos miles de mineros de carbón ha matado en edad temprana. Aneurin Bevan no pudo asistir a ninguna institución superior de enseñanza. Es un perfecto autodidacta. No obstante, posee una sólida y amplia cultura, no sólo histórica, económica, y político-social, sino también literaria. En la rica biblioteca obrera de su distrito (Tredegar Workmen's Library) leía apasionadamente desde su adolescencia. Sus primeros mentores e iniciadores en las doctrinas socialistas fueron los norteamericanos Jack London, Eugene V. Debs y Daniel de León. Más tarde meditó largamente sobre todos los libros clásicos del socialismo, sin excluir a Marx, Engels, Lenin y Trotsky. Ya a los veinte años tenía una clara conciencia de lo que debía ser su vida y se preparaba intelectualmente para ingresar en la política y luchar en el Parlamento por la redención proletaria. Nunca fué comunista sino socialista de izquierda. En las elecciones de 1929, año en que por primera vez se estableció el voto universal en Inglaterra, Aneurin Bevan fué elegido miembro del Parla-

mento, afiliado al Partido Laborista. En todas las elecciones sucesivas los obreros le han ratificado su confianza cada vez con mayor fervor. Años más tarde se casó con Jennie Lee, también hija de minero y como él miembro del Parlamento y mujer enérgica, culta y talentosa. Es el colaborador más devoto y eficaz que el gran "leader" tiene en su cruzada redentora. Es ella la que dirige el periódico *Tribune*, órgano y vocero del "bevanismo".

Cuando en 1945 los laboristas alcanzaron su magnífico triunfo electoral, ya Bevan se había revelado como el más formidable tribuno que su partido tenía en el Parlamento, y el único capaz de salir airoso en las lides tribunicias con Winston Churchill. Al inaugurarse el gobierno socialista en 1945, Clement Attlee le confió el Ministerio de Salubridad Pública, cartera secundaria y sin relieve hasta entonces. Fué el primer cargo ejecutivo importante que Bevan desempeñó, pero tales fueron las aptitudes, el vigor y la eficiencia que en él desplegó, que en muy corto tiempo se convirtió en la figura más destacada del gabinete y pasó a ocupar el primer puesto en la estimación y el afecto de las masas desposeídas.

El plan de medicina social o seguro de salubridad desde la cuna hasta el sepulcro para todos los ciudadanos británicos por Bevan ideado y puesto en práctica, constituye la máxima conquista del socialismo inglés, y aquélla que ningún gobierno conservador se atreverá a suprimir. México y todos los países hispanoamericanos harían bien en estudiar y emular esta sabia y trascendentalísima reforma que pone a salvo la salud del pueblo inglés y libra a las clases media y proletaria de la onerosa carga económica —y de la angustia— que la atención médica representa hoy. Mediante este magno plan, el estado británico asume la responsabilidad económica y moral que la atención médica de sus súbditos implica. Por un módico impuesto sobre la renta individual, el estado facilita gratis todos los servicios médicos, dentales, farmacéuticos, oftalmológicos y de hospital que un ciudadano pueda necesitar desde antes de nacer hasta su muerte. Aunque apenas han transcurrido todavía cuatro años desde que el plan fué puesto en ejecución, los resultados son ya evidentes, particularmente en los sectores de la población menos favorecidos por la fortuna —sobre todo en los niños. Quien visitó a Inglaterra antes de 1940 y vuelve a verla hoy, podrá notar fácilmente el cambio. Si el plan no lo desvirtúan o limi-

tan los intereses egoístas que lo combaten, dentro de veinticinco o treinta años Inglaterra tendrá una de las poblaciones más saludables del mundo.

La energía y la eficacia con que Bevan desempeñó el Ministerio de Salubridad de 1945 a 1949, lo convirtió en figura nacional y en el "leader" laborista de mayor influencia y prestigio después de Clement Attlee. Cuando cediendo a la presión norteamericana, el gobierno socialista adoptó el onerosísimo plan rearmamentista, Aneurin Bevan protestó enérgicamente contra la sumisión a la política del Pentagón y contra la cuantiosa suma de más de trece mil millones de dólares que el gobierno presupuestaba para fines bélicos. En aquella ocasión se puso de manifiesto su clara visión de los problemas, su perspicacia y su dominio de los intrincados asuntos económicos. Con una clarividente previsión que resultó profética, Aneurin Bevan pronosticó entonces que la Gran Bretaña no podría sufragar el programa de armamentos que Washington le señalaba sin desequilibrar desastrosamente su economía que por aquellos días empezaba a recuperarse. Tanto laboristas como "tories" lo acusaron entonces de antiamericano y de obstruccionista. Sin embargo, no llevaban los "tories" seis meses en el poder cuando Churchill reconoció en el Parlamento que Bevan había acertado en su diagnóstico y que era necesario contramarchar en el rearme extendiéndolo a un mayor número de años del que se había fijado.

Cuando los laboristas adoptaron el plan de armamentos se produjo una reorganización del gabinete y le dieron a Bevan el hueso más duro de roer: el Ministerio del Trabajo. Se ha dicho que sus enemigos deseaban recortarle las alas y minar su prestigio. Desde hacía tiempo existía un divorcio latente entre los elementos moderados o francamente "estatistas" del partido, tales como Attlee, Ernest Bevin, Herbert Morrison, Hugh Gaitskell, Emmanuel Shinwell, Hugh Dalton y otros, que se daban por satisfechos con el progreso socialista alcanzado, y Bevan que abogaba por un programa de socialización industrial mucho más dinámico y radical. Apenas se había puesto en ejecución el programa rearmamentista cuando los laboristas descubrieron la dura verdad del pronóstico de Bevan. Una de las medidas que adoptaron entonces para hacer economías y aliviar así el déficit del presupuesto consistió en exigir el pago de una cantidad mínima por ciertos servicios médicos que en el plan

Bevan debían ser absolutamente gratis. Bevan renunció su Ministerio en señal de protesta contra la inconsecuencia de sus colegas, y comenzó su cruzada contra el sometimiento de los "tories" tanto como de la marcha laborista a los designios del Pentagón. Desde entonces su prestigio entre las masas ha crecido enormemente, al extremo de que en el Congreso o Conferencia obrera de Morecambe inaugurado el 29 de septiembre último para elegir siete miembros del Ejecutivo del Partido y adoptar los principios que deben orientar al laborismo durante el próximo año y la futura campaña electoral, resultaron elegidos seis partidarios del "bevanismo", en tanto que el ala derecha del partido pudo elegir sólo uno. De la mesa directiva fueron eliminados por los "bevanistas" dos figuras tan prominentes como los dos ex-ministros Herbert Morrison y Hugh Dalton. Además de este resonante éxito, Bevan sacó triunfantes contra la oposición de las derechas, dos importantes mociones o directrices en las que se le marcan al Ejecutivo del Partido sendas orientaciones en la política doméstica lo mismo que en la exterior. Según el primero de estos acuerdos, el partido debe incorporar en su plataforma o programa el concepto dinámico del socialismo bevanista y nacionalizar otras muchas industrias; negar indemnización a los intereses privados que adquieran las industrias ya nacionalizadas si el gobierno de Churchill las desnacionaliza, cuando el futuro gobierno laborista las socialice de nuevo. La política socialista—según esta proposición—debe propender a nivelar la renta privada a fin de reducir a un mínimo las irritantes inequidades que todavía existen en el orden del bienestar económico; mejorar las condiciones del trabajo y aumentar los beneficios sociales acordados a las masas trabajadoras durante el quinquenio de 1945 a 1950, etc.

La segunda proposición es de mucho mayor trascendencia para el mundo. Mediante ella se le advierte al Partido que esté alerta y no permita que Inglaterra se convierta en instrumento contra las clases trabajadoras del mundo; que no reconozca el gobierno de Franco en España; que Inglaterra se mantenga independiente de Washington tanto como de Moscú. "En particular la Conferencia recomienda—es traducción literal— (a) la promoción y expansión comercial entre el Este y el Oeste, y (b) la resistencia al empleo de nuestra fuerza militar como medio de forzar cambios territoriales en el este de Europa o en ninguna otra parte. Finalmente, la Conferencia deplora la condenación

de la rebelión de los pueblos oprimidos como complots inspirados por Rusia, y afirma que la mejor manera de asegurar la paz es mediante la máxima ayuda a las áreas menos desarrolladas del planeta.

Al lector enterado no es necesario explicarle la significación del apartado (b) en la segunda proposición aprobada en Morecambe. Es la respuesta de las masas obreras de la Gran Bretaña a la desdichada —y alarmante— promesa que durante la campaña presidencial hizo el general Eisenhower de luchar por la liberación de los pueblos de la Europa oriental. Tampoco es necesario reiterar la doble importancia de estos dos acuerdos que compelen a los dirigentes derechistas del laborismo inglés a abandonar la estática complacencia en que han caído, en el orden doméstico, y el apocado entreguismo a Washington en el campo internacional. Porque —hay que decirlo— la política exterior de los dos ministros laboristas, Ernest Bevan y Herbert Morrison, no difirió en nada fundamental de la de los conservadores. Churchill y Anthony Eden han podido hacer suyos, sin grave cargo de conciencia, la actitud y todos los acuerdos adoptados por sus precedentes colegas socialistas.

Pero el resultado de la Conferencia de Morecambe ha alarmado a los dirigentes derechistas del partido y los ha precipitado en una campaña vitriólica y hasta poco honrada contra Bevan. Esta labor de zapa, inquisitoria y difamatoria, tendente a desacreditarlo a los ojos de la masa proletaria, había comenzado ya antes de la Conferencia de Morecambe, pero ha adquirido proporciones inusitadas en Inglaterra durante las primeras semanas de octubre. En las lides políticas de Inglaterra rara vez se desciende a las infamias en que caen ciertos demagogos norteamericanos. La mayor aduleza cultural y mental de las masas anglosajonas impide a sus políticos caer en las difamaciones y en los vitandos procedimientos empleados por un McCarthy o por un Nixon en los Estados Unidos. Mas en esta ocasión, algunos de los adversarios más vehementes de Bevan, tales como Hugh Gaitskell, no han titubeado en emular las tácticas más execrables de sus congéneres transatlánticos. Por último, los elementos más recalcitrantes del partido parece que han forzado a Clement Attlee —bajo amenaza de reemplazarlo en la jefatura— a declarar la guerra al bevanismo y prohibir sus conciliábulos. En la reunión de los parlamentarios laboristas ortodoxos, que constituyen la mayoría y ostentan la represen-

tación oficial del partido, celebrada el 16 de octubre, Attlee conminó a la facción bevanista a desbandarse y le vedó sus juntas. Refiriéndose a tan extrema y arbitraria disposición, comenta editorialmente *The New Statesman and Nation*, de Londres, en su edición del 25 de octubre último: "La orden de desbandarse dada a los grupos no oficiales equivale a decirle a los hombres y mujeres miembros del Parlamento, presumiblemente adultos, que no se junten ni discutan, excepto bajo auspicios especiales, los problemas sobre los cuales han de legislar."

Como se ve, la derecha laborista ha fulminado su declaración de guerra contra Bevan y contra el "bevanismo". No se atreven estos elementos a expulsarlo del partido porque saben el arraigo que tiene entre las masas proletarias y el prestigio de que Bevan goza. Si Bevan fuese expelido del Partido, es probable que arrastrara consigo a la mayoría de los obreros y que antes de diez años, la facción que hoy acaudillan Attlee, Morrison, *et al*, quedara reducida a la sombra en que se ha convertido el antiguo Partido Liberal. Pero este triunfo personal de Bevan significaría la perpetuación de los "tories" en el poder durante una década. Por eso Bevan se someterá a la injusta cuanto arbitraria disciplina que Attlee y sus adictos le imponen y esperará a que la masa electora reaccione y dicte su fallo.

Es característica de este formidable lidiador el crecerse en la adversidad y en la derrota —más aparentes que reales estas últimas. Así, por ejemplo, en los momentos en que se escriben estos comentarios —once de noviembre— anuncia la radio que al designar anoche los laboristas al "leader" parlamentario, contendieron por el cargo Herbert Morrison y Bevan. Como era de presumirse, resultó elegido Morrison, pero Bevan obtuvo ochenta y nueve votos, el más crecido número de sufragios parlamentarios que hasta ahora había alcanzado. Como se ve, ni la insidiosa campaña contra él desencadenada, ni la destemplada sanción impuesta por la plana mayor del partido, han sido óbice para que su valimiento entre sus colegas parlamentarios y su ascendiente sobre las masas electoras cobren cada día más auge. Por el momento, ambas facciones del partido —magüer divorciadas— están condenadas a una convivencia enojosa y hostil. Pero a Bevan lo acompañan la simpatía y el apoyo de los humildes, de los sufridores de siempre, que son la mayoría. Del lado de sus enemigos están los intereses creados: la prensa liberal, timorata y acomodaticia, con el *Manchester Guardian*

—que ha abdicado su vieja y noble posición progresista— a la cabeza; los "leaders" obreros comodones y estancados, y la alta jerarquía del partido. Con Bevan están el brío, la razón y la justicia; con sus contrarios, la pusilanimidad, el conformismo satisfecho y la bienandanza complacida. Bevan es joven, apasionado, sincero y pugnaz. Puede sentarse —como aconseja el proverbio árabe— a esperar el paso del cadáver político de sus enemigos. "De los apasionados es el mundo", dijo un gran americano. Y Bevan es eso: un apasionado de la justicia social. Ella lo asiste y el tiempo está de su parte. Será derrotado muchas veces todavía, pero suya es probable que sea la victoria final. Eso saldría ganando el mundo.

Apostillas al ideario bevanista

RARA vez el hombre de pensamiento y el hombre de acción se dan en igual medida en un mismo individuo. Por lo general predomina una de estas dos categorías. En Aneurin Bevan, por fortuna, prevalece la firmeza del carácter y las magníficas aptitudes por la acción política sobre el ideólogo puro. Si fuese al revés, su influencia en los destinos de Inglaterra y del mundo, acaso llegaría a ser intensa, pero a largo plazo. Por ventura, Bevan es, ante todo, un tesorero y diestro campeón que lidia por la acción inmediata y práctica, no por la propagación de ideas puras. El se mueve en el mundo de las realidades concretas más que en el de las abstracciones filosóficas. Se sirve de las teorías como de instrumentos o de armas para la acción. Su pensamiento es pragmático, y de un realismo descarnado su visión de los problemas —lo mismo domésticos que internacionales. La especulación teórica no le interesa. En el mundo de las relaciones económicas, políticas y sociales entre los diversos sectores de la población lo mismo que entre los pueblos, lo que a él le interesa particularmente es la eliminación de los abusos y la explotación de una clase social por otra, o de un país por otro más fuerte. La justicia social para este ardiente espíritu no es una aspiración o ideal inasequible aún, sino una posibilidad realizable. Como todos los reformadores que han sufrido en su propia carne las iniquidades del capitalismo, Bevan es impaciente y ardoroso.

Mas si en Bevan prepondera el hombre de acción sobre el ideólogo, ello no implica ausencia ni parquedad cultural. Cual-

quiera de sus discursos o artículos del periódico *Tribune*, probaría que ambas se dan en él en calidad y abundancia. Pero la demostración más cabal es el libro que publicó en el presente año: *In place of fear*, aparecido simultáneamente en Inglaterra y los Estados Unidos. La edición que tenemos a la vista es la de Simon and Schuster, Inc., de New York, en 181 páginas, más 30 de notas.

In place of fear que podríamos traducir por *En substitución del miedo*, viene a ser algo así como el ideario o confesión de fe político-social del autor. Lo componen diez ensayos cuyos títulos se traducen a continuación: I "Pobreza, propiedad y democracia"; II "El role de la legislatura — ¿activo o pasivo?"; III "El hombre moderno y la sociedad moderna"; IV "Gastos privados vs. gastos oficiales"; V "Un servicio de salubridad gratis"; VI "La transición al socialismo"; VII "Tensiones sociales"; VIII "La dirección o guía del mundo"; IX "Materias primas, escasez y prioridad"; X "Socialismo democrático".

Como se ve, el temario es de sumo interés para cuantos se preocupen por estos asuntos, especialmente para economistas y hombres públicos interesados seriamente en el bienestar de las masas que gobiernan o para las cuales legislan. *In place of fear* —a semejanza de su autor— es quizás el libro más controvertido, más negado y más enaltecido de cuantos se han publicado en el presente año. Ello se debe más a la personalidad misma de Bevan, al vigor y sinceridad con que argumenta y combate y, sobre todo, al favor de que goza entre las masas electoras de la Gran Bretaña, que al radicalismo o novedad de las ideas que el libro contiene. No es el ideólogo el que ha provocado esta avalancha de críticas destructivas y de panegíricos, sino el político sagaz y popularísimo en quien se vislumbra ya —y se teme— al futuro jefe del gobierno británico. Harold Lasky, por ejemplo, abundaba en las mismas ideas y las expuso en gran número de ensayos y libros sin que en torno a ellos se armara el revuelo que *In place of fear* ha producido en ambas orillas del Atlántico. Tanto en los Estados Unidos como en Europa ha despertado enorme interés este libro y se le ha comentado profusamente. En Hispanoamérica, en cambio, nadie parece haberse percatado de su existencia ni, que sepamos, se ha traducido todavía. Hora es ya de que aparezca en castellano y se ventilen y comenten las ideas y problemas que plantea.

Sería tarea seductora detenernos a glosar la plétora de conceptos que el libro contiene, pero esta semblanza se ha alongado ya demasiado. Bevan ha condensado en este breve tratado su ideología política, económica y social, expuesta en centenares de discursos pronunciados en el Parlamento o durante las campañas electorales desde 1929. Con gran economía de palabras y en un estilo vigoroso y conciso nos da aquí el gran estadista su visión de los problemas británicos y su criterio independiente y franco respecto a los Estados Unidos y a Rusia. Por eso ha sido tan maliciosamente maltratado por los críticos norteamericanos.

En los Estados Unidos se ha producido en los últimos dos años una total inhibición del sentido crítico frente a su política internacional. El temor a las represalias económicas ha hecho enmudecer allí a los hombres de criterio independiente, y los sectores más recalcitrantes y chauvinistas tildan de desleal, anti-patriótica y hasta traidora, toda actitud no "conformista", toda censura a la política imperial. La cerrazón y la intransigencia patrioterica son tales que, como en Rusia, ya no se conciben —ni se permiten— "desviaciones". O se está con la política que el Pentagón y Wall Street propugnan, o se está contra ella. Por eso se ha motejado a Bevan de antiamericano, de enemigo de los Estados Unidos y de rusófilo. Ningún cargo más falaz ni más injustificado.

La actitud —y las ideas— de Aneurin Bevan frente a los problemas internacionales en general, y al pugilato armamentista entre Rusia y los Estados Unidos en particular, están resumidas en el capítulo octavo de su libro— el titulado *World leadership*. Urge que este capítulo sea traducido y divulgado en todo el mundo hispano. En la espesa y mefítica atmósfera de sumisión, de hipocresía y de temor que reina en las relaciones internacionales actualmente, este capítulo del libro de Bevan es como una ráfaga de aire oxigenado y vigorizante. Ningún otro estadista del mundo occidental ha hablado con tanta honradez ni con tanta libertad y entereza. Por eso lo han fulminado sus primos transatlánticos. No le perdonan su independencia, y mucho menos su franqueza y su denuedo. Denunciar el capitalismo como una expoliación y proclamar la libertad de acción, el derecho a la discrepancia frente a la política belicosa de Rusia y del Pentagón, son desafueros inconcebibles en los Estados Unidos hoy. Como demostró el Senador Wayne Morse

durante la última campaña electoral norteamericana, el Pentágono da como un hecho inevitable la guerra con Rusia. Esta concepción domina la diplomacia y la economía de aquel país. Contra esta pretendida ineludibilidad se rebela Bevan y la denuncia con energía. Sobre todo defiende el derecho de Inglaterra —y de Europa— a rechazar el papel de peones en el juego de ajedrez que es la pugna entre Rusia y los Estados Unidos por el dominio del mundo. Si Uds. quieren aniquilarse recíprocamente —parece decir Bevan a los dos colosos— mátese en buena hora, pero dejen al resto del mundo en paz.

Este matiz pacifista de la posición de Bevan es lo que más alarma a los Estados Unidos por la enorme influencia que el "leader" británico ejerce sobre las masas proletarias y el eco que su cruzada empieza a tener en el continente. En su desaforado mesianismo, los norteamericanos no conciben otra paz que no sea la impuesta por sus escuadras y sus bombas atómicas, de hidrógeno y de napalm. Y como la paz que Bevan predica se basa en el desarme, y en la eliminación del miedo y la desconfianza antes que en la fuerza bruta, en Norteamérica lo acusan de rusófilo y de antiamericano. Bevan ha estudiado historia y sabe que la pugna de armamentos sólo puede conducir a la catástrofe bélica. El no cree que los Estados Unidos sean diferentes a ningún otro imperio. Por eso interroga escéptico: "Hasta el presente la historia de los Estados Unidos demuestra que tienen el hábito de armarse para la guerra y desarmarse para la paz. El problema ahora es: ¿pueden los Estados Unidos armarse para la paz?".

Los Estados Unidos, ha dicho, se encuentran cogidos entre dos miedos: el miedo a la guerra y el miedo a la paz auténtica —la cual significaría el desempleo y la crisis económica. Teme Bevan —y con él muchos millones en Europa— que el espíritu belicista de ciertos sectores muy influyentes en los Estados Unidos, acabe precipitando al mundo en la catástrofe. Es en extremo significativo el hecho de que las masas europeas y británicas teman más a que su presunto protector —los Estados Unidos— provoque el conflicto que a una posible agresión rusa. Por otra parte, las masas europeas empiezan a darse cuenta de que les será posible sobrevivir —y hasta convivir— con una invasión eslava. Lo que Europa no podría resistir es una liberación norteamericana. Y en este ambiente de pánico y sorda rebeldía contra el abrumador programa armamentista, la voz confiada, enér-

gica y franca de este "leader" que se ha atrevido a "proclamar la independencia" de Inglaterra —son palabras suyas— empieza a tener eco al otro lado del canal.

Como dijo la mejor informada de las revistas norteamericanas, *The U. S. News and World Report*, en su entrega del 10 de octubre último: "Bevan está lejos todavía de controlar el Partido Laborista. Pero —con o sin control— el ala izquierda de Bevan influenciará el próximo gobierno socialista. Y, en plazo no muy largo, según van las cosas, sus ideas prevalecerán".

Por eso y por la aplicabilidad de sus ideas a la América hispana, conviene que este libro sea traducido al español. Sobre todo urge divulgar el capítulo octavo, porque en la adopción de las soluciones que en él propone su autor radica —acaso— la única esperanza de evitar el cataclismo atómico que con tanta diligencia vienen preparando los dos colosos.

FALANGE EN LA UNESCO

EL preámbulo del Estatuto de la Unesco declara que la última guerra fué posible "por la renuncia al *ideal democrático* de dignidad, igualdad y respeto a la persona humana y por la voluntad de sustituirlo, explotando la ignorancia y el prejuicio, por el dogma de la desigualdad de las razas y de los hombres". El artículo primero asigna como fin a la Unesco "contribuir al mantenimiento de la paz y de la seguridad estrechando, por la educación, la ciencia y la cultura, la colaboración entre las naciones, a fin de asegurar el respeto universal a la justicia, a la ley, a los derechos del hombre y a las libertades fundamentales para todos sin distinción de raza, sexo, lengua o *religión*".

A España, como nación cargada de historia, nadie podría discutirle su derecho a formar parte de una agrupación que se propone, con exceso de optimismo, alcanzar tales fines. Pero la situación actual de España es la de un país ocupado. Su ocupación por un grupo homogéneo y limitado de militares y eclesiásticos le confiere una situación excepcional. Tomando su nombre acaban de ingresar en la Unesco Falange y la jerarquía eclesiástica, que han invadido y explotan España. Cassou, para no citar un testimonio español, ha llamado a España honor del género humano y ha reconocido, a base de una triste realidad histórica, que actualmente es un pueblo mártir. La Unesco acaba de admitir a los autores de este martirio.

La cultura española tiene un lugar, por derecho propio, en la organización de la ciencia, la educación y la cultura. Otro testimonio extranjero, el de Camus, ha dicho de ella que es completa y que cubre con su fuerza creadora el universo entero, del sol a la noche.

Deseo aducir estos testimonios para que no se piense —ni se alegue— que un español se opone al ingreso de España en la Unesco. Precisamente por esa elevada condición, su protesta es otra: la de que entre en esa agencia de las Naciones Unidas una fuerza política que ha disociado y desnaturalizado a España cubriéndose con su nombre y consumando así un fraude sin calificación posible.

Indudablemente la Unesco se creó para los países sin adjetivos. El adjetivo suele interrumpir la continuidad de una cultura. ¿Qué tiene que ver España con la España falangista? Por otra parte, la única victoria que ha asegurado la guerra ha sido la del fraude. Las democracias,

a pesar del precio elevado en vidas humanas que pagaron para rescatar al mundo del temor y de la opresión, contradicen a diario con sus actos los ideales que las animaron en la lucha. Ante el espectáculo que ofrecen, amparando todas las desviaciones de su credo político y social, el hombre inocente se pregunta: ¿Es que sienten nostalgia de la opresión?

La Unesco se creó en servicio de los derechos del hombre, para propagarlos y para asegurarlos. Recuérdese la Carta del Atlántico, prólogo ideal de la victoria. Los derechos del hombre son superiores y anteriores al Estado, como observaba Posada, porque el Estado, según la irrefutable afirmación de Jellinek, no crea la libertad, sino que se limita a reconocerla. Las declaraciones de derechos, ha dicho Paul Janet, nos enseñan que estas libertades forman un todo y que es preciso no cuidarlas aisladamente, sino atender a la conservación armónica de todo el edificio. Son una especie de *palladium*, agrega; es decir, la salvaguardia de la sociedad. La estatua de Pallas que aseguraba la salud de Troya, o la de la Libertad que protege a Norteamérica, son símbolos estériles. ¿De qué sirve la libertad en la época de la sospecha? Las teorías políticas repudian la obligación de ser racionales, como nota justamente Sabine, y las que en nombre de la razón derrotaron el nazismo y el fascismo introducen ahora en la Unesco a su albacea.

En el reinado de Falange hay una sola fe y una religión que es toda la ciencia. El caudillo lo afirmó en un discurso de los que no se toma la molestia de redactar personalmente por imposibilidad mental. La fe antes que la paz y el bienestar, declaró. "Para nosotros, más que nuestra economía, nuestra paz y nuestro bienestar, es nuestra fe", dijo ante un grupo de peregrinos venezolanos y colombianos, que inmediatamente importaron a sus países la doctrina. La Unesco es una síntesis de todas las herejías, es decir, de la libertad de pensamiento. En ella entran los nuevos cruzados de la contrarreforma franquista, para purificarla. Las democracias inorgánicas son las que integran, mayoritariamente, la Unesco. Ahora entra la democracia orgánica, promoviendo un estrépito de protestas, dimisiones y renunciaciones. ¡Aún queda decoro en los pueblos y en los hombres!

En unas declaraciones hechas al semanario norteamericano *News-week*, el caudillo de Falange mostró su desdén, bien arraigado en él desde antiguo, contra la democracia británica y la francesa. Los Estados Unidos, decía en ellas, se "acercaban" a España porque habían perdido la confianza en Francia y en Inglaterra. Atacados ambos países de "embriaguez política", no había posibilidad de que España (*su* España) mejorase con ellos sus relaciones. Francia y Gran Bretaña, agregaba,

"no saben renunciar a las concepciones imperialistas de su política caduca y están celosas de la grandeza de Norteamérica. Son víctimas de la decadencia y el materialismo". La Norteamérica que llamó con humildad a las puertas del caudillo y la Francia y la Gran Bretaña envidiosas, ebrias y caducas lo han conducido a la Unesco. A la política epiléptica o decadente de que habló Ortega y Gasset hay que incorporar la política masoquista.

¿Qué cultura entra en la Unesco con la quinta columna falangista? A nadie ha ocultado sus características. Tiene una sinceridad teñida de soberbia. Es la cultura de una tiranía de estrechas miras emanada de su titular, al que Churchill calificó de este modo. La España falangista o, mejor, el ocupante falangista de España es clerical y partidario de la Inquisición; ha puesto en práctica autos de fe, con hombres y con libros; es una falange misionera del catolicismo en una Universidad mutilada; un guardián de las buenas ideas, con el arma de la censura previa; un educador para la estupidez; un idólatra que desconoce los derechos humanos ("aún no es tiempo de *reconocerlos*", ha dicho uno de sus ministros); persigue, acosa, deshonor, mata; ha hecho del país una galera, donde reman abatidos los galeotes de la conformidad.

El desaliento es un peligro. Torres Bodet lo señalaba en el discurso inaugural de la asamblea de la Unesco iniciada este otoño. Previendo la catástrofe, pedía a los miembros de la Asociación que eligieran "entre la libertad y la esclavitud, entre la injusticia y la justicia, entre la fiel diseminación del pensamiento y la ciega aceptación de los prejuicios". La elección está hecha. Torres Bodet ha dimitido. El más viejo de los periódicos españoles, superviviente de la prensa liberal, que no fué liberal nunca, ha acogido esa renuncia permitiéndose interpretar las aspiraciones del director dimisionario. Sus palabras merecen una reproducción textual: "La dimisión de Torres Bodet es un episodio más de la anómala situación porque atraviesa la Unesco, no en vano hija mayor de la ONU". La táctica es clara. Se llama a la puerta de estas instituciones con la amenaza del deshonor. Una vez dentro se hará efectiva la amenaza. Se trata de una tradición que expresó Vuellot con precisión escultórica: "Los liberales tienen que respetar a los que no lo son, pero los no liberales no están obligados a respeto alguno". "Torres Bodet cae y se vence netamente hacia la izquierda", agrega el periódico.

En la Unesco está ya el albaque de Hitler y Mussolini. Guerra ganada es guerra perdida en este caso. Turgot dijo de Franklin que arrancó el rayo del cielo y de la tierra los tiranos. Sus sucesores los arraigan, y con ellos la Francia de los derechos del hombre y la Inglaterra de Juan sin Tierra.

Sería injusto olvidar los votos favorables hispano-americanos. El Caudillo es el artífice imperial de la hispanidad. La hispanidad es un supuesto bélico. La integran varios antis, entre ellos la antidemocracia y el antiliberalismo.

La hispanidad ha sido el pretexto de una penetración imperialista en la América española, con propósitos de dominación, no de diálogo. Tal proyecto no ha fracasado. España, que exportó espíritu a este continente, exporta ahora falangismo. El miedo ha vencido a la libertad, de acuerdo con el fino diagnóstico de Arciniegas. Los regímenes de opresión, que van ganando los países de este hemisferio, deben mucho al franquismo. Su inspiración ha pesado en los votos de la Unesco, por un movimiento de gratitud. España estaría en ella por derecho propio. La España de Falange ha entrado por derecho de conquista.

Meditense unas palabras del Caudillo, que ha hecho discípulos por doquier. "Hemos rehusado desde el comienzo una democracia que nos había conducido muchas veces a la guerra civil, a la miseria y a la desintegración de la patria". Los autores de la guerra de destrucción de la democracia es lógico que la rehusen. Esta mala pedagogía ha venido a América a sumar prosélitos. Aguardemos sus frutos en la Unesco. *Le Monde* vaticinaba recientemente que ahora se les ha dado una ocasión de explicar sus nuevas doctrinas y de convencer, dentro de la organización internacional, de la bondad de las mismas. Convencer es un verbo que está fuera del vocabulario del franquismo. Vencen y aniquilan. Es el nihilismo nazista y fascista que gana batallas póstumas. Esta democracia orgánica es una negación de la democracia, concepto multisecular de una claridad que aleja toda duda y hace innecesaria la complicidad de cualquier adjetivo. En el caso del caudillaje se trata de una palabra deshonrada. En un mundo en que cada uno se oculta tras una mueca, el rostro desnudo parece maquillado, ha dicho Gide.

Cuando comenzó la guerra española, Franco hubo de exclamar: "Sobra media España". Los *chauvinistas* de Hispano-América no se hacen cargo de que la ha destruido toda, porque es difícil limitar los efectos de una ocupación, por muchas reglas que hayan acordado al efecto las diversas Conferencias de La Haya. Queda la España de las piedras inmortales y del arte glorioso, que conquista su admiración y su espíritu. Los viajeros que van a España se figuran sin duda que el Museo del Prado o la Catedral de Toledo son obra del Caudillo, como el monumento a los caídos —es decir, a los que él derribó— del Escorial. Nunca es más verdad que en este caso doloroso el concepto clásico de que el tirano subvierte todo el orden de la República; ni aquella profecía angustiada de Azaña cuando afirmó que los castillos se habían

convertido en ventas. España está ya invadida por toda clase de postores.

Sé, sobradamente, que se maneja la propaganda de la patria como si se tratara de un patrimonio de los invasores. La patria es de todos. El hombre viene a ser como un espacio del espíritu, afirmaba Unamuno, y el espíritu es su patria. Patria no viene de patrimonio, sino de maternidad. La explotación no la sirve; la sirve más el dolor que siente en las propias entrañas su deshonra.

Ante la entrada en la Unesco de una España escarnecida por los hombres que la aniquilan o la venden, recordamos un concepto de Jefferson, el inmortal demócrata norteamericano. Esperamos que se asocien a este recuerdo los senadores, almirantes y generales, compatriotas suyos, que según un periodista español, de los sometidos a la previa censura, han venido a "llamar con los nudillos" a las viejas puertas del palacio del Prado, donde se aloja el tirano: "El árbol de la libertad tiene que regarse de vez en cuando con sangre de patriotas y de tiranos". ¿Será hora ya de que se riegue con la sangre de los últimos?".

Mariano RUIZ-FUNES.

Aventura del Pensamiento

COSTA RICA

HOMENAJE A GARCIA MONGE¹

PRIMERAS PALABRAS

LA edad de Cristo, 33 años de misión cultural y orientadora, ha cumplido *Repertorio Americano*. Salió a la estampa, por primera vez, el 15 de septiembre de 1919, aniversario de la independencia en aquellas tierras morazánicas; el 20 de enero de 1946 se publicó el núm. 1000; y ya su fundador, animador y director, mi compatriota ilustre y amigo inolvidable, don Joaquín García Monge, va por el núm. 1148.

Hay que imaginar lo que eso significa de paciencia heroica, de abnegación, de espíritu apostólico, en clima agobiador para empresas o disciplinas intelectuales, donde se le rinde tributo al realismo productivo y el hombre de pensamiento es cosa secundaria, a quien se pretende ignorar o desdeñar.

En la pequeña república costarricense, sin embargo, que conserva por lo menos su vieja tradición de libertad para expresar ideas, aunque nadie de arriba las tome en cuenta; encerrado en su casa solariega; meciéndose en su amplia poltrona mientras medita, o moviéndose entre montones de papeles y de libros; en correspondencia con escritores y poetas de todo el continente; sin apoyo oficial ninguno—que más bien le haría daño que provecho—, mantiene encendida don Joaquín la antorcha de su *Repertorio*, cuya luz se aprecia mejor de lejos que de cerca.

Rey Lea, "con un inmenso poder sobre los espíritus, pero siempre en cautiverio; rey sin cetro, cuyo talento es aristocracia y es menester humillarlo, o es enfermedad y es menester curarlo", dijo del escritor hispanoamericano la inquietud rebelde de Antonio Zelaya, en junio de 1945, al celebrarse las bodas de plata de la revista cohesionadora de García Monge.

Escribió en la misma ocasión otro costarricense, el cuentista, bibliógrafo y erudito Luis Dobles Segreda: "Se habla aho-

¹ Lamentamos la falta de Santo Domingo. No fué posible obtener ninguna colaboración.

ra del *Repertorio* porque celebra sus bodas de plata, que son ya en sí un mérito raro en país tan sordo para cosas espirituales; y al hablar de él se ponen de lado, y casi se olvidan, las otras mil facetas de esa gran campaña cívica que viene sosteniendo García Monge al través de su vida”.

SON múltiples, en realidad, las actividades de hondura espiritual y de arraigado civismo a que ha hecho frente García Monge. Sin fondos, a base de suscripciones, de pequeños anuncios y de alguna que otra aportación humilde, empezó su obra civilizadora este gran divulgador de cultura, este animador invaluable, de quincena en quincena durante medio siglo.

A principios de la centuria inició su labor, en revistas modestas, como *La Siembra*, como *Vida y Verdad*. Seguiría después su *Colección Ariel*, de la que pudo imprimir 92 cuadernos. Por sus páginas desfilan Maeterlinck, Renán, Ruskin, Unamuno, Fernán Caballero, Flaubert, Rubén Darío, Rodó, Martí, Gutiérrez Nájera, Baumbach, Amiel, Gómez Carrillo, Varona, Clarín y los más famosos autores de la literatura universal.

A la magnífica *Colección Ariel* habrán de agregarse las *Ediciones de Autores Centroamericanos*, las *Ediciones Sarmiento*, el *Convivio* y el *Convivio de los Niños*, hasta llegar en 1919 al *Repertorio*, que trató de establecer infructuosamente en Nueva York.

¡En Nueva York, que le crispaba los nervios, cuando tuvo que salir de Costa Rica —de donde no hay poder humano que pueda hoy desprenderlo—, durante el destierro a que lo sometieron los Tinoco!

PERO al mismo tiempo se dedicaba don Joaquín a la enseñanza, y ésta es otra de sus facetas. Nacido el 20 de enero de 1881 en Desamparados, población vecina de la capital, pudo completar sus estudios de secundaria en el Liceo de Costa Rica. Allí obtuvo su bachillerato en humanidades. Y con ese título se inició como maestro, y se inició también como escritor.

Tentado de ver en letras de molde sus escritos, logró publicar su breve novela costumbrista *El Moto*, hacia 1900. Pocos meses después *Las hijas del campo*, en cuyas páginas realistas plantea con soltura y agudeza, a pesar de su corta edad (19 años), el problema de las muchachas campesinas, siempre ex-

puestas en la ciudad a graves peligros, a ser engañadas, a perderse, a prostituirse.

Transcurrido un corto trecho, en 1902, vió salir de las prensas su tercer libro, *Abnegación*, que ya no hace pensar en la influencia de Zolá, sino en la temática espiritual de León Tolstoi. Y al cabo de mucho tiempo, en 1917, *La mala sombra y otros sucesos*, narraciones anecdóticas en las cuales campea el estilo personalísimo, fácil, sencillo, definitivamente cuajado que le conocemos a don Joaquín, tanto en su correspondencia de frases cortas, como en las acotaciones, los comentarios rapidísimos y aun los acuses de recibo del *Repertorio*.

Podrá observarse, por las fechas, que la producción activamente literaria de García Monge se redujo a un corto período, en sus primeros años de juventud. Casi tres lustros se pasaron de *Abnegación* a *La Mala sombra*. ¿Y qué más, en tantos años? Dejó lo propio, sacrificando su obra personal, su obra de creación, para dedicar todo su tiempo a instruir y a orientar en la cátedra o en la conferencia, y a la incansable labor interhispanoamericana que viene realizando.

QUEDÓ antes explicado que los tres primeros libros de García Monge, de 1900 a 1902, fueron novelas de primera juventud; pero de tanto mérito en un adolescente, cuyos exámenes de bachillerato merecieron además las más altas calificaciones, que al novel autor se le otorgó una beca para que continuara sus estudios en el Instituto Pedagógico de Chile. Y en Santiago lo tenemos hasta 1904, año en que regresa y da principio a sus lecciones en el Liceo de Costa Rica, especializado en Literatura Castellana y en Pedagogía.

Dará clases posteriormente en el Colegio Superior de Señoritas, en otros planteles y en la Escuela Normal de Heredia, cuya dirección corre a su cuidado, *hasta topar* con los Tinoco y salirse del país.

Derrocado el régimen dictatorial, vuelto a la patria, le nombra Secretario de Educación Pública el Presidente provisorio don Francisco Aguilar Barquero, con quien llega al fin de su mandato en mayo de 1920.

Del Ministerio le trasladan a dirigir la Biblioteca Nacional, en donde aún se respira el buen aire de su actividad y de sus in-

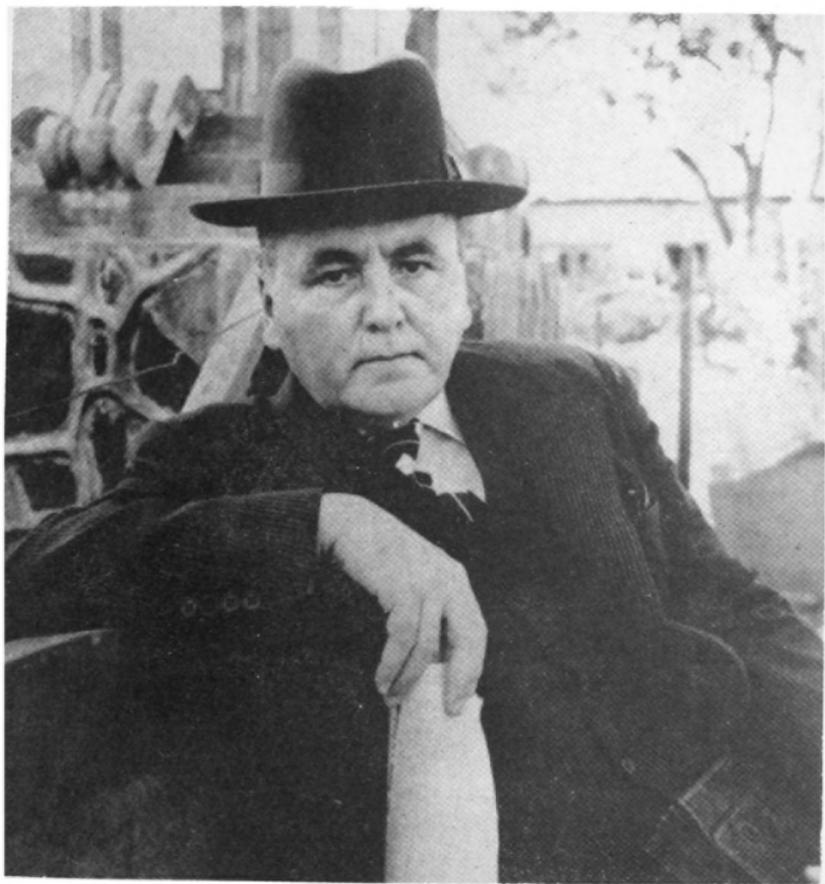
novaciones. Y estará entre anaqueles *hasta topar* con otro régimen adverso a sus principios, que sin mayores miramientos le acepta la renuncia y le nombra sucesor, precisamente en 1936, año crítico para la cultura hispanoamericana por la traición de Franco y por el dominio de las fuerzas más reaccionarias —otra vez hogaño en el poder y a la vista—, en la mitad de América.

A García Monge se le juzgaba en *las alturas* —se le sigue aún considerando— como izquierdista peligroso. ¿Por qué? Por aceptar y preferir en su publicación colaboraciones de intelectuales con *ideas exóticas*, a saber: antinazismo, antifranquismo, antidespotismo, antiimperialismo, antientreguismo. Y no tuvo entonces más remedio que salirse de la Biblioteca, ya no al bullicio de Nueva York sino a su casa, a sus montones de papeles y de libros, a la poltrona en que medita y sueña, a su correspondencia, a sus amigos, a su *Repertorio*.

ESTA es, a grandes rasgos, la obra extraordinaria, la biografía sintética de un costarricense nato, que responde a nuestra vieja tradición de civilidad y de cultura. Con gobiernos comprensivos, progresistas, visionarios, capaces de auscultar el corazón de América, hubiera sido García Monge un brillante Embajador —Embajador de lujo— en las repúblicas realmente democráticas del continente.

No lo fué ni ha de serlo, sin embargo, porque es varón que piensa y siente en lo hondo la tragedia y el dolor de América; porque sigue preguntando por la buena vecindad, la Carta del Atlántico, la Carta Universal de los Derechos del Hombre, la libertad y la justicia; porque recoge y tremola la bandera de Bolívar, de Morelos, de Sarmiento, de Juárez, de José Martí, la de Jefferson también y la de Lincoln, tan en pugna con lo que hacen hoy algunos gobernantes.

Pero si esa es la realidad en ciertos medios oficiales, otro ciudadano ejemplar de nuestra América, el siempre admirado y admirable maestro don Jesús Silva Herzog, sembrador igualmente de cultura, ha querido rendirle un homenaje fraternal a García Monge. Y lo hace cuando se inicia el año duodécimo de su benemérita revista CUADERNOS AMERICANOS, en este nuevo y valiosísimo volumen de trescientas páginas —ciclópea empresa—, que lleva ya el núm. LXVII.



García Monge en 1939.



García Monge, Neruda y Delia del Carril, 1943.

Honrar honra, dijo el iluminado apóstol de la independencia cubana. No ha sido otro el lema de Silva Herzog. Los dos se honran, y yo con ellos, escribiendo este prefacio. ¡Vivan por muchos años don Jesús y don Joaquín!

Vicente SAENZ

ARGENTINA

RECONOCIMIENTO

LA significación de don Joaquín García Monge en nuestra cultura conviene que sea destacada con energía y reiteración, y por esto me parece que la iniciativa de CUADERNOS AMERICANOS es oportuna y loable. Ante todo, nuestra América padece de incomunicación, hasta de una dislocación lamentable y absurda, y muchos no llegan a enterarse de cosas esenciales y que interesan a todos. En segundo lugar, abundan los que conocen ciertos hechos de importancia máxima, pero nunca se les ocurre hablar de ellos, admitirlos explícitamente, y los mantienen soterrados en sí, sin otorgarles esa vigencia pública que es la manera de que cobren efectiva existencia, hasta para el mismo que se halla íntimamente persuadido de ellos. Los sucesos de gran trascendencia no alcanzan su reconocimiento cuando se limitan a ser convicciones individuales y dispersas, aunque por ventura fueran convicción privada en todos, tomados uno a uno. Es necesario que cada uno posea su propia convicción y conozca la de los demás, para que la verdad común obtenga la fuerza de un consenso y las opiniones singulares se robustezcan y corroboren las unas con las otras. Sólo así brota la sanción justiciera y general que pone las cosas en su sitio y permite el destaque y aprovechamiento del esfuerzo eminente.

Muchos, innumerables son en nuestra América los que conocen y estiman la obra de García Monge y se han aprovechado de ella; conviene que todos se encuentren en la publicidad del aprecio y del débito hacia él; conviene que la voz callada de cada uno llegue a ser palabra expresa y se multiplique en ecos, para que el concierto de las voces unánimes se torne voz del continente.

La singularidad y el altísimo mérito de la obra de don Joaquín, en mi opinión, dependen entre otros puntos del ajuste y fusión en ella de tarea y vida, de intención y realización.

No son raras las tareas de alto precio intelectual, cumplidas con fervor, pero que no han llegado a ser preocupación central y absorbente de todas las horas de quienes las realizan, que no han llegado a fundirse con la vida entera. Más bien es excepcional que la vida y la faena concurren y se unifican, y en la faena entren y vibren todas las palpitations del ánimo, y la existencia toda sea consagración y servicio en los cauces de la tarea. Esta conjunción se da en don Joaquín como en muy pocos, y está patente en su acción de muchos modos, de los cuales sólo quiero destacar dos: la evidente aplicación de cada minuto a su faena, sin ocio ni descuido, en lo espiritual y aun en esa manualidad que lo espiritual exige, y la extraña penetración de su personalidad viva y única con el plan objetivo de alcance americano y universalista que desenvuelve en el *Repertorio*, o, dicho en otros términos, la simultaneidad de su individual presencia y del sentido ultraindividual en las páginas de su revista, dos elementos que conviven con fuerza pareja y sin estorbarse, antes bien prestándose mutuo apoyo y como ejemplo eminente del espíritu en acción, ya que el espíritu es por excelencia eso: vida en función de universalidad.

Otro privilegio, como dije, de García Monge es la fusión y concordancia de la intención y la realización en su larga labor. Intenciones de alto, pleno y libre americanismo ha habido también por otros lados; él figura entre los muy escasos que han conseguido organizar esas intenciones en un programa sólido, definido y de largas vistas, válido para un presente que ha de entenderse siempre en América como preparación de futuro. Pero hasta los programas más sabios y perfectos valen poco si se quedan en programas, en tentativas truncas, en realizaciones desfallecientes. Don Joaquín ha abundado maravillosamente en esa tenacidad al servicio de un noble propósito que es una de nuestras más lamentables carencias; no ha conocido el desánimo, y a lo largo de los muchos años, su *Repertorio* ha sido el lugar de reunión de las mejores manifestaciones de la conciencia continental. Si nuestra América aspira a entenderse, a contemplarse en la múltiple y secretamente solidaria expresión de su alma, en pocas partes hallará recapitulaciones de sí misma tan amplias y cabales como en el *Repertorio*, que es

espejo de cada día y palpitación de la viva actualidad, y que, por lo mismo, va siendo incomparable archivo de los años, una historia documental cuyo valor como tal historia sólo es comparable a su significación al día como reflejo del inmediato presente, como fiel registro del pulso del instante. Nuestra América encuentra y cumple su unidad espiritual, gracias a don Joaquín, en unas hojas periódicas que son su faena y su vida, que atestiguan al mismo tiempo la clarividencia de un alto designio y la tenacidad y la eficacia de un esfuerzo sin desmayo.

Francisco ROMERO

BOLIVIA

EL SEMBRADOR

UN día, de la pequeña y luminosa Costa Rica, sale un hombre a recorrer los caminos del mundo. Sólo le sostienen su fe, su amor a las muchedumbres, su fuerte voluntad.

No es únicamente pensador y artista, periodista y alma de empresa. Es también un sembrador, el que se vacía íntegro en los granos de los días. Hace de maestro, de vigía, esparce bondad y confianza. Fustiga a los poderosos, ampara a los débiles. Su mano generosa acerca el horizonte a los ansiosos de hacerse conocer. Su temperamento de luchador ataca sin miedo imperalismos, tiranías, déspotas. Es un removedor de ideas, un agitador de conciencias en la América hispana que yace todavía en letargo secular.

Treinta años de prédica tenaz, irreductible. Lo que este espíritu poderoso conmovió con su solo esfuerzo cotidiano, es asombroso. Ni grandes empresas mercantiles, ni editoriales portentosas, ni equipos de hombres y máquinas: sólo un alma inflexible en pos de su verdad. ¿Por qué don Joaquín es como un símbolo de virtud y de constancia para el continente indio? Porque su vida, su apostolado de lucha y de justicia, son la réplica necesaria al burdo materialismo técnico de la época. Un costarricense nos ha enseñado el valor del auténtico humanismo cristiano: darse, entregarse a una causa con sacrificio

de la propia persona. Para que viva ese jugoso, ese entrañable *Repertorio Americano*, don Joaquín ha debido quemarse como hombre y como escritor.

Deuda que nunca se pagará: la cultura continental a García Monge. Porque éste es uno que hizo de la polémica vara de justicia, de la generosidad escuela de moral social.

Solo, fuerte, insobornable. Si América, la del Centro, la del Sur, la del México capitán de muchedumbres y naciones, puede oponer su espiritualidad vibrante al racionalismo occidental, es por estos sembradores de vida que son también caudillos del ideal.

Los escritores de Bolivia rinden homenaje fervoroso al gran costarricense. Un hombre. Una obra. Una edificación ejemplar.

Fernando DIEZ DE MEDINA

COLOMBIA

ORGULLO DE NUESTRO CONTINENTE

Señor don

Jesús Silva Herzog.

Muy distinguido amigo:

FELIZ iniciativa la suya de rendir un homenaje en las páginas de CUADERNOS AMERICANOS a la nobilísima figura de Joaquín García Monge, orgullo de nuestro continente. Pocos espíritus como el de este varón en el que se suman tan bellas cualidades de inteligencia y de abnegado espíritu de servicio. En América lo identificamos todos con su ya ilustre y consagrada revista *Repertorio Americano* que comenzó como una tenue luz aparecida en un rincón de este hemisferio y que hoy es un faro que guía a todos los caminantes. Es nuestra casa común, y a ella nos encaminamos todos porque la encontramos siempre llena de amigos, reunidos allí en plática cordial en torno de ese singular dueño de casa que a todos nos acoge con su espíritu cordial.

Mi enhorabuena, pues, por su feliz iniciativa a la que desde ahora auguro la más afectuosa acogida.

Muy cordialmente de Ud.

Agustín NIETO CABALLERO

EXPLORADOR Y CRUZADO

LA gente hispanoamericana del hemisferio occidental tiene para con el señor Joaquín García Monge una deuda honrosa para el autor de la dádiva y aun para los favorecidos, a quienes el beneficio los enaltece por la calidad de la prenda. Dotado García Monge por la naturaleza de una excelsa capacidad de comprensión y de una feliz inclinación a hacer el bien sin estrépito y con altas miras sociales puso desde hace más de sesenta años toda su inteligencia y la mayor parte de sus actividades al servicio de la cultura no solamente de su país sino de toda la gente americana de su mismo origen. García Monge, por este esfuerzo y por la riqueza y manera de su sensibilidad ha contribuído más que nadie en la América Latina a elevar el nivel de cultura y civilidad. Al propio tiempo ha llevado a cabo, contra las vallas naturales, contra la obtusa resistencia de los gobiernos y la indiferencia de los tipos humanos promediales una obra de aproximación de cuya magnitud sólo pueden darse cuenta quienes han tenido ocasión de observar las influencias de ese empeño durante la mayor parte de dos siglos, los caracteres de las cuales se miden por el influjo que han tenido sobre el curso llano y el atormentado de la historia.

A más de esto García Monge ha ejercido sobre los hombres de su época la misión de un apóstol sin arrebatos ni posturas extraordinarias. Con gran modestia, y con singular eficacia ha llevado un mensaje al carácter y a la inteligencia del continente. "Esto somos, queridos amigos", parece decirles a sus contemporáneos de la misma sangre, "esto somos, esto hemos sido, y mucho más podríamos llegar a ser conociéndonos unos a otros, teniendo a todas horas presente el estímulo y la virtud de ese conocimiento. Ved lo que existe en el fondo de nuestra actividad y lo que puede crearse con el esfuerzo de cada uno en un empeño de buena voluntad y de entendimiento co-

lectivo". En este género de actividades García Monge ha sido por la tenacidad un explorador y por la fe una especie de cruzado. Desinteresadamente y con la visión del futuro siempre en la mente ha trabajado sin descanso en promover el esfuerzo de todos no sin haber contribuido poderosamente a enriquecer la sensibilidad de sus contemporáneos y su capacidad de comprensión.

Hombre de fino ingenio y de vastas dotes de escritor preferiremos cederles el campo a los que en su sentir tenían un mensaje para las gentes o podían ser un modelo para la formación de escritores o de hombres de carácter.

El mundo latino de América reconoce sin reservas de ninguna clase los altos méritos de tan pulcro y abnegado servidor de la cultura, y aplaude con alegría y con un vivo sentimiento de justicia al homenaje que CUADERNOS AMERICANOS han preparado en reconocimiento de la obra, la vida y el carácter de un hermano en el más vasto y generoso sentido de la palabra.

Baldomero SANIN CANO

EL MENSAJERO DE LA INDOESPAÑOLA

RECORDANDO todos a diario a don Joaquín, recordándolo desde hace más de treinta años, no le hemos celebrado hasta hoy la fiesta que le es debida. En casa suya venimos reuniéndonos desde entonces. Allí nos hemos conocido. Ha sido la única casa en nuestra América que con constancia y sencillez se nos ha abierto para sólo ese efecto. El caso es único, además, en el mundo. Porque no hay otro grupo de docena y media de naciones que hayan tenido así, en el hogar de una persona privada, que a lo más ha sido bibliotecario de un país pequeño, su hogar común. Pensando en la generosidad de este hombre, en su devoción, en su altruismo, en su fervor, me pregunto: ¿Para qué se instituyeron los premios Nobel?

Vengo leyendo el *Repertorio Americano* desde cuando era estudiante en la Universidad. Si no hubiera sido por él habría demorado algunos años en saber de Alfonso Reyes, de Gabriela Mistral, de González Martínez, de Pablo Neruda, de Rómulo Gallegos, de Fernando Ortiz, de Enrique José Verona, de José

Ingenieros, de Juana de Ibarbourou, de Vaz Ferreira, de Guiraldes, de José Vasconcelos, de tanto nombre que fué el tema de nuestros debates en los cafés, que estimuló en una u otra dirección nuestra juventud, que nos permitió saber que aquí en nuestro nuevo mundo, había una inteligencia viva, vigilante, que sólo en las páginas del *Repertorio* se presentaba en su total despliegue.

Yo tengo la conciencia de que si a alguna persona le debemos, es a don Joaquín. Para todos nosotros, en todos nuestros países, fué uno de los maestros que nos enseñaron a leer. El no entregaba a locas revoltillos insensatos: nos daba lo selecto, lo que trasladaba a nuestro tiempo algo de la fresca polémica con que ilustraron su tiempo Sarmiento, Montalvo, el indio Uribe, Martí, González Prada o Rodó. Cuando para los colombianos se alejaba por muchos años del país Baldomero Sanín Cano, don Joaquín nos traía sus mensajes; cuando en México surgía un poeta nuevo como Carlos Pellicer, don Joaquín lo soplaba al mundo. Si en un acto honesto de conciencia nos pudiéramos cada uno a repasar los nombres de los autores que allí comenzamos a conocer, de los artículos célebres que allí leímos por primera vez, de los poemas que para nosotros nacieron en las páginas de esa gaceta sin pretensiones quedaríamos, a nosotros mismos, sorprendidos.

San José de Costa Rica ha sido nuestra zona de convivio y convivencia universal; nuestro palacio de la unión de la América indoespañola; la mesa redonda de nuestra gran tertulia; el teatro de feria de nuestra gran farándula; el campamento de nuestra tropa sin generales. Tanta suerte le trajo a esa ciudad afortunada don Joaquín!

Para mí lo más agradable del *Repertorio* es la modestia, lo más acertado el nombre, lo más bien cumplido el propósito, lo mejor el director. No ha querido ser don Joaquín, pudiéndolo ser, autor en la revista de que es autor. Se adjudicó a sí mismo el papel de mensajero. Sabía que alguien tendría que estar llevando y trayendo los recados que antes se quedaban perdidos. Que en el alma de esos recados estaba viva la substancia de nuestra América. Que lo único que era necesario era ser honrado y fiel, y él sabía que era honrado y fiel. Y fué el mensajero. Dando un ejemplo inmortal a todos nosotros y a quienes vengan detrás de nosotros. Algún día en cada una de las historias patrias de toda nuestra América acabará por hacerse

una mención de este nombre que para todos es una enseñanza. ¡Que viva don Joaquín García Monge! Lo digo desde el fondo del alma.

Germán ARCINIEGAS

EDUCADOR DE MASAS DISPERSAS

AL verle actuar en su casa de San José se siente algo más que la presencia de un hombre. Sin ser un líder, ni un pensador, ni un tribuno, de su persona emana una poderosa fuerza comunicativa. Le viene sin duda de la idea que él representa y defiende: la de contribuir a la cohesión de la América Latina, a su independencia económica, a su liberación del triple azote de la ignorancia, del caudillismo y de la miseria. Todas aquellas cosas que forman el marco en que se mueve a diario —libros en profusión, canjes rápidamente revisados, cartas de todo el continente, pruebas por corregir— confirman la idea que el visitante tenía de don Joaquín: un intelectual al servicio de una gran causa humana. Es uno de esos hombres cuya fuerza reside en la conciencia.

Desde temprano canceló en su espíritu todas las veleidades. Quería ser un educador, un educador de masas dispersas, y un propulsor del nacionalismo latinoamericano. La empresa la inició hace muchos años, y lo sorprendente es que con el tiempo ella se ha ido haciendo más lozana, más vivaz, y si se quiere, más juvenil. El fenómeno se explica por la circunstancia de que entre tanto el campo de las libertades se ha ido reduciendo, y de que es ahora, a los cuatro lustros, cuando el fascismo bajo diversas apariencias y con diversos slogans hace estragos entre nosotros, y cuando el imperialismo económico, político, cultural y militar se hace sentir con más rigor. La multiplicación de las dificultades y de los enemigos, le ha dado a la tarea de García Monge un renovado impulso y un secreto remozamiento.

El *Repertorio Americano* es de esa suerte el centro receptor y distribuidor de las tesis de cuantos en el hemisferio piensan como ese costarricense eficaz. Porque aunque atrás quedó dicho, conviene repetir que la América que a don Joaquín le interesa no es un concepto arenoso ni una totalidad equívoca. Es

la América dueña de su suerte y de sus riquezas, preocupada por la liberación social de sus masas, capaz de asegurar el funcionamiento de una democracia sincera y de un Estado en lucha contra los privilegios, una América con menos armas y con más servicios. Una América, en suma, por construir.

En la medida en que las gentes libres de América se van quedando sin voz, la importancia histórica del *Repertorio* se aprecia mejor. De pocas publicaciones como ésa podrá decirse más tarde que en un largo período sirvieron de expresión a un continente cuyos grupos mejores fueron enmudecidos por la inclemencia de las nuevas tiranías. Con el tiempo, el significado de ese periódico empalmará con el de otros que en épocas parecidas del pasado estuvieron cargados de poder creador, porque decían la verdad, porque hablaban la sencilla lengua que le conviene al hombre y porque llevaban una consigna de optimismo cuando todo invitaba a la desesperanza.

Gerardo MOLINA

COSTA RICA

DON JOAQUIN, BIBLIOTECARIO

LA Biblioteca de San José tenía una sala destinada a la gente menuda. La estoy viendo con sus mesas redondas, prontas a congregarse atenciones dispersas; con su reír mañanero, sus ventanas abiertas y su colección de revistas, llegadas de España con las mejores caricaturas. Aquella sala llegó a ser tan necesaria, que las señoritas encargadas de la vigilancia premiaron mi cumplimiento, regalándome a fines de año un libro de dramatizaciones infantiles, con una dedicatoria que me convirtió en mocosamente importante.

A veces entraba un señor gordo, chaparrito y rosado, "presbiteriano", que se llamaba don Joaquín García Monge. Este señor era el director de la biblioteca.

Una tarde—previa cita—nos dijo un cuento. La sala estaba llena de *chacalines*, vocablo que traducido al mexicano quiere decir *escuintles*. No recuerdo absolutamente nada del

cuento, pero me sería imposible olvidar la figura del relator, frente a nosotros, atrayéndonos con la promesa de los libros y practicando la saludable pedagogía del interés, del abono cordial, de todo eso que después se convierte en destino y nos salva.

Cuando le pregunté a mi padre quién hacía un periódico tan aburrido como el que tenía en las manos (*Repertorio Americano*) y contestó que don Joaquín García Monge, me llené de contradicciones, pues no quise aceptar que un señor que sabía tan lindas cosas de imaginación dirigiera una revista que yo no podía entender.

Multitud de emociones dejé en aquella sala de lectura. Acaso algún día las escriba, unidas al conocimiento de otras bibliotecas de México y Centroamérica.

La de San José, por ejemplo, saturada de cosas aromáticas y sutiles, de misteriosos ecos suboídos, tiene —¡oh Proust!— con sus relojes atrasados y el estruendo de los aguaceros que allí me sorprendieron, el encanto de lo retrospectivo y la magia de los recuerdos solemnes. Yo no la puedo apartar de la imagen de don Joaquín, que pasea por sus corredores, que invade sus silencios, que llega con sus libros bajo el brazo y se detiene a conversar un rato, que es, en fin, consubstancial a ella misma, porque don Joaquín, que ha sabido vivir en obsequio de los demás, es como el recinto humano de los libros, y ya estamos definiendo el *Repertorio Americano* y lo que significa su empeño en ofrecer ideas, dejándose robar el espíritu constantemente.

Creció el *Repertorio* como la orquídea en el desierto: como un milagro. En la actualidad tiene tantos rumores como el árbol de las genealogías, con la circunstancia de que a su sombra puede leerse casi todo el pensamiento contemporáneo.

Y no se podrá escribir en los sucesivos años una historia bien compendiada de este pensamiento hispanoamericano prescindiendo de la colección de textos seleccionados por don Joaquín, pues en su revista están presentes los principales diarios y revistas de América, y lo están en el aspecto más enérgico, más universal, al extremo de que la fronda segundona, la energía sobrante que entorpece la fisonomía cabal de nuestros pueblos, no se encontrará por ninguna parte: ha caído bajo el rigor de unas tijeras de oro.

REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO DECENALMENTE POR GARCÍA MONGE Y CIA., EDITORES

VOL. I

SAN JOSÉ DE COSTA RICA LUNES 1º DE SEPTIEMBRE DE 1919

Nº 1

SUMARIO

Las euménides. Por LEOPOLDO LUGONES.
Vida - garfio. Por JUANA DE IBARRONERO.
Alegria del mal ojo. Por MAGÓN.
Reflexiones de la guerra. Por OCTAVIO JIMÉNEZ.
Los patillos. Por OMAR DENGÓ.
Evocación - Por JOSÉ UNAÑA BERNAL.
Una nueva ruta comercial a la Antártica. Por A. M. BRUCE.
La política pedagógica de la Federación Obrera. *Vista americana.*
Con los Artistas y Editores
Costa Rica en el exterior
Correspondencia
Notas y Documentos.

Las euménides

(Londres, enero de 1913)

PARCELA que después de las varias crisis efectuadas y resueltas por el finado señor Canalejas dentro del partido liberal, las dos últimas producidas y liquidadas en igual forma, han colmado la paciencia del partido conservador de España, cuyo jefe renunció el mandato legislativo para retirarse a la vida privada. El partido se declaró, a su vez, en disolución, y llueven por docenas las renuncias de los puestos parlamentarios con que contaba. Este hecho sin precedentes en la política europea añade una más a las ruidosas caídas que durante los últimos cuatro años han llamado la atención del mundo, destronamiento del rey de Portugal y del emperador de la China; expulsión de Porfirio Díaz y de Cipriano Castro.

Faltaba el señor Maura para satisfacer una vez más el fenómeno de que no obstante la ración clerical y militarista, iniciada por los gobiernos hace precisamente esos cuatro años, asistimos con más o menos confinamiento de violencia a una constante ejecución de tiranos.

Este triunfo de la opinión que no gobierna, ni por acción directa ni por medio de representantes, al ser la pobre autonomía constante y absolutamente

despreciada o aborrecida por los políticos - salvo el trance fugaz de la candidatura en cuyo momento es Pueblo Soberano - significa una confirmación tan evidente de las ideas enunciadas en estas cartas durante dos años, que el lector benévolo me permitirá advertirle su mayor insistencia, así como ha tolerado ya que por una vez, comenté desde Londres un asunto español, si bien éste se relaciona mucho también con la política inglesa.

Los diarios conservadores han comentado en efecto, la caída del señor Maura, con una displacencia que indica a dos leguas el remojo de la habla propia y naturalmente, los liberales, empezando por la ministerial Westminster Gazette, que replica al *Times* con tanta eficacia como soltura, hicieron la filosofía del asunto comparándolo con la crisis del unionismo, al fin resultante de igual fenómeno el medio cada vez más hostil al principio de autoridad o dogma de obediencia, representado por los conservadores en su máxima plenitud.

No necesito advertir que esto último corre por mi cuenta, pues la venerable gaceta no lo diría nunca, pero es que allí se encuentra precisamente el origen del fenómeno, su importancia trascendental. El señor Maura representaba con la integridad de un tipo el principio de autoridad, su método político era la perfección del arte de gobernar, que solamente los conservadores poseen, al ser los únicos gobernantes lógicos con el principio fundamental del gobierno, la imposición de reglas de conducta (leyes) por medio de la fuerza. El lo renuncia todo era monárquico cerrado, clerical, militarista, autoritario, gran orador, gran talento, gran carácter, y también político habilísimo, hasta el extremo de que, siendo todo eso, organizó también en España el voto obligatorio, vale decir, el colmo de la soberanía popular. No creo que los admiradores del señor Maura me reñirán. Lo soy a mi vez, en cuanto al hombre respecta. El rey ha perdido con él la mitad de su capital político. Quizá más de la mitad. ¿Por qué y cómo ha caído, entonces, el señor Maura?

El señor Maura ha muerto de perfección. Por ser, precisamente, el tipo perfecto del gobernante, cae vencido sin ataque directo en un medio mortalmente hostil. Así se fueron y siguen

yéndose a la anulación irremisible las grandes fieras del bosque, aquellos fuertes de la garra atroz y del diente carnívoro, que los filósofos y los sabios de pacotilla, falderos de los políticos, nos presentan como predestinados a triunfar por la suprema razón de su propia fuerza. Pero no es así. Esas máquinas terribles, azotes de la vida, son monstruos de su vida. Mientras aquélla, desde el fondo de las edades, a través de los cataclismos, se prolonga hasta nosotros bajo las formas amables del insecto alado, del mouseo parlero, del zófito florido, las fieras enormes han desaparecido cuando resistieron en la integridad de su ser, o han debido transformarse, para subsistir, en crasos pajarracos, tímidos marcupiales o desdentados arañadillos. Exactamente como el gobierno, o sea la fuerza monstruosa en transformación, pasa de los fieros autoritarios del conservatismo, a los liberales capituladores y blandos. He dicho más de una vez que la civilización, en evolución paralela, o mejor dicho, concéntrica con la naturaleza, uno de cuyos fenómenos es, tiende a suprimir la fiera. Allí están la historia y los museos de paleontología. También los tigres, los leones, los tiburones del mundo actual, marchan rápidamente a su fin como va por el mismo rumbo la fiera humana: llámese general, ministro o banquero.

Pero la caída que comento, es todavía más interesante si se piensa en sus ejecutores. Naturalmente, la pretendida disolución del partido conservador, es mero rito deprecativo para realizar las exequias de su grande y único muerto. Hay que rasgar las vestiduras, y cubrir de ceniza la cabeza, sin perjuicio de seguir viviendo. El mismo shankira del señor La Cierva, anunciado con hondo clamor, resultará también un símbolo. Eso se lleva cada vez menos, hasta en el Japón. No, ahí no cuentan sino un muerto, bien que éste resulte ser el más importante. Ya he dicho por qué. Ahora vamos cómo.

El nombre del primer causante, está, desde luego, en todos los labios: es Ferrer. Desde que el señor Maura suprimió a ese maestro de escuela, en quien, como todos los ilusos del conservatismo, creyó matar una herejía y una aspiración, el ateísmo y la libertad - no ha hecho sino tropezar con sus pobres bucos. Ferrer le quitó e

Facsímil de la primera página del REP. AMER

Pasaron los años. La revista de García Monge llegó a leerse mucho más en Venezuela, en Colombia, en México, que en Costa Rica.

El profeta siempre ha tenido parentesco con Ashaverus.

Vinieron luego las grandes campañas. Contra: el imperalismo en Cuba, las dictaduras de Guatemala y El Salvador, la monarquía española, los monopolios, el plato de lentejas, la cobardía política, todo lo negativo y antihistórico de nuestras luchas occidentales, para cuya denuncia encontró el *Repertorio* un látigo en Sarmiento, un carácter en Juárez, un verbo en Montalvo, una sangre en Martí, armas todas de providencial envío que lo abastecieron de "parque" y forjaron su estilo con la divisa de los guerrilleros en acecho.

¡Precioso recinto de conversación americana, donde se presentan valores, se lee a los amigos ausentes y se reciben las noticias literarias que a todos interesa!

A dos cuadras del *Teatro Nacional* (el orgullo número uno de Costa Rica), en una humilde casa "que da a la calle" y en cuyo primer cuarto se amontonan publicaciones de todo el mundo, vive este hombre bueno de América, que ha convertido su hebdomadario en una especie de club de intelectuales, o lugar de cita de la inteligencia, o café para charlar y conocerse. Sólo que en este café no se recepciona el chisme del eterno mediocre, sino la presencia de los que, como observaba Montaigne, son capaces de estudiar las palabras ajenas para hacer el inventario de las propias.

Alfredo CARDONA PEÑA

EL MENSAJE DE GARCIA MONGE

DON Joaquín García Monge ha realizado, al través de una vida consagrada al servicio de las ideas, una de las obras más fecundas de nuestra América. Es un hombre representativo de una América que va desapareciendo en medio del estruendo que producen los fanatismos ideológicos que se afirmaron durante la última guerra mundial: el neofascismo en cuyas entrañas ignoradas trabaja incesantemente el comején del comunismo y la democracia sin asideros humanos.

La labor desinteresada de García Monge es una de las fuerzas que mayormente han contribuido a definir el destino americano. Las diferentes luchas de carácter político, social, económico, literario, artístico, en fin, han encontrado, en las páginas de las publicaciones aparecidas bajo su dirección sus más vitales expresiones. No existe ningún problema de los que inquietaron a los escritores de las últimas generaciones del siglo pasado y los que inquietan a las del siglo que vamos viviendo, entre tumbos y caídas, que no se hallen en las múltiples entregas de esas publicaciones.

Desde que don Joaquín, como lo llaman cariñosamente todos los americanos que se preocupan por nuestra cultura, llegó a su patria, Costa Rica, después de haber cursado sus estudios de pedagogía en Santiago de Chile, a fines del siglo pasado, comenzó su carrera de periodismo desinteresado. Primeramente publicó *Colección Ariel*, pequeños cuadernos en los cuales dió a conocer a los más notables escritores americanos y europeos. Los españoles de la generación del 98 ocuparon sitio de preferencia. Lo mismo los americanos del movimiento modernista. Casi todas las traducciones del francés y del inglés de esa publicación se deben a don Joaquín: esta sola labor significa una de las mejores contribuciones suyas de servicio de la cultura universal. Cuando la primera guerra mundial ensangrentaba a Europa comenzó las nítidas publicaciones de *El Convivio*. Eran también entregas periódicas en que recogía no sólo obras completas de escritores americanos y españoles, sino ediciones de los mejores clásicos castellanos, sobriamente impresas y cuidadas por los mejores especialistas de nuestra literatura. Fué entonces asimismo que comenzó a publicar el *Repertorio Americano*, de tan larga vida y hondas repercusiones. Como suplementos de este periódico aparecieron algunos cuadernos: *Ediciones Repertorio Americano*, *Colección Sarmiento*.

Esta nueva publicación de García Monge no rompió la línea ideológica que se había trazado en las anteriores. Más bien abrió en ella un campo más amplio para la divulgación de las ideas que le interesaban. El prestigio que el maestro había adquirido por todas partes lo puso al servicio de su gran empresa. Quiso que el *Repertorio Americano* naciera bajo los auspicios de don Andrés Bello para darle de esta manera un carácter más continental. En efecto, revivió el nombre de la magnífica publicación que Bello emprendiera en Londres el año

de 1826. La orientación era casi la misma: un panorama total de los valores espirituales de nuestra América, pero visto con un criterio dinámico y al mismo tiempo de serenidad intelectual. Todas las manifestaciones literarias e ideológicas deberían tener cabida en sus páginas de vigor ecléctico. Cuando se hojea una colección de *Repertorio Americano* se tiene la más clara impresión de lo que ha sido la cultura universal sentida y vivida por los americanos, en los últimos treinta años. El *Repertorio Americano* es el mejor documento intelectual del siglo XX americano.

Algo que sorprende en la vida de don Joaquín García Monge es el silencio con que trabaja en uno de los más apartados países de Hispanoamérica. En su pequeño estudio de San José de Costa Rica ha laborado, entre desalientos y privaciones, este hombre excepcional. Vive sencillísimamente. Pero todas las fuerzas pensantes americanas pueblan el silencio de su taller con el diálogo perenne de las ideas. *Repertorio Americano* se diría una revista inexistente; sin embargo su importancia es enorme si se calcula su obra: el fuego del espíritu no ha dejado de presidir un solo instante en el banquete de las máximas inquietudes humanas. El día que desaparezca —y desaparecerá solamente cuando haya muerto el hombre que le da vida—, se habrá apagado el último resplandor de los ideales desinteresados.

García Monge pertenece a la generación del llamado "arielismo mesiánico". Sus ideas y sus campañas se han sustentado, desde sus orígenes, en el evangelio del profesor uruguayo José Enrique Rodó, no con el afán de destruir sino más bien con el de fortalecer una mentalidad netamente hispanoamericana frente a la norteamericana. Sin embargo, García Monge ha comprendido que no existen dos Américas que tarde o temprano habrán de enfrentarse ferozmente sino dos Américas que se habrán de complementar algún día. El mayor de nuestros males está en nuestras tiranías folklóricas y pintorescas y el mal de los hombres del Norte está en su materialismo sin piedad. Cuando esas dos rémoras de la historia contemporánea americana desaparezcan entraremos en un período de equilibrio en cuyo ambiente diáfano el genio de Ariel volará a sus anchas lo mismo sobre las llanuras y las grandes urbes norteamericanas que sobre nuestros Andes ingenuos. Tal es el mensaje de don

Joaquín García Monge. Mensaje optimista en un continente pronto a definirse como en el continente de la humanidad, para decirlo en el tono de José Martí.

León PACHECO

CUBA

EJEMPLARIDAD Y HOMBRIA

MAGNÍFICA idea ésta de don Jesús Silva Herzog de consagrarle un homenaje de gratitud y simpatía continentales a don Joaquín García Monge, el abnegado y ejemplar animador de *Repertorio Americano*. Pocos hombres por tierras de América tan acreedores al reconocimiento de todos los que por nuestra cultura nos preocupamos. Este "symposium" que por iniciativa de su director le dedica ahora CUADERNOS AMERICANOS, será ocasión de júbilo para los intelectuales dignos que en don Joaquín han tenido siempre a un denodado amigo y valedor—muy especialmente aquellos que han sido víctimas de romos tiranuelos.

Ya cumplió *Repertorio Americano* treinta años de una existencia tan limpia y perseverante en la defensa de los valores del espíritu y de la cultura que se ha convertido en una institución. Durante estos seis lustros, muchos pueblos de América han visto mermadas—o estranguladas—sus libertades a manos de gamonales ambiciosos o de militarotes liberticidas. En muchas partes también hemos visto cómo la mayoría de la llamada gran prensa—y no pocos escritores convenencieros—ha abdicado su independencia y se ha puesto al servicio de las dictaduras y de los poderosísimos intereses—nacionales y extranjeros—que apoyan y fomentan estos regímenes de fuerza. (Las tres excepciones más dignas y decorosas han sido *La Prensa* y *La Nación*, de Buenos Aires y *El Tiempo*, de Bogotá). Frente a este acogotamiento de la democracia, frente a la claudicación de muchas empresas periodísticas y de gran número de escritores serviles, y a las persecuciones o vejaciones que han sufrido muchos de los más respetables intelectuales—los que no se han prostituído al mandón de turno—, don Joaquín García Monge y su vocero, *Repertorio Americano*, se han mantenido

siempre alertas y en perpetua beligerancia. Contra la siniestra conjura del militarismo, los monopolios y la oligarquía del soldo y el latifundio, don Joaquín ha levantado siempre su airada y cívica protesta. En ninguno de estos nefandos cuartelazos ha dejado de oírse la voz autorizada y noble de *Repertorio Americano*. Sus páginas han sido en tales ocasiones picota del contubernio plutocrático de la espada, el oro y la mitra.

Esa es la más grande lección que a don Joaquín debemos y la más crecida deuda que con él tienen contraída todos los hombres dignos en la América irredenta. De sus generosos servicios a la alta cultura; de su preocupación americana; de su acogedora y tolerante actitud; de la fina calidad que ha sabido imprimir —y mantener— a su *Repertorio*; de su amplio espíritu continental; de la modestia y el altruísmo con que durante tantos años ha sacrificado su bienestar y su reposo en beneficio de la cultura; de todo esto hablarán sin duda otros en este cordial y votivo homenaje. Yo prefiero destacar aquí esa otra arista ética que a mi entender define mejor su personalidad y su ejecutoria. Estimo, por otra parte, que es la faceta más original y valiosa de su noble espíritu. Escritores de mucho talento y de gran cultura, pero de espíritu simoníaco, nos sobran en América; lo que nos faltan son *hombres*, hombres que sepan serlo de verdad. La categoría *hombre*, cuando se alcanza en toda su plenitud, es muy superior a la de intelectual o poeta. Esta es rarísima jerarquía en todas partes y en todas las épocas. Escribidores en prosa o en líneas medidas nos sobran en América —buenos, mediocres y malos. Lo que necesitamos, pues, no son más llenapáginas sino hombres dignos de este apelativo. Un hombre pleno —un Martí, un Montalvo, un González Prada, un Ignacio Ramírez— vale por mil escritorzuelos sin médula ni carácter.

Y porque don Joaquín García Monge nos ha dado un gran ejemplo de dignidad humana; porque ha sabido enaltecer este difícil "oficio de hombre", que decía José Martí; porque nunca prostituyó su conciencia ni su pluma, ni claudicó ante la injusticia, ni antepuso la conveniencia personal al deber ciudadano; porque ha sabido mantener impoluta su labor americanista, y ha purgado su espíritu de fobias y aldeanismos disociadores; porque siempre estuvo al lado de los que "han hambre y sed de justicia", y en todo momento defendió la causa de la libertad; porque nunca se ha contagiado de miedos pueriles

ante el progreso social necesario, inevitable y útil; porque jamás lo alarmaron las ideas de renovación y de auténtica democracia —la económica—; porque ha desempeñado su labor de propagador de ideas y revelador de valores nuevos con admirable sencillez y simpatía cordial; porque su vida ha sido pulcra y ejemplar; por todo esto y mucho más que el espacio asignado a esta "presencia" me impide señalar, reputo altamente merecido este homenaje que CUADERNOS AMERICANOS y los escritores de América por tan eminente conducto tributamos a don Joaquín García Monge. "Honrar honra", dijo uno de nuestros grandes mentores de quien don Joaquín ha sido fervoroso discípulo y propagador de su doctrina. A eso nos ha convocado don Jesús Silva Herzog: a honrarnos en este acto de justicia que hoy cumplimos con el americano ejemplar que es García Monge. Baldomero Sanín Cano, Fernando Ortiz, Ricardo Rojas, García Monge, el propio Silva Herzog, y algunos otros de similar rango, forman lo que pudiéramos llamar la vanguardia de la dignidad y la hombría de bien entre la intelectualidad americana. A esta noble y exigua minoría arrebató la muerte hace aún pocos meses a otros dos paradigmas del decoro y la probidad que deben presidir la labor de todo escritor o poeta para ser fructífera: Mariano Azuela y Enrique González Martínez. Su ausencia ha dejado un gran vacío, no sólo en las letras sino también el orden ético en América. Por eso evoco su imagen querida en esta ocasión que CUADERNOS AMERICANOS nos depara de rendir pleitesía a uno de los más generosos obreros de nuestra cultura. Lléguele mi admiración y mi gratitud, y también al promotor de este convite espiritual que aquí nos congrega para testimoniarle nuestro reconocimiento.

Manuel Pedro GONZALEZ

CHILE

MAESTRO NATO

DON Joaquín García Monge nació en Costa Rica hace 71 años, en 1881.

Como tanto otro centroamericano que después ha tenido

actuación brillante (el guatemalteco Irisarri, el nicaragüense Darío, el costarricense Brenes Mesén, el panameño Méndez Pereira, el salvadoreño Hugo Lindo), vivió en Chile varios años de formación.

Vuelto a su San José, publicó novelas, cuentos y ensayos propios; y editó volúmenes bien seleccionados y de presentación primorosa que difundieron por muchos países páginas de buena lectura.

Además, en tiempos favorables, dirigió la Biblioteca Nacional, fué Ministro de Educación y enseñó en la Universidad y en la Escuela Normal.

Y si hoy no enseña personalmente en los centros oficiales, continúa su enseñanza de maestro nato por medio del ejemplo y sobre todo por medio de ese cuaderno de 16 páginas titulado *Repertorio Americano*, que ya es por la letra un recuerdo del maestro Bello y en el cual, semana a semana, mes a mes, según lo hayan permitido los recursos económicos, ha ido acogiendo colaboraciones espontáneas o espigando en cuanto iba apareciendo en habla española, en España y en América, con espíritu ecléctico y tan acertado, que hace años Waldo Frank aprendió castellano en parte para leer la revista de García Monge, y hoy, el *Repertorio Americano*, después de 32 años, ha llegado a ser una de las revistas cultas de mayor circulación, influjo y calidad del habla.

Mencioné el eclecticismo de don Joaquín, pero este eclecticismo no es cobardía, sino claridad de juicio y sensatez.

Añadamos su espíritu de trabajo, su constancia, que le permite continuar a los 70 como cuando tenía 35; su generosidad tanto en el consejo y en comunicar entusiasmos, como en la distribución de sus ediciones; su modestia desde el vestir hasta el tratar; la bondad de su mirada de ojos vivos; y todavía estaremos muy lejos de agotar la lista de cosas que pudiéramos decir de este maestro querido y respetado, de este patriarca costarricense, de este apóstol del hispanoamericanismo, al que tanto debemos todos; de este ciudadano del mundo que no ha salido de su San José sino para estudiar en Chile, respirar tradición en España y ver a un hijo en Suiza.

La tarde del 28 de abril de 1949 aterricé por veinticuatro horas en "la tierra de García Monge"; y apenas instalado en el hotel, don Julián Pastor me llevó al despacho donde don Joaquín, entre montones de libros, sigue suscitando entusiasmos,

fe, y predicando cooperación, lo mismo que hace 20, que hace 40 años:

"No se aislen, muchachos. . . Más bien la fiesta de la cultura, de la cultura hispánica definida como catolicidad, como eternidad. . .

Más cooperación, más unión, más fuerza. Lo otro es aldeanismo, esto es, suspicacia, desunión, zancadilla y enemistad. Y al final. . . que llegue alguien y nos engulla, y de dueños pasemos a ser inquilinos, y de patrias descendamos a factorías".

Así habla y obra don Joaquín García Monge, hoy como hace muchos años.

Alfonso M. ESCUDERO

ECUADOR

MENSAJE

NO he tenido el privilegio de conocer a don Joaquín. Quiero decir, esa clase de conocimiento personal, en el que la presencia física hace que el fenómeno de la creación espiritual pierda un poco de su misterio y se torne simple y accesible. Del otro conocimiento, tengo bastante: su noble tarea de tres décadas, en la cátedra americanista y humana de su revista, está hondamente arraigada en mis preocupaciones, viva y ejemplarizadora, como en las de todo hombre de nuestro continente. Mas no he visto la luz de su mirada, cuando debe iluminarse con el incendio jamás atenuado que parece consumirle el corazón. No he podido escucharle, a viva voz, esa su angustia tan ricamente americana —hablo, y él lo sabe, de la de acá, de la de estos lados llenos de indios, de cholos y mestizos—, que nunca le dejó sosiego en el ya largo trajín de su existencia.

Yo hubiera podido —y no pierdo la esperanza de lograrlo, si alguna vez me alojo por más de una hora en su bella San José, vista apenas por mí al paso bárbaro del avión— permanecer horas y días enteros recibiendo su palabra, acogiéndola como una lluvia tenue y fresca, para serenar el quemante amargor que llevamos en la inquietud de la sangre los americanos indios de estos días.

Sí, don Joaquín, especialmente los de hoy. Porque llegó un momento, desde que se echó a andar la historia por estos sitios, en que creímos de buena fe muchas cosas amables, creadas por la imponderable virtud de la palabra. Y el desengaño, usted lo sabe, es más pesadoso que la espera, cuya naturaleza está colmada de premioso optimismo. Bastante hemos hablado en esta América tan suya, a su lado, siguiéndole a usted el tono elevado y la airosa actitud. Hemos hablado, hasta la hartura, de la firmeza de la libertad, del horror a la tiranía y a la opresión, extirpadas, es cierto, de nuestras potencias espirituales desgraciadamente sin vigencia ante el arrollador denuedo de la brutalidad. Mucho, mucho dijimos en los discursos. Y así, nos alcanzó el convencimiento de que nuestro cuento era verdadero.

Y ahora, don Joaquín, padecemos más que nunca, más que en la época de los caudillos primitivos, porque entonces, por lo menos, un aliento poético de primeros hechos nos explicaba sucesos y nos justificaba errores. Pero hoy nos ha llegado de la catástrofe europea un mordaz, contradictorio tipo de civilización, de técnica de matanza, de barbarie organizada, que nunca conocimos. Basta echar una mirada al mapa: hay para irritarse al contemplar la geografía política de tantos países de nuestra América, a cuyo padre Bolívar supo y sabe usted amar con una pasión magnífica, a lo largo de una vida caudalosamente puesta al servicio de los más altos ideales humanos.

Usted, don Joaquín, es un abnegado guiador de la fe en el auténtico destino americano. Por eso le veneramos todos. Y por eso, hemos de estar junto a usted, contra los malos vientos que han venido a azotarnos contra el despotismo importado, sin raíz alguna en nuestro origen, pero cuya fuerza nos mantiene truncos y azorados. Ya sé que hemos de salir de este camino tortuoso. Sólo que hay que decir la protesta todos los días, a ver si logramos echar sin tardanza de nuestra casa a la extraña bestia tiránica, aposentada en América, desde que hubo desgarrado a su sabor las virtudes esenciales del mundo.

Me imagino cómo le dolerán a usted los malos ratos que soporta América. Pienso cómo ha de sentir urgencias de justicia su espíritu firme, perdurablemente creador y bondadoso. Cómo ha de sufrir usted esta negación agresiva, que se anda paseando, con una insolencia aterradora, por nuestras tierras.

Y pensando todo esto, y en todo lo que usted ha hecho por evitarlo, es que escribo estas líneas, sumándome al homenaje

que rinde a usted CUADERNOS AMERICANOS, la gran tribuna para lo bueno y lo sano del continente.

Porque su obra es no sólo un ejemplo, no sólo una advertencia, sino una eficaz actitud de lucha y porque en ella, y en la resolución de los que se hallan, hombro a hombro, con usted en la misma tarea, está nuestra esperanza y nuestra seguridad; que tenga usted, don Joaquín, muchos años más de orientar, de aconsejar, de luchar.

Alfredo PAREJA DIEZCANSECO

ALERTADOR Y GUIA

AMÉRICA LATINA, en sus años mozos, cuando preparaba su espíritu y sus fuerzas para la lucha por la independencia y durante los tiempos de la vida heroica, construyó un tipo de hombres, que ha ido poco a poco desapareciendo, en la vorá-gine de los nacionalismos: los hombres de toda la América, sin especificación profunda de la zanja nacional que los dividía y particularizaba.

Hombres que concibieron y pensaron a nuestra América en unidad indestructible y que no sospecharon los desmembramientos que en América Central, en la Gran Colombia, en el sur, habían de convertir a estas tierras nuestras—que son provincias de una cultura y de un idioma—en una multiplicación orgullosa, vanidosa, de estados nacionales, que darían ocupación a espadones y mandones.

De esos hombres, de la stirpe americana de Andrés Bello, nos ha quedado uno, americano total, grande de espíritu por sobre las fronteras, creyente de la religión latinoamericana, seguro de su mensaje aún no expresado integralmente: Joaquín García Monge, el Maestro querido en todas las latitudes de América.

El es, al propio tiempo, para los problemas de América Latina, de su justicia y de su libertad, alertador y guía. En su alta torre de *Repertorio Americano*, se dan las campanadas de alarma, señaladoras de peligro; allí también, se dan los consejos

guiadores, y se encuentran las flechas indicadoras de la buena ruta.

Toda voz alta, toda voz honrada, toda voz lúcida y, sobre ello, todas las voces justicieras y libres, han podido expresarse allí, para contar el cuento triste del dolor de sus pueblos o para señalar los senderos de salvación para sus pueblos.

Hombre de toda América. En el círculo intelectual de Quito o Buenos Aires, de México o Asunción, de Santo Domingo—siempre le daré este nombre—o Bogotá, basta con decir "Don Joaquín", sin temor a confusiones ni errores. A eso, no han llegado sino muy pocos, como "Alfonso", el de México o "Gabriela", la de Chile. Y el publicar cosas o ser reproducidos en *Repertorio*, más que marchamo de genialidad o inteligencia, es matrícula de bondad, de razón o de justicia.

Todas las verdades de América se han dicho, durante medio siglo, en ese papel nobilísimo, bajo la mirada vigilante de "Don Joaquín". Allí la queja de los pueblos atormentados por la lepra de las tiranías; allí el grito que, perennemente, reclama el cumplimiento de los derechos humanos, tan frecuentemente atropellados en este "Continente de la democracia y la justicia", hoy como ayer.

Don Joaquín ha querido envolver a esta América suya, con una nube protectora, hecha de inteligencia, de justicia y verdad. Y quienes dudan de la fuerza de estos imponderables, se habrán convencido de que ese tribunal ético de última instancia y sin apelación, que es *Repertorio Americano*, ha pronunciado sentencias que son ley de la conciencia continental, palabras de América.

Hoy vivimos una hora de eclipse—que Don Joaquín con su verticalidad indeclinable nos ha enseñado que no será eterna—de las más bellas cosas de este mundo, para pueblos y hombres en la América Latina. Pocos islotes de libertad, en un panorama de vergüenza. Por eso, hoy más que nunca, nuestro centro es don Joaquín, el primer ciudadano de la América libre y su primer paladín.

Benjamín CARRION

EL SALVADOR

YO TAMBIEN LO HE DE DECIR...

EL sitio a donde me invitaban quedaba muy lejos. Ir allá significaba que yo tenía que dejar solo mi taller, interrumpir las obras empezadas, cambiar de paso, de ese paso que es en el mismo lugar, el paso dentro del taller, el paso en el interior de uno mismo, el paso a veces como el de la fiera encadenada o como el pequeño salto del ave en su jaula.

Pero algunas veces uno tiene que salir. No basta la devoción, ni la plegaria dicha en la intimidad, el rezo a solas. La vida y la misma fidelidad y la misma fe exigen que se vaya al templo, y que se tome allí la hostia, y que allí se doble la rodilla, y que allí se dé testimonio de la comunión frente a las gentes que no saben nuestro nombre pero que encuentran confortamiento cuando ven a otro, a otro ser humano, de carne y hueso, en la misma actitud. Algunas veces se tiene que ir a ver al enfermo, sin bastarse con la suficiencia quizá mentida de haber trabajado por la salud del mundo. Tiene uno que ir, también, a ver al amigo, porque no basta que uno le piense bien, le sea adicto, le nombre con orgullo: se debe el tributo de la acción personal, sobre todo cuando se trata de dar un testimonio.

Esta vez han llamado Picón Salas, Pedro de Alba, Silva Herzog, Cossío Villegas, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Germán Arciniegas, Haya de la Torre —mil más— a los amigos de Joaquín García Monge. El maestro costarricense, el maestro centroamericano, va a estar en México porque estará en el salón de honor de CUADERNOS AMERICANOS. Desde allá va a proyectarse su figura sobre todo el continente nuestro. Allí, sus amigos, sus discípulos, le van a rodear. Allí habrá una fiesta del espíritu, un verdadero festival de la palabra y de la conducta humana, para reconocer y hacer honor a un hombre que ha sido como una abeja, llenando montañas de miel. Como una luz entre la tempestad y las tinieblas, alumbrando para que no se pierda el camino. Como un centinela, montando guardia frente al sitio donde descansa el polvo santo de los que han llevado a América por el sendero de la aspiración generosa, hacia la libertad; cuidando la herencia de Martí y de Hostos, de Sarmiento y de Alberdi, de José Cecilio del Valle y de Montalvo, de todos aquellos que en el pasado fueron mentores de nuestra naciente

democracia y cuya enseñanza sigue en pie porque las fuerzas nuestras no han podido realizarla, bajándola de la nube flotante del sueño hasta el cimiento de la construcción humana en la tierra.

Allí pues, en México, nos reuniremos. Allí estaremos. Allí vamos a afirmar una fe.

Porque es cierta fe —que no tiene dogmas aún, porque no ha terminado de fermentar ni de hervir, ni se ha enfriado, ni ha podido precipitar cristales; porque es cierta fe, digo, lo que puede juntar a gente de todo un continente, en una hora de indecisión —las más decisivas de la historia— alrededor de un hombre cuyo nombre no puede decirse sin que al instante se tenga la noción de un pensamiento, de una actitud vital, de una devoción.

Yo le conocía desde mis mocedades el *Repertorio Americano* me había llegado cuando aun era yo un estudiante. Aquellas ediciones del Convivio pasaron casi todas por mis manos y cada vez me ponía a cavilar, a pensar en eso que pasaba en Costa Rica, el trozo de Centro América que todos habíamos identificado como un sitio de libertad. Y siempre, el nombre de Joaquín García Monge, como el secreto de aquella intermitente entrega de ideas —de ideas nuevas, con la novedad de lo que no han manchado los hombres, aun cuando venga del ayer distante o con la novedad a la vez impetuosa y tímida de lo que está naciendo.

Yo le conocía —he dicho— desde mis mocedades. Pero no fué sino hasta 1938 cuando tuve la preciosa oportunidad de verle personalmente. En aquel año andaba yo desterrado de la tierra de Cuscatlán. Martínez —que se habría bebido la sangre del país entero con deleite como la bebían Ubico y Trujillo, Carías y Somoza y como la seguirán bebiendo los sucesores de ellos en América—, había preferido hacerme salir de El Salvador, y huyendo yo porque hay que huir con miedo pánico de las fieras, había llegado a Costa Rica y mi primera visita tenía que ser la visita a Joaquín García Monge.

Pero todo lo imaginado y pensado fué excedido, superado, por la realidad. Generalmente, los hombres de doctrina, de ideales, son gentes áridas y endemoniadas: entregando al mundo, con su palabra, todo lo que es nardo y azahar de sus almas, se quedan como en harapos, con sólo la hez de venenos que la vida

les ha echado dentro. Generalmente, sólo los cínicos son amables. Los escritores venales son a la vez despreocupados y generosos, con mucho de varones fáciles. Y Joaquín García Monge resultaba —al contrario de todo eso— un ser humano lleno de calor, de abundancia espiritual, acogedor, tranquilo, alto, todo él dando ese testimonio precioso que pocas vidas saben dar, de lo que se cree y de lo que se dice.

Yo soy un hombre retraído y huraño y no he andado nunca detrás de nadie. Pero confieso paladinamente que mi encuentro personal con Joaquín García Monge fué uno de los momentos más plácidos y amables de mi vida; y que mientras estuve en Costa Rica, gocé alternativamente con goce espiritual profundo lo mismo que con el horizonte de la Meseta, con sus niños escolares, con la frescura de sus jardines, con el estar allí, en su pequeña sala de trabajo, entre montañas de papel, al lado de este hombre admirable, ejemplar de pensamientos y de conducta que ha sido tan fiel a América y tan devoto del hombre universal.

El *Repertorio Americano* sólo podía haberse producido en Costa Rica por un hombre como Joaquín García Monge. El *Repertorio Americano* ha sido —primero una publicación sin mancha: no ha habido allí dinero maldito. Ha representado una dedicación generosa: labrado de miel, vida profunda que se hace nácar. Ha representado ese periódico un estupendo equilibrio entre el pasado y el porvenir. Nada de lo bueno del presente y del mañana encontró allí puertas cerradas el *Repertorio Americano* no le ha tenido miedo a las ideas, y un hombre que no tiene miedo a las ideas sólo podía haberse producido en una tierra donde las ideas no se habían manifestado aun temibles, donde el fascismo de Cortez no cuajaba como no podía cuajar el comunismo de Manuel Mora. Esta publicación de García Monge era así de limpia y libre porque se hacía en Costa Rica y la hacía él. Se ha reflejado en sus páginas la conducta de un hombre que no llegaría al crimen por su fe: el amor a una América, que no se nutre de odio para comunidad humana alguna. La fe en el porvenir, sin que ello signifique un atropellar el pasado con la aspereza y la primitividad rural del ignorante que piensa que su país nació con él. El *Repertorio Americano* es así como una institución pública de nuestra América. Y si mañana peciese la libertad en Costa Rica y se muriese García

Monge, ya tendríamos nosotros tarea para encontrar el sitio y el hombre para que esa luz permanezca encendida.

SE me ha llamado y yo he querido estar aquí, y aquí estoy con vosotros para agasajar, honrar y encarecer a un hombre nuestro, un ejemplar de hombre de los que necesita la juventud para entrar a la vida con el corazón lleno de alegría y de fe.

Un hombre ha sido éste, lleno de desinterés, perseverancia, lealtad. Hombre que no ha concebido jamás violentar a nadie en nombre de sus ideas. Hombre lleno de simpatía, de cordialidad, que abre su corazón cuando ha abierto su puerta. Espíritu de escogencia suma que ha sabido catar los valores, los sabores y los matices de lo que está surgiendo en América. Palabra sencilla y fuerte, con brevedad de relámpago que sólo quiere dar rumbos. Hijo nuestro, en fin, de América y hermano y maestro nuestro a quien debemos abrazar con nuestro cariño.

N. VIERA ALTAMIRANO

ESPAÑA

UN VIEJO PASTOR

DON Joaquín García Monge es un viejo pastor que vive en Costa Rica. Costa Rica es un reino pequeñito de leyenda. Allí tiene su predio este pastor. . . y su redil. Todo es pequeñín en Costa Rica. . . y pequeño es también este redil. Es un redil de tránsito a donde llegan ovejas de muy diversa condición: corderillos añales y carneros de muchas hierbas y barroca cornamenta.

Yo estuve allí una vez. . . Iba perdido. . . y allí me confortaron.

Tenía este pastor nobles amigos. Algunos ya se fueron para siempre. Pero yo no me he olvidado de ninguno, ni de los que se fueron ni de los que se quedaron ni de este viejo pastor que los juntaba a todos.

Yo he sido siempre trashumante y peregrino. . . y ahora que ya estoy muy cansado, rumio como una vieja vaca mis recuerdos. Y me acuerdo de este noble pastor, cuando aquella vez me

recogió en su pequeño predio de leyenda. Me acuerdo que conversamos, ya furtivamente, de algunas cosas tan sencillas e inofensivas como la libertad, que cantamos alegres canciones de Walt Whitman, canciones de paz, ahora inoportunas y prohibidas en Norteamérica, y que brindamos por la confraternidad universal con *un vaso de bon vino*.

LEON-FELIPE

ALTO SENTIDO HUMANO

EL inolvidable don Enrique Díez-Canedo, refiriéndose a don Joaquín García Monge, dijo con acierto, y con justicia, que su obra ofrecía, con respecto al mundo hispánico, una clara idea de fraternidad, de cooperación, de alto sentido humano. El gesto imperial de dictar es una negación de la inteligencia. Los monopolios intelectuales, una negación de la cultura. España y América tienen, por múltiples designios, el deber de mantener siempre un fraternal diálogo, y el diálogo es igualdad y libertad de los interlocutores. Lo universal de una historia común está escrito en su pensamiento y en su sangre. Cualquiera que sea el idioma al que se incorporara por primera vez la palabra libertad, el hecho es que ésta suena muy bien en español. Proscrita hoy en la mayor parte de los países de raíz hispánica, todavía se puede pronunciar en México. Entre los maestros de la libertad y del diálogo está don Joaquín García Monge, que durante muchos años nos brindó periódicamente lo mejor del pensamiento en español, de todos los pueblos hispánicos, con el sentido de universalidad que ha hecho de lo hispánico de los hermanos lo opuesto a la hispanidad de los tiranos.

Un español del pasado y del futuro, libre por la idea y por la esperanza y víctima del imperio, le ofrece, a través de nuestros CUADERNOS AMERICANOS, desde un mundo desalentado, delirante o confuso, un homenaje cordial. Es justo que en él suenen las mismas voces, tan diversas, que él logró acordar con un alto sentido humano.

Mariano RUIZ-FUNES

OBRA DE ROMANO

DEDICADO sin desmayo a escoger lo que mejor le parece de cuanto llega a sus manos, don Joaquín García Monge ha ido publicando durante años, y ojalá sean muchos más, unas auténticas "selecciones", pero no extractando —esa manía de los jugos en contra de la fruta, con criterio partidista y reaccionario— sino escogiendo lo más granado.

Esta diferencia entre el escoger y el extraer señala una de las dramáticas dualidades de nuestros días. Esta última manera hace polvo lo mejor, lo enlata, exporta y falsifica según el agua que se le añade. No la antología, si está hecha con criterio superior como el de don Joaquín García Monge; buen escritor de por sí.

Pero no es sólo esto: no sirve el esfuerzo si otros no lo aprovechan, mas si este esfuerzo es seguido vencerá siempre la indiferencia. ¿Qué es la vida sino continuación, *cumtenere*? Duración, constancia, prosecución; que la vida es proceso en infinito.

Importa mucho más la continuidad que la continuación. Un autor puede escribir la continuación de la obra de otro, pero no habrá continuidad, inseparable del creador. Muchas veces en segundas partes de mano distinta, lo que prevalece es lo contrario: habiendo continuación, hay solución de continuidad.

Dícese de algo grande que fué "obra de romanos", porque la hicieron con afán de hacer algo que sirviera. En el servir está el quid de la continuidad, su razón, así sea su premio la ingratitud.

De donde así —como dice, tan bien como no cabe mejor, Fray Luis de Granada— *como todo el cuidado del hortelano es procurar que la tierra esté siempre jugosa y húmeda para que dé fruto, de suerte que no la ha de dejar en su natural disposición, que es fría y seca, y por consiguiente inhábil para fructificar, sino en aquello que se le comunica por beneficio del agua. . .* Don Joaquín García Monge ha ido, con benedictina paciencia, regando las duras tierras americanas, desde hace muchos lustros, con buen agua liberal. Cuando fructifiquen, no poco se deberá a la continuidad de su espléndido esfuerzo, de su "obra de romano".

Max AUB

GUATEMALA

CLARIDAD ECUANIME

UN centroamericano puede aquilatar mejor lo que significa la obra de Joaquín García Monge en su Costa Rica natal. En nuestros pueblos, aun en sus años brillantes, —que suelen ser contados, por las interrupciones de satrapías criollas— mantener por más de un cuarto de siglo un desinteresado esfuerzo cultural, es demostración de gran voluntad y de fervor por cumplir un verdadero apostolado.

Repertorio Americano, si en el continente tiene importancia su labor, en los países centroamericanos ésta se realiza. Durante muchos lustros hemos carecido de publicaciones como *Repertorio Americano*, altas y generosas, que han mantenido en medio de mil dificultades y tormentas, de asfixiante agobio, su marcha y su rumbo. El espíritu claro y patriótico del ilustre García Monge —Presidente del Comité de la Paz de Costa Rica— ha guiado sus páginas con la más respetuosa tolerancia, con la amplitud más cabal. En ellas se han discutido las ideas de nuestro tiempo, sin temores pacatos, con la certeza de que se está empeñado en la más noble tarea necesaria.

Repertorio Americano, aliado siempre de las mejores causas, paladín de la soberanía de nuestros pueblos, acusador del imperialismo que nos sangra y nos atormenta, baluarte de la paz y del entendimiento de los pueblos, sigue cumpliendo su deber benemérito. La juventud de América ha expresado en el periódico de Joaquín García Monge no pocas de sus inquietudes. Por ello, especialmente, yo saludo, con admiración y afecto, al maestro constarricense.

¿Qué podía leerse en Guatemala antes de 1944? Sólo el delicado tacto de García Monge, a través de *Repertorio Americano*, lograba pasar alguna vez la frontera y dar su claridad ecuanime. Y en Centroamérica, lo más azotado en el Nuevo Mundo, por el atraso, la miseria y por la explotación imperialista, casi siempre totalmente inmersa en la sombra, *Repertorio Americano* ha llevado a término una obra ingente.

Guatemala, libre y democrática, hoy como nunca, sabe y aprecia en todo lo que vale, la obra y el ejemplo de García Monge, porque ha sufrido la opresión y el vejamen hasta que, con la

Revolución de octubre de 1944, logró encauzar su nueva vida fecunda.

Luis CARDOZA Y ARAGON

UN RECUERDO DE TRANSITO

COSTA Rica tiene un sino de eslabón. Por muchos conceptos, Costa Rica es don Joaquín García Monge; tarde o temprano los que nos dedicamos a las letras entramos en contacto con él. Van llegando sus cartas breves, que rezuman un discreto aire paternal, alusiones a su mala salud de hierro y a la ya tradicional penuria de la prócer revista que ha sobrevivido al surgir y al caer de tantos valores. Un día, siempre inesperadamente, para uno en su tierra y por las calles se tienden cadenas de índices que llevan hasta su casa. Es una casita mucho más que modesta, céntrica, probablemente debido a que la ciudad la ha ido arrollando. Una mampara de vidrios sin cerrojos la comunica directamente con la calle; y ahí está el planeta de don Joaquín, uno de los más peculiares que existen.

Sobre anaqueles de pino desnudo, sobre la mesa destartada y en casi todo el espacio del suelo, millares y millares de revistas, de libros, de cartas, todas las formas imaginables de papel impreso. Palabras de gente muerta y de gente viva, jóvenes oscuros y eminencias de todas las nacionalidades. Al medio, como un mago entre sus retortas, el admirable viejo en un sillón y exactamente junto a él, siempre esperando al viajero y al amigo, otro asiento que puede mecerse con una discreción casi arruinadora. Su gesto se ha repetido quién sabe cuántas veces: para Darío, para Barba Jacob, para Rómulo Betancourt, para Salomón de la Selva, para todos los que han pasado por allí en varias décadas: "Siéntese; hablemos".

Empieza una conversación con musgo, digna de esos patios de la Antigua Guatemala, que vieron surgir frase tras frase las memorias de Bernal; el viajero lleva prisa y casi nunca escucha. Allí no se llega a escuchar; allí se llega como a las pequeñas capillas de las rutas más largas, aunque uno sea hereje desenfadado: a llenar de golpe todos los sentidos de paz, de conciencia de que se está ante algo limpio, que nunca ha hecho mal por-

que no ha querido y no ha hecho todo el bien que quiere porque no ha podido.

La impresión que uno guarda de ese recinto es inolvidable, y sin embargo vaga. Sorprende que *Repertorio Americano* y don Joaquín García Monge sean sólo eso: una habitación anegada por el más inverosímil farrago de papeles, donde nada se pierde. Lo mismo se piensa al visitar el pequeño taller de alfarería provenzal de donde salen las piezas que uno ha admirado en la otra margen de los océanos; el humilde claustro donde se elaboran esos celestiales licores florentinos que antes regalaban los abuelos en las grandes fechas familiares; la cabaña pajiza de la anciana que borda los huipiles guatemaltecos de antología, la cocina oaxaqueña donde se tendía a dormir Juárez envuelto en su petate. Es una mezcla de asombro y de ternura, de respeto y de temor de que por fin llegue hasta ahí el estruendo de la tierra.

Don Joaquín siempre conoce a quien llega; sabe qué ha escrito y cita a amigos comunes. Nunca critica ni elogia; simplemente recuerda, y en él esto suena a la investidura que confiere la sabiduría y la experiencia de primera mano. Es uno de los pocos hombres que pueden hablar de todas las cosas de la América Hispana como si fueran suyas, sin despertar sombra de escepticismo en quienes recuerdan demasiado tantos siglos de desunión y de mutuo desconocimiento.

Sin la menor tristeza, como quien despide a alguien que suele marcharse rutinariamente a menudo por caminos sin peligro, o como el que está acostumbrado a no tener nada, don Joaquín acompaña al viajero hasta la puerta que sirve de límite al estrecho dominio del que nunca ha salido, y donde sin embargo cabe toda la generosidad del mundo. Y mira sin prisa al que se va, con fijeza anhelante, resignado a que no vuelva nunca más.

Mario MONTEFORTE TOLEDO

HONDURAS

MILLONARIO DE LA GENEROSIDAD

EN un valle de luz vive en su solio dignísimo el costarricense que más ha trabajado por la cultura y la amistad en América. Antes de él Andrés Bello, desde Londres, con su revista de idéntico nombre, *Repertorio Americano*, propaló las noticias políticas y literarias de la América española, más tarde el hondureño Froylán Turcios, con su *Esfinge y Ariel* —revistas de lecturas selectas— aceleró la corriente de la cooperación intelectual, sembrando desde México hasta la Argentina el conocimiento de los valores más representativos. En esa línea no pueden ser olvidadas dos revistas, que en la historia literaria, recogieron sistemáticamente las irradiaciones de los poetas, ensayistas y pensadores de su época: *El Perú Ilustrado* de Ricardo Palma y *El Fígaro* del cubano Ramón A. Catalá.

Pero ha sido más persistente y formal el magisterio de Joaquín García Monge, por quien una gran mayoría de españoles e hispanoamericanos debe mucho al *Repertorio*, que sigue bregando con desinterés heroico, no igualado aún a lo largo de nuestros países. Su ejemplo le da un rango singular vertiendo en páginas de limpia sencillez, que son archivo viviente, la emoción y el pensamiento contemporáneos.

Tal ha sido el mérito de este hombre libre, de esta voluntad fecunda. García Monge ha vivido para nuestro *Repertorio Americano*, cuidando que el viento de la indiferencia no apague esa lámpara, congregando en torno a ella a cuantos han querido oír las voces y las ideas de quienes saben muy bien que las palabras no pasan cuando en ellas late lo entrañable. Por eso publicó en los albores de *Repertorio* unos cuadernillos cuya serie tituló "Convivio" y que fueron antologías, algo así como diálogos del Nuevo Mundo.

García Monge ha entregado su vida a una gran obra: la de presentar a la nueva gente de letras y atisbar desde su torre hacia los nuevos horizontes del espíritu. Un maestro, eso ha sido más de treinta años García Monge, desde su rincón humilde en San José de Costa Rica; un padrino de la simpatía humana, que ha sacrificado su obra propia en su afán de servir a la cultura y de dar aire cordial a las antorchas. Sólo quienes, como él, son millonarios de la generosidad, pueden prodigar estímulos y

exaltar renombres consagrados. Algunos le han negado el apoyo a que tiene derecho su alta empresa; pero él sigue gozando la admiración y la estima de quienes han tenido un solio en su amistad. Este es su orgullo y su premio.

Rafael Heliodoro VALLE

NICARAGUA

ILUSTRE Y SENCILLO

A poco de mi llegada a Nicaragua procedente de la Universidad, el dictador José Santos Zelaya, que gobernaba con procedimientos asirios, me abonó a la Penitenciaría de Managua; y en una de tantas permanencias en aquella hostería nacional, resolvió salir de mí, expulsándome.

Me refugié en Costa Rica; y llegué a Puntarenas cuando aun no existía comunicación ferroviaria entre ese puerto y San José.

Fuí en tren de Puntarenas a Esparta; de allí en carreta y caballo a la población que se llamaba entonces Santo Domingo de San Mateo, la Orotina de hoy, donde debía tomar el tren para ingresar a San José.

Por la carreta de bueyes y por el caballo llegué a Orotina fatigado, tras una noche de jornada.

Pasé un día en esa población descansando en el hotel, bastante cómodo.

Después del almuerzo busqué algo para leer, y el dueño me facilitó un folletito algo descabado, que llevaba como título *El Moto*, y de que era autor Joaquín García Monge.

En esa época, 1905, era yo asiduo lector de Pérez Galdós, de Pereda, de Jacinto Octavio Picón, de Armando Palacio Valdés y de otros novelistas españoles, así como de cuentistas franceses como Próspero Mérimée, Guy de Maupassant, Catulle Méndez y, sobre todo, Alfonso Daudet en sus *Cartas de mi Molino*.

Leí *El Moto* de un tirón y con deleite que me recordaba *Peñas Arriba* de Pereda, pero un Pereda no de Santander y la

Montaña sino de Diriamba mi población nativa y sus aldeaños, a la que después llamé nieta de Cartago.

Los modismos, las escenas, los personajes tenían un sello diriambino tan marcado que al concluir la lectura pedí al hotelero que me vendiera el folletito.

Y me lo vendió.

Con él entré a San José, con él permanecí los primeros días en que hube de instalarme, acogido por el cariño fraternal de Luis Cruz Meza, mi compañero de la Escuela de Derecho de Guatemala.

Y empecé mi lucha unionista en aquel mar de hielo de la Costa Rica de entonces.

No hallando tribuna en San José supe que en Heredia estaba un pedagogo recién llegado de Chile, y que dirigía un colegio de secundaria.

Fuí a ese colegio sin otra presentación que mi persona; hablé con el director don Roberto Brenes Mesén, y no sólo me acogió con simpatía sino que comenzó por invitarme a su mesa.

En el almuerzo me presentó a un joven de color moreno encendido, no mayor de estatura que yo y de aspecto callado, modesto y simpático.

Se llamaba (y se sigue llamando para bien de Centroamérica y de cuantos hablamos español o portugués) *Joaquín García Monge*.

Era el autor de *El Moto*.

La simpatía nos unió desde un principio y se ha mantenido entre nosotros como red apretada y fortalecedora de una permanente amistad, cultivada a distancia por la vida de andariego a que el unionismo me obliga.

Años después fundó *Repertorio Americano* y pude tratarle muy de cerca, admirando en él la sencillez encantadora de su trato, la pureza y hondura de sus convicciones socialistas, su amor entrañable para el terruño nativo y su poderosa y constante inclinación hacia los ideales bolivarianos, que le catalogan dentro de las filas de Rodó, Manuel Ugarte, Alfredo Palacios, Blanco Fombona, Haya de la Torre, Vasconcelos, Sanin Cano, Alcides Arguedas, Gabriela Mistral, Silvio Julio, Cecilia Meirelles y los unionistas de Centroamérica.

Con una singularidad que debe anotarse de modo especial: su tendencia unionista no va directamente de Costa Rica a Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala, sino que salta de

Costa Rica a Iberoamérica y pasa de allí, tamizada por el iberoamericanismo, a los otros cuatro Estados que forman dentro de la patria grande Iberoamérica, la patria chica Centroamérica.

Repertorio Americano y don Joaquín forman una sola y misma persona, imposible de desdoblarse: representa ese semanario la mejor cadena de unión de cuantos hablamos con Cervantes y con Camoens, y es una prueba evidente de la misión que el unionismo señala a Centroamérica y del mensaje de que es portador el pueblo centroamericano: misión de vincular a todos los países de habla española y portuguesa; mensaje de paz, de fraternidad, de optimismo, esperanza y fe.

En todas las capitales sudamericanas que he visitado —solo a Bogotá y a La Paz me ha sido imposible llegar— tuve la satisfacción y el orgullo de hallar *Repertorio Americano* en universidades, ateneos y círculos intelectuales, y de comprobar la enorme influencia que su lectura ejerce.

Y es obra de un solo hombre, de un hombre todo voluntad, todo energía, todo abnegación en el propósito de vincular que persigue con tenacidad de raíz de roble, que no cesa en su tarea maravillosa de vencer los obstáculos del suelo para dar base inmovible a la planta que debe sostener el tallo vigoroso y el ramaje abundante.

Sencillo, con esa sencillez del campesino tico que desprecia la vanidad, el engreimiento y las *poses*, teniendo como único espejo para verse la naturaleza transparente del pejugar regado por el sudor de sus poseedores; bueno, con esa bondad inagotable de la fuente montañera; laborioso, con esa dedicación imperturbable de la hormiga que acumula provisiones para el futuro y para la colectividad; tenaz, con esa tenacidad de Juan del Camino o sea de Juan Tozudo, que debe llegar a la Jerusalén Celeste de día o de noche, bajo la lluvia inclemente o el sol abrasador, con hambre o satisfecho el estómago, con sed o provisto de agua, vino y jugos nutritivos, acompañado o solo, solo, sin otra compañía que su sombra.

Y esa sombra, a través del tiempo y de su energía tranquila, persistente, indomable ha crecido tanto que se proyecta desde México, Antillas, Centroamérica, Panamá y América del Sur hasta Patagonia.

Cuando pienso en compatriotas míos como *Joaquín García Monge*, Carlos Gagini y Roberto Brenes Mesén; Moisés Gutiérrez Alfaro, Hernán Robleto y Francisco Moraga; Manuel F.

Rodríguez, Salvador Corleto y Rafael Díaz Chaves; Carlos Serpas, Ricardo Adán Funes y Alberto Masferrer; Marciano Castillo, Juan José Arévalo y Alberto Herrarte, sienten la más dominante fe en la futura grandeza de mi país, a quien salvará el Ariel de esos nombres ilustres de la mezquindad aldeana a que le han condenado los cavernícolas del separatismo bajo los órdenes del Calibán brutal de las dictaduras.

En discurso reciente, de gran resonancia unionista, pronunciado en la Universidad de Guatemala por el Embajador salvadoreño José Alberto Funes, habla de "esa alma benedictina de nuestro *Joaquín García Monge*".

Es una definición admirable y gráfica de nuestro coordinador iberoamericano, coordinador mental y emotivo que mantiene encendido el fuego de la prócer generación de Miranda, Bolívar, Andrés Bello, Hidalgo, Irisarri, O'Higgins, Monteagudo, Ayo y Tiradentes para quienes Iberoamérica era una sola patria, llamada a imperar unida o a perecer dispersa.

Salvador MENDIETA

PANAMA

MONJE BENEDICTINO

DON Joaquín García Monge merece este homenaje que le dedican los CUADERNOS AMERICANOS. Nadie como él contribuyó en América a la difusión de las ideas y a la solidaridad espiritual por la cultura en la libertad y la democracia. Fué la suya una labor constante, cargada de sacrificios, pero también de fe en nuestro destino. Su *Repertorio Americano*, echado a volar desde San José de Costa Rica, donde él se dedicaba como un monje benedictino a llenarlo de ideas y de ideales, ha sido, por más de un cuarto de siglo, la hoja volante que llevaba el polen de la renovación y la superación a todos los rincones del continente.

Octavio MENDEZ PEREIRA

PARAGUAY

UN VARON EJEMPLAR

GARCÍA Monge es una figura recatada, casi huidiza, abnegada, que busca refugiarse entre las bambalinas del gran teatro de la vida, para proyectar desde allí un haz de luz sobre cuantas figuras representan algún valor en el proceso de la cultura americana. Siendo un brillante escritor, que ha vivido dentro de la más auténtica tradición de la inteligencia americana —esa tradición de decoro, de altivez cívica y de pasión por la causa del pueblo, que nos viene de un Alberdi y de un Martí—, ha preferido guillotinar el propio prestigio a fin de consagrar su laboriosa existencia al servicio de un ideal continental. Su *Repertorio Americano* ha sido el único vínculo que ha existido en nuestro hemisferio, durante los últimos treinta años, entre los hombres de pensamiento de nuestras aisladas repúblicas. Han aparecido en ese lapso muchas revistas sostenidas por instituciones interamericanas, todas ineficaces, todas vacuas, porque los gobiernos, generalmente, no tienen sensibilidad para captar las corrientes profundas de la cultura y, por lo mismo, prefieren ofrecer como exponente de la misma una antología de la mediocridad.

García Monge, con ejemplar respeto al pensamiento ajeno, ha recogido en su periódico lo más representativo de la producción literaria y filosófica de nuestro hemisferio, hasta tal punto, que sería difícil ofrecer un panorama del movimiento intelectual americano de los últimos treinta años, sin tomar como guía al *Repertorio*. Consumó esta obra sin recursos económicos, acaso consumiendo sus precarios ahorros, con esa sabiduría tranquila que es la fuente de los milagros. No conozco personalmente a este varón singular, pero mirándole desde la distancia, siempre le tuve por uno de los raros moralistas que le ha quedado al mundo. Es quizá el último vástago espiritual de esa admirable raza de hombres puros, virtuosos y modestamente sabios, que son la sal de los pueblos y la prueba de su excelencia.

Natalicio GONZALEZ

PERU

HOMBRES SIMBOLO

CADA país en la tierra, con sus montañas, sus ríos, sus árboles, sus riquezas y sus miserias, está asociado a nombres de personas representativas en las etapas de su historia, y esta historia es esplendorosa o de tinieblas, según el hombre que la representa. Nombres realzados en cantos épicos o nombres perdidos en sombras de cieno.

A Costa Rica, heroica, estaba acostumbrado a identificarla con el espíritu de Morazán —por su muerte—. Pero en mi último viaje por la ruta aérea, al volar en el vasto campo de América y pasar sobre la masa verde, levemente ondulante de la tierra costarricense, surgió en mí el recuerdo de otro nombre: Joaquín García Monge. Y me incliné, respetuoso, ante la evocación del hombre que ha logrado una ardua victoria del espíritu.

¿Qué ha podido animar a don Joaquín para sostener durante 30 años su gran cruzada? La significación del lapso no escapa a los que conocemos América, nuestra América de habla española y de sentir propio, tan llena de circunstancias negativas. Treinta años marcan una lucha increíblemente larga. ¿Cómo logra mantenerla García Monge? Puedo responder, sin temor a equivocarme: por el orgullo y la grandeza.

Las páginas del *Repertorio Americano* ponen en ferviente contacto al hombre y al paisaje americanos. A los sembradores de rebeldías y pasiones. Cada uno de los artículos publicados es un mensaje escrito por los preocupados de nuestro destino. Lo selecto y representativo de nuestros escritores figuran: los entusiastas y los derrotistas, los plañideros y los desafiantes, los generosos y los vengativos, los apremiantes y los pacientes. Todos: poetas y prosadores. Los que no tienen tiempo de transformar en acción sus ideas. Los desilusionados y los creyentes en la capacidad continental. Los que indiferentes cantan ante la injusticia, y los que escrutan el abismo, sin insolencias y sin miedo, con amor y paciencia. Los que han salido de las cárceles y lanzan gritos de alarma para ser oídos en tierras lejanas, y los que se quejan en los mudos abismos del desencanto. Los escépticos y los que creen en la redención por el dolor cercano. A todos los vemos asomarse a esos treinta años del *Repertorio*. Todos han acudido a la cita invisible en el co-

razón y la inteligencia de Joaquín García Monge. Han pasado por el filtro de su hábito heroico. Seleccionados para una historia del espíritu de América en el abierto espacio de su revista. Allí están registrados los problemas de cada uno de nuestros países. Marcados como en termómetro, los grados que tiene la libertad, los ciegos esfuerzos de los idealistas, el asalto imperialista, la voracidad de generales arrastrando tras ellos una larga cola de indios, de abogados y plumíferos. Las mentiras y las verdades. Lo creado y lo destruído. Lo estéril y lo que será fecundo estiércol para las siembras futuras. A todos los rincones del continente llegan estas páginas del *Repertorio Americano* nutridas con el soplo de las ideas vagabundas, captadas y recopiladas por el escritor costarricense para ser de nuevo lanzadas a los imposibles, a los que soportan sobre los hombros el peso de algún tirano.

Felipe COSSIO DEL POMAR

MAESTRO DE ENERGÍAS Y ESPERANZAS

DESDE hace varios lustros, Joaquín García Monge empuña con mano firme de sembrador, irrompible y luminosa lámpara. Prendióla vehemente en busca de verdad, belleza, justicia y dignidad humanas. Cultor y vocero de tales postulados, actúa sin reposo y sin tasa. No conoce deliquios y fatigas, ni se amilana ante incomprendiones y arterías.

El aceite de su luz no lo importó de lejanas o exóticas latitudes. Avido, consciente, bizarro, lo extrajo de la tierra prieta que corre de México a Patagonia. Mientras otros se azacaban por la copia servil de lo importado y extraño —complejo infantil del reflejo—, él caló hondo, suelos y subsuelos indoamericanos. Sondeó el alma, adentró en sus dramáticos conflictos y trató de explicar frustraciones y quebrantos. Exaltó la bondad de lo propio, la riqueza de lo nativo, el mensaje inmortal de lo autóctono. No olvidó que el destino de nuestros pueblos levántase sobre sagradas matrices: las viejas culturas y sangres de aztecas, mayas, chibchas, calchaquíes, araucanos, guaraníes e incas. Añejas raíces históricas que definen pasos, acentúan

esencias y contribuyen a desentrañar complejos fenómenos sociales.

El costarricense ilustre, destaca el patrimonio intelectual de América junto a lo excelso del extranjero. No mira el mundo al través de locutorios. Exhibe, compara, educa. Incita así a la emulación sana que redunde en beneficio y acrecentamiento. Cuando se quiere convencer y persuadir hay que confrontar. La lección que gana la mente y perdura, colaciona. El parangón permite arribar a juicios ciertos que a veces fascinan. Hasta el niño y el salvaje gustan del símil.

En las páginas de *Repertorio Americano* —suyo y de América—, el hombre libre tiene acogida. En ellas vibran los colores de la tierra y del paisaje, palpitan emociones y realzase la unidad indestructible y fecunda: unidad geológica, geográfica, antropológica, histórica. Unidad y norte comunes.

García Monge nunca silencia atropellos, persecuciones, oprobios, apostasías, vengan de donde vinieren. Vigilante y ceñudo, denuncia y enjuicia infamias y depredaciones. Callarlas implicaría complicidad, cobardía. Se es criminal por acción y se es criminal por omisión. El hombre de honor no enmudece.

Comprensivo y generoso, brinda la tribuna a todos, viejos y jóvenes, a los cuajados en la brega o a los que apenas balbucean ansias, inquietudes, protestas, rebeldías. Muchos adolescentes, inconformes con tradiciones y convencionalismos, encuentran en él al maestro cordial, inmune y sin paraguas, coincidente y fresco para la tarea viril de expresar los dictados superiores del espíritu.

Pero Joaquín García Monge ostenta mérito mayor. Pobre, solemnemente pobre, rechaza dádivas y ayudas, ya altaneras o insinuantes, ya cínicas o encubiertas. Nada ni nadie podrá torcer su conciencia de hombre recto. *Repertorio Americano*, inabdicable y señero, tampoco rehuye combates. No se desvía un ápice de su alta y noble jerarquía orientadora y fiscalizadora. Don Joaquín, ciudadano de pan y frijoles, frente a la alternativa de seguir o callar, elige siempre la lucha, aunque lo arrastre al ayuno forzado y desasosiego hogareño. García Monge prefiere la verdad. Le basta el ideal. Le llena la justicia. Tallado en andesita, sabe vivir sereno, heroico, indoblegable la dura y angustiosa existencia del pensador enhiesto y solitario. Piensa, estamos seguros, que la dignidad abriga más que la lana.

Su exhortación rectora, que nace de los entresijos del corazón, en esta hora sombría de tiranos, dictadores y vendepatrias, manda y reclama continuar contumaces la definitiva y entera conquista de los derechos humanos. Derechos humanos, hollados y escarnecidos en Perú, Venezuela, Santo Domingo y otras Patrias, pese a Cartas, declaraciones, discursos y burocracia de las Naciones Unidas. Derechos humanos sólo alcanzables por esfuerzo directo del pueblo, de su brazo y fusil.

Ese ha de ser el homenaje que mejor aquilate este insobornable y alegre profesor de energías y esperanzas.

F. LEÓN DE VIVERO

“UN TAL GARCIA MONGE”

HACE veinte años, andábamos en el Perú más o menos como hoy: con el sable a cuestas y el adulador civil(izado), y, también entonces se hallaba en grave riesgo la seguridad de uno de los más eminentes americanos que nos ha nacido en los últimos tiempos. De varias partes del mundo llegaron mensajes urgiendo garantías para su vida y sus derechos. Entre los firmantes estaban (recuerdo unos cuantos a propósito, sin perder la gratitud hacia los otros) Julián Besteiro, Jesús Silva Herzog, Georges Lansbury, Joaquín García Monge. Ya sabemos la historia de cada cual. Un diario que pontifica de civilizado comentó iracundo: es intolerable que un desconocido llamado Lansbury, que nada representa en Inglaterra, y “un tal García Monge” pretendan dictar normas al soberano gobierno que rige los destinos, etc., etc.”. Conviene reproducir fotostáticamente el párrafo y el título del diario: sobre todo en México y en estos momentos, por si hay algún rubor rezagado en cierta cutis.

“El tal García Monge” es a quien hoy rinde homenaje, una vez más, la intelectualidad continental. “El tal García Monge” se llama don Joaquín, nació en Costa Rica el año de 1881, ha publicado hasta cuatro libros de novelas y narraciones¹ y, sobre todo, y he aquí lo esencial de su obra, edita, desde hace treinta años, *Repertorio Americano*, la más constante de las tribunas

¹ Véase CUADERNOS AMERICANOS, enero, 1950.

interamericanas, la más antigua de las altas revistas, la más impersonada y servicial. Don Joaquín ha decidido suprimirse de allí para dejar que los demás dialoguen. Auténtica central telefónica, pero no automática, sino con los ojos abiertos, como la Justicia de ahora (y el Amor), *Repertorio* coopera con toda causa a la que se adscriban las ideas de libertad y dignidad.

El no es, por ejemplo, pro-republicanos españoles, porque éstos sean esto o aquellos, ni como expresión de odio a alguien del régimen del General Franco, sino porque los republicanos eran un régimen legal y legítimo, popular y libre, y, a su amparo, fructificaban todas las ideas, inclusive las fascistas que lo derrocaron, y todos tuvieron garantías, hasta el Rey pinturero que se fugó sin su dama. "El tal García 'Monge" no se esfuerza en conspirar: delinea el terreno de la dignidad y en él se queda. Por eso, toda causa de justicia tiene en él un vocero. Admite, sí, las opiniones discrepantes. Su tribuna es de todos, pero con dignidad, con limpieza, y, desde luego puesto el acento sobre aquello sobre lo cual se sustentan la dignidad y la limpieza: la democracia efectiva. A veces se le ha tildado de "comunista". No lo creo; no lo es. Si ha defendido a determinados representantes comunistas, nunca se plegó a los odios de éstos contra sus adversarios de entraña democrática. Elogió a Negrín, pero jamás atacó a Indalecio Prieto, y ¡guay de lo que existe entre ambos! Fué tribuna de Neruda en sus diferendos con González Videla, pero jamás permitió que se atacara desde sus columnas, ni muchísimo menos, a Haya de la Torre, ni a Gallegos, ni a Betancourt. Las discrepancias esenciales y hasta irreductibles entre los comunistas y los apristas, o entre los comunistas y los de Acción Democrática, no le interesaron: no le interesan. El es un buen constructor. "El tal García Monge" tiene ojos de ver y oídos de oír el futuro. Las ruindades de los "criollos" le repugnan. Su mente está ocupada en edificar, y, si de atacar se trata, pues a los enemigos del pueblo, a los ladrones de libertad, a los confabulados contra la esencia humana. Además, nunca, en sus páginas, un dicerio contra un caído. El jamás estuvo de acuerdo con la actitud de Chocano después de matar a Elmore, pero le brindó su revista para defenderse. Es posible que algunos aspectos de la Revolución —o de algunos revolucionarios— mexicana le enojasen, pero el hecho en sí tenía y tiene una grandeza superior a sus defectos: don Joaquín fué leal a las esencias.

Yo no olvido la sensación refrescante de las cartas de este hombre a quien Costa Rica no ha reconocido ni ayudado como se merece. No olvido la más suave sensación de seguridad, confianza, elevación, que experimenté en los dos únicos encuentros que hemos tenido en nuestra vida: ambos en San José de Costa Rica, en 1946 y en 1949— y el de su serena y certera charla por teléfono, en 1947, en que nos proponíamos decir nuestras verdades al mundo incendiado.

Don Joaquín García Monge es uno de los próceres americanos. La cultura para él dista de cabriolas y ringorangos. Ni persecutor de imágenes, ni de lexicografías, ni de aplausos: cazador incansable de la verdad. A este Saulo tropical le asaltó un día la visión augusta de la libertad, y se hizo su defensor y heraldo. Nos ha predicado incidental e indeliberadamente a todos, y hasta ha formado capilla sin pretenderlo. Llegada la madurez, corremos a confesarle nuestro vencimiento; los jóvenes, a decirle su esperanza; y algunos tráfugas a sollozar, en secreto, su vergüenza de no poder estar aquí en el alegre, plural y abierto reencuentro en que tantas voces quisieran ser más explícitas, pero las contiene la parquedad, la sobriedad de nuestro amigo y maestro. Y como yo debo añadir que alguien, entre doradas rejas, pero rejas siempre (y preteridas), quiere hacerle llegar su mensaje de tantos años a don Joaquín —estoy hablando de Haya de la Torre— y sé lo que éste significa para "el tal García Monge", cierro con dicho nombre y me esfumo por el escotillón diciendo no más que "gracias" emocionadamente.

Luis Alberto SANCHEZ

PUERTO RICO

FARO Y ATALAYA

Mi querido y admirado don Jesús:

LE estoy muy agradecido por su gentileza. Al invitarme a participar a este homenaje no sabía usted que mi nombre jamás había aparecido en el *Repertorio Americano*. Mejor así, ¿no le parece? para que mi voz tenga mayor validez. Al no deberle

nada a don Joaquín como escritor, no me veo obligado a repetir las consabidas frases del caso. Escribo lo que escribo, pues, como mero lector del *Repertorio* y por eso mismo, por ser lector, no me queda más remedio que admitir que don Joaquín me ha ayudado a mí como a tantos otros americanos, a juntarnos, a conocernos, a hacernos conscientes de nuestros sentimientos americanos, de nuestras angustias y esperanzas americanas. El *Repertorio* nos ha enseñado constantemente (lo que tanto se va olvidando en tantas partes) la libertad de palabra, la franqueza, la valentía, la justicia. Y lo más curioso del caso es que don Joaquín nunca nos ha agobiado con su presencia, sino que, todo lo contrario, como buen director de escena, deja que los otros hablen, que los demás hagan. Así es que por eso, por su tesón y su audacia nos vemos obligados a decirle que nosotros sus lectores hemos visto en su *Repertorio* un faro y una atalaya, y en él a un defensor incansable e indoblegable de todo lo que más vale en nuestra pura y ofendida América Hispana.

Con todo cariño queda muy de Ud.,

Angel FLORES

EL MAESTRO

Es mucho para encerrarlo en una ficha definitiva o definitiva, más que ficha, hoja de parra que ni viste ni calza, se ha dicho a propósito del españolísimo, religioso e iconoclasta don Miguel de Unamuno. Es mucho don Joaquín García Monge, podemos decir los jóvenes de la Borinquén, Puerto Rico, para intentar dibujar en dos o tres párrafos su perfil de maestro de la cultura y la libertad de América.

Sabemos que es el humanista, el tallador de espíritu, el sembrador de luz, el rector moral que, desde la atalaya de su *Repertorio Americano*, signa rumbos de nobleza y dignidad cívica y permite que estetas e intelectuales, servidores del honor, expresen sus señales y den sus voces de alerta. Le somos deudores también por *El Convivio* donde han resonado acentos de Roberto Brenes Mesén, Leopoldo Lugones, Rodó, Varona, Alfonso Reyes, Onís, Vaz Ferreira y otros.

Pero lo que nos conmueve ahora, lo que nos lleva a encender nuestra lumbre de admiración es su obra cívica frente a las tiranías, los despotismos y el imperialismo norteamericano que debe cesar en nuestra patria, nacida para el disfrute pleno de su soberanía y su democracia. García Monge, que ha escrito en CUADERNOS AMERICANOS, "Yo no creo en eso de Buena Vecindad. Sigue el Imperialismo con sus codicias", ha recogido en *Repertorio Americano* la aspiración libertaria nuestra, expresada por escritores como Juan Antonio Corretjer, poeta revolucionario boricua, don Pedro Albizu Campos, espíritu heroico, hoy en la Cárcel de la Princesa, o Raúl Roa, generoso cubano, servidor de nuestra independencia.

Don Joaquín García Monge es, como don Américo Lugo y don Federico Henríquez y Carvajal —que ha entrado ya al seno de la inmortalidad—, un intelectual civilizador que, amando a nuestros pueblos, mantiene viva la llama del culto a nuestros héroes iberoamericanos. Precisamente el año pasado, el 25 de marzo de 1951 nos escribía en epístola ejemplar el maestro costarricense: "Hace años mantengo esa devoción por Giner, Hostos y tantos guías de nuestra gente hispana. Lo que falta es que el espíritu trabaje con ellos para nuestro bien. Tenemos que ponerles altar, el de la comunión, en todas estas patrias, si queremos que crezcan". Hermoso y justo es rendir homenaje a García Monge en el año centenario del natalicio del angélico, tierno, viril y heroico José Martí. Porque García Monge está en la ruta del amor y del deber que señaló el Mártir de Dos Ríos.

José FERRER CANALES

URUGUAY

BENEMERITO DE LA CULTURA AMERICANA

Señor Jesús Silva Herzog.

Muy estimado amigo:

POCAS oportunidades podrían complacer tanto al ánimo de un americano como ésta que nos brinda, al invitarnos a escribir unas líneas acerca del ilustre publicista J. García Monge, a

quien se tributa homenaje tan estricto. No sería pecar de ese feo vicio del énfasis altisonante, que ha sido (y aún, por desgracia, sigue siendo, en parte) tan frecuente en la literatura continental, si llamáramos a García Monge *benemérito* de la cultura americana; pues, nada menos generoso para quien durante años tan largos y esforzados, ha hecho de su *Repertorio* el centro de la vida intelectual de estos *Estados Desunidos del Sur* (como ya dijo otro famoso publicista del XIX). Tampoco sería mucho decir que en él se ha manifestado, con el ardor de una misión y el desinterés de un apostolado, uno de los imperativos virtuales de la voluntad de América, el cumplimiento de una función necesaria a la conciencia de su entidad: ser ese centro activo de unidad espiritual, ese registro selectivo de convergencia y circulación interamericana.

Como decía Don Quijote, que la cabecera de la mesa estaba donde él estaba, de toda esta América dispersa, puede decirse que la capital anfictionica está allí donde existe y actúa, de modo más amplio e inteligente, ese órgano de concitación y coordinación de la actividad superior de todas sus partes, tal como el "Repertorio" lo ha sido y lo es; el que recibe, avizor, todos los mensajes y los congrega, señala y difunde; pero no mecánicamente, por supuesto, sino con un seguro sentido de sus significaciones, con un criterio y una dirección que hacen de ello un factor eficaz de vinculación y un verdadero cuerpo histórico de ideas y de hechos, cuyo espíritu es la afirmación del propio ser americano, de su auténtica posición en el mundo. De tal manera, sabemos todos que el *Repertorio* constituye elemento indispensable, por fidedigno, para el conocimiento de la vida y personalidad de estos países; y no sólo en lo que atañe a la bibliografía de su producción literaria y sociológica, sino a todo el múltiple cúmulo de problemas políticos y culturales que la realidad histórica plantea; y sobre todo lo cual flamea a los vientos adversos, como sobre una fortaleza del espíritu, la bandera de la libertad humana, supremo ideal de América.

Hartos estamos de repetirnos —sin que por ello nos corriamos del mal— que nuestros países viven intelectualmente aislados, ignorándose en gran parte; que la comunicación y el intercambio son difíciles y deficientes; etc. Por eso, las capitales anímicas de su conjunto, han estado siempre, paradójicamente, fuera, en París o en Madrid, (ahora parece que quieren estar en New York o en Washington. . .). Allí se ha dado la reso-

nancia continental anhelada a la vida intelectual de cada país, a sus escritores, a sus libros; allí se han hecho las nombradías super-nacionales; y allí, en sus editoriales, en sus revistas, en sus cenáculos, han buscado los peregrinos dispersos de las diversas latitudes del hemisferio, el encuentro y el *convivio* que aquí no hallaban. En tan extraña situación es mérito singular y relevantísimo que García Monge haya sostenido y representado solo —y efectivamente— el signo de la unidad.

Y cabalmente significativo, es, asimismo, que este homenaje sea hecho por CUADERNOS AMERICANOS, que tan brillantemente se empeña en ser, hoy, alta atalaya de la vida intelectual del Continente, asumiendo, a su vez, esa función de capitalidad espiritual de nuestra anfictionía.

Alberto ZUM FELDE

NO HA MUERTO ARIEL

Señor Jesús Silva Herzog.

Amigo, de mi más alto aprecio:

ACABO de recibir y de leer su muy atenta carta del 17 del mes en curso, en la que me habla de una epístola anterior, en la cual me solicitaba que fuese yo una de los participantes en el homenaje que le tributara la revista CUADERNOS AMERICANOS, al escritor don Joaquín García Monge, con motivo de cumplirse los veinticinco años de su *Repertorio Americano*. Nada más halagador que esa invitación, y me complace su gentileza, no sólo por usted, sino también por la causa que la ha motivado. El azar tiene a veces sorpresas notables. Su primera carta no la contesté porque no la leí. Me he pasado una buena parte del año viajando, y atribuyo a esa circunstancia el no haberla recibido en mis propias manos. Pero esta segunda que me acaba de remitir, coincidió con el hecho singular de que la encontré en mi escritorio sobre tres viejos volúmenes de *Repertorio Americano*, publicado por Andrés Bello por el año 1826, en Londres, y debajo de éstos estaba todavía un volumen de *El Español*, de J. Blanco White. Entre el *Repertorio de Bello* y el de García Monge, ha corrido un siglo. El segundo parece la reencarnación del primero, con su impulso de juventud, con su

numerosa y rica información sobre temas de nuestra América, con una amplitud de espíritu asentada en una sanísima tolerancia, con un deseo evidente de estimular la unidad espiritual del triple continente, desde México hasta el triángulo del sur, formado por Uruguay, Chile y Argentina. Todos tenemos una deuda que pagar a García Monge, y bien lo podemos considerar un ciudadano continental, y otorgarle ese galardón, por la anchura de alma con que ha realizado su obra. Desde que apareció el *Repertorio Americano* he tenido oportunidad de seguir sus páginas, y mucho de lo que sé del Nuevo Mundo, lo debo a esos modestos cuadernos, en cuya sencilla humildad, en cuanto a la presentación, se han atesorado tantas joyas del arte y del pensamiento. En eso mismo hay un encanto singular, un estoicismo apretado a una voluntad inquebrantable, un tesón sagrado, y un estímulo para los que carecemos de grandes recursos y aguardamos en vano la hora del sacrificio. No importa en estos casos la dimensión material, sino la tensión del alma. La pequeñísima Costa Rica, ha realizado un milagro por mano de García Monge. ¿Y qué es Costa Rica en el mapa de América? Un punto más pequeño aún que el del Uruguay. Pero en un punto se apoya una palanca, y una palanca puede mover a un mundo. No hay dimensiones, hay intensidades. La historia lo enseña. El hombre moderno lleva a Homero en una mano, y a la Biblia en otra. Grecia y Palestina. También dos puntos en el mapa del mundo. Es hermoso pensar estas cosas, en estos días de gigantomaquia material. Cada mes, desde San José de Costa Rica, comienza a irradiarse hacia todo el continente un número del *Repertorio Americano*. Y así desde hace veinticinco años. Millones de ojos, en todo el continente de habla española y portuguesa, se fijan, atentos, calentando la sed interior, en las 16 páginas nutridas y fecundas, destinadas a crear una conciencia de unidad que atenúe, de acuerdo con el sueño de Bolívar, la fiera y la posibilidad de un patriotismo terruñero y separador. Cuántas veces recibimos ese beneficio sin pensar en el esfuerzo, en el idealismo de quien ha dado su vida a una obra tan eficaz. No siempre Don Quijote monta en Rocinante o en Clavileño, no siempre usa coraza y empuña lanza. El caballero andante siempre es caballero andante. No necesita moverse. El pensamiento, el ideal, la belleza, el bien, la luz del espíritu, la voluntad puesta al servicio de lo mejor, se mueven solos. No son cuerpos, son valores, son esencias, y Ariel los

recoge sobre sus alas, y los deja caer sobre los surcos del astro. Ariel existe, el Caballero Andante existe. Todo lo invisible y lo increíble existe. Lo imponderable se echa a volar todos los días sobre la piedra y el hierro y el oro del mundo. Tengo a mi lado dos números del *Repertorio Americano* de García Monge. En uno veo a Enrique González Martínez, en el otro a Sor Juana Inés de la Cruz. Un poeta y una poetisa en cada primera página de uno y otro número. Esto es maravilloso, amigo Silva Herzog! El primer número del *Repertorio Americano* de Andrés Bello, allá por el año 1826, comienza por la "Silva a la Agricultura de la zona tórrida". "No, amigo mío, no ha muerto Ariel, no ha muerto el Caballero Andante, América toda es un canto. Dígaselo de mi parte a García Monge, que ha dado el espaldarazo y la pescozada a tantos poetas".

Cordiales saludos de

Carlos SABAT ERCASTY

VENEZUELA

UN HOMBRE JUNTO AL CANAL

EN el año de 1918, en el bosque de Compiègne, fué derrotado un engaño; bajó el telón sobre la última escena de la farsa imperial. Las juventudes traicionadas y sangrantes, volvieron los ojos hacia la nueva luz. Encandilados aún por el resplandor de las batallas, los ojos estimaron la luz nueva en trance de contraste y la recibieron como alba de esperanza. Ya en el año de 1919, el telón se levantó de nuevo en Versalles para el segundo acto de la farsa: fascismo, nazismo, falange. Todavía quedaba, para 1945, un tercer acto.

En 1919 se firmaba la paz; se proclamaba la Constitución de Weimar; se instalaba el Comintern. Frente a esos acontecimientos de universal trascendencia, ningún sitio podía obtener en la historia un hecho simple, un episodio humilde, un incruento accidente de circulación: en un pequeño país de Centro América, cercano al Istmo, vecino del Canal, un modesto hombre grande iniciaba la circulación de un periódico: Joaquín García

Monge, sabio crítico y honrado ciudadano de América, recogía, ya medio apagada, ya apenas coronada de una luz melancólica, la antorcha de Andrés Bello, y lanzaba a los aires del continente el primer número del *Repertorio Americano*.

Incomparable, repito, este acto de casi doméstica humildad, con aquellas grandes y prometedoras ocurrencias forjadas por las más grandes y prometedoras cabezas del más grande y prometedor de los mundos. A partir de 1919, la tierra fué en los labios de sus más ilustres prometedores, la tierra prometida. Y en las hojas de un simple cuaderno sin imprenta propia, nacido en Costa Rica, América era apenas un niño que pretendía hablar.

Pero, la voz del tiempo, ¡qué tristes cosas dijo! Las promesas alzadas sobre el aluvión de esqueletos de 1918 vinieron a ser la ocurrencia más comprometedoras del mundo más comprometido. Y la pequeña voz echada al aire del Caribe, fué voz atlántica y pacífica y es más, mil veces más, en el oído y el corazón de América, que el solemne esperpento poliglota que corre de Versalles a Ginebra, de Ginebra a Munich, de Munich al comienzo del acto tercero de la farsa. El *Repertorio Americano* ha juntado más gente con gente, pueblo con pueblo, destino con destino, americano con América, que cuanto reuniones, conferencias y pactos han dicho, han publicado y han gritado juntar.

Joaquín García Monge estampó en las banderas de su empresa la voz de los profetas verdaderos: "...y concebí una federación de ideas", —dijo Hostos—; "el suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece; por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás" —dijo Martí—; "Bárbaros, las ideas no se matan" —repitió Sarmiento—; "Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera" —dijo Bolívar—. *Repertorio Americano* ha sido fiel y los más grandes prometedores han sido infieles a semejantes divisas. Por eso, *Repertorio Americano* ha hecho y los prometedores han deshecho.

El Istmo fué hecho por la tierra para unir a las tierras; el Canal fué hecho por los hombres para unir a los hombres. El Istmo, lo que pudo reunir caminantes, sí fué una hermosa patria, no fué el Corinto de Bolívar; el Canal junta mares, junta barcos, pero no junta espíritus ni empata voluntades. En cam-

bio, junto al Istmo, muy cerca del Canal, un pequeño hombre grande cose patrias y remienda destinos. Joaquín García Monge es vereda en el Istmo y puente en el Canal.

Le debemos un homenaje americano. Silva Herzog, gran corazón de México, lo inicia. García Monge consueta, con sobra de consuelo, de la penosa decepción de otros ídolos. Vayamos hasta él, costurero de abismos sin razón, deshacedor de absurdas lejanías, ingeniero de caminos de espíritu, con lo que él más desea: la esperanza de América en las manos.

Andrés-Eloy BLANCO

LOS IDOLOS CAIDOS

¡TREINTA y tres años, la vida de Cristo! Treinta y tres años que García Monge fundó y dirige *Repertorio Americano* en su pequeña y castellana San José de Costa Rica, reanudando aquel diálogo de cultura que, desde Londres y en 1826, empezó don Andrés Bello con nuestros pueblos. *Repertorio* ha recogido durante todo ese tiempo los triunfos de la libertad y la democracia; los ecos de las batallas contra la tiranía, la ignorancia y el fanatismo. En sus páginas, pulcramente impresas, se encuentra lo más selecto de la pluma y la lira de los ensayistas y poetas de nuestra lengua y las lecciones de ética de don Joaquín, maestro respetuoso de la dignidad del hombre, y sus atinados comentarios sobre autores y libros. Mas, por desgracia, tan gallarda revista se está muriendo de desdén y penuria en un mundo cinematográfico y deportivo, —por fortuna en México lo salva Cantinflas—, donde sólo tienen mercado los magazines de las piernas desnudas, la pelota y el crucigrama y esas pastillas de cultura sintética, contenidas en buen papel de importación, que manufactura el absorbente judaísmo internacional. ¡Ah don Joaquín!, si no fuera por su *Repertorio* ya estarían muertos para siempre Cuervo y Sarmiento, Hostos y Varona, Rodó y Antonio Caso. . . Aquí mismo, en nuestro México, que tanto se defiende, ¿no hace apenas pocos meses que Agustín Yáñez, uno de sus intelectuales más vigorosos y alertas, ha tenido que resucitar a don Justo Sierra?

Pertenece García Monge a la generación hispanoamericana de José Vasconcelos y Enrique González Martínez, Manuel Ugarte y Alfredo L. Palacios, Jacinto López y Baldomero Sanín Cano. Esa generación tuvo que presenciar las dictaduras de don Porfirio, Augusto Leguía, Juan Vicente Gómez, Gerardo Machado y Manuel Estrada Cabrera más Jorge Ubico. Algunos de sus hijos, los de ideas revolucionarias, combatieron con la pluma, la cátedra o el propio ejemplo a aquellos déspotas soberbios, crueles y retardatarios, principales responsables del retorno al poder de los gobernantes de puño duro, presos y desterrados políticos. Los jóvenes de entonces devoraban las lecciones de nuestros filósofos, aquellas videncias de Vasconcelos y el pan blando y nutritivo que impolutamente nos ofrecía don Antonio Caso; las prédicas redentoras de González Prada y José Ingenieros; los sermones líricos de Rodó, los cantos de rebeldía patriótica de Blanco Fombona, y desorientados, ansiosos de buenos guías, algunos grupos, precipitadamente, eligieron maestros. ¡Maestro de la juventud de América! ¡Responsabilidad máxima para un hombre! . . . Advino el mundo decadente y confuso que generó al fascismo, el nazismo y el comunismo, y, por contraste, el poderoso imperialismo que tanto había maltratado a nuestros pueblos, se adormeció, como gigante asustado, entre los estruendos de los cañonazos y de la bomba atómica de la última gran guerra. Concluída la hecatombe, proclamada y cantada la paz, resurgió más pujante el comunismo y de los coloquios de Francisco Franco con Hitler la vieja hispanidad que se moría apolillada en la Real Academia de la Lengua. Y luego luego empezó a hacerse imposible la existencia del hombre libre, a escaseársele la sal y el buen vino entre los amigos, a ennochecérselo todos los caminos en un mundo recalcitrantemente discutidor y agresivo. Fracasaba de nuevo la longeva democracia y Calibán triunfaba contra Ariel. . . Rubén Darío, poeta al fin, se había anticipado en muchos años: La vida es dura, amarga y pesa. Ya no hay princesas que cantar". Y casi todos los compañeros de generación de don Joaquín, poco a poco, fueron entregándose, unos en brazos de la amargura y la muerte. Otros —los más vivos— a las gordas prebendas de los nuevos dictadores y a las condecoraciones de la hispanidad. Y han ido cayendo los ídolos, aquellos maestros, encontrándose ya sin altar y sin cátedra la juventud de América. Jacinto López cae de hambre orgullosa en su mezquina Venezuela. El antiimperia-

lista Manuel Ugarte, de arrepentimiento por haber aceptado la embajada de Perón ante Somoza. ¿Será cierto que se suicidó? El gran poeta González Martínez abatido por su inmenso corazón. Alfredo Palacios, el simpático mosquetero de la democracia argentina, tiene que asilarse en la acogedora Montevideo. ¿Y los otros? Allá, en su Colombia levítica y académica, don Baldomero se acurruca con sus noventa años entre los libros de su biblioteca para oír, espantado, pasar por las calles melancólicas de Bogotá el viejo grito español de los días fernandinos ¡Vivan las cadenas! Y por acá, en Costa Rica, solito, en la humilde redacción de su *Repertorio*, cabecea don Joaquín sintiendo que se le apaga la luz de los ojos ancianos y que se le muere en las manos todavía laboriosas la hija de su espíritu, que lo ayudaba a subsistir. ¿Y por qué? Pues porque no ha vendido la pluma. Los sicofantes de sus competidores en la prensa se burlan de él. ¡Viejo baboso! En Costa Rica y en toda Centroamérica los anuncios de la Bananera dan lo suficiente para sostener los periódicos, *continás* una revistilla como *Repertorio*. Pero el viejito, a Dios gracias, no se vende. A los viejos templados como don Joaquín no los asusta el hambre ni el frío. . .

Dejo aquí mi granito de letras para el monumento al ejemplar ciudadano de Indoiberia. Don Jesús Silva Herzog, sin duda alguna, el más generoso de los señorones de la hospitalidad mexicana con los extranjeros que en sus propios países no pueden hallar sosiego ni esperanzas, merece las palmas del corazón, que son las más frescas, por este hermoso homenaje con que, desde sus CUADERNOS, honra al insigne maestro costarricense, al escritor heredero de la pluma de Juan Montalvo, que en su escudo cinceló, desde la juventud, y miren que han corrido años, el apotegma de Bolívar: el talento sin probidad es un azote.

Diego CORDOBA

MEXICO

"MAÑANITAS MEXICANAS"

Sr. don Jesús Silva Herzog.

Mi querido amigo:

SU invitación no podía ser más grata. No quiero jactarme, pero creo ser el más antiguo amigo de don Joaquín García Monge en México. Este hombre ha acertado a levantar un verdadero faro de señales en su Atenas costarricense, y desde todos los rincones de nuestra América vemos girar sus luces. A lo largo de muchos años —admirable obra de paciencia y constancia, de fe y de sacrificio—, parece que hubiera tomado a su cargo, en el *Repertorio Americano* y en las anteriores colecciones *Ariel* y *El Convivio*, el mantener y vigilar la estructura nerviosa que relacione entre sí a nuestras repúblicas hermanas. El solo nombre de don Joaquín nos une más y mejor que todos los tratados interamericanos y las asambleas continentales. Intachable su solicitud para los compañeros de letras; admirable la señorial discreción con que disimula su voz para que mejor se oigan las demás; excelente su pluma sobria y justa, que sólo se mueve cuando hace falta y nunca dice más ni menos de lo que quiere y debe; dignos de admiración sus talentos y sus virtudes personales, —nadie merece más que él una manifestación de respeto y simpatía por parte de todos los hombres que viven para la cultura iberoamericana. Y como es tan ajeno a las teatralidades y las exhibiciones, tan poco afecto a "robar cámara" —según se dice en el lenguaje brutal de nuestros días—, tan auténtica, tan natural y sencillamente modesto, casi da reparo llegar hasta él con estas declaraciones de homenaje y rendimiento públicos. Teme uno perturbar su silencio. Que él me perdone si, en la paz de madrugada, atrueno de repente su calle con mis "mañanitas mexicanas".

Lo saluda cordialmente,

Alfonso REYES

LOOR A DON JOAQUÍN

¿UN homenaje a don Joaquín García Monge? ¿Un homenaje a *Repertorio Americano*? Es exactamente lo mismo. No concebimos al arcángel sin su fulgurante espada, ni a ésta la recordamos sin la noble mano que la empuña, sin el fuerte brazo que la enarbola, sin el noble corazón que le da su vida, su latido.

Don Joaquín García Monge nació en 1881, hace setenta y un años. El *Repertorio*, en 1919; cumplió sus veinticinco años el quince de septiembre de 1944; su número *mil* se publicó el 20 de enero de 1946; hoy tiene ya treinta y dos años de vida. Todo esto se dice muy fácilmente. Pero muy difícil es alcanzar tan larga existencia humana y tan extraordinaria madurez periodística sin haber nunca faltado a la moral más estricta, sin haber perdido jamás el espíritu cívico más alto, sin haber callado ante ninguna tiranía, sin haber desoído ninguna causa generosa, sin haber soslayado el mal ni descuidado el bien.

El sabio y recto Pedro Henríquez Ureña decía del *Repertorio*: "Comenzó... como publicación literaria y se ha ido transformando gradualmente en tribuna de todos los problemas sociales y políticos de toda la América hispánica". Y el fino y hondo poeta Jorge Carrera Andrade: "Monumento de la cultura hispanoamericana...". Es, ciertamente, el hogar y la trinchera de la inteligencia y la honradez, del arte y la integridad, de la ley y de la justicia, de todas las almas limpias y de todas las bellas letras de Hispanoamérica. Ha acogido, sin desmayos ni flaquezas, sin partidismos ni pasiones, a todos los que sufren persecución de la injusticia o de la venal justicia; les ha abierto sus páginas para combatir a los déspotas, a los monopolizadores de la riqueza pública, a los traficantes, a los vendepatrias, a los entreguistas. Desde la Venezuela víctima de Juan Vicente Gómez, desde la Cuba ensangrentada por Machado, hasta la España popular y liberal traicionada y encadenada por Franco; sin excepción de matiz ni de lugar, don Joaquín García Monge y su *Repertorio* han estado en la primera fila de los defensores de la cultura, a veces absolutamente solos.

La historia viva y pura, de enseñanza moral y política, no ha faltado nunca en sus páginas. Así ha ido formando una mística hispanoamericana. En ningún número del *Repertorio* faltan los nombres de Hidalgo, de Bolívar, de San Martín, de

Sarmiento, de Juárez, de Lincoln, de Martí, de Justo Sierra, de Rodó, de González Prada, de Varona, de Emerson, de Mariátegui. Sin grandes frases ni garrafales estudios ha ido uniendo a la América buena en un fuerte haz, en contra de la mala: la identificación y la unión centroamericana, el entendimiento hispanoamericano, la confederación por el bien común, América por la humanidad, y con ella, han sido y son los grandes designios que se leen y se entreleen en su clara y modesta tipografía.

Esta ha conmovido a todos los hombres de mi generación, desde nuestra adolescencia. En México, en París, en Avignon, en Marsella, en Montpellier, en Nueva York, en Washington, en Londres, en Madrid, en Barcelona, en Málaga, en La Habana, en los Santiagos del mundo, en Caracas, en las tres Méridas, el cartapacio del estudiante hispanoamericano guardaba siempre ese íntimo papel amarillento en donde aprendía la última novedad literaria de América y de España, la consagrada palabra de los clásicos y, siempre, inevitable y naturalmente, la más pura consigna de entereza cívica. "Todos los escritores hispanoamericanos le deben algo a García Monge, decía don Antonio Caso. Los de su época; en cuanto a los de la mía —escritores, políticos, maestros, y, en suma, hombres— le debemos todavía más, pues somos en gran medida, sus discípulos, sus numerosos y anónimos hijos, sus seguidores.

Muchas son las enseñanzas que podemos encontrar en don Joaquín y su *Repertorio*. Hay una, aparentemente breve, que es enorme. . . Esa voz tierna y llena ha salido desde una república chiquita de la atormentada Centroamérica. No hay pequeñez en las tierras geográficamente cuadrículadas y disminuidas. En la angosta isla cubana, sobre la que pesaba todo el yugo monárquico, militarista y clerical de España —antes repartido en un vasto continente— nació Martí. En Nicaragua agitada y violenta, colorida y selvática, Darío. En recoletos y quietos sitios ha surgido la palabra hispanoamericana más universal, la prédica hispanoamericana más abarcadora, no menor —cuando menos— que las de regiones más poderosas y prósperas. La lección se ha repetido, de otra manera: en Centroamérica nace, crece y persiste, con tenacidad increíble, el más permanente mensaje hispanoamericano de nuestro siglo xx. Llor a don Joaquín.

No hemos hablado del escritor, del costumbrista, del educador, del Ministro de Educación, del maestro, del ciudadano. . . Baste decir que este hombre, pegado a su pueblo, apegado al de toda América, será mañana recordado como uno de los titanes que dieron a su gran pueblo hispanoamericano una paternal sombra en que crecen la disciplina sin cobardía, la rebeldía sin violencia, la ecuanimidad, la justicia y el amor.

Andrés IDUARTE

DESINTERESADO Y BRAVO

No he tenido oportunidad de conocer personalmente a don Joaquín García Monge. Y sin embargo creo figurármelo muy bien. No en su apariencia, pero sí en su espíritu. Por su obra por excelencia, el *Repertorio Americano*, y por referencias de otras personas, entre ellas algún discípulo suyo, venido a continuar sus estudios aquí, en México. Por estas referencias y aquella obra me figuro a García Monge como un espíritu caracterizado esencialmente por lo que cifraré en la fórmula: desinteresado hasta el sacrificio y bravo hasta lo arriesgado para la libertad.

Alguna vez me han contado cómo "don Joaquín" —tal lo llamaba quien contaba—, habiendo sido alejado de un centro en que enseñaba, por suspicacias para sus ideas, enseña cuanto le piden estudiantes, incluso de ese centro, que se sienten más ignorantes de lo debido en vísperas de sus exámenes y a muchos de los cuales ve por primera vez cuando así ocurren a él. . . Y todo, sin recibir nada por ello, a pesar, no ya de la modestia de su posición, sino de la necesidad de apechar con los gastos de publicación de su revista, malamente cubiertos, cuando lo son, por suscripciones y anuncios. Pero tan superior desinterés es sin duda medio para defender lo que le importa más que nada: la libertad de espíritu del *Repertorio Americano*.

Y esta libertad ¿no viene tomando perfiles cada vez más agudos? Ya no se trata simplemente de tener abiertas las páginas de la revista a toda orientación literaria e ideológica —que no sea precisa y expresamente opuesta a esa misma franquía. Ahora se trata de defender concretamente las causas y a

las personas atacadas, perseguidas por los poderes crecientes en número y hostilidad y violencia contra la libertad de las naciones, las libertades públicas, las ideas liberales en general y la expresión de ellas. "La Prensa" frente al dictador Juan Domingo Perón", "El atentado contra Rómulo Betancourt. Protesta y comentarios", "Puerto Rico en su América" (varias veces), "Por la libertad de la idea", "El drama de los hombres de color", son sólo unos pocos títulos, expresivos por sí solos, que espigo en algunos de los números del *Repertorio Americano* del último año aproximadamente. Y los lemas de la revista: "y concebí una federación de ideas", Hostos; "El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás", Martí; "Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento; "Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera", Bolívar. Y para hacer honor a estos lemas y defender públicamente a aquellas personas y causas, justo en estos días, ¿no se necesita una verdadera bravura?

Desinteresado hasta el sacrificio y bravo hasta lo arriesgado para la libertad, así creo figurarme muy bien en su espíritu y carácter a "don Joaquín". No se me ocurre qué mejor homenaje que decírselo a través de estas páginas de CUADERNOS AMERICANOS podría rendirle, contando con que más enterados y autorizados conocedores y juzgadores ponderarán sus merecimientos más estrictamente intelectuales y literarios.

José GAOS

GALLEGOS A DON JOAQUIN

Sr. don Joaquín García Monge.

San José de Costa Rica.

Admirado don Joaquín:

NUESTRO excelente amigo, el ilustre don Jesús Silva Herzog, me ha hecho el grande honor de invitarme a participar en el homenaje que en sus CUADERNOS AMERICANOS quiere rendirle a usted por cuanto se le debe por las buenas letras y el recto pensamiento que durante treinta años ha venido recojiendo y difundiendo en nuestro continente su bien famoso

Repertorio Americano, de ejemplar constancia en meritisíma labor, y con el gratisísimo recuerdo del afortunado momento de mi vida cuando allí le conocí a usted personalmente y le estreché la admirable mano tenazmente dedicada a esclarecido ejercicio, elijo esta forma de comunicación directa con usted para imprimirle calor de cordialidad a mi participación en el merecido tributo que se le rinde.

Desde su dulce y serena Costa Rica, propicia al sosiego del espíritu en el mantenimiento de la rectitud del pensamiento y de la acción, toda una hermosa vida eleva usted a la categoría de ejemplo en nuestra América y quienes hemos padecido el sinsabor, la amargura que a menudo nos producen las prevaricaciones de la inteligencia al servicio de la barbarie y de la iniquidad enseñoreadas de varios de nuestros pueblos, de alarmante manera especial en estos dramáticos tiempos que parecen de crisis de la dignidad del intelecto, al volver los ojos hacia la limpia e insobornable conducta de usted, hombre de rectos principios incommovibles, de mano nunca prestada a acariciar letras mercenarias, recuperamos el enderezamiento de la fe que nos haya vacilado.

Haciéndole honor a la madurez de la vida, pues no es usted de los menguados de espíritu en quienes con los años se extingue el culto de los ideales realmente generosos, que no pueden ser privilegio de la fogosidad juvenil solamente, —¡pobres de aquellos que han tenido que arrimar sus canas a la sombra de las viejas mentiras para que se les olviden las hermosas audacias postizas con que adquirieron transitoria fama!— siga usted, don Joaquín, procurándonos el bien que nos hace a quienes no queremos perder la confianza en la dignidad del pensamiento y de las letras de nuestra América.

Las mías, en breves palabras, pero de sinceridad profunda, le rinden homenaje, muy cordialmente.

Rómulo GALLEGOS

PALABRAS FINALES

VOCES de todos los países de nuestra lengua; voces limpias y claras de muchos de los mejores hombres; voces que nos han llegado de lejanos territorios: del mar, del río, de las llanu-

ras y de las montañas. Y las voces, claras y limpias, se han juntado en estas páginas en rendido homenaje de simpatía y de admiración al hombre bueno, al hombre grande de la pequeña Costa Rica.

Vida ejemplar la del varón cuyas virtudes reconocemos y exaltamos. Obra ejemplar la suya por desinteresada, por constante, por valiente y por fecunda. A García Monge debiéramos proclamarlo el mejor ciudadano de nuestra América; el mejor ciudadano en veinte naciones que luchan por conquistar para siempre la libertad y la justicia social, por marchar hacia adelante y cumplir el hermoso destino señalado por los dioses. El ha consagrado a esa lucha sus más nobles afanes en su ya larga y laboriosa existencia.

CUADERNOS AMERICANOS se honra en honrar a su hermano mayor: el *Repertorio Americano*. Su hermano en la pelea por las causas más generosas y humanas; su hermano en la defensa de los pueblos nuestros, víctimas de la codicia del mercader; su hermano, en fin, en la angustia y en los sueños.

Y yo, desde mi México, tierra de libertad y refugio de perseguidos, violando la distancia estrecho a don Joaquín la mano en actitud emocionada y fraternal.

Jesús SILVA HERZOG

Presencia del Pasado

EL NACIMIENTO DE LA LIRICA ESPAÑOLA A LA LUZ DE LOS NUEVOS DESCUBRIMIENTOS¹

Por Margit FRENK ALATORRE

ALLÁ en los primeros años del siglo XII, un escritor árabe refería que en la ciudad de Cabra había vivido siglos atrás un poeta ciego llamado Muccádam, inventor de un nuevo género de poesía árabe. Uno de los rasgos notables de estas poesías era que solían incluir versos en la lengua de los cristianos, en español.

Es fácil imaginar que esta noticia ha inquietado a varias generaciones de filólogos. ¿Muchísimo antes, pues, de aparecer los primeros documentos de la lírica románica —de la lírica europea, en general— había ya en España una poesía en lengua romance? Pero todas las búsquedas emprendidas resultaron infructuosas; unas cuantas e inseguras palabras españolas halladas en tres textos árabes no permitían sacar conclusiones de ninguna clase.

Así las cosas, de pronto se publicaron en una revista científica nada menos que veinte poemitas del siglo XI al XIII, incluidos en poesías del tipo inventado por Muccádam, aunque no precisamente árabes, sino hebreas (los poetas judíos de España adoptaron muchas de las formas poéticas de los árabes). Entre los autores de esas poesías hebreas hay nombres tan ilustres como Jehudá Haleví y Mosé ben Ezra. Se encontraron los textos en una serie de manuscritos provenientes casi todos de la trastera (*Guenizá*) de una sinogoga de El Cairo. Al clima seco del Egipto, salvador de tantos papiros antiguos, debemos también la conservación de los papeles que se fueron amontonando siglo tras siglo en ese rincón de sinagoga, entre ellos —por fortuna nuestra— copias de los poemas de Jehudá Haleví y de otros poetas judíos contemporáneos.

¹ Conferencia dada en el Ateneo Español de México, el 26 de septiembre de 1952.

La mayoría de los poemas que nos interesan se escribió entre los años de 1090 y 1140; pero uno de ellos es anterior al año 1042. ¡1042! Todo un siglo antes del *Poema del Cid*, hasta ahora considerado primer monumento de la literatura española, y más de medio siglo antes de las primeras poesías provenzales, supuestas iniciadoras de toda la lírica europea.

Lo curioso de este descubrimiento, que es sin duda alguna el más sensacional de la filología románica de las últimas décadas, es que se presentó en forma modestísima. Su autor es un joven hebraísta llamado S. M. Stern, radicado actualmente en Oxford; publicó los textos en la revista madrileña *Al-Andalus* de 1948, con el humilde título erudito de "Versos finales en español de las muwáschahas hispano-hebraicas", palabras que sólo para los iniciados podían tener algún sentido. De hecho, únicamente los lectores de esa revista especializada se enteraron del acontecimiento. La noticia no se divulgó hasta un año después, cuando Dámaso Alonso escribió en la *Revista de Filología Española* un extenso y fascinador ensayo intitulado "Cancioncillas de amigo mozárabes; primavera temprana de la lírica europea". Señaló ahí la importancia del hallazgo, situándolo en el tiempo y el espacio, esbozando con admirable intuición todas sus consecuencias y todos sus problemas. Este artículo tuvo el resultado que no podía dejar de tener: sembró el asombro y el entusiasmo, y puso en movimiento por todas partes una serie de ruedas que sentimos que están girando, sin que todavía sepamos a punto fijo adónde irán a parar. Ya don Ramón Menéndez Pidal ha dado en el *Boletín de la Real Academia Española* (1951) su contribución a este hallazgo, que viene a ser milagrosa corroboración de una de sus más geniales intuiciones: la existencia de una "primitiva lírica española". Pero, claro está, el suceso es aún demasiado reciente para sacar conclusiones definitivas. Se espera también la aparición de nuevos textos; por lo pronto, Emilio García Gómez ha anunciado la próxima publicación de otra veintena de canciones, intercaladas esta vez, no en poemas hebreos, sino en poemas árabes.

Las jarchyas

PERO vengamos a los hechos. ¿Qué son estas cancioncillas españolas del siglo XI? Para enterarnos es necesario tener una idea aproximada de lo que eran las poesías que las incluían,

el género inventado por Muccádam de Cabra en el siglo IX y adoptado después por los poetas judíos. El nombre árabe de ese tipo de composiciones es *muwáschaha*. Consiste en una introducción o "cabeza" de dos, tres o cuatro versos, seguida de una serie de estrofas; estas estrofas rematan en unos versos que vienen a ser como "remedo" de la introducción, pues repiten exactamente sus rimas (su nombre técnico es *qufl*; corresponde aproximadamente a la "vuelta" del villancico español). Las rimas vienen a quedar así (escojo uno de los varios tipos existentes): a a (cabeza) — d d d (1ª estrofa) — a a ("qufl") — e e e (2ª estrofa) — a a ("qufl"), etc.

Ahora bien, el último de estos "qufl" suele estar escrito en lengua de cristianos, en español. Su nombre técnico es *jarchya* (esta escritura es la que más fielmente transcribe la pronunciación original; pronúnciese *chya* como el "Giacomo" italiano).

Las *jarchyas* podían escribirse también en árabe vulgar, o aun en árabe clásico, como el resto de la *muwáschaha*; de hecho, sólo en esa forma se conocían hasta ahora. ¿Por qué tardaron tanto en aparecer las *muwáschahas* con *jarchya* en español? Es muy explicable: porque los copistas las más de las veces no eran españoles, y al no entender la *jarchya* española la omitían, o más bien dejaban de copiar la *muwáschaha* entera, porque la *jarchya* era elemento demasiado importante del poema.

Ese extraño final no era mera adición exótica a la *muwáschaha*, sino que constituía su culminación; más aún: era su punto mismo de partida, pues el poeta que quería escribir una *muwáschaha* escogía primero la *jarchya* y sobre ella construía toda a composición, empleando la rima de la *jarchya* en la cabeza y en los "qufl" anteriores. Un escritor egipcio del siglo XII nos dice de la *jarchya*:

Una de sus reglas es que debe estar escrita en árabe vulgar y con palabras del habla popular callejera. . . ; en ocasiones, la *jarchya* puede estar escrita en lengua española, pero aun entonces hay que cuidar que sea cálida, abrasadora, penetrante, asada al fuego del populacho y de los ladrones.

La *jarchya*, añade ese autor, es la "sal, ámbar y azúcar" del poema.

Tomemos un ejemplo. Jehudá Haleví escribe una *muwáschaha* de condolencia a la muerte del hermano de un poeta

amigo suyo; en la última estrofa dice (todavía en hebreo): "El canto del hermano solitario abrasa mi corazón como el canto de la doncella cuyo corazón late agitado porque llega el plazo de la cita y el amado no viene". Y sigue la jarchya en romance, que dice (traduciéndola al español moderno):

Viene la Pascua, y yo sin él.
¡Cómo arde mi corazón por él!

Es lástima que no podamos percibir el choque producido por la diferencia de idiomas, ni ver propiamente por qué la jarchya era la "sal, ámbar y azúcar" del poema. Sin duda, además de la diferencia de idiomas había una diferencia de tono; esos dos versos españoles son seguramente más directos, más llanos y sencillos que el resto del poema, y en contraste con él parecerían vulgares y hasta toscos (véase esa repetición de palabras en la rima). Pero hay otro contraste muy notable: el de los temas. ¿Qué tiene que ver el canto de una doncella que espera al amado con la muerte del hermano de un amigo?

El mismo contraste se ve en otras muwáschahas; hay varios poemas panegíricos cuya jarchya es igualmente el canto de una muchacha enamorada; lo único que la liga al resto del poema es, en la última estrofa, una comparación análoga a la que hemos visto: "un canto entre quejas prepara, *cual* gacela (= 'enamorada') graciosa, sobre el amado. . .". ¿De qué manera explicar este hecho, si no como prueba de que en la jarchya los poetas recogían una canción popular, conocida de todos, que se cantaba por las calles andaluzas en el momento de escribirse la muwáschaha, y quién sabe si no ya desde mucho antes. . .?. Esta es, al menos, la opinión de los que se han ocupado de la materia hasta ahora?

Problemas

AL escribir la jarchya románica al final de sus muwáschahas, los poetas hebreos y árabes no usaban caracteres latinos, sino los caracteres mismos de su lengua. Como el alfabeto hebreo y el árabe constan casi únicamente de consonantes y no tienen sino signos muy imprecisos para las vocales, la reconstrucción de una jarchya romance constituye toda una aventura. Así, al final de una muwáschaha hebrea Stern encuentra las siguientes letras (sustituyo los caracteres hebreos por los latinos correspondiente):

kfr' m.mh myw 'lhbyb 'št'dy'nh

Si para nosotros este conglomerado amorfo de consonantes no tiene ningún sentido, Stern logra descubrir en él todo un poema. Lee:

Meu -l-habib estad. . .
¿Qué faré, mi mamma?

"¿Qué haré, mi madre? / Mi *al-habib* (es expresión árabe y equivale a 'amigo, amado') está. . .", y quedan sin resolver las últimas letras. El hebraísta español Francisco Cantera nos las descifrará, dándonos una versión completa y corregida:

Meu al habib est' ad yana.
¿Qué faré, mamma?

"¿Qué haré, madre? / Mi amado está a la puerta" (*yana*, del latín *janua*, que no sobrevivió en español): el cantar de una enamorada que no sabe si dejar entrar a su amigo, pues conoce los peligros.

Quedan patentes las dificultades. A veces no hay ningún signo de vocal; otras veces los hay, pero referidos a varias vocales: la alef ('), por ejemplo, puede ser *e* o *a*; la yod (*y*) puede ser *e* o *i*, y la uau (*w*), *o* o *u*; así *myw* puede leerse *meu* o *mio*, o también, con diptongo, *mieo* o *mieu*. Para decidir qué forma es, hacen falta ya los conocimientos lingüísticos: hay que conocer las formas que se usaban en la lengua de esa época. Menéndez Pidal ha aclarado ya una serie de voces dudosas; pero hay casos en que él mismo vacila, como justamente, en el de *myw*.

A estos problemas se añade el hecho de que los copistas, que muchas veces no sabían español, equivocaban las letras, de modo que al hacer la interpretación hay que contar siempre con esta circunstancia. De las veinte jarchyas conocidas, muchas no están aún bien descifradas. En todo caso es asombroso que tantas se hayan podido aclarar. He aquí ocho jarchyas que casi no ofrecen ya dificultad (la numeración es la establecida por Stern y aceptada hasta ahora por todos; adopto en general la versión de Menéndez Pidal, que es la última y lingüísticamente más elaborada):

- | | |
|---|---|
| 4) <i>Garid vos, ay, yermaniellas,</i> <i>¿cóm' conteneré mieu mali?</i> <i>sin el habib non vivreyu</i> <i>advolarei demandari.</i> | Decid vosotras, ay, hermanillas, ¿cómo resistiré a mi pena? Sin el amado no podré vivir, volaré en su busca. |
|---|---|

- 5) *Viénid la Pasca ed yo (?) sin* Viene la Pascua, y yo sin él.
[ellu.
¡Cóm' caned (?) mieu co- ¡Cómo arde mi corazón por él!
[rachyon por ellu!
- 9) *Vaise mio corachyon de mib,* Vase mi corazón de mí.
ya Rab, ¿si se me tornarád? Oh Dios, ¿acaso se me tornará?
¡tan mal mio doler li-l-habib! ¡Tan fuerte mi dolor por el amado!
enfermo yed, ¿cuánd sanarád? Enfermo está, ¿cuándo sanará?
- 14) *¿Qué faré, mamma?* ¿Qué haré, madre?
Mio al-habib est ad yana Mi amado está a la puerta.
- 15) *Gar, ¿qué farayu?* Di ¿qué haré?
¿cómo vivrayu? ¿cómo viviré?
est al-habib espero, A mi amado espero,
por él murrayu. por él moriré.
- 16) *¿Qué fareyo ou qué serád de* ¿Qué haré, o qué será de mí,
mibi, habibi? amado?
¡Non te tuelgas de mibi! ¡No te apartes de mí!
- 17) *Al-sabah bono, garme d'on* Aurora buena, dime de dónde vie-
[vienis. nes.
Ya l'i sé que otri amas, Ya sé que a otra amas,
a mibi non quieris. a mí no me quieres.
- 19) *Ve, ya raqi, ve tu vía,* Ve, oh impertinente, ve tu vía,
que non me tienes al-niyya. que no me tienes buena fe.

La lengua de estas jarchyas no es castellana, sino mozárabe, esto es, el romance hablado en la España musulmana por los cristianos y también por los árabes bilingües. En el siglo XI, el castellano estaba ya mucho más adelantado en su evolución, mucho más cercano al español actual de lo que lo están estos textos. Pero el castellano era una excepción: todos los demás dialectos de la Península —el mozárabe entre ellos— conservaban rasgos de mayor arcaísmo. Cuando el castellano decía ya *hermanillas, es, él, puertas*, el mozárabe empleaba *yermaniellas, yed, ellu, yana*, y usaba toda clase de arcaísmos, como *mibi* ('mí') el futuro *vivreyu, farayu, murrayu* (-*eyu, -ayu* vienen del latín *habeo*), y ese extraño *gar, garme, garid*, desconocido antes del descubrimiento de las jarchyas, que evidentemente equivale a 'di', 'dime', 'decid'. Otra característica del dialecto mozárabe es la abundancia de arabismos. Nuestras jarchyas son

magnífico reflejo de este fenómeno: *habibi* y *al-habib*, *al-sabah*, *raqi*, *al-niyya*; entre las demás jarchyas hay varias escritas mitad en árabe, mitad en romance. No deja de ser curiosa tal profusión de arabismos en jarchyas incluídas en poemas hebreos. Se nos revela aquí claramente la triple contextura de esa sociedad: cristianos, árabes y judíos, y se nos revela además, en forma simbólica, un aspecto del papel desempeñado por cada uno de esos elementos: las cancioncillas mozárabes, concebidas en romance y en el estilo de los cristianos, sirven de inspiración a una nueva creación cultural de los árabes, que los judíos habrán de adoptar y continuar.

Lirica andaluza, lirica gallego-portuguesa, lirica castellana

Los primeros textos poéticos de la Romania provienen, pues, de Andalucía —la "eterna Andalucía", como dice Menéndez Pidal, famosa ya en tiempo de Marcial por sus cantos y danzas—. Este hecho servirá seguramente de nuevo argumento a la teoría del origen andaluz de la lirica española y europea. Ya ahora, Dámaso Alonso cree posible que los mozárabes transmitieran sus canciones al resto de España, dando lugar a la lirica tradicional gallego-portuguesa y castellana. Alonso funda esta conjetura en una circunstancia realmente asombrosa: la semejanza que hay entre las cancioncillas mozárabes y la lirica posterior de la Península: la gallego-portuguesa de los siglos XII y XIII y la lirica popular castellana recogida en los siglos XV a XVII.

Hemos visto que casi todas las jarchyas son lamentos de amor puestos en boca de una doncella. ¿Qué otra cosa son las llamadas "canciones de amigo" gallego-portuguesas?

Moyro d'amores que ni deu meu amigo. . .

¿Y qué cosa son las canciones femeninas castellanas de los siglos XV a XVII?

Amores me matan, madre. . .

Aquel gentilhombre, madre,
caro me cuesta el su amor.

Y aquí tenemos ya otra coincidencia notable: "¿Qué faré, *mamma?*", "Amores me matan, *madre*". Esta invocación a la madre, convertida en consejera de amores, se encuentra en varias otras

jarchyas, y es frecuentísima en la lírica tradicional galaico-portuguesa y en la castellana, tan frecuente que Lope pudo decir: "Sin niña y madre no hay letra". En la jarchya 4 la invocación se hace a las hermanas, a las *yermaniellas*; este rasgo, desconocido en la lírica castellana, es muy común en la gallega antigua:

Bailemos nós ja todas tres, ai irmanas. . .

Coincidencia también en los temas: lamentos de ausencia, reproches de celosa, rechazo del infiel o del atrevido. Es cierto que son temas universales, que pueden surgir independientemente en todas épocas y lugares; pero aquí aparecen expresados con el mismo clima poético, con giros y fraseología a menudo idénticos. La doncella mozárabe "cuyo corazón late agitado porque llega el plazo de la cita y el amado no viene" canta:

*Viénid la Pasca ed yo sin ellu.
¡Cóm' caned mieu corachyon por ellu!*

Un siglo después, una joven gallega exclamará:

*Non ven o que ben queria!
ai Deus, val!
Cóm' estou d'amor ferida!*

Y otros tres siglos más tarde oiremos a Melibea cantar en ansiosa espera:

La media noche es pasada,
y no viene;
¡sabedme si hay otra amada
que lo detiene!

El mismo tono patético y exaltado; las mismas exclamaciones.

Y así también esas preguntas enfáticas de las canciones mozárabes: *¿Qué faré?, ¿Qué farayu? ¿cómo vivrayu?* tienen su paralelo posterior; en la lírica gallega:

*Que farei agor', amigo?
pois que non queredes migo
viver.*

*. . . pois non ven meu amigo,
pois non ven, que farei? . . .
Mia madre, como viverei?*

En la lírica popular castellana:

¿Adónde iré? ¿qué haré?
que mal vecino el amor es.

No duermen mis ojos,
madre, ¿qué harán?
Amor los desvela,
¿si se morirán?

Por *él murrayu*, dice la misma jarchya 15, y una canción de amigo:

*Foi-s' un dia meu amigo d'aqui...
madre, ora morrerei;*

en castellano:

Por aquí daréis la vuelta,
el caballero;
por aquí daréis la vuelta
si no, me muerdo.

La jarchya 9 comienza *Vaise mio corachyon de mib*, y en el siglo XVI es muy conocido el principio de canción "Vanse mis amores", "Vaisos amores"; y hasta el *¿si se me tornarád?* reaparece en una cantiga de Gil Vicente:

Vanse mis amores, madre,
luengas tierras van morar,
yo no los puedo olvidar,
¿quién me los hará tornar?

También es del siglo XVI la canción:

¿De dónde venis, amore?
—Bien sé yo de dónde,

que nos recuerda el *garme d'on vienis* de la jarchya 17.

Y aun podrían multiplicarse los paralelos:

*Ve, ya raqi, ve tu via,
que non me tienes al-niyya,*

y el cantar castellano:

Caballero, andá con Dios,
que sois falso enamorado, etc.

El origen popular

LA remota lírica mozárabe no se nos presenta, pues, como un hecho aislado, sino extrañamente enlazada con la lírica tradicional española de los siglos posteriores. De ahí su importancia para explicar los orígenes de ésta. Ahora, por vez primera, las especulaciones sobre el nacimiento de la lírica española pueden pisar terreno más firme, aunque no tan firme que no quepan en él las más variadas y contradictorias hipótesis (y los consiguientes pleitos de filólogos). Algunos considerarán el descubrimiento como una solución ya definitiva: toda la lírica posterior proviene de esa lírica creada en el siglo XI. Para otros, el hallazgo no será sino nuevo trampolín para lanzarse a un pasado aún más remoto; explicarán la lírica mozárabe como mero eslabón de una cadena mucho más antigua. Tal es el caso de Menéndez Pidal. Para él el descubrimiento ha sido feliz comprobación de una idea que le ha acompañado a lo largo de su vida de investigador: detrás de los primeros testimonios escritos hay una larga tradición —escrita u oral—, cuyos vestigios se han perdido. Muchas obras no llegaron jamás a escribirse, por no creerse en aquella época de suficiente valor literario, y las que se escribieron han estado sujetas a un constante peligro de destrucción, del cual no se han salvado sino por milagro. Antes de cada documento milagrosamente conservado hay, pues, una serie de producciones desconocidas, mantenidas en lo que Menéndez Pidal llama "estado latente".

Hace treinta años, cuando de la lírica popular peninsular no se conocía sino la contenida en los antiguos cancioneros gallego-portugueses y en los castellanos del Renacimiento, Menéndez Pidal explicaba ambas manifestaciones como "fragmentos de un conjunto peninsular" anterior, como dos derivaciones de una "primitiva poesía lírica española", de la cual él encontraba testimonios en las crónicas antiguas. Ahora, ante el nuevo descubrimiento, Menéndez Pidal no canta victoria, no dice: he aquí la primitiva poesía lírica peninsular; sino que, fiel a sus principios, se remonta aún más allá: las canciones mozárabes no son sino otra rama de ese tronco lírico antiquísimo. Dice:

Al lado de la poesía latina, escrita por clérigos en la alta Edad Media, hubo una lírica en lengua latina vulgar y románica primitiva, poesía cantada por el pueblo iletrado, lírica que nadie pensaba escribir. . .

De estas palabras se desprende otra idea fundamental: en la base de la lírica española está una lírica popular. Así como el idioma español es producto de la evolución del latín hablado en boca del pueblo iletrado, así también los elementos más autóctonos de la poesía lírica española son producto espontáneo del pueblo bajo.

La idea del origen popular de la lírica no es nueva. Tiene sus raíces en el romanticismo. Aplicada a la literatura francesa, por ejemplo, contó con ilustres representantes en la crítica literaria del siglo XIX y comienzos del XX. Pero hubo después contra ellos una violenta reacción; se dijo que la literatura era siempre literatura, esto es, engendro de espíritus letrados, cultos, y que el pueblo era incapaz de crear nada. Esta tendencia tiene hoy muchos representantes; pero parece haber, por otro lado, un retorno a la teoría del origen popular.

Podrían hacerse varias objeciones a la teoría popularista. El pueblo bajo, según ella, cantaba canciones desdeñadas por las demás clases sociales y desatendidas por la producción literaria culta. Pero ¿no ocurre más bien que la poesía folklórica suele andar, no sólo en boca del pueblo bajo, sino en la de todos los amantes de la alegría y del canto, sean de la clase que fueren, y que a pesar de cantarlas la gente culta no se les concede dignidad artística alguna? De la segunda mitad del siglo XV sabemos positivamente que los nobles y cortesanos se complacían en los romances y villancicos, que cantaban con armonizaciones hechas por los músicos de la corte. Y sin embargo, las colecciones de poesía de la época no incluyen romances ni villancicos tradicionales. Hoy mismo, con toda nuestra pasión por el folklore, no sé nos ocurriría incluir un corrido mexicano o "La llorona" en una antología de la lírica mexicana contemporánea. Mantenemos la poesía popular bien aisladita en publicaciones especiales, destinadas, ya a los amantes del canto, ya a los investigadores del folklore: nunca a los lectores de poesía. La única poesía popular que ha merecido hasta ahora el aprecio literario de los cultos es la del pasado.

Así que el hecho de que en la alta Edad Media las canciones populares no merecieron la atención de los poetas cultos no prueba que fueran patrimonio exclusivo del vulgo iletrado, sino sólo que, como en todas las épocas, su total fusión con la música, su lenguaje rústico, su falta de artificio y simplicidad

y a menudo su pobreza las hacían incompatibles con la "poesía de arte".

Poesía popular, pues, pero con esta salvedad. Y con otra salvedad más. La idea romántica de que la poesía popular es brote espontáneo del alma humana, humilde flor de los campos, nacida al calor de las emociones sinceras, expresión por eso del verdadero espíritu nacional, parece descartada desde hace mucho, y sin embargo la verdad es que constituye aún el supuesto básico de muchos de los que apoyan la teoría del origen popular. Y es un hecho que en la poesía popular suele haber mucho de literatura, que sus autores mismos tienen a menudo cultura erudita. En esas canciones populares de la alta Edad Media ¡cuántas reminiscencias de la Biblia y de los clásicos no habría!

Así, variedad del elemento humano, complejidad de orígenes, y además diversidad de tipos, porque la poesía popular de una época no constituye un conjunto uniforme, sino que se desgaja en una serie de géneros diferentes. Ahora mismo, en México, por ejemplo, hay canciones rancheras, corridos narrativos y corridos líricos, sones, huapangos, etc. No hay por qué suponer que en otras épocas, por remotas que sean, el panorama fuera menos complejo. Al lado de las cancioncillas de amigo, los andaluces del siglo XI cantarían también canciones humorísticas, satíricas, canciones narrativas, y quién sabe cuántas cosas más. Y en el resto de la Península se conocían quizá algunas de esas canciones y otras de tipo distinto.

Es difícil creer, por lo tanto, en un tronco único de primitiva poesía lírica, que se conservara intacto a lo largo de muchos siglos. Porque entre los distintos tipos de poesía cantada de cierta época, algunos tienen la fortuna de sobrevivir largo tiempo, otros son de vida más breve; algunos logran viajar y ganar partidarios en lugares lejanos, mientras que otros, más humildes, nunca salen del pueblo, de la ciudad, de la región que les dió origen. Podemos imaginarnos el panorama como un mapa fluvial, sembrado de ríos de todas proporciones, atravesado por grandes corrientes, que a veces fluyen paralelas e independientes, otras se entrecruzan, otras unen sus aguas en un solo cauce, para volver quizá a separarse nuevamente; con afluentes y subafluentes, con efímeros riachuelos y arroyos sin futuro.

Esta perspectiva nos obliga en realidad a mantenernos en una posición de reserva. Adivinamos un panorama complejísimo, del cual no conocemos sino algunos —poquísimos— elementos. ¿Qué son las jarchyas, las canciones de amigo gallego-portuguesas, los villancicos castellanos? En realidad, otros tantos testimonios de esa complejidad. Porque debemos reconocer que no todo son semejanzas entre esas tres tradiciones; que, por lo contrario, las diferencias son muchas y grandes. Ya entre las escasas veinte jarchyas que conocemos hay temas que ni por asomo aparecen en la lírica posterior, y sobra decir que en ésta hay muchísimos temas que nada tienen que ver con las jarchyas; no sólo temas: expresión, ambiente poético. Para sólo citar un ejemplo, es evidente que al lado del *pathos* suele haber en los villancicos castellanos una ligereza, una gracia absolutamente extraña a las canciones mozárabes conocidas:

Morenica me era yo,
dicen que sí, dicen que no.
Unos que bien me quieren
dicen que sí;
otros que por mí mueren
dicen que no.
Morenica me era yo,
dicen que sí, dicen que no.

Primitiva lirica de la Romania

PERO antes de quedarnos sin un palmo de tierra firme que pisar, volvamos a las certidumbres, que también las hay. Hemos admitido ya, como un hecho indudable, la existencia en España de poesías líricas cantadas en romance desde tiempos muy remotos, muchísimo antes de aparecer los primeros testimonios escritos, antes también de escribirse las canciones mozárabes. Lo malo —o lo bueno— de esta afirmación es que trae como consecuencia ineludible otra afirmación aún más ambiciosa. Para decirlo con las palabras de Menéndez Pidal: que "todos los pueblos románicos tuvieron en la Edad Media cantos líricos populares, aunque no se conserven". "Esos cantos, añade, indudablemente nacieron en toda la Romania a la vez que las lenguas románicas nacían, diferenciándose cada vez más del latín escrito".

Cuando Menéndez Pidal y también Dámaso Alonso asentaron esta tesis como mera deducción lógica, no sospechaban quizá que los hechos, examinados de cerca, la corroborarían plenamente. Concentrémonos en Francia. En los siglos XII a XIV existía la costumbre de intercalar en ciertos poemas cultos breves cancioncillas, *refrains*, que no son otra cosa que "canciones de amigo" a la francesa. Se les ha dado el nombre de *chansons de femmes*, y muchos han visto en ellas restos o reflejos de una lírica popular muy anterior. Unas tienen ya todo el carácter dialéctico de la lírica cortesana del tiempo, pero en otras hay una frescura e inmediatez que contrasta fuertemente con ella:

*E ai! ke ferai?
je muir d'amourettes!
comant garirai?*

"Ay, ¿qué haré? De amores muero, ¿cómo sanaré?". ¿No es esto extrañamente parecido a las jarchyas mozárabes? El "ke ferai?", el "comant garirai?" (recuérdese la jarchya 9: "¿cuánd sanarád?"), y esa alternancia de exclamaciones y preguntas. En la jarchya 9, desde el segundo verso: después de la exclamación "oh, Dios" ("ya Rab"), viene la pregunta "¿si se me tornarád?"; en seguida, otra exclamación: "tan mal mio doler li-l-habib", y, después de "enfermo yed", nueva interrogación: "¿cuánd sanarád?". En la canción francesa: "E ai!" (exclamación), "ke ferai?" (pregunta), "je muir d'amourettes!" (exclamación) "comant garirai?" (pregunta).

El *ke ferai?* es muy frecuente en las *chansons de femmes*; una dice "¡Ay, Dios!, ¡dulce Dios!, ¿qué haré? / ¡por su gran belleza moriré!" (como en la jarchya 15: "¿Qué farayu? . . . por él murrayu"). Y otras preguntas: en una jarchya no incluida en nuestra selección dice:

. . . garme cuánd me vernád mio habibi Ishaq?

("dime cuándo me vendrá mi amado Isac"). En Francia: "Dios, demasiado tarda, / ¿cuándo vendrá? / su tardanza me matará".

Estos lamentos de nostalgia amorosa son tan frecuentes en los *refrains* franceses como en las jarchyas mozárabes. Así: "¡Ay, Dios! ¿cuándo veré a aquel que amo?", "¡Ay, Dios! ¿cuándo vendrá mi muy dulce amigo (*mes tres doux amis*)?",

*Revenez, revenez,
dous amis, trop demourez*

(también, como en España, con la palabra "amigo").

Por otra parte, el rechazo del pretendiente atrevido. Una jarchya aún no bien descifrada comienza:

Non me tancas, ya habibi,

"no me toques, oh amado"; y las doncellas francesas dicen:

N'atouchiés pas a mon chaîse, sir chevalier

"no me toquéis la camisa, el caballero".

La relación es evidente. Pero, claro, sucede lo mismo que con la lirica española: las diferencias son igualmente visibles. *Mes tres doux amis*: hay en la mayoría de las cancioncillas francesas un tono blando, apacible, idílico, que suele manifestarse hasta en relación con los temas de ausencia y olvido:

*He amis, li biaux, li doz
trop m'aveis obliée.*

Más frecuente que estos temas es la afirmación alegre y confiada del amor:

*J'ai amin coente et joli,
et je seux sa loiaul amie;*

y este amor es a menudo adúltero y trae consigo el escarnio del marido, viejo y villano.

Esto ya es otra cosa: esto ya es Francia.

De modo que tenemos el mismo fenómeno observado dentro de España: semejanzas, pero también diferencias. Se ha hablado de un gran conjunto lírico primitivo de la Rumania; más probable es la existencia de diversas tradiciones, aisladas unas, emparentadas otras; algunas puramente regionales, otras nacionales, otras comunes a toda la Rumania. El mismo panorama fluvial que imaginamos para España.

Vemos, pues, qué torbellino de problemas suscita este descubrimiento, estas veinte canciones encontradas en viejos papeles arrumbados en un rincón de sinagoga egipcia.

*¿Qué fareyo ou qué serád de mibi,
habibi?*

¡Non te tuelgas de mibi!

Detrás de la sencilla belleza de estas palabras acechan mil preguntas escabrosas, preguntas de orden lingüístico, preguntas sobre los orígenes: los de la lírica española y los de la lírica europea.

En las "canciones de amigo" gallego-portuguesas de los siglos XII y XIII, en los cantares tradicionales castellanos del Renacimiento y hasta en las *chansons de femmes* francesas de los siglos XII a XIV hemos encontrado elementos asombrosamente parecidos a los de la primitiva lírica mozárabe: el "¿qué haré?", la invocación al amigo *ami-habibi*, las preguntas angustiosas las exclamaciones patéticas; todo ello para expresar los mismos temas de ausencia, de espera, de nostalgia amorosa. Esto no puede ser mera coincidencia. Es inconcebible que esos elementos comunes surgieran independientemente en Andalucía, en el norte de España, en Castilla y en Francia. O tienen una fuente común, o —lo que es más probable— se crearon en un lugar determinado y desde ahí irradiaron hacia las demás regiones. Pero ¿dónde se encuentra ese lugar de origen?

¡Cuántas lanzas no se romperán en los años venideros sobre esta pregunta! ¡A qué disputas, sarcasmos, violencias no darán lugar estas inocentes cancioncillas mozárabes, bellas durmientes de un sueño milenario! Nosotros tenemos ahora el incalculable privilegio de contemplarlas aún en su virginal pureza, de verlas salir vacilantes del cascarón, de seguir embelesados sus primeros pasos. No pensemos en su futuro de grandes señoras, conocidas de todos, aclamadas y vituperadas por quienes ya no sabrán ver su belleza, demasiado pregonada.

EL AFAN NOBILIARIO DE LOS CONQUISTADORES

Por José DURAND

SIGLO y medio después de la independencia, todavía hunde raíces el prejuicio acerca de los conquistadores, pretendida secta de hombres malvados, hampa internacional, bestias sedientas de oro. Ese prejuicio extremado y pueril nubla, como todos, cualquier visión leal de los hechos, e impide alcanzar las más hondas significaciones históricas de una época que, plena de intensidad, resuelve los destinos americanos. Otro prejuicio, tan dañino como el anterior, alimentan los sospechosos defensores de la *España imperial*, póstumos amantes, por el contrario de Borja, de señores que hubieron de morir. El ilustre arqueólogo Alfonso Caso, presidente del Instituto Indigenista mexicano, ha dado un ejemplo muy oportuno de sensatez al afirmar, en reciente conferencia, que el ser indigenista no implica menosprecio o animadversión contra la cultura española, cosa esta última absurda a todas luces. Tan autorizadas palabras animan a pedir la atención de tirios y troyanos para intentar un estudio de la conquista "desde dentro", mirándola a través de los ideales del propio conquistador y sin que nadie se escandalice por ello. Hombres de tiempos idos, hoy resulta extraña su manera de pensar, y lo que para ellos eran problemas vivos, hoy dan la impresión de un vacío discurso. Ocurre lo que con muchas piezas del teatro clásico español: ni *El castigo sin venganza*, ni *Peribáñez*, ni *El alcalde de Zalamea*, con ser las obras que son, producen en el lector actual el impacto dramático que alcanzaban en sus días. Los asuntos de la honra hoy suenan a cosa artificial, o al menos muy exagerada, sólo por una aciaga falta de perspectiva histórica.

Ir a valer más.

No ha sido un historiador de la conquista o de la cultura americana quien mejor ha sabido ver las razones íntimas que movían

a esos viejos guerreros. Fué un estudioso del espíritu español, Américo Castro, en palabras dichas al paso pero dignas de la mayor atención. Los conquistadores, afirma, no vinieron a Indias a ejecutar proyectos del rey —sus empresas eran privadas—, sino "a satisfacer afanes". Dos de ellos son comunes, según Castro, a otros pueblos: la búsqueda del oro y las especias sigue una tradición de origen veneciano; la intención de ensanchar los dominios de la iglesia surge "como una réplica al imperialismo espiritual de los musulmanes". El tercer afán, el cual se presenta como "exclusivamente hispánico", es el de *ganar honra*: un ansia "de señorío de la persona en una forma desconocida hasta entonces". Esos hombres, añade, una vez convertidos en colonos, no se dedicaron a fomentar la economía, los trabajos técnicos o las tareas especulativas, sino que "vivieron, ante todo, para atraer a sí un halo de prestigio social adecuado a su hombría". Ello se refleja, en fin, en sus mismos ideales, y así escribe Bernal Díaz del Castillo que "los nobles varones deben buscar la vida e ir de bien en mejor... y procurar de ganar honra".

Codicia, religión y amor a la fama se trenzan, pues, en el alma del conquistador. Qué línea predomina en ellos resulta difícil decidirlo, ni menos a la ligera. En un ir y venir de implicaciones mutuas, los temas se presentan de tan extraña manera que hasta vemos a la religión servir como arma bélica providencial de la conquista, a la vez que esas increíbles campañas fueron un medio para la evangelización de los indios. El sentirse predestinados los alienta en empresas descabelladas, y los más viejos testimonios, escritos en los mismos campos de batalla, o muy poco después, afirman que la captura de Atahuallpa "no fué por nuestras fuerzas, que éramos pocos, sino por la gracia de Dios, que es mucha": palabras del capitán Cristóbal de Mena, impresas en Sevilla, en abril de 1534, año y medio después de los hechos que narra como testigo ocular. Y en julio del mismo año, en la misma ciudad, aparece otro opúsculo que trata de los mismos sucesos: allí es el secretario Francisco de Jerez quien afirma que, ayudados de la "divina mano", los españoles han vencido y traído a la fe católica tanta multitud de gentilidad". Los mismos testimonios, y otros más, permiten ver hasta qué punto los conquistadores se sentían peleando en una guerra de cruzada, semejante a la Reconquista. A los templos indígenas, esto es no-españoles, llaman *mezquitas*; continúan usando, como se sabe, el grito de ¡*Santiago!*; a los españoles se les llama usual-

mente "los cristianos"; Jerez observa que en su formación, el ejército incaico recuerda el de los turcos; etc., etc. Todavía más: destruir la religión indígena llega a convertirse en uno de los más poderosos ardides militares, y cuenta el valeroso, petulante Hernando Pizarro que en Pachacámac "a mí me decían los caciques que hasta entonces habían servido aquella mezquita porque le habían miedo, que ya no habían miedo sino a nosotros, que a nosotros querían servir". Hernando derriba el ídolo y luego cuenta que a todos los caciques comarcanos los hizo "entrar dentro, para que perdiesen el miedo. Y a falta de predicador —añade—, les hice mi sermón diciendo el engaño en que vivían".

Si lo religioso y lo bélico iban de la mano, igual ocurría con el doble amor al oro y a la fama. Se ha dicho infinitas veces que la avaricia presidía los actos del conquistador; luego Ramón Menéndez Pidal y Américo Castro han insistido en la importancia que la honra tuvo para esos guerreros. Afirmar hacia dónde se inclina el peso de la balanza parece imposible, no sólo cuando se estudia el problema en todo su amplísimo panorama, sino también cuando se desciende a casos particulares. Uno de ellos, precisamente, es el de Bernal Díaz: propuesto por Menéndez Pidal como dechado de ansias de gloria, como hombre en quien prima la conciencia de sus "ilustres hazañas", Bernal sirvió de contrapartida al pensamiento de Las Casas, quien sólo admite la "codicia insaciable" como único aliciente de los conquistadores. Más tarde Ramón Iglesia, arrepentido de su exagerado *bernalismo*, hizo ver el hambre de oro que ardía en Bernal; y hoy el estudio del punto se complica en extremo. ¿Más deseo de fama que riquezas?

De un modo o de otro, la honra era para el español del XVI cosa de suprema importancia. Por honra se entendía el respeto que un hombre merece de los demás, por su calidad, nobleza, poder o dineros. El honor fué así base de la vida individual y garantía de la estabilidad colectiva: velando cada uno por su honor, la rectitud social quedaba asegurada. Pero la honra, en sentido estricto, sólo correspondía a la nobleza, esto es, al noble, al caballero y al hidalgo. "Comúnmente llamamos *hombre noble* —advierte el *Tesoro* de Covarrubias— al que es hidalgo y bien nacido". Los nobles, a cambio de ser los acaparadores legales de la honra, se echaban deberes terribles que no contaban para el plebeyo. *Noblesse oblige* vale doblemente

en lengua española, y un viejo refrán afirma que "donde no hay honor, no hay dolor". Existen, pues, dos honras: la que hay que recibir y la que se debe conservar. Este carácter del honor como cosa privativa del noble lo hacía más apetecible aún, pero a su vez hacía apetecible la nobleza, ya que el honor se encontraba en el fondo del espíritu hispánico. Para el plebeyo, lo mismo que para el hidalgo, las ansias de ganar nobleza y las de ganar honra eran una sola y misma cosa. Por algo Carl Vossler llega a afirmar que en la España de entonces, país de conquistadores, el honor substituía al deber. Otro proverbio castellano, recogido como el anterior por el maestro Gonzalo Correas, ilustra y confirma la sagaz observación de Vossler: "Donde no hay vergüenza, no hay virtud buena". Así pensaba el pueblo español, y la vergüenza, 'amor a la propia honra' aparece como la virtud máxima y *conditio sine qua non* de cualquier otra; base, pues, de toda moral.

Nada mejor que estos vivos decires populares para adentrar en el espíritu de los conquistadores. El mismo dilema de honra y oro —quitado el término divino del proselitismo religioso—, el dilema de las razones que movieron a esos hombres a pasar a Indias, puede descubrirse en el refranero. "¿A dónde vas mal?, adonde más hay"; "¿a dó vas bien?, a do más se tién?": he aquí, expuesta con la mayor naturalidad y la más sabia malicia esa razón de las riquezas. Pero el "hombre que se halla bien donde está", según el maestro o Correas, suele o le suelen decir: "¿Adónde puedo ir que más valga?"; y en esta idea de *ir a valer más* brota, con perfecta sencillez también, ese acentuado afán hispánico de ganar honra. Así pensaban los indios: "ir de bien en mejor" recomendaba Bernal, y el poeta satírico Mateo Rosas de Oquendo, que escribía hacia 1600, nos habla de

que venga de España un hombre
a valer más a las Indias.

No precisamente "a ganar" sino a "valer más". El refrán continúa escuchándose en muchos lugares de América y España, y en el Perú se canta en un tondero muy popular: *¿Dónde irás que más valgas?* La misma pregunta que, en el siglo XVI, se hubiera podido hacer a los conquistadores de Indias.

Un impulso venido de la mitad del alma llevaba a los españoles a "ganar honra", a "valer más". Y como el espíritu y la moral del hidalgo nacieron durante la Reconquista como fruto

de virtudes guerreras, los conquistadores de Indias, lo mismo el hidalgo que el plebeyo, se hallaban impregnados del sentimiento hispánico del honor. Este sentimiento, que por su importancia acaba convirtiéndose en algo nacional, no debe confundirse con ese amor a la gloria que suele darse por típico del Renacimiento. Un historiador tan distinguido como Mariano Picón Salas incurre en ese error de apreciación, sin advertir que el desco de honra y fama en España es tan medieval como renacentista. Por lo demás, María Rosa Lida de Malkiel ha mostrado recientemente que el amor a la fama, típico del Renacimiento según Burckhardt, tiene viejas raíces medievales, al igual que muchos otros rasgos y manifestaciones de la cultura grecolatina. Ninguno de los cuales, a juicio de los especialistas, pudo revivir, dado que jamás habían muerto; y así, la importancia de la baja Edad Media frente a la época renacentista, culturalmente hablando, ha sido exaltada recientemente en cierta conocida polémica habida entre los profesores Hans Baron y Dana B. Durand.

Los que despreciaron el oro.

NADA tan codiciable para un español como la honra y la nobleza. Los hechos señalados dan nobleza de sangre, y así, de las proezas de la Reconquista nacieron los apellidos ilustres y se fundaron las casas más linajudas. La guerra se presenta así como ocasión natural e inmejorable para adquirir nueva nobleza o aumentar la que ya se tiene. Por eso, al lanzarse los hidalgos segundones y el pueblo español a la conquista de América, el afán de honra corre parejas con el afán de oro, y aun lo excede. No se olvide que el oro, como fuente de poder, de espléndida largueza, de pompa y boato, tiene la virtud de acrecentar honores. El deseo de ser hombres principales, importantes en la vida pública, es para Mariano Picón Salas el máximo aliciente que tuvieron los conquistadores para ganar oro; y recuerda el "dineros son calidad", que decía Quevedo. Distinciones, poderío, no las monedas del avaro.

Como las conquistas se emprendían por empresa privada, a costa en su mayor parte de los capitanes, era menester ser rico previamente a la conquista. Todos los grandes caudillos aventuraron su hacienda en tan riesgosas expediciones, y muchos la perdieron, como Pánfilo Narváez en la Florida. Muy a menudo acometían tales empresas cuando ya eran viejos y estaban más

para descansar. Al clérigo Hernando de Luque, socio de Pizarro y Almagro, motejaron en Panamá de *Hernando el Loco*, "por decirsele a todos tres; porque siendo hombres ricos y habiendo pasado muchos y grandes trabajos, y siendo ya hombres de mucha edad, que cualquiera de ellos pasaba de los cincuenta, se ofreciesen de nuevo a otros mayores afanes. Y tan a ciegas —añade el Inca Garcilaso— que ni sabían adónde ni a qué tierra iban, ni si era rica ni pobre, ni lo que era menester para la ganar". Según testimonios de fecha próxima a los hechos consta que llegaron a perder toda su fortuna, sin haber logrado adelantos sólidos en su descubrimiento. Pizarro y Almagro, escribe Jerez, "estaban tan gastados que ya no se podían sostener, debiendo, como debían, mucha suma de pesos de oro". Y para que Pizarro fuese a Castilla, a obtener la gobernación de la tierra, hubo de pedir "poco más de mil castellanos. . . prestados entre sus amigos". Ciertamente, Francisco Pizarro fué hombre menos avariento que su glorioso primo Hernán Cortés; el testimonio unánime de los cronistas, incluso los que le eran adversos, reconoce su espíritu magnánimo y caritativo; más buscaba el poder que otra cosa. En cuanto a Hernando de Luque, arriesgó su fortuna y no gozó de la ganancia, pues murió antes de alcanzarse el fabuloso rescate. Y por lo que hace a Diego de Almagro, figura como el más hambriento de honra de los tres, quizás por su misma condición de bastardo, y el más franco y manirroto. Se disgusta con Hernando Pizarro por que no le hubiese traído del rey títulos o cargos honoríficos, y afirma entonces "que sus trabajos y gastos más habían sido por ganar honra que no hacienda". Luego, al saberse con título de gobernador, cuenta Gómara que "se holgó más que con cuanto oro y plata había ganado, ca era codicioso de honra". Cuando advierte la riqueza de sus tierras chilenas, en albricias de su fortuna perdona a sus hombres todas las deudas que tenían con él: "fué liberalidad de príncipe más que de soldado", comenta Gómara.

El hambre de oro se persigue a cada paso en los primeros cronistas del Perú, especialmente en Mena; sin embargo, jamás esa hambre, a nuestro parecer, alcanza los caracteres de avaricia. Por el contrario, cuando el oro se torna abundante, los antiguos pobretones sueltan riendas a la liberalidad y pagan, como Jerez "por poco más de media onza de azafrán dañado doce pesos", y añade: "muchas cosas había que decir de los crecidos precios a que se han vendido todas las cosas, y de lo poco en que era

tenido el oro y la plata. La cosa llegó a que si uno debía a otro algo le daba un pedazo de oro a bulto sin lo pesar, y aunque le diese el doble de lo que le debía no se le daba nada, y de casa en casa andaban los que debían como un indio cargado de oro buscando a los acreedores para pagar". E insiste: "es tenido en tan poco el oro, así de los españoles como de los indios". Deseaban el oro como ansiosos de poder, no como avaros, y ese deseo ferviente se describe en Mena con tanta naturalidad como en Jerez se desestima, o como se habla en términos usuales de la intrepidez de los españoles o de la facilidad con que Dios los ayudaba: de la bajeza humana hasta el cielo, cosa muy hispánica, tendían una misma escala.

Para elogiar la condición de Gonzalo de Sandoval, especie de protector suyo, Bernal Díaz empieza por decir que "ni era codicioso de oro sino solamente como buen capitán esforzado, y en las guerras que tuvimos en la Nueva España siempre tenía cuenta en mirar por los soldados que le parecía lo hacían bien, y los favorecía y ayudaba. No era hombre que traía muy ricos vestidos —añade—, sino muy llanamente, como buen soldado". Esto decía Bernal, que sí era codicioso y hasta insoportable pediguño. En ese mundo bélico, las más altas virtudes guerreras —amor a la gloria, espíritu de cuerpo, amor a la honra propia y a la de los compañeros, valor personal, desinterés, sobriedad, tenacidad—, tenían que prevalecer en muchos casos sobre la avaricia desmedida, y la refrenarían sin duda.

De otro lado vemos a muchos soldados que, ya ricos, se despojan de sus bienes a causa de preocupaciones religiosas, olvidándose de los peligros y el esfuerzo que les costó ganarlos. Bernal, en su maravilloso recuento de los ganadores de la Nueva España —moderno catálogo de las naves aqueas—, nos habla de un viejo Alonso Durán, que cuando soldado oficiaba de sacristán, y que después se hizo fraile mercenario. Habla también del célebre Sindos de Portillo, que abandonó grandes riquezas y vivió una vida ejemplar; de un Quintero y de un Alonso de Aguilar, también pudientes en el mundo y luego frailes mendicantes. No faltó un Burguillos, primero buen soldado, más tarde conquistador acaudalado, luego fraile y por último hombre capaz de ahorcar los hábitos y de volver al mundo, pobre como al principio pero ya sin la antigua juventud. Ni faltó un tal Escalante, "galán y buen jinete", que se mete como el Burguillos a fraile francisco y que también ahorca los hábitos,

si bien luego se arrepiente y entra al convento por segunda vez. Y por último, aparece un Gaspar Díaz, tan rico como su santo patrono el rey mago y tan santo como él, pues se hizo ermitaño en Huejotzingo, y a su ejemplo otros varios se retiraron a hacer penitencia, en vida contemplativa y solitaria.

Otro caso pintoresco y revelador del no infrecuente desapego por los bienes materiales, propio de ciertos conquistadores, lo refiere el Inca Garcilaso. Un soldado perulero, Alonso Ruiz, vuelve a España con enorme suma, habida lo más de ella en el rescate de Atahuallpa y en el botín del Cuzco. Ya en su tierra, lo acomete el grave escrúpulo de hallarse disfrutando bienes ajenos, y decide ir al emperador. Llegado ante Carlos V, le dice: "Yo soy conquistador del Perú, de cuyos despojos me cupieron más de cincuenta mil pesos, que truje a España, Vivo con pena y cuidado de que no son bien ganados. Yo no sé a quién los restituir, sino a vuestra majestad, que es señor de aquel imperio. Si vuestra majestad me hiciere merced de algo de ello, recibirlo he como de señor que puede dármelo; y si no quiere hacérmela, entenderé que no la merezco". Carlos V, fino y comprensivo, admite la restitución, pero en cambio le hace merced de una buena renta anual y por plazo perpetuo; además le concede "una aldehuela pequeña, que está cerca de la ciudad de Trujillo" de Extremadura y que "ha por nombre *Marta*". El buen Alonso Ruiz queda así más beneficiado que ningún conquistador, pues posee bienes perpetuos, y no por dos vidas como sus compañeros.

A la vista de tales ejemplos, y de otros muchos, resulta claro que de ningún modo la codicia era el único fin personal de la conquista. Hay quienes desprecian el oro y también quienes, estimándolo, buscan más la fama o el poder, cosas ambas muy afines. Conviene advertir que esos ejemplos se refieren a hechos ocurridos durante la conquista o poco después, hechos absolutamente espontáneos y sin sospechas de fingimiento, como los de la segunda mitad del XVI: ya por entonces pululan quejosos y pediguéños, tanto entre los conquistadores supervivientes como entre los hijos de sus compañeros: todos ellos alegan sus proezas, sus riesgos, las ansias de honra y la poca recompensa que obtuvieron los ganadores de la tierra. Ante esos pretendientes el historiador malicioso se pregunta si no serán lágrimas fingidas. Carlos Pereyra, por ejemplo, previene "contra el peligro de la literatura formada por los memoriales de

méritos y servicios de los conquistadores"; Ramón Iglesia, a su vez, pinta certeramente a Bernal "como un representante genuino de aquella generación turbulenta de conquistadores que cuando dejan de guerrear con los indios dedican el resto de sus vidas a forcejear con la corona para conseguir mercedes que les permitan vivir sin trabajar". Cierto, pero si en los primeros cronistas o en el mismo Bernal vemos cómo procedían los conquistadores, advertiremos que la codicia era en ellos algo muy complicado, y no excluyente de más nobles aspiraciones.

El mismo Bernal se queja tanto de la falta de recompensas materiales como de la poca gloria recibida, y nadie ignora aquel célebre pasaje en donde arremete contra Cortés por arrogarse en las *Cartas* "toda la honra y prez de nuestras conquistas", no haciendo "relación de cómo se llamaban los capitanes y fuertes soldados, ni de nuestros heroicos hechos". Por su parte, Hernán Cortés escribe, por los mismos días de su conquista—segunda carta—, que en México se ganaban para Su Majestad "los mayores reinos y señoríos que había en el mundo. Y por ello en el otro mundo ganábamos gloria, y en éste conseguimos el mayor prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generación ganó". El ansia de fama vivía en ellos y no era de ningún modo un artificio para exigir mercedes. Al decir de Gómara, poco amigo suyo, Francisco Pizarro sostenía que la conquista servía para adquirir nobleza. Y junto a los testimonios de Pizarro y Cortés podrían ofrecerse otros muchos.

Resulta curioso advertir que en las primeras relaciones de la conquista del Perú, escritas a toda prisa y atentas sólo a los hechos y las ganancias, los improvisados cronistas hablan muy poco de la gloria alcanzada por ellos, salvo la de su capitán. No quiere ello decir, sin embargo, que no estimasen la honra, pues tan precipitadas son estas páginas, que ni siquiera aciertan a comprender, y mucho menos a ponderar, el valor de su esfuerzo. Dentro del texto, el ambiente que respiraban apenas sale a luz en alguna frase suelta, como cuando Mena cuenta que "cada uno de los cristianos decía que haría más que Rol-dán"; o bien cuando Pizarro, en palabras recogidas por Jerez, advierte a los suyos en Cajamarca "que hiciesen de sus corazones fortalezas, pues no tenían otras, ni otro socorro que el de Dios". Y añade el cronista: "En el ánimo de cada uno parecía que haría ciento, que muy poco temor les ponía ver tanta gente". No hay malicia para subrayar el heroísmo y, al parecer,

ni siquiera la debida conciencia de él: sólo con la perspectiva de los años se alcanzaría. Con el correr de la pluma, estos narradores carecen de un respiro que les permita alabar las hazañas y tales elogios sólo aparecen en las portadas o para hablar del gobernador, único merecedor de grandes epítetos. Apenas si, en la cabecera de un capítulo de la crónica de Pedro Sancho se habla de los españoles que siguieron "intrépidos su viaje". Las primeras crónicas, apunta exacto Raúl Porras Barrenechea se rinden por entero "al brillo personal del héroe caudillo, y éste acrece su caudal de hazañas con el inmenso botín de la gesta anónima". Es la sugestión del hombre de mando, fundamental en la guerra; ese poder necesarísimo de que habla Ramón Iglesia cuando discute la tesis anti-cortesiana de Bernal. Los cronistas primitivos no hablan de sus compañeros, sino del jefe; la charla del campamento y las intimidaciones no trascienden a sus escritos. Nada de extraño tiene que estos hombres no hablen de su honra, si ni siquiera hablan de sus obras esforzadas. Pero apenas se sueltan a decir de sí mismos, cosa que sólo ocurre en un caso, al final de la crónica de Jerez, salta automáticamente la preocupación por el honor personal. "Y porque en esta ciudad de Sevilla —escribe—, algunos con envidia o malicia y otros con ignorancia de la verdad en ausencia han maltratado su honra (la de él, de Jerez), un hidalgo, doliéndose de afrenta tan falsa contra hombre que tan honradamente y tan lejos de su natural ha vivido, hizo en su defensa los siguientes metros. . ." Claro está que el hidalgo era el propio Jerez, el cual pide "no se hable mal en quien debe ser honrado", en quien de tantos trabajos como los de Indias

ha salido con victoria,
bien merece fama y gloria
con el mundano provecho. . .
y estos tales el buen rey
es obligado por ley
honrar y favorecellos,

En realidad, los metros más parecen estar hechos en defensa de "alguna maldad" que "de envidia van a decir", y no para pedir mercedes: Jerez no oculta sus riquezas, ni menos sus limosnas: "mil y quinientos ducados/ sin lo más que da escondido".

En los cronistas que reseñan con más detenimiento esas mismas campañas, o las subsiguientes, y que escriben también durante la conquista o las guerras civiles, el tema de la honra ya aparece con la debida importancia: un ejemplo, entré muchos, el testimonio de Gómara acerca de Pizarro. También hay otros tardíos, como los de Bernal y el Inca, aunque sumamente valiosos por referirse a hechos de la conquista y de manera veraz. Cuenta Garcilaso que al ver los padecimientos inútiles de sus soldados en las selvas desiertas del Marañón, Gonzalo Pizarro "les consoló y esforzó, diciéndoles que tuviesen ánimo para llevar como españoles aquellos trabajos y otros mayores, si mayores podían ser, que cuanto mayores hubiesen sido, tanta más honra y fama dejarían en los siglos del mundo". La verdad de las palabras que el Inca pone en boca de Gonzalo se confirma con un suceso posterior: vueltos a Quito, harapientos o desnudos, y sin tener con qué vestirse, entran así a la ciudad; y los vecinos de la ciudad, para compartir la honra de los gloriosos descamisados, toman el mismo hábito, y entran junto con ellos. Un episodio muy semejante al de Gonzalo Pizarro en el Marañón ocurrió al padre del Inca en Buenaventura, y sus palabras a los suyos fueron, según Garcilaso, casi idénticas. La seriedad del autor, historiador cuya veracidad hoy no se discute, concede crédito a estas noticias familiares.

Por dos carriles de ambición avanzan los conquistadores: el uno, el del oro, innegable, indudable, conocido de todos; el otro el de la fama, la autoridad, el poder. De nuevo será un cronista de primera hora, Francisco de Jerez, quien nos dé la visión fresca y directa. Vuelto Pizarro de Castilla, ha recibido "merced de la gobernación y adelantamiento de aquella tierra, y del hábito de Santiago y de ciertas alcaidías, y del alguacilazgo mayor, y otras mercedes y ayuda de costa (advíertase: sólo *ayuda*) le fueron hechas por Su Majestad, como emperador y rey que a todos los que en su real servicio andan hace muchas mercedes, como ha siempre hecho". Estas distinciones y grandes cargos, esta honra y poderío, según Jerez, mueven a los caudillos indios: "Por esta causa otros se han animado a gastar sus haciendas en su real servicio, descubriendo por aquella mar del Sur y por todo el mar océano tierras y provincias que tan remotas están de la conversación de estos reinos de Castilla".

Junto a este afán de gloria a todo trance y a esa moral heroica del honor que predicaba Gonzalo, también se encuentran las ideas de hombres fáciles de conformarse. Ramón Iglesia observa, comentando un pasaje de Bernal, que el cronista confiesa, sin quererlo, que sus compañeros guerreaban mientras nada tenían; pero luego, cuando alcanzaban cierta fortuna, se resistían a emprender nuevas conquistas. Es claro que esa fortuna satisfacía los deseos materiales del soldado, pero obsérvese también que al mismo tiempo les daba poder y honra. Bastantes hazañas habían hecho. De otro lado conviene subrayar que frente a ese ejemplo, y a muchos más, pueden darse otros de soldados nunca hartos de batallas ni de ganar tierras, señorío y honra. Ya vimos que los grandes capitanes solían emprender nuevas guerras a su costa, cuando ya eran ricos. No sólo ellos, sino hasta los simples soldados procedían igual. Cuando Almagro partió a la conquista de Chile, muchos vecinos del Perú dejaron repartimientos pensando mejorarlos con Almagro, pues, como dice el Inca en significativo pasaje, "en aquellos principios a cualquiera español, por pobre que fuera, le parecía poco todo el Perú para él solo". La *codicia insaciable* de éstos parece tanto de oro como de poder. Y, en fin, no faltaron soldados, entre los compañeros de Bernal, que pasaron a nuevas conquistas, aun cuando fuesen pocos los que así obraron; ni faltó entre los que vinieron con él a México algún hombre adinerado, como ese "Alonso Rodríguez, que dejó buenas minas en la isla de Cuba; estaba rico —añade Bernal, y— murió en poder de los indios, en los Peñoles".

El deseo de honores y preeminencias era tan grande en la época que no sólo invade a los soldados de la conquista, sino hasta los eclesiásticos de tiempos pacíficos, ya en los primeros tiempos del Virreinato. Lo que ocurría con los ambiciosos guerreros continuaba ocurriendo con gentes obligadas a modestia y humildad, y en épocas aparentemente menos deseosas de gloria. Fray Thomas Gage, sensible como extranjero a las peculiaridades del español, comenta burlonamente que los frailes recién llegados, al recibir extremadas señales de respeto por parte de los indios, pensaban ser más honrados que los obispos de España. Aunque ésta fuera una exageración de Gage, hombre inclinado a ellas, tiene amplio fundamento que la hace digna de crédito. Los indios mexicanos, de suyo reverentes, se hallaban habituados a rendir veneración a los frailes, y Juan

Suárez de Peralta afirma que la práctica nació del ejemplo de Hernán Cortés, el cual siempre besaba la mano de los franciscanos hincando una rodilla; los indios, dice, "tomaron esta costumbre que hoy día —ya en el virreinato— guardan, y estiman los frailes, que casi son adorados" de ellos.

La idea de la honra llenaba la mente de los eclesiásticos igual que la de los guerreros. El *Jesuita anónimo*, cronista de antigüedades peruanas que algunos confunden con Blas Valera, habla de que los frailes tuvieron en menos predicar a los indios con las mismas formalidades que con los españoles. Luego, ante el ejemplo de los jesuitas, acabaron por imitarlos, y finalmente estimaron ya "por honor lo que hasta allí habían tenido por deshonra".

Claro está que en una época tan agitada e inestable también hubo de figurar quien se mofase de glorias y honores: justamente un noble, un noble-pícaro, don Alonso Henríquez de Guzmán, "el caballero noble y desbaratado". Don Alonso se burla del honor, la valentía y los más nobles sentimientos caballerescos. No en vano Porras Barrenechea juzga su crónica autobiográfica como antecedente inmediato de la picaresca, o fruto primigenio de ella. Y es curioso advertir que justamente en el *Lazarillo*, el *Guzmán de Alfarache*, el *Buscón* y otras novelas picarescas aparecen muchas de las más duras palabras contra la idea tradicional del honor. Otro personaje de la conquista del Perú, el sarcástico Francisco de Carvajal, el *Demonio de los Andes*, dijo en alguna ocasión que nadie hacía honra a otro por sus méritos, sino por interés. Carvajal, como Henríquez, era hombre a la tremenda, sin Dios ni ley; se diferenciaba del nobilísimo don Alonso en que era de origen oscuro, y en cambio valeroso al extremo. Dos excepciones naturales, surgidas precisamente como una reacción contra esos hombres codiciosos de honra que los rodeaban.

Indias y la Reconquista

PASADOS los tiempos de Colón y los primeros descubrimientos, cuando aventureros y villanos formaban el grueso de las expediciones, una mayoría de hidalgos segundones predominaba entre los soldados de Indias. Severas prohibiciones impedían el paso de los plebeyos, y aun cuando las órdenes se violasen en muchos casos aislados —pasaban hasta moros y judíos—

normalmente el principio se acataba, como es de suponer. Una revisión del catálogo de pasajeros permite comprobarlo, y ello se confirma además por testimonios americanos. Cuando el virrey Antonio de Mendoza ordena a los conquistadores de México exponer sus méritos y servicios, a fin de solicitar concesiones reales, muchísimos se dan por hidalgos de solar conocido, y hasta aparecen alguno nobles, como observa Francisco A. de Icaza. Entre ellos, Alonso Hernández de Puertocarrero, primo del conde de Medellín, o don Luis de Castilla, "cuarto nieto del rey don Pedro I y de doña Juana de Castro". Los que parecen haber sido simples aventureros resultan escasos. Claro está que ya en tiempos tardíos como los del virrey Mendoza, muchos presumirían de hidalguías falsas; pero la buena memoria de Bernal confirma el hecho de que "éramos todos los más hijosdalgo, aunque algunos no pueden ser de tan claros linajes, porque vista cosa es que en este mundo no nacen todos los hombres iguales". El mismo Bernal nos habla de los hombres principales que hubo en su compañía, como el mismo Hernández de Puertocarrero, "hombre preeminente", Francisco Flores, "hombre muy noble", un Cárdenas que decía ser "nieto del comendador mayor don Fulano de Cárdenas", y un Alonso de Monroy que se hacía llamar *Salamanca* por ocultar su condición de hijo "de un comendador de Santisteban". ¿No sería acaso un hijo natural o bastardo del célebre maestre del Alcántara, homónimo suyo, cuyos hechos se narran en la maravillosa crónica? Y, en fin, lo mismo ocurría en las otras conquistas: pocas semanas después de la captura de Atahualpa, vemos a Hernando Pizarro anunciar a la audiencia de Santo Domingo que "después de venido a Panamá, vino otro navío en que vinieron algunos hidalgos". Luego, hasta hubo grupos enteros famosos por su nobleza, como los quinientos que Pedro de Alvarado llevó a Perú, los más de ellos "caballeros muy nobles, de la flor de España", entre los cuales se contaba Sebastián Garcilaso de la Vega Vargas, padre del Inca.

Todos estos nobles segundones aspiraban a una elevada nobleza, a un poderío que la suerte les negó, pero que desde su infancia la vida les hizo ver muy de cerca, en sus mismos parientes o en alguna casa que frecuentaban. Debieron sentirse venidos a menos, aun cuando su linaje fuese de simples hidalgos, y en todo caso, siempre, querían "ir a más". Y los conquistadores que carecieron de hidalguía, la deseaban con todas

sus fuerzas, movidos por el acicate de su inferioridad económica y social. Se vivía el Renacimiento, y ya el dinero se ambicionaba con una obsesión poco frecuente en tiempos medievales. Y cuando esos guerreros llevan a cabo asombrosas proezas, sienten haber ganado el mayor lustre. En su segunda carta, Hernán Cortés dice a Carlos V, como vimos, que "se puede intitular de nuevo emperador", gracias a México, "y con título y no menor mérito que el de Alamaña". Francisco de Jerez, desmañado en la ponderación de sus hazañas al paso del relato, sabe ponderarlas con perfecta claridad en el preámbulo y en las décimas finales, páginas todas ellas escritas a su vuelta. La conquista, dice, fué "a gloria de Dios nuestro soberano señor, y honra y servicio de la católica cesárea majestad", y aclara más adelante: "a honra de nuestro César, porque con su gran poder y buena ventura en su tiempo tales cosas suceden". El paralelo de las hazañas peruanas sobre todas las antecedentes aparece en Jerez, en fecha muy temprana: "¿Cuándo se vieron —escribe— en los antiguos y modernos tan grandes empresas de tan poca gente contra tanta, y por tantos climas de cielo, golfos de mar y distancia de tierra ir a conquistar lo ni visto ni sabido? ¿Y quién se igualará con los de España? No por cierto los judíos, griegos ni romanos, de quien más que de todos se escribe; porque, si los romanos tantas provincias sojuzgaron, fué con igual o poco menor número de gente, y en tierras sabidas y proveídas de mantenimientos usados, y con capitanes y ejércitos pagados". Semejantes conceptos se leen en una de sus décimas:

¿Queréis ver qué tales son
 solos vuestros castellanos?
 Digan franceses, romanos,
 moros y cualquier nación,
 cuáles quedan de sus manos.
 Ningún señor tiene gente
 tan robusta y tan valiente,
 cristiano, gentil ni moro
 y éste es el cierto tesoro
 para ver el rey potente

A cada paso el exacerbado Bernal Díaz habla de la "muy memorable fama" que merecen los soldados novohispanos, quienes pueden contarse "entre los nombrados que ha habido

en el mundo". Olvidemos "nuestras antiguas noblezas", propone, pues "con heroicos hechos y grandes hazañas que en las guerras hicimos, peleando de día y de noche", y sólo por méritos propios, "nos ilustramos mucho más que antes". Refiere orgulloso la información verbal de Cortés a Carlos V —si bien la tacha de extemporánea—, cuando presenta a Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval entre los capitanes "muy afamados que hubo en el mundo". Complaciéndose en los mayores ditirambos, Bernal subraya que Cortés reconoció en Olid "un Héctor en el esfuerzo", en Alvarado las más altas prendas y en Sandoval un "tan animoso capitán que se podía nombrar entre los muy esforzados" de la historia. A su vez, el Inca Garcilaso, que coincide con Bernal en el deseo de glorificar a los conquistadores, llama a Pizarro "príncipe y más que príncipe, que no hay título en la tierra que signifique por entero sus grandezas". Y a Pedro de Valdivia lo juzga "caballero digno de imperios". Frases como éstas aparecen repetidas veces no sólo en Garcilaso o en Bernal, sino en muchísimos cronistas indianos, sobre todo en los que escriben durante la segunda mitad del XVI y a principios del XVII. Y, ciertamente, no fundaban sus extremados juicios en méritos escasos: cuando un amante de la vida fácil, como Henríquez de Guzmán, se ve medido en la peligrosa y sufriendísima vida de conquistador, muy pronto reconoce que esa vida es peor "que la del infierno, si peor puede ser".

¿Eran, pues, los hechos de América, comparables a los de la Reconquista? La opinión de los mismos soldados no deja lugar a dudas. Bernal, por ejemplo, afirma que si grandes fueron los hechos que dieron blasones y palacios a los caballeros medievales, "nuestras hazañas no son menores que las que ellos hicieron". Recuerda que "en los tiempos pasados fueron ensalzados y puestos en gran estado muchos caballeros, así en España como en otras partes, sirviendo, como en aquella sazón sirvieron, en las guerras, y por otros servicios que eran aceptos a los reyes"; y dice haber notado en los historiadores "que algunos de aquellos caballeros que entonces subieron a tomar títulos de estados y de ilustres, no iban a las tales guerras sin que se les diesen sueldos y salarios; y no embargante que se lo pagaban —subraya, como antes Jerez, quien no habla en son de protesta—, les dieron villas y castillos y grandes tierras perpetuas, y privilegios con franquezas, las cuales tienen sus des-

ciententes". Da cuenta luego de las generosidades que don Jaime el Conquistador usó con los suyos, repartiendo las tierras que ganaron a los moros, y en tiempos recientes, cuando la toma de Granada se hace lo mismo; y fuera de la Reconquista, allí están los señoríos concedidos a los soldados del Gran Capitán. "He traído esto a la memoria —concluye— para que se vean nuestros muchos y buenos y notables y leales servicios que hicimos a Dios y al rey y a toda la cristiandad, y se pongan en una balanza y medida cada cosa en su cantidad y se hallará que somos dignos y merecedores de ser puestos y remunerados como los caballeros por mí atrás dichos". Se dirá que tales palabras se hallaban inspiradas en un deseo de pedir mercedes, pero lo cierto es que sus hazañas fueron portentosas, iguales o superiores a las de la Reconquista: esa Reconquista que ellos prolongaban en sus guerras contra infieles.

En cierta oración fúnebre, recogida por el Inca, un religioso compara los hechos del capitán Garcilaso —padre del cronista— con los de su antepasado Garcí Pérez de Vargas, el famoso capitán de Fernando el Santo; y dice que si la mucha honra de Garcí Pérez era merecida, "la que da el Perú a Garcilaso de la Vega es muy superior, porque ¿qué lengua podrá contra los trabajos que padeció, los peligros a que se puso, la hambre, sed, cansancio, frío y desnudez que padeció, las tierras nunca vistas que anduvo y las inmensas dificultades que venció?" Era un lugar común comparar favorablemente las proezas de los conquistadores sobre las de sus abuelos de la Reconquista. Y en ese lugar común había amarga protesta, desilusión y muchas veces resentimiento. Porque ni las hazañas ni el dinero ganado les sirvieron para alcanzar honra y nobleza, como en los tiempos antiguos. Las concesiones obtenidas fueron mínimas, y algunas de ellas sólo valían en tierra americana. De vuelta a España, el indiano sufría por lo general burlas y rechazo. Pero en cambio, en América supo convertirse en señor: los conquistadores y los primeros pobladores —fundadores de ciudades—, ahora vecinos y encomenderos, pasan a ser la máxima aristocracia de la tierra.

Al convertirse, pues, en nobles de hecho, ricos en caudal, poder y fama, ven colmadas sus aspiraciones originales, aun cuando empiecen a sentirse mal pagados por la corona. En parte, al menos, tenían razón, pues según las ideas de la época, los méritos de guerra constituían la más alta fuente de nobleza.

Bien conocido es el caso del maestre de campo Julián Romero, que recibe de Felipe II un hábito de Santiago sin necesidad de hacer información de su linaje, si bien no era del todo oscuro. Vale "la sangre vertida antes que la heredada", afirma el historiador Cabrera de Córdoba al comentar el hecho. ¿Se tomó en cuenta este principio para juzgar a los soldados indianos?

Miguel Herrero-García observa que siempre los dineros contaron para dar o aumentar nobleza; Alonso Téllez de Meneses piensa en su *Lucero de nobleza* que ésta se consigue "por claridad de linaje, con dignidad concedida por el rey y virtuosas costumbres o con antiguas riquezas". Pero esta antigüedad no siempre se requiere, sobre todo en la práctica, y así llega Lope a decir en *Servir a señor discreto que la nobleza*

está en la limpia hidalguía;
que lo que es caballería
más consiste en la riqueza.

A los pobres hidalgos venidos a Indias "a valer más", el oro daba la ansiada condición de caballero. Y por dinero y por hazañas y por poder vivieron como caballeros y hasta ricos-hombres. Bien hicieron, desde el punto de vista de la honra, en codiciar el oro: fué su pedestal y su defensa. Pero no olvidemos, en fin, que era un proceso de valoraciones, intereses e ideales, sumamente complicado. Tanto así, que un hidalgo mexicano de principios del XVII, rico en entendimiento, pobre en las dos fortunas, la de suerte y la del metal, pero amante de su linaje hasta más allá de lo conveniente, se atreve a censurar en España las noblezas compradas a peso de oro. Y en *La industria y la suerte*, escribe:

Algunas casas nobles considero
al señorial dosel entronizadas,
que de ellas fué el autor sólo el dinero.
Las edades presentes y pasadas
togas, armas y púrpuras sin cuenta
han visto con dinero conquistadas.

.....
No trueques a dinero la nobleza;
que ésa ha de ser en un hidalgo pecho
última apelación de la pobreza.

CARTAS DE QUEVEDO

Por Raimundo LIDA

“**T**ODA la vida de don Francisco fué una milicia continuada”, resume lapidariamente la primera biografía de Quevedo, la de Tarsia, en el propio siglo XVII. No la vida de un soldado distinguido, como la de Cervantes, sino la de un importante personaje en la España de los Felipes, en una España que es todavía pan-europea e internacional. Tampoco, como la de Cervantes, una vida heroica, luego reprimida y transfigurada en poesía con lenta torsión, maravillosamente segura. No, sino milicia, ejercitada con enorme intensidad, y cortada aquí y allí por intermedios de cansancio y desesperación.

Los dos centenares de cartas, o poco menos, que de Quevedo sobreviven marcan las peripecias de ese agitado camino: el que lleva hacia el *Buscón*, los *Sueños*, los sonetos a Lisi, la *Hora de todos*, la *Vida de San Pablo*, pero también a los golpes —dados y recibidos— de la riña literaria, política y religiosa, a las conjuraciones de Niza y Venecia, a la marea de favor y desfavor en la corte, al proceso, al destierro y a la cárcel. Y desde las cartas más tempranas, ni siquiera escritas en español, sino en latín, ¡qué inconfundible y de una pieza se nos da ya Quevedo, impaciente, agudo y verbalista! Curiosidad, inquietud, jactancia desdeñosa, necesidad de sacar la cabeza fuera de España, de alzarla por encima de los mediocres que lo rodean, de comunicarse con los sabios verdaderos, con los grandes humanistas de Europa (o al menos de la Europa católica), de seguirlos, de ser uno de ellos, de recibir su espaldarazo: todo esto se traduce en el latín penetrante y epigramático de las epístolas que el joven madrileño escribe en 1604, desde Valladolid, al maestro Justo Lipsio, proponiéndole unas difíciles consultas de erudición antigua.

Erudición, sí, pero a la vez ¡qué hervor de sentimiento, qué afán de halagar y ser halagado! Esa primera epístola a Lipsio ha tenido Quevedo que dictarla: “Escribo con mano

ajena, pues tengo enferma la mía propia". Es carta de rendida adhesión al maestro lejano, que ha estudiado, con inigualable saber, el culto de Vesta: "Fénix de nuestros tiempos. . .". Y ahora, con ingeniosas aliteraciones y conceptos —conceptos de conceptista—:

"Lipsius es, lynceus: lippus sum" ('Lipsio eres, es decir, lince; yo soy cegato') Al fuego de las vestales has traído luz. Lo vi, lo vi; reconocí tu sol. . .".

El, Quevedo, no es más que un discípulo y, si se atreve a escribir sobre las mismas materias, lo hará temeroso y cohibido:

"Lo que yo escriba, lo escribiré con mano vacilante y espíritu lleno de reservas. Te lo enviaré. Tú lo corregirás amigablemente y me darás noticia de tu salud. Pásalo bien; recuérdame".

Pero entre los pliegues de esa humildad ¡cuánta soberbia! Quevedo mira a su alrededor, y ya la ocasión es buena para atacar a los ineptos humanistas que en su propia tierra, España, han tenido la osadía de tratar tan arduos temas como los que estudia Lipsio: "Yo mismo he visto mochuelos españoles que volaban en la sombra". Quevedo acumula sobre ellos los más sucios y venenosos sarcasmos. En suma —dice luego—, viéndolos fracasar en la empresa, él mismo ha cobrado ánimos para escribir a su vez sobre las vestales; sólo que ahora, conocida la docta obra de Lipsio, se conducirá con más prudencia.

Con esas líneas enviadas a Lovaina desde la remota Valladolid, se inicia la correspondencia entre los dos estudiosos. Correspondencia cordial, en que hasta vemos jugar unas cartas con otras enlazándose graciosamente por sus epígrafes. Quevedo encabeza su primera epístola latina a Lipsio con estas palabras: "Di tibi dent annos: ad te nam cetera sumes" ('Que los dioses te den años: lo demás correrá por tu cuenta'). Cuando Lipsio responde, empieza por recoger el cumplido de Quevedo completando el hexámetro con este pentámetro: "Di mihi dent animos continuentque tuos" (*mibi* es lo que el sentido pide; no *tibi*, como tracen los textos de Fernández Guerra y Astrana Marín). Así, pues: 'Que los dioses me den a mí ánimos (*ánimos*, en contraposición a los *años* de la frase de Quevedo) y sigan sosteniendo los tuyos'. Y el mismo Lipsio explica que ha querido imitar —*parodéin*, dice él en griego— el verso del joven latinista español: "Patere et me versu ordiri et tuo ille parodein. . ."

(‘Sufre que yo también empiece con un verso y que imite el tuyo que tan acertadamente antepones, aunque con demasiado elogio para mí’).

¿Y esos mochuelos de la erudición española? Conque ¿tan mal andan en España los estudios serios? Será culpa de la guerra. El humanista belga lo deplora, y piensa con nostalgia en la sabiduría española de antaño. Dios quiera que su joven correspondiente honre a su vez esa noble tradición:

“¡Oh esa carta tuya, tan cordial, y tan ingeniosa en los conceptos! Por lo uno y por lo otro, me dejó cautivado. ¿Te diré la verdad? Me viene a la memoria la preclara estirpe de parecidos ingenios de la vieja Hispania fecunda; tiene de qué jactarse, si bien lo entiende: si sacrifica no sólo en honor de Marte, sino también de la Musa y de Minerva”.

Sí, malos tiempos, comenta con tristeza Lipsio. Y es su propia Bélgica el campo de batalla donde está desangrándose España, sus hombres, sus riquezas; Bélgica, “que desde hace ya casi cuarenta años atrae a sí y consume la flor de la milicia europea”. El humanista quisiera ver al rey español mejor aconsejado. “¡Oh si a vuestro Agamenón lo asistiera Minerva con su Ulises! ¡Ojalá tengamos buena suerte vosotros y nosotros!” Pero ahora, concluye Lipsio citando melancólicamente a Estacio, “*excussae procerum mentes, turbataque mussant Concilia*” (‘se agita el alma de los héroes, y murmuran turbadas las asambleas’). Tiempos de Marte, tiempos de hierro. “Pon remedio a nuestro mal, Dios mío, y protégeme a este nuevo amigo”.

Desde las primeras palabras de Lipsio, ¡cuántos estímulos para el nuevo amigo español! ¡Cuántos temas que serán, para siempre, sus temas! Cuidado con el pueblo vencido que atrapa dulcemente al vencedor y lo corrompe con la molición. Vieja observación, pero ¿no es ahora el caso de América? Lipsio encuentra que, como Grecia a Roma, así también “las Indias, vencidas, vencieron al feroz conquistador”. Quevedo no lo olvidará. Para Lipsio, su propia Bélgica es la Troya de los tiempos modernos. Bien podrían aplicársele las palabras con que Catulo apostrofa a la vieja Troya: “*commune sepulcrum Europae Asiaeque*”. Tampoco lo olvidará Quevedo y, sin hacer mención de Lipsio, evocará esa carta suya cuando, en *La hora de todos y la Fortuna con seso*, llame a las guerras de Flandes el “sepulcro universal de Europa”.

¿Que fuera de España Marte tiene también enloquecidos a los hombres? Sí, pero ¡cuántos consuelos pueden encontrarse en el estudio a fondo de las antigüedades clásicas! Estas cartas latinas, esta consagratoria atención de Justo Lipsio, serán decisivas para el joven erudito español. Quevedo seguirá viéndose en parte a sí mismo a la luz de esa confianza y amistad con el famoso humanista. Gran ambición, continuar en España la obra de Lipsio: vindicar a Homero y a Epicuro, cristianizar a los estoicos, conciliar la Biblia con los mejores frutos de la especulación pagana. A lo largo de su vida, pocos elogios debieron serle a Quevedo más gratos que el que Lope de Vega, maestro en el arte de alabar a sus amigos, le dirigiría en el *Laurel de Apolo*. No sólo lo llama ahí "espíritu agudísimo y suave, Dulce en las burlas y en las veras grave", sino, con halago todavía más preciso: "Lipsio de España en prosa Y Juvenal en verso". Lipsio de España. (Un Lope menos público, menos cortés y solemne —el de las cartas— tendrá buen cuidado en aclarar que su admiración se limita al Quevedo literato, y no disimulará su antipatía al otro Quevedo: "ingenio verdaderamente insigne —escribe el Fénix en 1624 al licenciado Diego de Colmenares— y tan adornado de letras griegas y latinas, sagradas y humanas, que, para alabarle más, quisiera conocerle menos".)

Entre tanto, cada carta de Lipsio provoca en Quevedo las más vivas y conmovidas respuestas:

"He estado en las últimas, como suele decirse; desfallecía, pero tu carta hizo para mí las veces de Esculapio. Vivo, pero con poca salud, y he recobrado la salud perdida gracias al ¡salud! que me ha enviado Lipsio. . ." (Con parecido juego de palabras escribirá don Quijote a Dulcinea: "El ferido de punta de ausencia. . . te envía la salud que él no tiene".)

"Hazme llegar la segunda edición de tu libro sobre Vesta. A nadie le es lícito más que a Lipsio penetrar en ese santuario. La diosa del fuego necesitaba un ingenio flamígero. . .".

"Estás ahora entregado por completo a nuestro Séneca. No podríamos de otro modo tener por completo a Séneca. Feliz él, que, gracias a tus esfuerzos, volará vivo por los labios humanos, hasta el fin del mundo. . .".

Las reminiscencias clásicas se mezclan con muy personales reacciones de sentimiento:

"Nuestro siglo parece de hierro por causa de la guerra, pero por tus escritos rivaliza con la edad de oro. Es época, creo, hecha para Marte, no para Minerva, pero tú sí la consagras a Minerva".

"De mi España ¿qué diré que no sea con gemido? Vosotros sois presa de la guerra; nosotros del ocio y de la ignorancia. Allí se consumen nuestros soldados y nuestros recursos; aquí somos nosotros los que nos consumimos".

"¿Qué diré que no sea con gemido? . . . Somos nosotros los que nos consumimos". Ya a los veinticuatro años, en su propia España, Quevedo casi no halla nada en que poner los ojos que no sea recuerdo de la muerte.

En una de esas cartas es donde Lipsio trata a su joven corresponsal de "mega kydos Iberon" ('oh gran decoro de los iberos', 'oh egregio entre los españoles'). ¿Ya egregio entre los españoles el Quevedo de Valladolid? Sabido es cuánto había de convencional en este tipo de elogios, que encontramos a cada paso en los latinistas del Renacimiento. El mismo Lipsio dirige su primera carta a "Domno Francisco de Quevedo, viro perillustri" y la segunda a "Domno Francisco Quevedo, nobilissima stirpe et animo viro". Pero tan enfática alabanza griega ha dejado perplejos a los biógrafos de Quevedo, y no puede extrañarnos que alguno de ellos aproveche la coyuntura para ensalzar las dotes adivinatorias de Lipsio.

Pues no: el elogio no es invención personal de Lipsio. No es sino una frase de Homero en que se ha cambiado *aqueos* por *españoles*. "O mega kydos Ajaion!" ('oh egregio entre los aqueos'), se dice de Néstor en el libro tercero de la *Odisea*, y de Ulises en el décimosegundo de la misma *Odisea* y en el noveno y en el décimocuarto de la *Iliada*. Métricamente, es además perfecta la acomodación entre *ibéron* y *ajáion*, capaces de cumplir idéntico oficio en el verso. No, no puede cabernos la menor duda de que el elogio no ha de tomarse al pie de la letra. Para Lipsio y para Quevedo, es esa una hipérbole consciente, acompañada de una sonrisa de inteligencia, de complicidad entre compañeros de profesión avezados a unas mismas lecturas. El no ser una alabanza original, sino una cita, un eco, esas comillas que ocultamente lo acompañan, ese guiño de travesura, limitan del modo más preciso el elogio de Lipsio a Quevedo.

LIPSIO de España. También él prepara sus armas para defender a Homero contra los sectarios de Virgilio Marón, los

"maronitas", como los llama Quevedo con encarnizamiento de inquisidor. En esos años anteriores al de 1609, que es el de la *España defendida y los tiempos de ahora*, Quevedo está atento a las discusiones humanísticas de Europa, y aun después de 1609 esos amplios intereses se reflejarán en su propia obra de creación. Pero ¿qué ocurre para que, en el espacio de cuatro o cinco años —los que van de sus cartas latinas a la *España defendida*—, el Lipsio madrileño, el crítico de la ignorancia y el ocio españoles, se lance a escribir indignado, no sólo contra los extranjeros que niegan las excelencias de España, sino contra aquellos de sus compatriotas que se atreven a ponerlas en duda? "¡Oh desdichada España! Revuelto he mil veces en la memoria tus antigüedades y anales, y no he hallado por qué causa seas digna de tan porfiada persecución! Sólo cuando veo que eres madre de tales hijos, me parece que ellos, porque los criaste, y los extraños, porque ven que los consientes, tienen razón de decir mal de ti". Cuando Quevedo esperaba que a las injurias de los enemigos saliesen los españoles a responder, hubo en la misma España quien escribiera que el Cid no había existido. La peste sigue cundiendo, y ahora otro español está "haciendo fábula a Bernardo, y escribe que fué cuento y que no le hubo. . . Demos que se halle un libro o dos o tres que digan que no hubo Cid ni Bernardo. ¿Por qué causa han de ser créidos antes que los muchos que dicen que los hubo?". Ya tenemos aquí al Quevedo custodio de la tradición patriótica consagrada: al mismo que sacará a relucir, contra Santa Teresa, *Su espada por Santiago*, por su patronato indiviso. Y ya lo tenemos ¡ay! dispuesto a hacer de la necesidad virtud. Las disciplinas que verdaderamente importan se estudian en España "con eminencia notable y envidia de todas las naciones. . . En las ciencias sólidas, como filosofía, leyes, cánones y medicina y Escritura, todas las naciones nos son inferiores, si bien nos tratan de bárbaros porque no gastamos el cuidado en gramática y humanidad; las cuales cosas, por inferiores, no las ignoran sino que las desprecian los españoles". Así, pues, de gramática y humanidades, de cosas que no tengan que ver directamente con la salvación del cuerpo, como la medicina, o con la salvación del alma, como las Escrituras, que se ocupen los demás; ¡que inventen ellos!, como dirá luego, en los umbrales del siglo XX, otro soberbio español.

Y vienen ahora unos años intensos y agitados para el escritor y el político, en que hasta los períodos de descanso —es decir, de trabajo descansado— en la Torre de Juan Abad lo son a la vez de largos pleitos con la villa. A partir de 1613, el vértigo de las aventuras italianas; luego, la vuelta a España, el proceso de Osuna y el del propio Quevedo, la muerte del rey. Con Felipe IV y el Conde-Duque, intentos, no siempre afortunados, de afirmarse en la corte. Pero de esta época es la carta en que sí lo vemos acompañando a Felipe IV en su excursión a la costa de Andalucía. En esas páginas de 1624 que Quevedo escribe desde Andújar al marqués de Velada y San Román, los incidentes y sorpresas del viaje quedan fijados, entre atropellamientos de exclamación y risa, con rasgos en que se reconoce la misma mano que trazó el *Buscón* y los *Sueños*.

"Yo caí; San Pablo cayó; mayor fué la caída de Luzbel".

Con este grave arranque teológico empieza el relato. Y sigue:

"Mis pies no han menester apetites para tropezar: soy tartamudo de zancas y achacoso de portante. Volcóse el coche del Almirante (íbamos en él seis); descalabróse don Enrique Enríquez; yo salí por el zaquizamí del coche, asiéndome uno de las quijadas, y otro me decía: "Don Francisco, déme la mano", y yo le decía: "Don Fulano, déme el pie". Salí de juicio y del coche. Hallé al cochero hecho santiguador de caminos, diciendo que no le había sucedido tal en su vida. Yo le dije: "Vuestra merced lo ha volcado tan bien, que parece que lo ha hecho muchas veces". Llegué a Aranjuez, y aquella noche don Enrique y yo tuvimos dos obleas por colchones. . .".

Como para el pupilaje del dómine Cabra.

". . . dos obleas por colchones, y sin almohadas. Dormí con pie de amigo; soñé la cama, tal era ella".

Ese típico golpe final de desrealización, en que la cama acaba por desvanecerse en un sueño. La cama, en esa noche de Aranjuez, es como la comida en los largos días del pupilaje: "Cenaron, y cenaron todos, y no cenó ninguno"; o bien: "cenamos un poco del nombre del maestro", esto es, carne de *cabra*, pero más nombre que carne. Nos alimentamos de nombres.

de palabras. En esa España miserable —escuela de Segovia o mesón de Aranjuez— no se come, se sueña con el alimento; no se duerme, se sueña con la cama. Doce años después, otoño de 1636, desde su Torre, Quevedo escribirá al duque de Medinaceli: "Aquí hace tiempo ciego, que es menester luces a mediodía. Ni han sembrado, ni pueden, ni hay pan; los más le comen de cebada y centeno; cada día traemos pobres muertos de los caminos, de hambre y desnudez. La miseria es universal y ultimada".

Pero entre tanto, desde Andújar, Quevedo comenta regocijádísimo hasta las contrariedades de la expedición:

"... Pasamos a Linares, jornada para el cielo y camino de salvación, estrecho y lleno de trabajos y miserias. Aperciba Vucelencia la risa, hártese de venganza, logre sus profecías. Ibamos en el coche juntos don Enrique y yo y Mateo Montero y don Gaspar de Tebes, con diez mulas; y en anocheciendo, en una cuesta que tienen los de Linares para cazar acémilas, nos quedamos atollados. No hubo locura que febrero no ejecutase en nosotros. . . Fué siempre loco, pero entonces estaba furioso: determinamos de dormir en el coche. Estaba la cuesta toda llena de hogueras y hachones de paja, que habían puesto fuego a los olivares del lugar. Oíanse lamentos de arrieros en pena, azotes y gritos de cocheros, maldiciones de caminantes. Los de a pie sacaban la pierna de donde la metieron, sin media ni zapato; y hubo alguno que dijo: "¿Quién descalza allá abajo?" Parecía un purgatorio de poquito. . .".

De poquito; breves dibujos, viñetas apenas, pero con el movimiento y desgarro de los *Sueños*. *Sueños* de poquito. Y en ellos, al estilo de los grandes *Sueños*, maldiciones, profecías, arrieros en pena, purgatorio, cielo, camino de salvación ¡y ese escenario sobrenatural de antorchas y hogueras en la noche andaluza! Las imágenes de trasmundo chisporrotean hasta en las páginas más francamente humorísticas del epistolario.

"... Yo vengo —continúa Quevedo en la misma carta— sin pesadumbre y sin cama, que ha seis días que no sé de mi baúl. Dormimos a pares don Enrique y yo; hay cama de siete durmientes. . .".

"... Es cosa de ver a Su Majestad con dos caballeros, el uno Zapatilla y el otro Zapatón. . .".

"... El duque del Infantado se quedó en Linares, por haber caído su litera y aporreádose. El Patriarca no parece, y le andan prego-

nando por los pantanos. Mis camisas me dicen se las pone un barranco...".

Pero el tono cambia bruscamente cuando hay que hablar del propio Felipe IV. Es carta a un cortesano, y el cortesano don Francisco de Quevedo saluda al Rey con profundas reverencias:

"Su Majestad se ha mostrado con tal valentía y valor, arrastrando a todos, sin recelar los peores temporales del mundo; presagios son de grandes cosas, y su robustez puede ser amenaza de todas naciones. En esta incomodidad, va afabilísimo con todos, granjeando los vasallos que heredó. Es rey hecho de par en par a sus reinos, y es consuelo tener rey que nos arrastre, y no nosotros al rey, y ver que nos lleva donde quiere".

A dónde llevaban a España Felipe IV y Olivares, no es fácil decirlo en pocas palabras; pero sí que don Francisco se desvive entonces por acercárseles. Una solemne carta suya de 1624 al Conde-Duque nos lo muestra preocupado por la frecuencia con que se suceden los crímenes de herejía y sacrilegio. ¡Si hasta parece que las ejecuciones, allí en pleno Madrid, a vista de todos, exaltan el prestigio de las víctimas! ¡Ah! Los ojos miopes y penetrantes de este lector voraz se han detenido en cierto pasaje de Juliano el apóstata citado en los *Anales eclesiásticos* de Baronio. Curioso pasaje. Juliano escribe precisamente a Ecdicio, prefecto de Egipto, que el martirio público de los cristianos, en lugar de reprimir la nueva religión, sólo sirve para enaltecerla y propagarla. Que se dé muerte a los cristianos, claro está; pero en secreto.

En *El trato de Argel*, de Cervantes, se pone en boca de Leonardo este pérfido consejo:

"Usa, Valencia, otros modos
en castigar renegados:
no en público sentenciados;
mueran a tóxico todos".

Muerte secreta a los moriscos, para evitar represalias. Irónicas o no, estas palabras se pronuncian dentro del marco de irrealidad de un escenario. Es un personaje el que las dice, una máscara. Pero no un personaje de Quevedo, sino el propio

Quevedo, es quien escribe al Conde-Duque: "Parece medicina segura y descansada... que el Santo Oficio de la Inquisición a todo hombre que vivo e impenitente se deja quemar, le quemé vivo con el propio secreto que le prende". O, si se insiste en quemarlos en público, que sea en ciudad más apartada, como Toledo, y no en Madrid, donde viven tantos extranjeros, y entre ellos los embajadores de príncipes herejes.

El humanista Quevedo es ahora un Quevedo en armas. La guerra ya no será sólo contra Lutero, Melanchton y Calvino, "tósigos de Alemania y Francia". Guerra a los Escalíferos, que, con sus ataques a cuanto sea español, han movido desde hace tiempo a Quevedo a defender a su patria "de las calumnias de los noveleros y sediciosos"; guerra a Muret, al francés Mureto, "charlatán", "roedor de autores", que ha comparado a Catulo, italiano, con Marcial, español, y a Virgilio, italiano, con Lucano, español, y no lo ha hecho sino para blasfemar de los españoles; guerra al hereje Gerardo Mercator que en su *Menor Atlante* ha hablado de la feliz naturaleza e infeliz cultura de los españoles, con lo que no ha hecho sino publicar su propia ignorancia y mala fe. Frente a todos ellos, se alza cada vez más viva la imagen gloriosa de Lipsio, que ya en 1604 escribía al joven amigo español de su total dedicación a la obra de Séneca. "Seneca vester me totum habet". *Seneca vester*: vuestro Séneca, el español Séneca. ¡Español! Cuando Quevedo censure la doctrina estoica del suicidio y, como cristiano, no pueda absolver al cordobés Séneca, se consolará invocando el famoso epigrama —aquel de "matarse por no morir"— del aragonés Marcial. Y añadirá con orgullo: "Desquitéme de un español con otro". La doctrina del español Séneca no sólo concentra en sí la mejor ciencia de los paganos (la ciencia que más importa, la del vivir con rectitud, cara a la muerte), sino que, por quién sabe qué misterioso conducto —San Pablo, seguramente—, se enlaza con la de inspiración divina, y en especial con el sagrado libro de Job. Séneca, las Escrituras: ¿para qué más?, acaba por decirse Quevedo. Bien presentes debían estar en su espíritu las palabras de Justo Lipsio en su lecho de muerte. Toda otra ciencia que la del Crucificado es vaciedad e ignorancia. Las mismas palabras que, decenios después, glosaría en México el obispo de Puebla, ocultándose bajo un nombre de monja, en su respuesta y repreensión a sor Juana Inés de la Cruz.

EL desdichado casamiento de Quevedo, con doña Esperanza de Aragón deja escasa huella en este epistolario, aunque la carta a la Condesa de Olivares en que, entre bromas y veras, Quevedo describe su ideal de esposa, ayude a comprender al autor de las *Capitulaciones matrimoniales*. Y en seguida, 1635, una serie de largas cartas filosóficas, cartas-ensayos, cartas-tratados, graves, enfáticos y eruditos, sobre materia moral. Carta a don Manuel Serrano del Castillo donde se expone la doctrina estoica de la muerte, y a don Octavio Branquiforte sobre las enfermedades y sobre el temor de morir (y en ella, de pronto, una violenta embestida contra los médicos, vieja obsesión suya, quizá desde 1601, en que su médico lo acusa de no pagarle las cuentas). Y en el mismo año de 1635, carta a don Manuel Sarmiento de Mendoza sobre el desprecio del mundo, y a don Alvaro Monsalve sobre la vanidad de la riqueza (y aquí, digresión sobre si eso que tan difícilmente pasará por el ojo de una aguja es el camello, *cámelos*, o el cable de navío, *cámilos*: ya se discutía en tiempos de Quevedo como lo discutirá Unamuno, y Quevedo se pronuncia por *cámelos*, camello, precisamente por lo desproporcionado de la imagen, lo que a su juicio la hace tanto más expresiva).

Meses de lectura y meditación, principalmente en la Torre de Juan Abad. Y qué triste, ahora como antes, esta España que se divisa desde la Torre: "El tiempo se ha vuelto loco. Dijera que estaba borracho; empero alegrará que no gasta otra cosa sino agua". Triste y enloquecido no sólo el tiempo; también, y es lo más grave, los tiempos: "Las cosas que en esta villa han sucedido [con el cura] no son creíbles". Se le acusa, y con razón, de las mayores infamias, que han traído por añadidura

"todo el escándalo y aparato de rufián, cuchilladas, resistencias y pistoletazos; encubridor de ladrones y de hurtos, inducidor de testigos falsos y otras tales curiosidades. En razón desto, está descomulgado todo el Ayuntamiento; y la mitad del pueblo, de participantes; y anda en Granada el auxilio de la fuerza. . . A esto se ha llegado: haber descubierto (por el tormento que se dió a un regidor, el más antiguo, por ladrón) otros tres ladrones cuatrerros y escaladores de casas, que todos eran alcaldes y regidores, y hurtaban con las varas. Han acudido, el cura que los ampara, a Granada por una parte, ellos por otra a Madrid; y

está esto tan revuelto, que me obliga a partir a toda prisa mañana a Madrid al remedio, y pedir al Consejo castigue este cura y le quite desta villa, que tiene hoy con facciones de pueblo luterano: tal es el estado deste destierro mío”.

Y en medio de tantas miserias, Felipe IV no halla ocupación más urgente que la de dictar pragmáticas sobre el uso de los coches, literas y sillas. A Quevedo no le preocupa; no le tocará pagar impuesto: él no tiene más que una jaquilla y una mula. “Paguén, que es muy justo, los poltrones que se mecen y arrullan las panzas”. Quevedo sabe andar a pie, aunque sea cojeando. Lo que es por él, puede el Rey seguir adelante con sus pragmáticas: “No pienso asustarme hasta que manden que nadie pueda cojear”.

Risa y sonrisa. Porque, entre tanto, los médicos han dado de alta a la Reina, y hay grandes fiestas en el Buen Retiro, adornado de “inmensamente ricos atavíos”. Buena ocasión para que los intelectuales —dominicos y jesuítas— se reconcilien en público. Y en efecto, dominicos y jesuítas convienen en ajustar un pacto de ayuda mutua, “con capitulaciones de que los jesuítas en el púlpito, en la cátedra, en escritos y conferencias, defenderán siempre la doctrina de Santo Tomás, y que se expurgarán unas cláusulas de las obras de los padres Mendoza y Torres”.

A principios de 1636, Quevedo está dedicado a transformar en huertecillo el corral de su casa, y pide a don Sancho de Sandoval “un par de posturas de clavel, de unas peras que dice don Alonso [Messía de Leiva] se hacen ahí muy grandes, de olivo bueno, de peras bergamotas y de ciruelas de fraile”. Y entre tanto, desde Andalucía a Madrid, pasan por la Villa los mil curiosos regalos que trae a España la flota de ultramar. Sí, regalos para el rey, como los que detuvieron un día a don Quijote, Sancho y el Caballero del Verde Gabán. “Lo primero —escribe Quevedo a Sandoval— ha sido un carro con tres tigres y alhombrias ricas de la China y colgaduras para el Buen Retiro, que invía desde el Pirú el conde de Chinchón, Dios le guarde. Los tigres se van comiendo unos a otros, y el comisario es el verdadero tigre”. Y ahora se acuerda Quevedo de que le faltan más árboles frutales para su huerto: “Olvidóseme suplicar a vuesamerced unas posturas de durazno”. Y adelante. ¿Quién más ha pasado por la Torre de Juan Abad? Ah,

sí: el marqués de la Flor. ¡De la Flor! Ya faltan nombres de lugares en España y hay que acudir a esos gracious títulos. ¡De la Flor! Pronto vendrán los "marqueses de Ramillete y de Legumbres". ¿Quién más? Otro personaje, Medina de las Torres, que, camino de Nápoles, ha asombrado por el número y riqueza de las libreas que lleva. Y eso es todo. "No tengo más chismes".

Ni hay que perder ocasión de aconsejar a los amigos. En febrero de 1636, el infatigable pleitista de la Torre de Juan Abad, que en esos momentos trabaja en la *Tercera peste del mundo* (la soberbia), escribe al Duque de Medinaceli exhortándole a huir de los pleitos: "El ahorrar de jueces y sentencias es siempre el parecer que se sigue con acierto". Y, días antes, un billete al mismo duque de Medinaceli en que le anuncia el envío de "sesenta salchichas y dos liebres en cecina, invención mía, pero bien sabrosa" (y en el billete, que se conserva, añadida con letra del Duque esta lacónica observación: "Dice envía unas salchichas, y no vinieron"). Y nueva carta de Quevedo, un mes después, donde insiste en que "las salchichas y dos liebres en cecina fueron". ¡Estas pequeñeces! ¡Y este Quevedo, el de las salchichas en 1636, el de la cuenta del médico en 1601, siempre igual a sí mismo!

El epigrama anda siempre revoloteando por estas cartas. Pero, una vez más, hay que poner la cara seria en cuanto se nombra al Rey. En 1636 ya se ha dado a conocer la pragmática de los coches, sillas y literas. Paciencia. En cambio—buena noticia—Felipe IV ha tratado con dureza a los procuradores de corte "que regatean y dificultan el conceder cuanto se les pide, pues es tan sancta la propuesta. Dicen que Su Majestad quiere quitar estos votos de cortes, y que se reduzga a sus órdenes todo; y sería acción como de su grandeza, y uno de sus grandes aciertos".

Con Su Majestad había colaborado Quevedo patrióticamente el año anterior fulminando contra los franceses su Carta al Rey Cristianísimo, esa brillante "carta abierta", como diríamos hoy, ese manifiesto que con pasmosa desenvoltura combina la crónica de los sucesos actuales con inesperados retruécanos y con la más audaz utilización de la Biblia y de los historiadores paganos. ¡Cuidado con los españoles!, advierte Quevedo a Luis XIII. "De Roma echó a los franceses con sus graznidos un ganso; mejor aparato es para apartarlos de Italia, Lorena,

Flandes y Alemania águilas imperiales y leones de Castilla". Los siglos se anulan en estas súbitas aproximaciones. Los galos invasores de Roma son los franceses invasores de España. La admonición, la amenaza y la discusión sofisticada de los pretextos que Francia invoca para atacar a España llegan a aguzarse en mitos espléndidos. También aquí, como en la *Política de Dios*, el Quevedo ansioso de hablar a los reyes con arrogancia, de sermonearlos desde el púlpito, se consuela escribiéndoles —de arriba abajo, diríamos— desde la Biblia, "con la pluma de los Evangelistas". Pero no todo es vuelo lírico y teológico, y a cada instante vemos aparecer en la carta a Luis XIII las mismas imágenes, los mismos jirones de ideas, las mismas citas clásicas adaptadas con desparpajo a las necesidades momentáneas de la polémica, que en el soneto italiano al Cardenal Richelieu (*Rucheli*, y hasta *Rucelli* 'arroyos', para permitir un equívoco más) o que en los octosílabos desgarrados de *La toma de Valles Ronces*.

En lo que toca a la situación interior de España, muy significativa, entre las muestras de adhesión al Rey y al Conde-Duque, la réplica que opone Quevedo a las protestas suscitadas por la política económica de Olivares, aquel *Chitón de las tarabillas* que don Francisco de Aguilar leyó una tarde a Lope de Vega "en un coche en el río", como escribe Lope al duque de Sessa. En muy pocas palabras, Lope explica el verdadero propósito del *Chitón*: "Quien le escribió quiso lisonjear alguna pretensión suya". Y con otro par de rasgos nos da Lope el tono mismo del libelo: "Es lo más satírico y venenoso que se ha visto desde el principio del mundo, y bastante para matar a la persona culpada".

CON armas mortales, en efecto, debió de jugar Quevedo en esos años anteriores al famoso Memorial en verso, hasta caer él mismo en desgracia. Reconozcamos, de paso, que, si ese Memorial es suyo, reúne acaso los versos más flojos y ripiosos que haya escrito nunca Quevedo, ni antes ni después de su prisión. Pero no es eso lo que aquí más nos importa, sino que las alusiones de Quevedo a las causas de su castigo (cartas de queja, casi de aullido para implorar misericordia al Conde-Duque, o estudiadas epístolas al modo de las de Séneca a Luci-

lio) no hacen pensar ni por un momento en que se le acusara de una nueva travesura poética, de una denuncia más, en verso, contra los impuestos que pesaban sobre España. Bien acostumbrada debía tener a la corte el autor del *Padrenuestro glosado*. No, a lo que se refiere es a culpas personales gravísimas, a abominaciones, dice Quevedo textualmente; y abominaciones que, aunque se le achacan por calumnia, son verosímiles —confiesa él con dolor— por la mala reputación en que con justicia va envuelto su nombre.

Con justicia. Muchas son las cartas de Quevedo en que ha dejado su marca esa confesión, reconocible aun en medio de los más elaborados ejercicios de retórica senequista. En San Marcos de León, donde Quevedo se ve, no encarcelado, dice, sino ajusticiado lenta pero rigurosamente; en la mazmorra que tiene por cabecera un río y donde el anciano no espera ya la muerte, sino que la está tratando día a día, vemos afirmarse, cada vez más poderoso, ese sentimiento de lucha contra sí mismo que recorre toda la obra de don Francisco como un surco de fuego.

Pues, si antes de preguntarnos qué es Quevedo para nosotros, nos preguntamos que fué Quevedo para sí mismo, una imagen nos sale al paso, violenta entre todas: la de Quevedo vuelto contra sí. Hasta la llama de amor suele ser en Quevedo fuego dirigido contra él, aun en el ciclo de sonetos a Lisi que culmina con el inmortal "Cerrar podrá mis ojos la postrera Sombra que me llevare el blanco día. . .". Pero no en ellos, sino en aquellos otros en que, siguiendo a Petrarca, Quevedo conmemora sus veintidós años de pasión, es donde el amor llega a ser fuego incontinente contra el amante. La pasión, el alma misma de Quevedo, vuelta contra sí. Recuérdese el maravilloso encabalgamiento, ese puente ígneo tendido entre dos versos de la primera estrofa:

Hoy cumple amor en mis ardientes venas
veinte y dos años, Lisi, y no parece
que pasa día por él, y siempre crece
el fuego contra mí, y en mí las penas.

El fuego contra mí. Quevedo contra Quevedo, siempre. Así en las cartas que escriba desde la cárcel. Cuando sepa que el Conde-Duque ha caído, no faltará, junto al breve comentario, la meditación de don Francisco contra sí, el recuerdo de sus propias faltas, muy verdaderas, aunque castigadas por una prisión injusta. Y al recobrar la libertad, sus versos seguirán

insistiendo en ese disgusto y cansancio de sí mismo. "Aquí, del primer hombre despojado, Descanso yo de andar de mí cargado", dice Quevedo en la dolorida canción final que empieza: "Oh tú que con dudosos pasos mides, Huésped fatal, del monte la alta frente". Cargado de sí, como Job. Cargado de la cruz que es él mismo. Ardiendo en sí, en el fuego siempre vuelto sobre sí que es él mismo.

Y llegan los años de libertad, de desolación final. "Aprendo a andar", escribe Quevedo en septiembre de 1643. Sus versos evocarán aquellos fáciles triunfos literarios de Valladolid: "Muy célebre habité, con dulce acento, De Pisuerga en la orilla; mas agora Canto mi libertad con mi silencio". Culto al silencio. Culto al Escarmiento, al Desengaño, al Olvido, al Leteo: "el Lete, cuyas aguas reverencio".

Desengaño, olvido y frío. Frío en el alma y en los huesos. ¡Ese invierno horroroso de 1644 en la Torre de Juan Abad! "Aquí es invierno terrible de hielos", escribe el 11 de diciembre. A Quevedo le faltan, dice, hasta fuerzas para tiritar. Avanza sin embargo su segunda parte del *Marco Bruto*. Y una y otra vez, la pesadilla de ese invierno español, que nos hiela a nosotros mismos mientras leemos estas cartas de hace más de trescientos años. "Yo, señor, por la rabia del hibierno, que es terrible con hielos y nieve, sin apartarme de la chimenea, me quemó y no me caliento". Frío en el alma. Su vida entera se le representa ahora: "Yo, señor, soy un pobre mendigo de solemnidad. . . La Fortuna me ha puesto en tal estado. . .". Y una vez más el frío del cuerpo, ese frío sobrenatural, como de infierno al revés. Campos y calles son una sola cosa: "rimas de nieve sobre hielo". "Yo he pasado los Alpes muchas veces y los Pirineos, cuando ellos mismos no pueden sufrir la nieve ni el hielo, y no he padecido tan rabiosa destemplanza de frío como padezco en este lugar". El hielo y la nieve—insiste luego—"tienen la vida de lo hombres aterida, y hacen tiritar a las mismas ascuas. Considere vuestra merced cuál estará este esqueleto".

Porque él ha llegado a la villa "con más señales de difunto que de vivo". "Estoy tal, que la habla me duele y la sombra me pesa". Proyectos de convalecencia: irá primero a Villanueva de los Infantes; luego a Toledo, o mejor a Andalucía. . .

En Villanueva lo tenemos a principios de 1645. Sus cartas nos van contando los avances de la enfermedad, las esperanzas y desalientos, la conclusión—por fin—del *Marco Bruto*. La

picardía sigue también desfilando por ahí, y hasta el chiste y el retruécano: el criado que desvalija a Quevedo en su propia casa; el obispo insaciablemente codicioso, de "hambre *mitrina*, como *canina*". Y llega el 25 de julio, día de Santiago. "Día de Santiago —escribe entonces Quevedo—, mi patrón, y único patrón de España": don Francisco contra el patronato de Santa Teresa, mientras le quede un soplo de vida. Y muere el Conde-Duque de Olivares, él, que había jurado ver morir a Quevedo en prisiones. Y entre tanto, reveses y más reveses para España. Ya venía Quevedo comentándolos en sus cartas últimas, y en enero de 1645 escribía a don Sancho de Sandoval sobre los descalabros sufridos en Portugal y en México. Pero ninguna novedad en la corte, sino que en Aranjuez Su Majestad mató un jabalí y un lobo, y Su Alteza otro, y luego Su Majestad mató setenta palomas, y Su Alteza treinta". Ahora los desastres se suceden. "Dios asista a Su Majestad y a su santo celo, pues de todas partes nos combaten". Y es el 21 de agosto de 1645, pocos días antes de morir, cuando Quevedo envía a su tocayo don Francisco de Oviedo estos renglones de desesperado balance, quizá el más asombroso que haya salido de su pluma:

"Muy malas nuevas escriben de todas partes, y muy rematadas, y lo peor es que todos las esperaban así. Esto, señor don Francisco, no sé si se va acabando ni si se acabó. Dios sabe; que hay muchas cosas que, pareciendo que existen y tienen ser, ya no son nada sino un vocablo y una figura".

Sí, en estas últimas cartas de Quevedo vemos morir juntamente a Quevedo y a su España. No es la sotana del licenciado Cabra lo único que se deshace en opiniones y vagas conjeturas ("La sotana era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana; otros decían que era ilusión; desde cerca parecía negra, y desde lejos entre azul..."). No es la comida del pupilaje segoviano ni la cama de Aranjuez lo que, con metafísico escamoteo, ha sido reemplazado por un *no sé qué*, por un soñar que comemos o que dormimos. El *no sé qué* último son estos misteriosos tiempos de ahora: 1645. Es España. Porque sólo Dios sabe si España existe o si la estamos soñando; si tiene ser o ya no es "nada sino un vocablo y una figura".

Los sucesos de Europa siguen reflejándose en estas páginas de doble agonía. Traición de unos Caballeros de Malta que se

han unido al turco. Todos se unen, cristianos e infieles, para combatir a España; ya no habrá felonía que sorprenda a Quevedo. Y siguen los achaques. Aquí y allí, una que otra chispa de esperanza: reponerse y marchar cuanto antes a tierras más tibias, a Granada. Pero de pronto, el 5 de septiembre, en unas breves líneas a don Francisco de Oviedo, ya el luchador se nos muestra definitivamente postrado. Y el 8 de septiembre cierra para siempre los ojos al "blanco día".

A los mismos umbrales de la muerte llegan, pues, estas cartas. Y todo Quevedo —salvo el extraordinario Quevedo de la poesía amorosa— aparece en esas páginas ocasionales con presencia violentísima. Ahí lo tenemos, despreciativo y cínico, y envuelto sin embargo en la llamada y llamarada del mundo. Ahí su entrega frenética a la acción, y sus crisis de soledad y desamparo; ahí su sencillez cordial, su soberbia y adulonería, su sonrisa bronca y su carcajada, su gravedad de asceta y sus lamentaciones de herido, su ciencia y su sofistería polémica. Y por encima de todo —o más bien en todo, y alimentándolo todo— una pasión llameante que arranca de su quicio las cosas, las ideas y las palabras, y las alza y retuerce en un fúnebre ballet. El director de escena no se disimula. ¡Aquel Yo gigantesco de Quevedo que en la Dedicatoria de los *Sueños* firma precisamente así, *Yo*, y que desde ese prólogo ataca con insolencia al lector y destruye hasta la idea misma de prólogo! *Yo*, con esa Y de brazos descomunales, uno de amor y otro de odio, pero amor que ocupa el centro de la más excelsa poesía fúnebre de Quevedo, y odio surcado por relámpagos incandescentes de humorismo. Claro está que a sus frutos más acabados, en verso y en prosa, hay que acudir para ver iluminarse, con cada chispa de ese macabro humorismo, su panorama de ruinas y harapos, miserias del cuerpo y del alma, ficciones, seres a medias, seres postizos, seres que fueron y no son: un mundo que fué y ya no es. Pero en párrafos como los que hemos entre-sacado de su correspondencia, Quevedo anuncia, esboza o completa, y a veces con rasgos de viva y alucinante poesía, su testimonio de Juicio Final. Y basta recorrer sus cartas para que aún nos sobrecoja el sombrío esplendor de ese testimonio.

PALMA Y LA HISTORIA

PARA don Ricardo Palma la historia es perenne motivo de poesía. Toda su obra esencial, representada por las *Tradiciones*, transparente un doble esfuerzo poético e histórico, en que el aliento creador invade y domina la mera presencia de lo evocado. De ningún modo el simple afán de reconstrucción histórica, donde cuenta más la suma de minúsculas fidelidades que la visión fecunda del artista, el hecho más que su resonancia estética. En las *Tradiciones*, aun en aquellas que aparentan ceñirse a la realidad pasada, la fantasía que crea y recrea no tiene por qué temer la intromisión de la historia menuda, porque a la simpatía de Palma por las ocurrencias de otras épocas, bien perceptible en toda su obra, se agrega para vivificarlas su visión humorística del pasado. Simpatía y visión humorística. Si se ha acercado a la historia con la actitud escudriñadora del erudito —la del cronista de la Inquisición, la de cazador de datos en los infolios de la Biblioteca Nacional de Lima, la del polemista en las discusiones sobre Monteagudo y Sánchez Carrión—, en su obra mayor la avidez del artista sólo busca en el documento lo que tras él mueve inesperadamente a regocijo y admiración.

La historia y sus sorpresas vistas con simpatía, y vistas como motivo para reír o sonreír. El romántico de 1848 ha pasado de la tumultuosa confidencia patética —aquellos "suspiros", "lágrimas" y "congojas" de *Juvenilia* y *Armonías*— a la burla sangrienta de su propia melancolía juvenil y de la pomposa seriedad de las viejas crónicas. Quedan relegadas, no de improviso, no sin meditar, su gravedad en el trato de la historia —los *Anales*— y el lirismo conmovido del poeta romántico. Palma, que siempre ha sentido la fascinación del pasado y ha querido "más que en el hoy vivir en el ayer", como dice él mismo, ahora encuentra sobre todo, en la historia, motivo de regocijo. Ríe en prosa y ríe en verso. Son de 1874, vencido el romántico, las redondillas en que explica tan inaudita transición. Primero, el rechazo del viejo patetismo, sorprendente en quien ha padecido lágrimas y suspiros como cualquier "poeta chisgarabís":

¿Temes que exhale en sombrías
endechas el alma toda?

¡No! Ya pasaron de moda
los threnos de Jeremías.

Eso quede a los poetas
sandios, entecos, noveles,
que andan poniendo en carteles
sus angustias más secretas.

Y luego, en esos mismos versos, la insistente confesión del cronista que sólo se siente a gusto en el ayer:

¡Son nuestros tiempos fatales
Por eso, por eso vivo
hecho un ambulante archivo
de historias tradicionales.

En este rechazo del presente, del "siglo razonador" que debe recibir de la historia la lección contenida en las tradiciones de Palma —lo dice él mismo—, entra menos la insatisfacción frente a la propia época que esa risueña simpatía del cronista por el pasado, donde la vida corre plena bajo la falsa máscara convencional que la cubre. El romántico queda atrás, y una visión patética de aquellas cosas lejanas se sustituye en el espíritu de Palma otra humorística. Ahora le hace gracia hasta el espectáculo entero del mundo y de la vida. La existencia es un epigrama "cuyo chiste mejor está en morir", como dice otro de sus más antiguos prólogos. Ya estamos en la *tradición* misma: la historia como poético epigrama. Un modo de ir más allá de las áridas "veracidades" de la crónica oficial.

No es pues, que esa ironía rechace, la historia. Si por un lado Palma se acerca a ella para negarla mofándose de su gravedad, de sus pretensiones de rigor documental, por otro la necesita para afirmarse en su evasión del presente. Ahora le interesan, para su nuevo propósito, las individualidades concretas, no las vaguedades románticas; necesita del dato, necesita precisar, hasta con toda suerte de informaciones eruditas, hechos de otros tiempos: necesita "echar un parrafillo de historia", como en ese inconfundible capítulo segundo de las tradiciones de 1874, donde el artista, después de haber elevado a su máximo la tensión emocional del lector, pasa a narrar hechos documentales usando la forma coloquial, dócil a las solicitudes del humorismo. El parrafillo de historia sirve aquí de remanso que prepara el desenlace, de pausa morosa que al mismo tiempo da el ambiente de la narración, mantiene suspendido el interés del relato e ilustra sobre los sucesos históricos. En el siguiente capítulo el narrador bordará otra vez la

realidad con situaciones y diálogos imaginados, cumpliendo ese doble juego de fantasía e historia, de fuga y acercamiento, que se desenvuelve, como característica constante, en el fondo de las tradiciones. No es extraño que el mal humor de González Prada las calificase acerbamente de "falsificaciones agritudcetes de la historia", sin reparar en su intención estética.

Cuando falta a la tradición el apoyo documental estricto, sustituido por el testimonio de la conseja oral, las narraciones de Palma toman la forma del cuento. Los personajes se barajan entre los que ofrece la historia peruana, la tradición universal o la mera fantasía, con lo que logra el autor muchas de sus más bellas páginas (recordemos entre éstas *La misa negra*, *Dónde y cómo el diablo perdió el poncho*, *El alcalde de Paucarcolla*, *Las tres etcéteras del Libertador*, etc.). La fuerza creadora ha trascendido aquí resueltamente su base documental, la ha sofocado y vencido. El mundo libre de lo poético se ha desplegado sin traba ni apoyo. Pero la tradición es esencialmente un encuentro de historia y fantasía. Porque así lo cree, Palma subtitula expresamente *cuento* a este tipo de relato, a menos que en él aparezcan personajes históricos.

Humorismo y simpatía retrospectiva, historia documental y fantasía apoyada en ella, constituyen y construyen la tradición. Ciertos críticos de la obra de Palma han tomado, según les conviniese, uno o dos de estos componentes. Se le considera tradicionalista, es decir, amante interesado de la época virreinal; Palma es, para esos críticos, un colonialista, un conservador. Por otra parte, se le considera irreverente con ese mismo pasado y sus instituciones, liberal no sólo en su exterior conducta política, sino también en la intimidad de sus preferencias. Unos y otros esgrimen como argumento las tradiciones mismas. Los primeros aducen esa simpatía por las cosas viejas y el apoyo que el narrador busca en el hecho histórico; los otros, la forma sonriente con que exhibe aquellas mismas cosas y la fantasía burlona con que va oscilando entre la historia concreta y lo irreal.

Pero más allá de tales apariencias, penetrando a fondo en la obra de don Ricardo Palma, es posible advertir su visión esencial de la historia, más compleja que la que se le atribuye: una visión estética del mundo histórico, en que esos aspectos particulares entran todos, sin contradecirse, trasladados a un plano nuevo y original. Y esto sí importa decisivamente a la comprensión última de las *Tradiciones*. Basta considerarlo para advertir que la crítica plena de la obra de palma no se ha logrado todavía. Ricardo Palma, pasado y futuro.

Tomás ACOSTA.

Dimensión Imaginaria

“LA EDAD DE ORO” DE JOSE MARTI

Por Fryda SCHULTZ DE MANTOVANI

I. *La palabra activa*

MARTÍ está, todo entero, en cada una de sus páginas; aun en aquellas que arrastran humus de las primeras lecturas, hojas secas del gusto de la época, pronto aventadas para que la corriente se hiciese clara, como *riachuelos que han pasado por su corazón*. Gabriela Mistral le ha alabado la originalidad, que deriva de la vitalidad y robustez, causas de su independencia, analizándole esa calidad en el tono, el vocabulario y la sintaxis; mientras que Juan Marinello aclara que en el estudio de Martí lo que motiva la dificultad mayor es que “la forma, la palabra, queda reducida a materia conductora, agobiada y vencida por el concepto”; y Andrés Iduarte en su libro sobre *Martí, escritor* dice que en la lengua del gran cubano se encarna aquel “sobre-español” que pedía Unamuno. Pero al internarnos en su palabra escrita se nos va la imaginación a la otra, viva, que configuraba su existencia: la huella de sus pasos en una tinta tan fresca como la de sus arengas, como la de sus escritos, apretados, densos, sin espacio vacante —como no le tuvo viviendo—; “sólo los inútiles tienen derecho a ser perezosos”, dijo. Por eso, toda su palabra es acto, y como hijo de su siglo, que cree en la ciencia y en el progreso, piensa que el verbo ha sido dado al hombre para instrumento y servicio del espíritu: la palabra debe ser, y es en él, acto moral.

“La lengua es jinete del pensamiento, y no su caballo”, observa este nacido en América al que le duele en los oídos del alma la impericia de sus hermanos y la verba altisonante del español. Es decir, lengua que aclara, dirige, cumple su tarea funcional de comunicación entre lo que tienen de más alto y por lo que es verdaderamente humano el hombre. Que no es sólo el sentimiento, ni tampoco la pura abstracción intelectual —en la que ya hay mucho de solitario—; aquí puede gemir,

gritar o balbucir, sin ser más entendido que como el elefante por los cuatro ciegos de su relato anamita: cada uno según su propia, subjetiva verdad. El pensamiento puro también se aísla en el cielo de sus razones. Sólo la lengua comunica; es, como aquella que descendió a los apóstoles por Pentecostés, para que la buena nueva pudiera llegar a todos los hombres.

Martí es una de las pocas medidas en que la palabra española, hermosa y viciada de su propia abundancia, da el tono justo, cala en lo más hondo y no parece nunca superficial, ni vocinglera, ni sumisa, ni torpe. Muchos escritores hubo en España y América, y los hay todavía, que han pecado de esos excesos; la lengua de la pasión arrebata, como un color subido que se parece a la embriaguez. Pero fué un ejercicio sufrido por este hijo de españoles, el Martí de *nuestra América*, llegar al hueso del lenguaje y aprender por sí mismo lo que significaban las palabras heredadas en una isla, antesala o puerta del continente, donde los conquistadores levantaban su majestad sobre los lomos de los sometidos, la pompa vana de sus discursos sobre el murmullo ininteligible—pero igualmente ineficaz—de los naturales. Con todas esas fuerzas Martí calibró su lenguaje; y está bien este verbo que significa medida y peso, ajuste del arma para la acción resuelta. Porque el cubano sentía la impaciencia del inspirado, del rebelde, del inocente, del justo, para el cual toda palabra que no es acto es sólo aliento perdido, y como él mismo repite en su biografía del Padre Las Casas, "... la maldad no se cura sino con decirla, y hay mucha maldad que decir, y la estoy poniendo donde no me la puede negar nadie, en latín y en castellano".

Las letras en América tienen sus figuras ejemplares, que no son novelas ni personas de ficción, y rescatan, para la literatura universal, esa virtud del decoro, esa identidad del hombre y la obra que hace que no todo sea sombra escrita y parto de la vigilia intelectual. Martí, como el argentino Sarmiento, y algunos nombres más caben en la historia, eran escritores, pero sobre todo ciudadanos de una patria que quería levantar cabeza. Estos hombres, que gestan a la tierra en que viven, que acostumbra al pueblo "a soñarse a sí mismo", podríamos repetir con Unamuno, se sienten a la vez sus educadores y sacerdotes; más lo primero, porque corrigen y enseñan. El ímpetu lírico, que oficia alabanzas, lo guardan sólo para cuando es buena la

poesía: el reconocimiento de las bondades y la predicción del futuro.

II. *El niño y el pueblo: fermentos*

NADIE quiera asombrarse de que el patriota cubano, cuya corta vida se empleó en la lucha, esa prédica a la que él llamó "trincheras de ideas" y que culminó en la muerte en el campo de batalla, haya consagrado un espacio de su tiempo —lo que va de julio a octubre de 1889— a escribir una revista para niños que él lanza desde Nueva York en castellano y cuyos cuatro únicos números forman *La Edad de Oro*.

Mucho se ha repetido que el libro infantil es conquista moderna. En algunas literaturas europeas hasta hubo un autor, a fines del siglo XVII —Perrault—, que al recoger los elementos fantásticos que estaban en la oralidad del pueblo, y por semejanza gustaban a los niños, no se atrevió a publicar bajo su nombre el libro que lo haría famoso. Sin embargo, además de la placentera factura, por la que hubiera podido sentir satisfacción y no desdoro, más de uno de sus cuentos tenían larga historia literaria: eran fruto de académicos y poetas de la corte, como los de su inmediato antecesor, el napolitano Giambattista Basile, quien también los había recogido de una herencia anterior, popular o culta. Pero es con Rousseau que adquiere categoría esta veta amplísima de la literatura; aunque él escogiera para su *Emilio* sólo el *Robinson Crusoe*, los caminos de la naturaleza y la aventura, y sus encarnaciones populares, quedaron abiertos, a partir de entonces; por lo menos como reconocimiento de esa apetencia del alma, de esa necesidad primordial en la infancia, primera etapa de la formación del hombre. Los Grimm fueron sus sucesores, confesados o no. Con la paciencia y la organización científica del germano, su levadura romántica y su ingenuidad trascendentalista, los Grimm hicieron filología y teorizaron sobre el folklore y los cuentos para niños.

Las fuerzas espirituales desatadas por la Revolución Francesa tendían a hacer cada vez más admisible lo irracional. Entender al pueblo fué una concepción romántica, y entender al niño un derivado que penetraron las ciencias modernas, una vez que la experiencia hubo demostrado al hombre, ya más

sensible a esos aspectos, lo que la infancia quería, principalmente en punto a personajes y motivos, en punto a pasto de la imaginación. De todo ello surgía una manifiesta tendencia a los contrastes, un reflejo entre lo que se vive y lo que se sueña, entre la cultura y las creencias ingenuas, entre la disciplina del mundo adulto y la irrealidad. Esta forma poética se encarnó, mejor que en ningún otro, en Andersen en el siglo XIX; también en Lewis Carroll para los sensatos ingleses, quienes, en el *non sense* encuentran la relajación de sus razones; en Julio Verne, para cuando los niños ya van dejando de serlo y buscan la aventura de la tierra, de los paisajes y costumbres distintas, porque el adolescente está en la edad heroica que ama lo desconocido y la hermandad viril con los elementos y los seres.

Sólo España permanecía realista, seria, sin compromiso con el juego trascendental de los días. La vida y la muerte, como categorías fundamentales, no tenían para ella más intermedio que la locura, siempre trágica. El niño y el pueblo no son tan absolutos: se inclinan a una y otra realidad, cabalgan entre ambas y los salva su salud, que discrimina bien entre lo que es juego y lo que es serio, y a veces hilos de los dos orígenes, pero sin persistencia—lo que asegura su legitimidad lúdica—se entremezclan y se ciñen sin llegar nunca a ser perturbación o vicio. La poesía también cabalga sobre la tierra con esas alas leves.

Hasta Martí, que es de América, el niño no había aparecido en la literatura española sino como personaje episódico. El Lazarillo es un pícaro, niño-adulto, como lo son Rinconete y Cortadillo; su caracterización lo asemeja más al hombre, al tipo popular inculto que, para lograr los bienes materiales que un *status social* le niega, no trepida en usar de su inteligencia que él califica de astuta. Dickens, el inglés, al recoger los tipos de esa literatura truhanesca, se sirve de sus proezas pero les enfrenta un cristal convexo que, al pretender reflejar toda la realidad, aun en sus ángulos escondidos, la desfigura y se ve precisado a establecer una línea divisoria que envejece a sus personajes, del todo pícaros o santos, ladrones o ángeles de la parroquia.

Escritores hubo en Hispanoamérica que vieron en la infancia uno de sus objetos; pero eran pedagogos, es decir, conductores del niño al mundo del hombre. Otros fueron poetas, seguidores más o menos eficaces de uno de los tópicos que pre-

ludieron el romanticismo; también, acólitos tardíos de la literatura infantil francesa del siglo XVIII.

III. *Propósitos de La Edad de Oro*

MARTÍ en 1889 emprende con *La Edad de Oro* una tarea personal, como todas las suyas, y escribe para los niños desvinculándose a la vez de la árida enseñanza escolar y del sentimentalismo post-romántico y hogareño cuyos aburridos modelos cubrían el panorama. Los propósitos no son de una moral abstracta: escribe para que los niños de América sean mañana hombres originales, y aprendan a querer a la tierra en que viven, sin vivir "infecundamente en ella, como ciudadanos retóricos, o extranjeros desdeñosos nacidos por castigo en esta otra parte del mundo"; y todo ello lo cumplirá hablándoles de cosas propias, que han ocurrido en el Nuevo Mundo, y cuando se refiera a las ajenas o remotas, como los héroes de la Iliada, o la tierra de los anamitas, o la historia del juego en la humanidad, siempre la comparación oportuna les traerá la vista a casa, es decir, a su paisaje y su historia, a su circunstancia americana. Sin dejar de decirles la verdad, porque si no se les dice "ya les sale la vida equivocada", Martí empleará para dirigirse a ellos ese lenguaje elíptico, de grandes síntesis, que es el que encierra la savia popular desbastada de vulgaridades: la concreción poética, que es impacto emocional, limo depurado y vigente en lo humano, que es el pueblo. Dice, en su prefacio, este psicólogo —que no deja sospechar su sabiduría, pero se le ve atento a la labilidad infantil— que, a las niñas, "...les diremos cosas así, como para que las leyesen los colibríes si supiesen leer". Y establece el distingo de que sus palabras se dirigirán, en adelante, a unos y a otras, al varón y a la mujer en la infancia, que no es un cielo asexual. Pocos años más tarde descubrirá en sus cartas a una niña, la adolescente María Mantilla, el método interior, el propósito que lo guió al escribir este libro que no tiene igual en la literatura española ni en la hispanoamericana: "Yo quise escribir así. . . , para que los niños me entendiesen, y el lenguaje tuviera sentido y música"; y también: "...lo que dicen los chinos: que sólo es grande el hombre que nunca pierde su corazón de niño".

¿Qué infancia habrá, de cuál edad histórica, de qué país de América, que niegue su abrigo a esta palabra ofrecida como

un regalo, que no es de padre ni maestro sino de un hombre jugando en serio, que lucha y se hace tiempo en la batalla para hablar a los niños que están ausentes? Su narración histórica de *Los tres héroes* está realizada como un panel de grandes dimensiones; crítico, o, mejor aún, observador de pintura era José Martí. Por eso Bolívar, Hidalgo y San Martín, los personajes de su cuadro, se mueven allí plásticamente, como "padres de pueblos", y un vasto fondo americano de indios y cordilleras, elementos y seres en acción, en *guerra justa*, ofrecen el panorama sobre el cual culminan esos tres héroes que pelearon para hacer a los pueblos libres y padecieron por defender una verdad: "Los que pelean por la ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales". La palabra de combate moral, que en otro terreno más contemplativo pudiera parecer excesiva, en este libro para niños tiene el sabor dulce y fuerte de los clásicos, de un Homero que, para la infancia de los pueblos americanos, precisa el adjetivo para dar a conocer los nombres. El intermedio es su poema *Dos milagros*, que no puede ser explicado, pero cuya pureza rítmica e intencionalidad tampoco lo necesitan. Martí concibe su poesía infantil como un desprendimiento de la gran poesía; estas breves líneas podrían caber en su tomo de *Versos sencillos*, con igual título.

Hay un umbral en poesía que es todo penumbra para algunos y claridad para quienes lo traspasan; entre estos últimos podemos contar a pocos hombres y a casi todos los niños. Porque la infancia tiene poderes que la madurez le arrebató: una especial capacidad de entender lo que escapa a la lógica y al concepto, una irrupción desenfrenada de instintos que absorben la vida ofrecida en una imagen, en una metáfora, en una figura sobre la cual proyectan su propia, riquísima intimidad. Al niño sólo le es difícil saber qué cosa es el mundo intelectual del hombre, cómo funciona la realidad para el adulto—tan distinta de la suya—; qué significan estas abstracciones de la cultura en las que el padre y el maestro se complacen, vedadas para el niño. Sólo en la música, dominio intemporal del alma, hombre y niño son semejantes, prójimos que respiran una atmósfera gratuita.

IV. *La infancia: esencias*

POr eso es tan rara la verdadera literatura infantil; y tan desprestigiada, la corriente, entre los hombres que conservan de su propia experiencia el mal recuerdo de los productos falsos, y, por contrario sentido, el único sabor agradable de aquellos temas y personajes que ellos mismos descubrieron en libros que no fueron escritos para niños.

El desajuste entre el escritor y la infancia consiste, a veces, en que aquél quiere dar a su público sólo conceptos fijos, que pueden ser válidos en su cabeza y aun en su corazón, pero se empeña en minimizarlos, infantilizarlos, y para ello usa de un lenguaje híbrido, que no es el del adulto y tampoco consigue ser el del niño. Otras veces el escritor, atento a la función útil que, a su parecer, debe tener esta clase de libros, transmite nociones comunes de moral o retazos de una ciencia cuya entrada no franquea al lector sino en pequeñas vislumbres, dosis mínimas que ni siquiera le abren el apetito: lo confunden o alejan. También se da otro tipo: el del adulto que copia las formas inertes del pensamiento y del lenguaje infantil, aberración que sólo llega a entontecer a los productores; el niño se salva, porque el hastío lo vence y desprecia esas lecturas pueriles. Pero estos casos no son, no pueden ser la literatura para niños. Queda el ancho campo de los que acertaron sin saberlo, poetas y cuentistas que nunca se propusieron ser leídos por la infancia: satíricos y apasionados, como Daniel de Föe, escépticos como Jonathan Swift, o aquellos desventurados que si escribieron para niños, refugiándose en un mundo fantástico cuando la realidad les quebraba los nudillos, como Andersen, o almas puras como las del Pastor Dodgson (Lewis Carroll) o Selma Lagerlöff. . . En todo caso, los niños gustan de la alegría que rezuma del dolor de los hombres. Por algo Schiller estableció el deslinde estético entre la poesía ingenua y la sentimental, y buscó las raíces en lo más hondo, adonde sólo lo guiaba su fuerza casi paroxística y no obstante serena de poeta filósofo: en la infancia, en la naturaleza; en esos objetos naturales que "son los que nosotros fuimos; son los que *debemos volver a ser*". . . "Al mismo tiempo son, pues, representaciones de nuestra infancia perdida, hacia la cual conservamos el más entrañable cariño; por eso nos llenan de cierta melancolía. Son a la vez representaciones de nuestra suprema perfección en el

mundo ideal; por eso nos conmueven de sublime manera". Más adelante, y para precisar el sentido de sus palabras, Schiller aclara: "En el niño está representada la *disposición* y la *determinación*; en nosotros su *realización*, que se queda siempre infinitamente rezagada con respecto a aquéllas". Lo que en él nos conmueve "no es de ningún modo la representación de su debilidad y de sus límites, sino, muy por el contrario, la de su pura y libre fuerza, su integridad, su infinitud".

Esa idea moral de la infancia, y su comunidad de principios con la naturaleza, preside la obra de Martí en *La Edad de Oro*. Sus lecturas alemanas acaso le habrán alcanzado a Schiller, acaso no. Coincidir en la penetración es circunstancia que suele darse en contados espíritus. Para Martí la infancia es una idea que subtrae del plano contemplativo, le fortalece los miembros y la echa a andar. Para eso él era un activo del pensamiento, un filósofo militante, como Sócrates, capaz de morir por sostener ese acuerdo consigo mismo que consiste en no desdecirse, viviendo de lo que considera justo, bello y bueno. Por eso *La Edad de Oro* es algo más que sólo un libro para niños, y el poeta Gutiérrez Nájera bien pudo decir, fresca aún la tinta de los escritos del cubano, con lo que se le alcanzaba de la obra total: "... Martí, en cuyo estilo mágico nos solemos perder de cuando en cuando como Reynaldo en el jardín de Armida, como el viajante intrépido en una selva virgen, Martí, para escribir *La Edad de Oro*, ha dejado de ser río y se ha hecho lago, terso, transparente, límpido. Lo diré en una frase: se ha hecho niño. . . , un niño que sabe lo que saben los sabios, pero que habla como los niños. No es Hércules hilando a los pies de Onfalia: es Hércules jugando con la Reina Mab".

Pero Martí persigue otra cosa que un juego poético: la Reina Mab, deja entre las manos hebras emotivas de su túnica, que es mucho, pero no lo bastante. La poesía suele cambiarse a veces por el pan, y Martí quiere que la trayectoria de esa flecha disparada por el espíritu no se interrumpa con tan pobre materia: que la emoción se haga sentimiento, el sentimiento se ampare en las ideas, y éstas se sostengan y no se vendan sino al precio de la vida. En suma: "yo me llamo conciencia", como dijo él mismo.

V. *El apologista de la virtud*

Por eso hay algo inextinguiblemente vivo en la obra de Martí. Otros escritores pueden dejar una huella tan profunda en la memoria de los hombres, la historia literaria los venerará con parecidos o acaso más grandes títulos; y, aunque él fué el primero en su época, en variados órdenes, muchos han habido y los habrá, poetas y prosistas, que renueven como él, con igual empuje, en el lenguaje y en la marcha del pensamiento. Pero lo que sobrecoge en Martí es que a cada palabra de las suyas uno las ve con el respaldo del acto; no es sólo el pensamiento, entrelazado con la emoción y el lenguaje: es el hombre que vive en la letra, la voz escrita que despide la vibración de un alma.

Las páginas de *La Edad de Oro* no deben ser leídas sólo por los niños, a quienes fué dirigida, sino también por los escritores. Para información y deleite es suficiente materia, pero lo es más para ejercicio de cómo deben ser contadas las cosas si se quiere poseer un estilo conductor, que va de un espíritu a los numerosos que lo escuchan, disímiles, como son los de la infancia, a veces dispersos; unos, como colibríes que insisten en el aire, sin posarse en nada; otros, distraídos; los de más allá, curiosos. A todos procura hablarles este hombre de *La Edad de Oro*, que se vuelve un cautivador y ensaya diferentes registros. Pero la suya no es barraca de truchimán, donde todo sale, lo bueno y lo malo, para el que pasea sus ocios; hay una verdad única que cabe en numerosas páginas: la enseñanza de ser cada vez mejores hombres, y más semejantes a los niños, a quienes la utilidad y la cobardía aún no les ha aumentado la edad.

Martí pone en su lugar la idea justa, que suele andar descariada en la acepción vulgar de los vocablos. Así, en su cuento *Meñique*, adaptado de Laboulaye, emplea la gracia del contador de cuentos, que se divierte junto a sus oyentes, pintando al pequeño Juan, "homicaco", "picolín", "macacuelo", pero no deja de subrayar la intención, envuelta en la fábula alegre: la buena fortuna que acompaña al que es inteligente, sabio en la vida, y se mantiene "sereno como una rosa" ante el Rey ineficaz y el gigante de los bosques—tan pobres de entendimiento—, porque "sólo es bueno el hombre de ingenio". La fábula de Emerson, que enhebra a continuación, parece una moraleja del cuento del *sabichoso*: la ardilla conoce su oficio

tan bien como la montaña; equiparación de funciones que sólo concibe el prudente, el que apacigua las querellas irreflexivas. El cuento de la cólera de Aquiles, así, familiarmente definido, es nada menos que la narración de la *Iliada*. Los dioses, los héroes y sus acciones, ese Olimpo tan parecido a la tierra griega, Martí lo pone en manos infantiles, junto con noticias sobre las mejores traducciones del poema y la discusión sobre la personalidad de Homero; informaciones todas que pierden su adustez erudita al ser dichas al pasar, como quien conversa con amigos, sin abrumarlos con inoportunas referencias, y, lo que es más de notar, hablándoles como a quienes están ya en el secreto de las cosas. . . "Hay una cortesía del corazón —decía Goethe—; está emparentada con el amor". De esa deferencia aparece impregnada la palabra de Martí, que nunca humilla; es, acaso, el secreto de su estilo cuando se dirige a los niños; de su poderosa atracción oratoria, cuando hablaba a la emigración cubana, los trabajadores de Tampa y Cayo Hueso, los negros humildes de la escuela nocturna en Nueva York.

Véase cómo en esa breve sociología del juego, que es la página siguiente, comienza con una nota del momento, como para informar a sus lectores de la última novedad, para decirles en seguida que lo que anuncia no es juego nuevo, que ya se ha jugado en otras tierras y otros tiempos; que a la humanidad le ha sido siempre necesario ese descanso de sus fatigas, esos recreos en el crecimiento de la razón, que pone serios a los hombres. "Es que en la vida no se puede hacer todo lo que se quiere, y lo que se va quedando sin hacer sale así de tiempo en tiempo, como una locura". . . *Los pueblos, lo mismo que los niños*, dice. En esta historia del juego, como en la del hombre contada por sus casas y en *Las ruinas indias*, Martí no olvida nunca su propósito, que es el de hacer que la infancia de América sepa de la tierra en que vive, la defienda y la ame. Pero es sobre todo en su semblanza del Padre Las Casas, el amigo y defensor de los indios, el clérigo que abogaba por ellos con la sola espada de la verdad escrita, el que poseyó hasta el arrepentimiento de su propia bondad —el consejo a la Corona de España de importar negros, para librar de la esclavitud a los indios—, donde aparece, en *La Edad de Oro*, el inspirador de causas justas, el socrático apologista de la virtud, el que ordena, como un mandato, luchar sin cansancio ni miedo a la soledad. No temamos sus palabras, que abren los ojos a los niños: "Los

que más lo respetaban —al Padre Las Casas—, por bravo, por justo, por astuto, por elocuente, no lo querían decir, no lo decían donde no los oyeran; porque los hombres suelen admirar al virtuoso mientras no los avergüenza con su virtud o les estorba las ganancias; pero en cuanto se les pone en su camino, bajan los ojos al verlo pasar, o dicen maldades de él, o dejan que otros las digan, o lo saludan a medio sombrero, y le van clavando la puñalada en la sombra". Martí conoce la silueta que se refleja en la pared, y en su tobillo de hombre se aviva la herida del presidiario adolescente: "El hombre virtuoso debe ser fuerte de ánimo, y no tenerle miedo a la soledad, ni esperar a que los demás le ayuden, porque estará siempre solo; pero con la alegría de obrar bien, que se parece al cielo de la mañana en la claridad". El no tiene miedo a *los elocuentes que hablan contra su corazón*, como decía Las Casas del famoso Sepúlveda, y por eso emprende esta tarea de escribir para la infancia americana, no como quien se divierte de más graves pensamientos, sino amparándose en su idea total: el libro para niños en su mismo pie con la prédica a la emigración cubana, el artículo o la nota periodística de *Patria* igual que las correspondencias a *La Nación* de Buenos Aires o a *La Opinión Nacional* de Caracas, los "endecasílabos hirsutos" de sus *Versos Libres*, parejos, en el espíritu sibilino y en la efusión, a esos transparentes *Versos Sencillos* de la vigilia desterrada. La unidad de Martí no se desdice nunca, ni en su trayectoria ni en su obra. Pero es que acaso pocas veces se da el hombre que vive, piensa, quiere, habla y ejecuta como él lo hace: la palabra es, en él, imagen exacta de la acción.

VI. *La comunión con los orígenes*

No podía ser lacónico este hombre de una América gigantesca, ni enfriarle el norte ese humor vital que le derramaba su trópico en las venas, ni escribir en estilo épico este poeta, que amaba a los hombres y su escenario americano, pero sentía, a la vez, la necesidad de inflamar, convencer y luchar en una tierra sobrecargada de intereses, y de un lenguaje que esos mismos intereses acarrearán. Martí vivió en lo más difícil de una pelea desigual: cuando era necesario desprenderse del dominio último, y de las avezadas razones que hincan su mano, por complicidad o tolerancia, en una patria codiciada. Por eso esgrime

el concepto de América, como continente autónomo en la mayoría de su edad y destinos, y son las naciones americanas las que encuentran en él su vocero, en todo cuanto escribe. En *La Edad de Oro* su artículo sobre la exposición de París, meta mundana del momento, no lleva otro propósito que el de narrar, con los ojos del hombre que se apoderan de la visión del niño —por lo menos en la curiosidad y el entusiasmo— el panorama de los pabellones de América, que allí se exhibe como más bella y joven en el concierto de los pueblos del mundo. Le concede valor a esa página, y vuelve a ella en las finales.

Pero es que todo tiene sentido en *La Edad de Oro*: los cuentos adaptados se impregnan del espíritu del que los cuenta, ya que Martí no traduce, sino que trasvasa el vino viejo en odres nuevos, reelabora la materia que ya andaba en otras lenguas y otros pueblos, *fija* los personajes conceptuales —que en ellos consiste el nódulo de la acción ficticia—, y el esquema artístico entregado, en el que se encarna la fábula popular, él lo desarrolla, pero no sólo como ampliación sino como *fuga* sobre el mismo tema, con un *tempo* peculiar de elocución y penetración en las intenciones y el pensamiento. Tanto *El Camarón Encantado*, como *Los dos ruseñores* y el *Meñique*, revelan una elección en Martí: sin duda en la inmensa gavilla de la imaginaria popular él escogió primero aquella figura, o símbolo tiernamente accesible, del menor de los hermanos, del que es tenido en poco, pero cuyo ingenio sobrepasa al de los grandes en la tierra; en Massicas, la mujer de Loppi, vió el castigo de la ambición y el escarnio del hombre sin carácter, "porque cuando la gente no es buena, la pobreza los pone de mal humor"; y en el cuento de Andersen, el más poético de los que señalara, el ruseñor sencillo, que no se deja ganar por el lujo ni acepta las etiquetas de la Corte, es el que salva al Emperador, en mérito de sus lágrimas cuando por vez primera oyó cantar los arpegios que surgían de una garganta libre. Estos tres cuentos, cuya moraleja anti-práctica hemos deducido —tan felizmente oculta entre los pliegues de la ficción— constituyen, no los pasos de un método, pero sí las ideas esenciales de esta unidad docente que fué Martí, no sólo para los niños sino para los hombres de América: la inteligencia, la sencillez, la honrada comunión con sus orígenes. Es decir, el hombre que no tiene vergüenza de llamarse anónimo, siempre que ese anónimo signifique ser libre y responsable de sus actos, y contestar ante todos,

sin miedo, con la conciencia de la verdad, no de la que cada uno cree, sino de la que subyace, a despecho de las palabras levantadas por los hombres, a despecho del fraude, y que, se lo reconozca o no, es ella sola la médula espinal de la humanidad. Porque, podemos entendernos o alejarnos con las palabras, pero oculta o evidente la verdad se abre paso en el espíritu del hombre. Y si así no lo fuera, este planeta, cuyos árboles nos ofrecen tanta carroña, hace ya tiempo que habría caducado.

Lo cierto es que, de la inmensa marea, algunas olas altas nos traen el reflejo y el sonido de lo eterno. Una de ellas es esa esencia, que descubre el espíritu del contemplativo, del filósofo que, como Schiller, desentraña el concepto de identidad entre la infancia y la naturaleza: aquella *physis* de que hablaban los antiguos. Renovación perpetua, juventud de la estirpe, siempre una y la misma, fidelidad de forma y contenido al origen que se sobrepasa y trasciende. Esa visión serena, a la que se vuelve el que contempla las cosas en conjunto, ha hecho muchas veces al hombre designar ciertas etapas de su historia o de su vida individual con el nombre de *edad de oro*. Es que del espíritu es hija la reflexión, que es, a su vez, apartamiento del objeto para que pueda ser contemplado: como el hombre, que tiene en sus manos el fruto, desprendido de él, que sólo el espíritu bautiza. Esa *edad de oro* es aquí la infancia, y, para decirlo con Schiller, *su libre y pura fuerza, su integridad, su infinitud*.

VII. *La ternura, tónica de Martí*

MARTÍ no anduvo lejos de esos estratos filosóficos cuando concibió y escribió su libro impar; tan circunstancialmente ameno, tan a primera vista fácil tarea de conversar con los niños; tan difícil, para los hombres, de ubicar en la vida masculina de un libertador de América. Es que, en este caso, el que liberaba no quería descuidar los andamios, y como tenía sólo su palabra, a más de su vida, por espada, se dió en él la conjunción de un héroe del espíritu más minucioso que el del vigor físico. La minucia en *La Edad de Oro* es la ternura; aspecto de poeta, podrán decir y sonreír acaso. Pero los clásicos lo desdeñaban, y los románticos eran sensuales, usándolo sólo para la mujer. Martí no obedece más que a sí mismo, a su espíritu que le manda ser igual en lo que vive, siente y escribe. Sus tres cuentos originales de este libro —*Bebé y el señor don Pomposo, Nené*

traviesa y *La muñeca negra*— patentizan en América uno de los primeros pasos de transición de lo romántico al modernismo, aquel que heredaba de Víctor Hugo al niño en *Le Jardin des Plantes*, Ariel frente a Calibán, Juana y Jorge sin el claroscuro leonino: una infancia contemplada por Martí en los recreos de su cabeza batalladora, con la ingenuidad y la travesura que solazaban al héroe, cuando, en su entrevista con Andrómaca, se desprende del yelmo con crines de caballo para no asustar a Astianaxes.

En *Los zapaticos de rosa*, poema de los más difundidos, hasta la dedicatoria tiene una filiación precisa: "A mademoiselle Marie", es decir, a María Mantilla, su *niña*, la de Carmen Miyares en Nueva York. Se lo adivina pensando en ella, hablándole en toda *La Edad de Oro*. En una carta posterior, fechada en Cabo Haitiano el 9 de abril de 1895 —recientemente dada a conocer por Félix Lizaso, quien la llama "el testamento del corazón de Martí"— se ve cómo le pide que vuelva una y otra vez a la lectura de este libro clave, lo tenga por compañero de su pensamiento y de la tarea que le encarga: la enseñanza, que es comunión con sus semejantes, las niñas de poco más o menos su edad. En el juego de la redondilla octosilábica, de este poema con envío, se entrelaza una historieta, imantada en una niña real: Pilar (o, acaso, María), que fué a la playa con su sombrero nuevo y sus zapatos de rosa, y los regaló a la pobrecilla, porque sí, como lo hacen los niños, porque estaba descalza.

Historieta, hemos dicho, pero nada más alejado de la ilación lógica del cuento, nada más cabalmente poético que esta composición cuya rima parece cazar al vuelo las interferencias: el encargo del padre de buscarle arena fina, porque hay sol y Pilar quiere lucirse. Madre e hija,

"Fueron las dos al jardín
por la calle del laurel . . .".

Y en ese: "Vienen a verlas pasar . . .", hay una proyección paterna del sentimiento que se encarna en todas las cosas y los seres, la concurrencia de humanidad y paisaje suspenda de un objeto: mujer y niña, alrededor del cual se abocetan las figuras del aya francesa, el militar, otra niña enterrando a su muñeca, las señoras y los señores, como en una vieja postal de playa, conversando bajo las sombrillas; y el mar, entristecido con tanta sociedad elegante.

"Y cuando el sol se ponía
detrás de un monte dorado,
un sombrerito callado
por las arenas venía".

Es Pilar, ya sin zapatos. Preguntas y respuestas se suceden como en una viñeta donde todo es plástico: dibujo, color y relieve; y hasta la conversación recortada, como en un recuadro sobre los personajes. El tema original martiano, que es el de la ternura, aparece aquí en su momento más depurado y rico: la poesía-juego, la imagen lábil de la infancia sorprendida desde una ventana de la realidad, y este hombre que voluntariamente emplea las palabras más familiares, acaso las más intrascendentes, logra describir con ellas una de sus propias circunstancias, la más amada. Liviana como la espuma, esta poesía infantil —a la que podrían equipararse sólo algunas rondas de *L'art d'être Grand Père*, y únicamente en la destreza con que maneja los materiales ingenuos— participa de una inquieta transferencia de intenciones, distintiva del alma del niño, y, a la vez, de la construcción del cuento de maravillas:

"Y pasó el tiempo, y pasó
un águila por el mar..."

.....
"Y dice una mariposa
que vió desde su rosal
guardados en un cristal
los zapatos de rosa".

VIII. *La letra, levadura de espíritu*

QUEDA por comentar *La última página*; esas cuatro parejas confesiones de propósitos, cumplidos o por cumplir, con que Martí cierra cada uno de los capítulos de *La Edad de Oro*. Las llama el cuarto de confianza donde le es posible conversar con los niños, responder a sus preguntas, resumir, a modo de despedida, la idea que le interesa dejar, como germen de lo ya escrito, en el alma de sus lectores. Así es la primera de estas *últimas páginas*, en la que el párrafo largo, como conversación de sobremesa, enlaza a uno y otro de los personajes tratados. Los niños serán mañana "hábiles como Meñique —dice—, y valientes como Bolívar; poetas como Homero ya no podrán ser, porque

estos tiempos no son como los de antes, y los aedas de ahora no han de cantar guerras bárbaras de pueblo con pueblo para ver cuál puede más, ni peleas de hombre con hombre para ver quién es más fuerte". El concepto de la poesía que quiere inculcar para mañana, insiste, sobre todo, en la función moral del canto: amar la vida y la tierra en que se vive, "castigar con la poesía, como con un látigo, a los que quieran quitar a los hombres su libertad, o roben con leyes pícaras el dinero de los pueblos, o quieran que los hombres de su país les obedezcan como ovejas y les laman la mano como perros". Desprecia a los poetas que escriben para comunicar al mundo sus propias, minúsculas alegrías o tristezas. Acaso, destinada a otros lectores, cabría desarrollar esta síntesis de teoría poética; pero aquí, en *La Edad de Oro*, está bien su utilitarismo moral: la literatura para niños es sólo grano que se hinchará más tarde, que laudará los espíritus; por eso, es no sólo bueno, sino imprescindible que se les deposite ese dogma fermental: "... que la Naturaleza es hermosa, que la vida es un deber, que la muerte no es fea, que nadie debe estar triste ni acobardarse mientras haya libros en las librerías, y luz en el cielo, y amigos y madres".

La segunda y la tercera *últimas páginas* son breves y tier-nas, con la disculpa de que no pudo caber en el capítulo, o en el número de la revista, todo lo que se había prometido. Martí aquí se *reniña*, como a Unamuno le gustaba decir de los hombres y los pueblos potentes, para hacer mofa de sus propias intenciones, para unirse al coro de los niños—un poco para escandalizarlos—, adelantándose a sus quejas sobre la página incumplida; y al hablar de un artículo que anunció y no ha cabido, dice que le está bien empleado, porque "las cosas buenas se deben hacer sin llamar al universo para que lo vea a uno pasar". La *última página* verdadera que cierra *La Edad de Oro* es la del número de octubre. Ya sospechaba Martí que no había de salir más su revista. Con el más íntimo sabor epistolar, transparente en el párrafo apretado—en el que se amontonan los temas y se entrelazan las voces de cariño, más que de consejo—la preocupación de no entristecer con el adiós definitivo, y al mismo tiempo anunciar, como en un sueño involuntario, la posible despedida final. Hay mucho que decir y el tiempo falta: "pero en la imprenta dicen que el corazón cabe siempre, y el mundo no". Por eso, lo que no se ve, por más que digan en

contrario, existe, como la luz, y el pensamiento, y el amor. No ha cabido en el libro, no se ve todo lo que quiso decir el hombre de *La Edad de Oro*. El es, como el río Nilo, un padre cargado de hijos, que son sus pueblos. Para hablar a la infancia de América escribió estas páginas, él, el combatiente leal, el libertador, el héroe, que siente ya su destino que le manda abandonar a Astianaxes y despedirse de la mujer, porque debe dejar la pluma e ir "a vivir en lo natural, y a conocer la selva".

IX. *Monólogo a la naturaleza del hombre americano*

“**L**os que esperaban, con la excusable malignidad del hombre—dice en su carta del 3 de agosto de 1889 a Manuel A. Mercado— verme por esta tentativa infantil, por debajo de lo que se creían obligados a ver en mí, han venido a decirme, con su sorpresa más que con sus palabras, que se puede publicar un periódico de niños sin caer de la majestad a que ha de procurar alzarse todo hombre”. Es que escribir para niños no es tarea ancilar, que deba desdeñarse por menuda o ponerse en manos de aquellos a quienes sólo se les reservan los destinos oscuros. El mejor maestro es el que sabe su oficio de hombre; es decir, el que instruye, sin que se sepa que quiere hacerlo, por el camino de la emoción alegre o tierna. La enseñanza penetra jugando en el alma de los niños; ellos indican el método, pues nada aprenden mejor que lo que descubren con sus tanteos, equivocaciones y aciertos del ancho mundo al que siempre llegan, como Robinson e insertarse en un paisaje ancestral. El niño repite la hazaña, con sus sentidos vírgenes; y el adulto que le habla, llámese padre, maestro o amigo escritor, debiera acomodar su paso al de la naturaleza, que lo rodea sin ceñirlo, hostigándole con su secreto para obligarle a que la mire con atención. Mil motivos lo circundan, adoctrinan y recrean; cuento fantástico, mejor que todos los inventados, es lo real; la cultura inacabable, mundo del hombre que espera a la infancia, a su infinita posibilidad.

Martí pretende afinar el espíritu de *la edad de oro* americana, y le ofrece en su libro una naturaleza rica como la de su trópico, alta y variada como la de su geografía plena, igualitaria y democrática como la de sus esteros y sabanas, como la de sus inmensas pampas. Quiere que no eche en olvido al indio, para que sienta orgullo de su sangre mestiza por la que le vie-

nen virtudes de estoicismo y de belleza que no espera premio; que tenga al negro por hermano y lo prefiera entre todos —“porque no te quieren”, como dice a la muñeca negra una niña de sus cuentos—; y que al europeo, al español, al extranjero, lo mire como igual, siempre que sea digno, ya que no hay razas distintas, sino hombres, que se diferencian por lo que son en sus almas y no por el color de su piel.

Pretende muchos otros objetivos morales José Martí; pero su pretensión es doctrina que se siembra, y a veces cae en terreno fértil y otras no, y es preciso esperar a que dé fruto. La libertad es uno de ellos, tal como él la concibe: “el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía”. Veamos cómo lo desarrolla: “Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado. Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el gobierno sea bueno, no es un hombre honrado. Un hombre que se conforma con obedecer a leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació, los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado”. “El niño que no piensa en lo que sucede a su alrededor, y se contenta con vivir, sin saber si vive honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un bribón, y está en camino de ser bribón”. Lo que quiere despertar es la conciencia, y abolir la insensatez. Para ello concibe, como principal empuje, el que es móvil del hombre: el sentimiento. Quiere, por la emoción, picar el alma; que el niño, y el hombre tras él, piensen en lo que sientan, y lo que sientan lo miren a la luz de las ideas, y obren de acuerdo sólo con ese examen. Camino más fácil, pero que al fin, enseña una ruta natural, es el de la bestia, el del elefante “que no quiere tener hijos cuando vive preso”, el de la llama del Perú, que se “echa en la tierra y se muere, cuando el indio le habla con rudeza, o le pone más carga de la que puede soportar”.

Schiller dice que nuestra *cultura*, esta cultura por la que nos consideramos tan lejos de nuestro origen, “debe volvernos, por el camino de la razón y de la libertad, a la naturaleza”. Martí habla, en *La Edad de Oro*, a lo que está más cerca de la naturaleza o esencia del hombre: el niño. No desciende hasta su objeto: lo alza y lo contempla. Su mérito no es comunicarse sencillamente con él, en un lenguaje común, a propósito para que lo alcance el nivel de todos, sino depurar, por medio de su palabra activa, los conceptos que andan demasiado abstractos,

casi huecos, en el verbo hispanoamericano, y hacer accesibles los valores más eternos.

Con esta empresa a la que se consagra, mientras le llegue "la hora de morir en otra mayor", intenta construir esa *trinchera de ideas*, que subsistirá en el hombre americano una vez que se haya desvanecido el humo de los juegos de la infancia. Para ello cuenta con su palabra, que es su espada, el arma de la libertad; y con su pecho, limpio de escudos, para que lo sigan por sincero, antes que lo admiren por hábil o lo glorifiquen por fuerte. Heredero de la antigua virtud, que ennoblece a los hombres, su título mejor es el de amigo y padre de pueblos en el Nuevo Mundo. *La Edad de Oro* es un monólogo a los hijos: una voz que no debe clamar en el desierto.

CAMINO Y ESPERANZA DEL CINEMA

Por Félix MONTIEL

-¿QUÉ es el cine?—pregunta uno en la tertulia.

Y otros responden:

—Fotografías en movimiento.

—La idea es muy incompleta; el cine es algo más.

—Imágenes de la naturaleza.

—Algo más todavía.

—Mucho menos a veces.

—Escenarios cambiantes, dinamismo que el teatro no puede alcanzar.

—Dejemos las comparaciones.

—El cine es el arte que recoge la realidad con más fuerza de expresión.

—Pero el cine, ¿es un arte?

—Naturalmente.

—No; el cine es una industria.

—Si me dejáis terciar, diré que es una industria artística.

—O un arte industrializado.

—Tampoco. El cine es un simple negocio. Cada producción cinematográfica es en primer lugar una empresa, un "affaire". Se calcula su rentabilidad, se hacen números, se piensa en el mercado, se estudian sus posibilidades de exportación. Si la operación no es rentable, la obra no se realiza. El ojo del negociante manda más que la inspiración del artista. Cada película es ante todo una mercancía.

—Los autores, entonces, no son libres.

—Los realizadores, tampoco.

—Ni los decoradores.

—Ni los músicos.

—Ni los actores.

—Pero eso no es exclusivo del cine. Los pintores piensan en quiénes pueden comprar sus cuadros. Los novelistas tropiezan con las exigencias del editor.

—Ciertamente. Pero en el cine el problema es mucho más grave, más voluminoso, más brutal, si me permiten ustedes la palabra. El interés de la empresa ahoga la libertad de creación en circunstancias que no tienen paralelo en las demás ramas del arte.

—No lo entiendo así.

—Yo tampoco.

—Pues es muy sencillo.

Podría continuarse este diálogo. Podrían reproducirse diálogos parecidos que con frecuencia surgen en el círculo, en el café, en el aula, en el paseo. Es un tema amplio, lleno de interés, complicado, apasionante.

El cine y su historia

NO todo el mundo sabe que el cine —a pesar de su juventud, pero en razón de su crecimiento prodigioso— cuenta ya con una historiografía considerable. Se han publicado o han comenzado a publicarse verdaderas enciclopedias, historias completas en las que al juicio crítico más perspicaz se añade la anotación escrupulosa del dato exacto, de los hechos que van marcando el camino espléndido, y también su servidumbre, la biografía extraordinaria del cinema.

Sólo en Francia han aparecido ya unos cuantos libros magistrales. De René Jeanne y Charles Ford se ha publicado el primer tomo de una extensa obra que comprenderá cuatro volúmenes: *la Historia enciclopédica del cine*. Este primer tomo trata del cine mudo en Francia. El segundo será un análisis del cine mudo en los demás países, excepto Norteamérica, cuya producción (muda y hablada) será objeto del tomo tercero. El cuarto, en fin, tratará del cine hablado en el resto del mundo.

Fruto de un *trabajo de benedictino*, como asegura un comentarista, se han publicado los dos primeros volúmenes de la *Historia general del cine*, cuyo autor es el maestro de la crítica cinematográfica francesa, Georges Sadoul. Se circunscribe el primero de dichos volúmenes a la *Invención del cinematógrafo (1832-1896)*; el segundo a los *Pioneros del cinema (1897-1909)*; el tercer tomo cubrirá el período 1908-1918 durante el cual *El cine se transforma en un arte*; el cuarto llevará como

título *El arte mudo*, y, en fin, el quinto será consagrado a los primeros años del cine "sonoro", o sea, al período 1929-1940.

Limitando su objeto a los "doscientos veinte films" realizados durante la ocupación alemana, M. Roger Régent ha escrito una interesantísima evocación crítica de esas películas, titulada *Cinema de Francia*.

Destaca por su valor práctico la obra de Henri Colpi, *El cine y sus hombres*. Es un índice, pero más todavía un auténtico fichero del arte cinematográfico, arreglado con interesantes ordenaciones y clasificaciones, nutrido de referencias, de detalles, de enseñanzas utilísimas.

Mercel Lapeire, que había publicado ya una *Antología del Cine*, recogiendo lo que han dicho los otros, dió a la luz pública hace un par de años una gran obra de más de setecientas páginas, cuyo título es *Las cien caras del cinema*.

En fin, Lo Duca es autor de una *Historia del cine* y de un libro, también histórico, sobre *El dibujo animado*; Pierre Artis ha escrito una *Historia del cine americano*; André Lang ha hecho en *Tableau Blanc* un estudio del cine como agente de educación pedagógica, moral y social.

En esas obras, cada autor a su manera, con arreglos a su erudición, a su temperamento y a sus preferencias, nos cuenta la historia del cine, una historia viva, palpitante, a veces sombría, dominada por oscuros intereses, pero en todo caso llena de calor, de sangre que hierve, de ensayos audaces, de experiencias alentadoras.

La censura de películas

Los periódicos de París comentaron en su día a grandes gritos el incidente de la suspensión gubernativa de un film histórico sobre la revolución de 1848. Su título debía ser "Primavera de la Libertad". Los comentarios planteaban en términos generales la cuestión de la censura de películas.

Antes de la guerra fueron suspendidas o prohibidas en Francia algunas obras maestras del cinematógrafo, por motivos o pretextos completamente ridículos casi siempre. En otros casos, a los productores de films se les obligó a mutilar sus obras o a introducir en ellas determinadas arreglos.

En 1945, los representantes de la profesión —escenaristas, realizadores, productores, espectadores, empresarios, etc.— en-

traron a formar parte de los consejos de censura, en condiciones de paridad con los funcionarios del gobierno. Estos suelen ser ahora inteligentes y comprensivos. A pesar de todo, las tijeras de doña Anastasia dan lugar de vez en cuando a protestas ruidosas y a comentarios indignados. El tema de la censura no ha dejado nunca de ser una punzante inquietud en las notas de los comentaristas y cronistas de cine.

El autor de "Primavera de la Libertad" reaccionó publicando—en un volumen cuidadoso y atractivo— el diálogo y los "escenarios" del film suspendido. El volumen lo encabezan las líneas siguientes: "La libertad de los autores de films se ejerce en condiciones muy particulares. La elección del tema, y la elección de los medios de llevar a la película el argumento propuesto, no depende de ellos en ningún sentido. No se tiene casi nunca la inspiración, se recibe simplemente el "encargo" de un film. Las razones que impulsan a un productor a montar un film, y la amplitud de los medios que él pone a la disposición del realizador, no responden a preocupaciones estéticas o ideológicas; son el resultado de un conjunto de ideas inciertas y empíricas sobre la *rentabilidad* del tema. En realidad, en el seno de nuestro sistema económico, la producción de películas obedece rigurosamente a las mismas reglas que presiden la producción, la difusión y el consumo de los géneros industriales que se elaboran para obtener una ganancia. La película es una mercancía, sometida a las leyes ordinarias que rigen la fabricación y la venta de mercancías".

Puede verse, pues, que el asunto no se reduce a la censura: es mucho más hondo, y va mucho más lejos. El tema de la censura, no obstante, merece retenerse por la importancia que tiene en sí mismo. La censura existe en muchos países para los libros, la prensa, el teatro. Pero el temor a la enorme influencia que el cinema ejerce sobre amplias masas de ciudadanos impulsa a los poderes públicos a vigilar las manifestaciones de este arte con insistente predilección. Y así sucede que en naciones donde las otras censuras están abolidas o en desuso se mantiene con rigor muchas veces brutal la censura del cine.

El *Motion Pictural Herald*, órgano oficioso de Hollywood, nos dió hace tiempo una opinión que puede servir de muestra, a propósito del diálogo de "Hamlet", film de Laurence Olivier: "La decencia americana—decía el periódico— no puede

aceptar como una diversión pública los discursos corrompidos de los *isabelinos*. . . Si las réplicas de Hamlet fueran puestas, bajo una forma moderna, en la boca de un actor que vistiera a la manera actual, habría que meter en la cárcel al autor”.

La censura de Hollywood ha realizado ya en su corta vida hazañas monumentales. Su fama ha traspasado a justo título las fronteras más distantes. He ahí para qué quieren esos censores analfabetos los siniestros poderes de que disponen. Para meter en la cárcel —si pudieran— al mismísimo Shakespeare. Pues son de Shakespeare, y perdonen ustedes la aclaración, los diálogos de “Hamlet” los discursos a que alude en su delicado y sutil comentario el *Motion Pictural Herald*.

Muchos que no defienden la censura permanente justifican, en cambio, el derecho a prohibir o suspender, por razones de oportunidad o de circunstancias, un libro, una pieza de teatro o una película. El ejercicio de tales medidas ha dado lugar a resultados pintorescos, y también enojosos, en todo el mundo. Se conoce el caso de un Ministro de Marina (francés) que hizo suprimir en una película el personaje de un simio porque lo presentaban tocado con una boina blanca y azul como las que usan los marinos.

Esto me recuerda los tiempos del general Primo de Rivera en España, cuando toda caricatura o dibujo en que apareciera un personaje en estado de embriaguez se tomaba en seguida por los censores como una alusión al dictador.

Los films de la Resistencia

A raíz de la victoria aliada, los films de la Resistencia pusieron de relieve el esplendor extraordinario que puede alcanzar, aplicado a justos fines, el arte cinematográfico.

El “Festival Internacional del Film” celebrado en Francia en 1946 subrayó el espíritu antifascista, avanzado, combativo, de gran número de las películas presentadas. Muchas naciones enviaron en primer lugar films que reflejaban la lucha de los pueblos respectivos en defensa de la libertad. Francia presentó “La Bataille du Rail”; Dinamarca, “La tierra será roja”; Italia, “Roma, ciudad abierta”; Checoslovaquia, “Hombres sin alas”; la Unión Soviética, “Zoia”.

Esas películas, todas ellas sobre la Resistencia, fueron juzgadas como las mejores producciones del país que la presentó.

Es interesante indicar que los realizadores de esos films tenían todos la misma concepción del arte cinematográfico: dar en la pantalla la impresión de la realidad. Y esa concepción la plasmaron plenamente.

Sorprendió el esfuerzo de pequeños países, cuya producción cinematográfica había sido hasta entonces muy modesta o casi nula, y que, apenas liberados, eran capaces de impulsar su industria del cine hasta lograr resultados magníficos, que no igualaron en aquel certamen los grandes países productores de films.

La sorpresa más extraordinaria fué quizás entonces la del cine italiano. El fascismo había realizado hacia 1932 un plan gigantesco que desembocó en la construcción del famoso centro cinematográfico "Cinecittá", ciudad del cine. A pesar de todo ese despliegue de recursos técnicos, el fascismo no produjo ninguna obra cinematográfica de auténtico valor. "Cinecittá" fué destruída durante la guerra; los estudios e instalaciones del resto de Italia desaparecieron casi enteramente. Era, pues, más de sorprender, por eso mismo, que el cine italiano hubiera podido alcanzar, en un período tan corto, calidades tan altas. Roberto Rossellini, sin registro de sonido directo y rodando en los decorados naturales, filmó "Roma, città aperta", gran obra del cine moderno, ejemplo de esfuerzo inteligente y de voluntad inagotable al servicio de la causa humana de la libertad y del arte verdadero y sin trampa.

"En algún lugar de Europa"

Los films de la Resistencia, que tuvieron quizás en ese momento su hora de mayor esplendor, ocuparon durante años un puesto de primer rango en la producción cinematográfica europea. Polonia dió esa película extraordinaria, "La última etapa", drama vivo, casi un documento, donde sangra la pura realidad del martirio de miles de mujeres en el campo nazi de Auschwitz. Francia e Italia produjeron, además de los citados, otros films maravillosos sobre la Resistencia y la lucha de los pueblos. Quizás sea el más aleccionador y significativo de toda esa serie, un film húngaro: "En algún lugar de Europa", que entre otros grandes valores reveló la personalidad sorprendente de su realizador: Gesa Radvanyi.

—“Yo no tenía bastante talento para escribir con palabras. Entonces, traté de expresarme con imágenes”.

Eso dijo, con esa sencillez, el húngaro eminente. Radvanyi había rodado ya algunos films antes de 1939. Fueron necesarias la ruina y la miseria, el dolor de la guerra, para que Radvanyi realizara su obra maestra.

—“Las necesidades del momento —añadió— me obligaron a recorrer Hungría con mi cámara y mis muchachos. No podía hacer otra cosa. Todos los estudios estaban destruidos. Pero al mismo tiempo yo sentía que eso iba a ser el cine de mañana. Y yo no era el único. ¿No ha ocurrido lo mismo en Italia con Sica, Rossellini y los demás?”.

Radvanyi encontró perdidos por los caminos grupos de niños que huían del tormento de los bombardeos y de los horrores de la guerra. Entonces concibió su film. Poco tiempo después volvió con su mujer a las pequeñas aldeas que esos grupos errantes habían acabado por constituir, los personajes contaron su propia historia, y de ahí salió el gran drama cinematográfico.

—“No hay ningún episodio de esta película —declaró también Radvanyi— que no sea una historia vivida, que no haya sido relatado por uno de mis muchachos. Yo no tenía argumento o historia alguna; cargué los chicos en dos camiones, recorrimos los lugares donde ellos habían vivido horas tan dramáticas, y en cierta medida rodamos el film al azar de sus recuerdos”.

“Cada uno ha revivido, pues, delante de mi cámara su propia aventura. No podía pedirles otra cosa. He aquí, sin embargo, una excepción. La de Kuksi, muchacho de siete años, que había pasado toda su corta vida infantil bajo los bombardeos de Budapest. Muy emotivo, su instinto maravilloso le hacía encontrar siempre todo lo que era preciso hacer. Una tarde debíamos rodar la escena de su muerte. Ibamos a comenzar. En ese momento me dijo: ‘—Espere’. Y durante diez minutos quedó inmóvil, perdida la mirada. Luego, volviéndose a mí, me dijo de repente: ‘Vamos’. Y se puso a representar su muerte de la manera más estremecedora que cabe imaginar”.

Detalle técnico digno de subrayarse: toda la cinta fue rodada con 4,000 metros de celuloide. A su realizador le estaba

prohibido equivocarse. No podía filmar cada escena más que una sola vez.

Película-mercancía

QUE el film, obra de arte, se convierta bajo el capitalismo en mera mercancía, es más que una opinión sectaria; es una realidad indiscutible. En Francia y en Italia, en los Estados Unidos y en Inglaterra, miles de trabajadores del cine que no son socialistas ni revolucionarios sostienen esa opinión.

¿Cómo ha podido extenderse tal idea? Se comprende sin dificultad. Los realizadores se comparan al escritor, al músico, al pintor. Estos no son plenamente libres en todas las circunstancias. El medio, el sistema económico, las relaciones sociales, influyen en su obra: los intereses que les rodean deciden sobre el tema o condicionan su planteamiento. Los editores pueden mover en un sentido o en otro la pluma de un novelista. En último extremo, sin embargo, el escritor puede rebelarse y llevar a las cuartillas, con un mínimo de consumo de tiempo y de dinero, la obra que él ha imaginado libremente. ¿Qué necesita? Papel y tinta. Y el pintor, telas y colores. Y el músico, quizás, un piano y un pentagrama.

El autor o el realizador de cine, en cambio, necesita millones. Y si su proyecto no se "rentable" los millones huirán de él. En tal caso, la cinta que su imaginación ha concebido no se rodará, la obra no se realizará nunca. Y quién sabe si hubiera podido ser una obra maestra.

¿Cuántas obras maestras del cine habrán quedado en proyectos que nadie verá, o habrán sido ahogadas simplemente en la imaginación de sus autores? Pensemos en lo que hubiera perdido la cultura humana: si, por no ser "rentables", no se hubiera pintado "La Gioconda" o no se hubiera escrito "El Avaro".

En la lucha que fatalmente se produce entre lo artístico y lo comercial, cuando aquello persiste en mantener su pureza y sus principios, pierde casi siempre la batalla. Y lo que para el escritor o para el músico es posible, para el autor o el realizador de cine no lo es. Nótese esto como dato curioso: los cuadros no se venden por pulgadas; a nadie se le ocurre pagar una sinfonía calculando los minutos de duración. En cambio,

las películas se venden por metros. El metraje es un factor importantísimo del negocio.

El cine, cuestión internacional

LA enorme difusión del cine, su fuerza para la propagación de ideas, hacen de esa industria, de ese arte, una cuestión internacional. Las fronteras no son un obstáculo para ese inmenso poder de difusión; la universalidad de la imagen allana en gran parte las barreras del lenguaje hablado.

En el aspecto económico, el cine también rebasa los mercados nacionales. Son raros los países capaces de amortizar en sus mercados internos producciones tan costosas. Para la mayoría, la exportación de películas es problema de vida o muerte para su industria cinematográfica.

El cine es, en fin, un instrumento valioso, insustituible, para la educación de masas. La Sociedad de Naciones creó el Instituto Internacional de Cine Educativo, en Roma. La O.N.U. ha encomendado a la U.N.E.S.C.O. este trabajo colosal. De todos modos, no se ha hecho casi nada.

Al reanudarse, el día de la paz, los intercambios internacionales, las películas entraron en seguida —entre las primeras mercancías— en el circuito del comercio exterior. Y hoy asistimos a la más formidable batalla internacional de la historia del cine. De los resultados de esa batalla depende la suerte y el porvenir de la cinematografía mundial.

Durante la pasada la guerra, los países que participaron directamente en el conflicto se vieron obligados a reducir su producción y adaptarla a las exigencias del momento. Se interrumpió en gran parte, por razones diversas, la exportación de películas. A la vez, los pequeños países neutrales, hasta entonces tributarios de la industria extranjera, crearon o desarrollaron sus cinematografías nacionales. Suiza, por ejemplo, realizó películas de tan alta calidad como "La dernière chance". Suecia reanimó una industria que tantos progresos se había anotado en la época del cine mudo. México (beligerante, pero rico en recursos y en audacia), y también la Argentina, perfeccionaron en ese período su equipo técnico, dieron un avance prodigioso a su industria.

Después de 1945, aunque ya en condiciones diferentes, renació la lucha por los mercados. Los pequeños países no

han podido amortizar sus películas. Los grandes productores como Estados Unidos poseen una reserva enorme de films amortizados en su mercado interior, que pueden ceder a cualquier precio y que les dan posibilidades ilimitadas para conquistar los mercados más difíciles.

Esto ha provocado una crisis gravísima en la industria cinematográfica nacional de muchos países. En algunos como Francia, que ha sufrido las consecuencias de una larga ocupación extranjera, y no ha tenido tiempo ni medios para reorganizar y dotar sus estudios de acuerdo con los nuevos progresos de la técnica, la crisis es extraordinariamente aguda. Es un drama angustioso, a la vez económico y cultural.

Estudios a pleno aire

ESPEREMOS que la ley económica de la absorción de mercados por el más fuerte no signifique la ruina de todo lo que es arte y contenido humano en la producción cinematográfica. Que los grandes valores de todas las culturas nacionales tengan acceso al mundo de la pantalla. Que crezcan las potencias industriales, todas las que sean capaces de florecer aquí y allá, pero no a costa de la misión espiritual del cine.

Hemos visto en estos últimos años, no sólo los films de la Resistencia, sino otras muchas películas europeas y americanas, producciones de noble acento que señalan a nuestros ojos esperanzados lo que puede dar el cine cuando el arte logra salir por sus fueros. Pero la lucha sigue, y en duras condiciones.

Es una lucha que sólo terminará cuando sea posible que los autores escriban libremente, sin influencias extrañas a la creación artística, sin limitaciones intolerables. Cuando no sea el dinero sino la vida quien imponga sus reglas en el arte.

Entonces, alguien preguntará en una tertulia:

—¿Qué es el cine?

Y otros responderán:

—Estudios a pleno aire.

—Cámaras reflejando la vida auténtica, sin temor ni ficciones.

—El hombre como personaje.

—El hombre como argumento.

—El hombre, también, entero, en su silla de espectador.

Entonces, los caminos del mundo no serán poblados de personajes falsos salidos de los estudios cinematográficos. Los niños errantes y pobres de las aldeas se verán delante de una cámara, alerta y sensible. Las gentes felices o desventuradas de las ciudades verán que su casa en ruinas o su hogar dichoso se transforma en el mejor de todos los decorados. Cada rincón de humanidad será un estudio vivo.

Y la "decencia americana" podrá escuchar sin estremecerse los diálogos de Shakespeare.

MISERIA Y ESPLENDOR DE GOGOL¹

Por *Adolfo SANCHEZ VAZQUEZ*

LA atormentada existencia de Kikolai Gogol se extiende entre los años de 1809 y 1852. Vientos de odio y de desprecio azotaban, entonces, el rostro grave, resignado del siervo ruso. Mientras en la dura tierra dejaba éste su piel y su alma, en las ciudades los funcionarios vivían una vida banal, pegajosa en que la personalidad humana se achicaba cada vez, hasta vaciar el alma.

Y, sin embargo, en esa Rusia triste y dolorosa, teñida de sangre, cuajada de bostezos y supersticiones, unos hombres heroicos y nobles fueron elevando el alto monumento de la literatura clásica rusa.

Era duro avanzar, cuando todo se obstinaba en quedar a la zaga. Poetas como Pushkin, Lermontov y Nekrasov, pensadores como Belinski, iban tejiendo con su obra los primeros sueños, alzando el puente que habría de unir a Rusia, a través de las tinieblas, con la orilla aún lejana de un mundo apenas vislumbrado. Como heraldos de un futuro todavía incierto, impulsados por el viento matinal de la esperanza, impregnaban su obra de un anhelo de libertad, de un elevado sentimiento patriótico y, sobre todo, de una profunda y apasionada exaltación de la dignidad humana.

La literatura clásica rusa fué un implacable despertador de conciencias. Con el tiempo su desnuda y luminosa palabra habría de convertirse en verbo creador, empujando a los hombres a la acción, afanosos de conquistar la tierra que los atormentados escritores rusos débilmente, como en sueños, habían anunciado.

En este orbe estético y humano de la literatura clásica rusa, ¿cuál es el puesto de Gogol?

¹ Conferencia pronunciada en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, el 9 de septiembre de 1952.

Buscando el camino

EN Gogol vemos, como en un claro espejo, las virtudes de toda la época dorada de la literatura rusa. Pero en él su vocación ética, su anhelo de justicia, es anterior a su vocación estética. Cuando nada le hace sospechar su destino de escritor, escribe a un tío suyo:

"La injusticia, lo peor que podemos encontrar en este mundo ha desgarrado siempre mi corazón".

Y agrega, con decisión: "He hecho el juramento de no dejar pasar un solo instante, sin hacer algún bien".

Reparemos en que Gogol es, a la sazón, un mozalbeta de 17 años, en cuya tierna e inquieta alma no hay el más leve indicio de pasión literaria. No obstante, ya se siente decidido a poner su vida al servicio del bien, de la justicia.

Cuando Gogol escribe esas líneas hace ya dos años que ha perdido a su padre, pequeño terrateniente de magros recursos, pero adornado de la ternura, sensibilidad y sentido del humor, propios del ucraniano. Con él, ha aprendido a amar al pueblo, amando sus bailes, cantos y tradiciones. La muerte del padre acaba con la relativa placidez de la juventud de Gogol en el campo y, desde ese momento, este joven pálido, de ojos penetrantes, no conocerá, más que el rigor de una desventurada existencia.

Apenas repuesto de los estragos que la muerte de su padre ha dejado en su alma, ésta vuelve a encenderse con la misma llama. Hacer el bien, pero ¿cómo? No piensa todavía que la literatura sea camino real en este anhelo de elevarse y elevar a los demás. Convertido, a los 20 años, en un pobre funcionario, cree candorosamente que sirviendo al Estado, en las funciones judiciales, podrá servir a la justicia con que sueña.

Su primera salida al campo literario, demuestra claramente que está muy lejos todavía de comprender la función social, profundamente liberadora, de una literatura universalmente humana. *Hans Küchelgarten*, su primera obra, escrita bajo la influencia de los románticos alemanes, es un poema idílico, de corte autobiográfico. El protagonista es un joven, sediento de gloria, que huye de la ciudad en que ha nacido y deja las dulzuras de un amor para recorrer el mundo. La primera obra de Gogol, publicada bajo el seudónimo de Alov, es acogida con

indiferencia glacial por el público, en tanto que los pocos críticos que fijan la mirada en ella la valupean sin misericordia.

Gogol acepta, con ejemplar firmeza, su penoso fracaso y recoge de las librerías la edición casi entera para entregarla, con pulso sereno, a la voracidad del fuego. Lo mismo hará, por otras razones, veinticuatro años después, con la segunda parte de su novela genial *Las almas muertas*. Es así como la obra de Gogol se extiende entre dos fuegos. El que devora su obra primeriza, en un gesto soberbio que borre su fracaso y el que consume la última, en un intento, preñado de soberbia y humildad, de acabar con toda su obra, con su arte mismo.

Después del fracaso de *Hans Küchelgarten*, decide abandonar ese mundo melancólico, artificialmente poético, en que ha naufragado, en busca de nuevos y virginales dominios estéticos. Todavía no se abre a su conciencia la visión luminosa de la literatura, como instrumento de liberación.

Rodeado en San Petersburgo por la podredumbre y banalidad de los funcionarios, en quienes había puesto sus esperanzas de regeneración social, Gogol, que se ahoga en aquella cloaca humana, llega, en volandas, con su imaginación hasta su adorada Ucrania, cuyos tipos y paisajes conoce de primera mano y cuyas tradiciones ama profundamente. Escribe, entonces, sus deliciosos cuentos ucranianos, recopilados bajo el título de *Veladas en la finca cercana a Dikanka* (1831), en los que aflora una lírica veta, profundamente popular.

Evocando su tierra, llena de luz y de leyendas, desde el frío y gris San Petersburgo, siente que su alma se eleva, despegándose de la atmósfera pegajosa, banal en que se evapora la nobleza del hombre. Y su pluma va tejiendo maravillosos cuadros en que alterna la aguda observación realista y la pincelada que pone el misterio, lo sobrenatural. Y, todo ello, envuelto en un humor sano, impregnado de intensa emoción poética.

En las *Veladas*, se perfilan ya tres componentes básicos de la madurez del genio gogoliano: realismo, humor y sentido popular. Hay en estos relatos una galería de tipos —campesinos, gitanos, herreros, pequeños terratenientes, etc.— que se alzan con la espontaneidad, y el color de la vida cotidiana. Ahora bien, estos hombres viven en los años sombríos del régimen de servidumbre, cuando el odio, apenas contenido, agita las almas en violentas contorsiones. Pero Gogol deja a un lado

estas zonas quemantes, estas tempestades del alma, y prefiere iluminarlo todo con la alegría, el color y la frescura de su canto.

Su realidad es una realidad gozosa, inocente, sólo turbada por la alada intervención de lo sobrenatural, en forma de coléricas brujas, sombrías supersticiones y sobrecogedoras apariciones. Y el humor que transpira la obra es humor sano, que recrea el alma, sin dejar en ella una gota de amargura. Aun no aparece el humor desgarrado, la sátira incisiva que flagela, hasta sacar a la luz la entraña corrompida de los flagelados.

Hay más amor que odio en estas encantadoras narraciones. Amor, sobre todo, a las gentes sencillas, amor sin sombras, puro, anclado aún en la más pura adolescencia.

Se comprende el entusiasmo de Pushkin que, deslumbrado por la naturalidad, lirismo y alegría, que rezuma la obra, escribe con arrebatadora franqueza:

"Acabo de leer *Veladas en la finca cercana a Dikanka*. Me ha embelesado. He aquí una obra llena de verdadera alegría, franca, libre, sin carantoñas, sin gravedad afectada. Y, a veces, ¡qué poesía! ¡qué sensibilidad! Todo esto es tan extraordinario, en nuestra literatura, que todavía no he vuelto en mí".

Gogol, de un salto, ha escalado la cumbre, reservada a unos cuantos escritores de su tiempo. Pero ¿puede satisfacer este éxito a quien sólo considera realmente noble y superior servir a la humanidad, hacer el bien?

Las *Veladas* le han servido a Gogol, por algún tiempo, para huir de la opresión y banalidad reinantes, en el regazo de una Ucrania luminosa poetizada. Pero ¿puede justificar eso una obra de arte? Y, cuando aún no se han acallado las alabanzas que se prodigan por doquier a su obra, escribe a un amigo:

"Me hablas de las *Veladas*. . . ¡Al diablo con ellas! Yo mismo casi me he olvidado de que era su autor. . . ¡Que sean olvidadas lo más pronto posible, hasta que cree algo importante, algo grande y verdaderamente artístico".

Pero ¿a dónde dirigir la mirada para encontrar lo grande y verdaderamente artístico? Gogol no lo sabe aún, pero se da cuenta de que no es en ese mundo poetizado, inocente, carente de dolor tangible, que ha sacado a luz en las *Veladas*.

La preocupación le persigue por todas partes. Una breve temporada en el campo ucraniano, con sus hombres de carne y hueso, borra para siempre de su retina la imagen gozosa de la Ucrania de su adolescencia. Vuelve a San Petersburgo con los

ojos ceñidos por amargas visiones y con el dolor de los siervos metido hasta el tuétano del alma.

Gogol se reafirma en lo que en el lejano y gris San Petersburgo había sentido: la Ucrania de las *Veladas* no es la de los campesinos que viven bajo el hierro de la servidumbre. Y torna a detenerse en una encrucijada de caminos, anhelante ya de emprender el que le lleve la respuesta a estas preguntas que le acicatean implacablemente: ¿Cómo hacer el bien? ¿Qué escribir para contribuir a la salvación del hombre?

Pero Gogol, puesto a escoger, duda todavía de que la literatura sea camino real y se pierde por nuevos vericuetos. Si antes soñaba con servir al Estado, a la sociedad, desde un puesto de la administración, ahora cree que una cátedra de historia le permitirá satisfacer su anhelo de contribuir a la redención del hombre.

El fracaso como profesor es completo, y al precio de esta dolorosa experiencia, se reintegra, de lleno, a la literatura. El fracaso no ha sido en vano. Así lo reconoce Gogol, en carta a su amigo Pogodin:

"... durante este año y medio de oscuridad —y pese a que la opinión pública considera que me he metido en lo que no me concernía—, ¡cuánto he aprendido y cómo he enriquecido mi alma! Ya no más inquietudes por pensamientos pequeños. . . No; ahora me agitan ideas plenas de verdad y de una grandeza que espanta".

En el camino: "Tarás Bulba"

LA tremenda conmoción que sacude el alma de Gogol, le pone en el camino que buscaba. De ahora en adelante, todo lo que anhela lo encontrará en el arte mismo; con él va a elevar los más nobles sentimientos, exaltar la dignidad humana, el amor a la patria y a la humanidad. Su vida estará puesta en eso, y el día que sea incapaz de servirse del arte para los más generosos anhelos, se podrá afirmar que ha comenzado a rondarle la muerte.

Su penoso fracaso en la cátedra de historia, seguido de su salida de la Universidad de San Petersburgo, casi coinciden con la publicación de un nuevo libro *Mirogorod*, colección de novelas que incluye su obra inmortal *Tarás Bulba*, en la que canta, con épico acento, la lucha de los cosacos ucranianos contra los nobles polacos,

En los héroes de esta novela encontramos profundas cualidades humanas: heroísmo sin límites, sacrificio de los intereses personales, profundo amor a la patria, etc. Son hombres de una pieza, íntegros, que no conocen desgarramientos internos; hombres violentos, titánicos, que encierran, sin embargo, una soterada y profunda ternura humana.

Gogol exalta a estos hombres encrespados y mueve nuestra alma a convivir con ellos, tomando partido con su ruda, espontánea e implacable lucha. La obra está impregnada de una atmósfera de dolor y heroísmo, de crueldad y sacrificio, iluminada siempre por el sentimiento de independencia, de amor a la patria invadida. Hierven las pasiones, arde el suelo con las llamas de la sagrada guerra popular y las hazañas se suceden hasta culminar en la heroica muerte del viejo Tarás, que, en medio de espantoso suplicio, proclama la fe en su pueblo.

La muerte no es un límite cuando el que se encara con ella sirve al hombre, a una noble causa. Y, por eso, Gogol exclama, vibrando todo él, en las viriles palabras de Tarás:

"Ya las llamas de la hoguera se elevaban, abrazándole las piernas y envolviendo todo el árbol. . . Pero, ¿acaso hay en el mundo llamas, tormentos o fuerzas capaz de vencer a la fuerza rusa?"

Gogol exalta así el amor a la patria. Pero, este sentimiento hay que entenderlo en lo que tiene de raíz profundamente humana, de soporte de lo universal humano, no como la deformación patrioterica del chovinismo irracional, que conduce, en nombre de la patria, a cometer los crímenes más horrendos contra otros pueblos.

Por eso, en otro pasaje, dice Tarás a sus compañeros de armas:

"El padre ama al hijo; la madre ama al hijo; el hijo, al padre y a la madre; pero no se trata de eso, hermanos. También la fiera ama a su cachorro; pero, establecer lazos espirituales, no de sangre, sólo puede hacerlo el hombre".

El patriotismo no puede tener por fundamento lazos sanguíneos. Sólo surge cuando entre los hombres se tienden esos lazos espirituales, específicamente humanos, que son desconocidos de las fieras. Por eso, el verdadero patriotismo nunca puede estar reñido con el más profundo humanismo. Sólo el chovinismo y el racismo —monstruosas supervivencias de lo zoológico en el hombre—, entran en conflicto con lo universal,

humano, tendiendo entre los hombres lazos de fieras, lazos inhumanos.

Con los humillados y ofendidos

GOGOL no persiste en el camino iniciado con *Tarás Bulba*. Retrocediendo en el tiempo, al heroico pasado del pueblo ucraniano, ha podido encontrar el cauce por donde discurra su afán de elevar y dignificar al hombre, de expresar los más nobles sentimientos. Pero, el presente se le impone con toda crudeza, invitándole imperiosamente a confundirse con él. La realidad que le circunda, la vida oficial petersburguesa, es una realidad banal, en la que el espíritu se queda sin alas y achatado se pega a la tierra y se hunde en ella, movido por los más sórdidos y mezquinos intereses.

Por eso, deja para siempre la atmósfera heroica de *Tarás Bulba* en la que brilla, en toda su pureza, las virtudes de un pueblo y se encara con la estrechez moral de la Rusia de aquellos años.

Ya en *Mirgorod*, en las novelas cortas que con *Tarás Bulba* completan esta colección, se ofrece una pintura amarga, y al mismo tiempo implacable, de la mutilación de la existencia humana. En *Arabescos*, que se publica casi simultáneamente que *Mirgorod*, destaca también la decisión gogoliana de flagelar la vida banal, en la que las energías más nobles se consumen de desesperación y tedio.

En *El Capote*, la mano maestra de Gogol infunde vida a uno de esos seres ramplones, cuya raquítica existencia se consume en un escritorio, entregado a la humilde e interminable función de copiar expedientes y más expedientes. Akaki Akakievich, que así se llama el personaje de la novela, es un hombre de tan estrecho y pobre horizonte que un mínimo y trivial acontecimiento —la compra de un capote— ilumina, con un resplandor de viva alegría, su mísera existencia. Pero este elemento trivial no es sólo un meteoro que cruza raudo por su vida, pues la misma noche que estrena el capote éste es robado, convirtiéndose en causa mezquina de su mezquina muerte. Todo es raquítico en este hombre: su trabajo, sus ilusiones, su vida y hasta su propia muerte.

Akaki Akakievich pertenece al más bajo escalón de esa galería de *humillados y ofendidos* que, después de la revelación

gogoliana, transitarán dolorosamente por la literatura rusa. Cuanto más bajo caen estos hombres, cuanto más estrecho su horizonte vital y más mutilada su existencia, Gogol siente más odio contra la sociedad que hace posible estos hombres. Y, al mismo tiempo que nos muestra la terrible oquedad de sus almas, parece decirnos al pintar su amargo retrato: ¡He aquí en qué ha venido a parar el hombre!

La risa a través de las lágrimas

GOGOL comprende, ahora, cuánto puede hacer el arte por el hombre, flagelando sin piedad la trivialidad, la corrupción, la sequedad moral. Deseoso de que su bisturí cale más hondo, pide a Pushkin su hermano espiritual, que le dé un tema de comedia. Pushkin acude generosamente en ayuda de su amigo y le ofrece una idea de la que saldrá, fecundada por el genio de Gogol, una de las obras inmortales del teatro moderno, *El Revisor*.

Se trata de la historia de un joven funcionario petersburgués que, por falta de dinero, se ve obligado a hacer un alto en un viaje, lo que da motivo para que las autoridades del lugar le tomen por un alto empleado que llega de incógnito para investigar sus trapacerías. Los funcionarios de la ciudad tiemblan inquietos, recordando sus pecados, en tanto que sus moradores, viendo en el revisor al brazo de la justicia se acuerdan de los más viejos agravios. Nadie sabe que el recién llegado no es otro que el pícaro Jlestakov. Sólo lo saben los espectadores que se ríen del revisor, de los funcionarios, de la vida provinciana rusa. Pero, tras esa risa se oculta algo doloroso y profundo.

Gogol no se ha propuesto simplemente hacer reír, sino someter a su bisturí implacable la corrupción humana, la dilapidación de los bienes públicos, la falta de principios de la clase dominante, la baja moral de sus representantes. Los críticos que reflejan los intereses de esta clase, piensan que los espectadores, después de reír a sus anchas, se marcharán tranquilos a sus casas, olvidándose de todo al día siguiente. Pero algunos, más avisados, paran mientes en que este cuadro profundamente realista puede provocar algo más que risa, que las almas pueden agitarse de ira, de desprecio y de odio. Y, entonces, se lanzan rabiosamente contra Gogol acusándolo de calumniar a Rusia,

al mismo tiempo que, con iracundo ademán, señalan la necesidad de ponerle a buen recaudo.

Los amigos de Gogol, con Pushkin a la cabeza, se muestran entusiasmados. Pero su oído está más atento a los dardos venenosos de los críticos que sólo encuentran vulgaridad en la genial comedia, que a las palabras sinceras, apasionadas y alentadoras de Pushkin y Belinski. Y escribe desolado a su gran amigo el actor Chepkin:

"Todo el mundo está contra mí. Respetables funcionarios, entrados en años, gritan que no hay nada sagrado para mí porque me atrevo a hablar de la administración. Los policías y los comerciantes están contra mí. Los escritores también están contra mí. . . Ahora me doy cuenta de lo que significa ser autor cómico. A la menor alusión a la verdad, todo el mundo se lanza contra uno, no ya un hombre, sino clases enteras. . .".

Gogol no tenía razón al pensar que todos estaban contra él. La *Joven Rusia*, la Rusia democrática y revolucionaria que con Pushkin y Belinski tejía sus primeros sueños, amaba y respaldaba a Gogol. Pero Gogol, desvinculado de los hombres que luchaban, ya entonces, por convertir en realidad esos sueños, no pudo reaccionar ante los venenosos ataques, como éstos merecían. Sintióse vencido por los golpes implacables de sus enemigos, creyéndose incomprendido en su patria, decide abandonar el país, no sin antes escribir amargamente a su amigo Pogodin:

"Voy a salir al extranjero. Allí se calmarán los sufrimientos que me causan diariamente mis compatriotas. El escritor de nuestro tiempo, el escritor cómico, el pintor de costumbres debe vivir lejos de su patria. ¡Nadie es profeta en su tierra!".

El curso posterior de la vida de Gogol habría de demostrar que esta decisión desesperada, se volvería contra él mismo, contra su propio arte. Gogol cortaba de un tajo sus vínculos con su pueblo y con los pocos hombres que, como Pushkin, podían ejercer todavía una influencia bienhechora en su alma y en su arte. Eludiendo su destino, fugándose de la vida misma, Gogol iba a someterse a una prueba mortal.

Pero dejemos a Gogol transitoriamente. Dejémosle deprimido, enfermo, desgarrado por los más encontrados sentimientos, caminando por las calles de Ginebra, París y Roma, llevando a Rusia en su corazón, poniendo los pensamientos en ella, pero aferrado a la desventurada idea de vivir lejos de sus

hombres, lejos de su patria. Y hagamos un paréntesis para hablar brevemente de las ideas estéticas de Gogol.

La estética de Gogol

CUANDO Gogol deja de ser aquel oscuro y fracasado profesor de historia que soñaba con hacer el bien de la humanidad, desde la cátedra, se convierte, entonces, en el escritor apasionado que encuentra, al fin, el camino por el que discurrirán juntamente la verdad y la belleza, el arte y la justicia. Gogol ha encontrado lo que angustiosamente estaba buscando: una concepción del arte entrañada en la necesidad de servir al hombre.

En el artículo *Algunas palabras sobre Pushkin*, ve, en el genial poeta ruso, al gran poeta nacional. Su más alto valor lo encuentra en su admirable sencillez y vitalidad, en su ennoblecimiento de la realidad.

El poeta debe encararse con la realidad. Pero ¿cómo?

El escritor, piensa Gogol, no tiene por qué rehuir la realidad sucia y miserable, aunque no le acompañe, en esta empresa, el aplauso de la gente. También en ella debe sumergirse el artista; también la vida banal, mutilada, que se agita en el cieno de las mezquindades humanas, puede ser materia estética. Ahora bien, el problema del escritor es sacar a la superficie todo lo que hay en esas profundidades del alma, sin deformar la realidad, siendo fiel a ella.

La tesis contraria era la que dominaba entonces. El arte debe embellecer la vida. Lo bajo, lo grosero, la miseria, los vicios de la sociedad, las simas oscuras del alma no deben entrar en la obra de arte. El arte debe expresar una vida bella, y si la vida no es tal, la misión del artista es velar, con un humo embriagador, los ojos de los humanos. La literatura debe ser brillante, dejando a un lado los tonos sombríos, ocultando las tristezas de la vida. Por esto, el artista debía alejarse de la vida banal, mezquina y repulsiva de la Rusia de entonces.

Gogol se alza valientemente contra esta concepción de la literatura, oponiendo su realismo crítico. La belleza no es, no puede ser, un engaño, un velo que cubra piadosamente las inmundicias. La belleza no puede ser tampoco una evasión de la realidad, un sacrificio de la verdad. Por el contrario, la belleza es la revelación de la realidad misma, es la verdad misma. La

obra de arte pone ante los ojos humanos aspectos ignorados, vetas secretas para muchos, que el poeta ilumina poniéndolos al alcance de todos.

Gogol permanece fiel a este realismo, a lo largo de toda su obra, consciente de la dureza de la carrera del escritor que abraza este credo estético, porque, como dice al comienzo del capítulo VII de *Las almas muertas*, "el juicio contemporáneo no admite que son iguales las lentes con que se mira el sol y los movimientos imperceptibles de los insectos; ni admite el juicio contemporáneo que es necesario tener un alma profunda para iluminar un cuadro, sacado de la vida despreciable, y elevarlo en una creación. . . Nada admite de esto el juicio contemporáneo y todo se volverán reproches y ultrajes para el escritor incomprendido, y éste quedará en medio del camino sin compasión, sin respuesta y sin que nadie le tienda los brazos, como un viajero sin familia".

Pero, no se trata, por otra parte, de hundirse en lo purulento del alma humana, de moverse a troche y moche entre sus desgarradoras y quemantes contradicciones, sino de criticar, flagelar la podredumbre para buscar un rincón luminoso en el alma, ese rincón en el que florecen real o potencialmente, nobles cualidades y virtudes humanas.

Así nos habla Gogol, en el siguiente pasaje de la carta a Jukovski, escrita en los últimos años de su vida: "El arte debe poner ante nuestros ojos todas las cualidades y virtudes de nuestro pueblo, sin exceptuar aquellas que no han tenido posibilidad de desarrollarse libremente o que no han sido señaladas y estimadas en su justo valor. . .".

El arte debe mirar el presente, pero con la mirada puesta también en el porvenir. La crítica, por implacable que sea, al encararse con la sociedad, apunta siempre lejos, al futuro. La sátira debe tender a ennoblecer, no a degradar aunque haya de hundirse en las zonas más innobles del alma humana, aunque haya de calar en la entraña corrompida de la sociedad.

"El arte —dice Gogol— debe poner ante nuestros ojos todas las debilidades y vicios de nuestro pueblo, con tal fuerza que cada quien pueda descubrir las huellas de ellos en sí mismos y desembarazarse de cuanto oscurece la nobleza de nuestra condición".

Ciertamente, Gogol sobreestima la importancia del arte como medio de regeneración moral, individual, pero es indudable

que tiene clara conciencia de las relaciones entre el arte y la realidad, y del papel extraordinario que debe jugar como medio de educación social.

Para Gogol la fidelidad del artista a la realidad y la conciencia de la elevada misión del arte —incompatible con todo, adulación, engaño o simulación—, constituye la garantía misma del logro de los altos valores estéticos. Cuando el artista se aleja de la realidad, cuando envilece el noble fin de la creación artística, las fuentes mismas de la creación se secan y el artista cae en la más dolorosa impotencia.

Esto se ejemplifica, con mano maestra, en su novela corta *El Retrato*, pero, como veremos después, la ejemplificación más patética la hallamos en los últimos años de su propia vida.

En *El Retrato*, Gogol nos muestra el destino que espera al arte en la sociedad burguesa. En esta novelita, nos presenta a un joven pintor, entregado con abnegación a su arte. Casualmente se hace rico y, desde ese momento, el oro se torna su pasión. El antiguo pintor que, en medio de la pobreza, proclamaba su dignidad e independencia artísticas, se transforma en un pintor que, falseándose a sí mismo, se preocupa sólo de complacer los gustos superficiales de sus clientes. Por buscar la riqueza, traiciona la verdad y, cuando intenta pintar de nuevo fiel a la realidad, se encuentra prisionero de la falsedad, de las formas convencionales, de la mentira que agarrota sus pinceles. Su inspiración se seca y el joven pintor, perdido en el páramo dramático de su alma, muere víctima de un ataque de locura rabiosa.

No se trata, por consiguiente, de buscar la belleza sacrificando la verdad, sino de encontrar la belleza en la verdad misma. La realidad entra en el arte cuando el artista es capaz de iluminarla. Y por hermosa que sea, se quedará a extramuros de la belleza estética, si falta esa luz que el artista pone en cuanto toca. "Como un paisaje —dice Gogol— parece imperfecto, por hermoso que sea, si no lo ilumina un rayo de sol".

La literatura debe ser realista y, para Gogol, esto quiere decir no reproducción muerta de la realidad, sino realidad iluminada por el arte, que, a su vez, es la luz del bien y de la justicia. El realismo gogoliano se encara con la realidad, no como frío e inerte espejo, sino adentrándose en ella, hasta captar la verdad profunda que entraña.

La terrible y dolorosa verdad, que el arte de Gogol saca a la luz, es el envilecimiento y degradación de la personalidad humana en la sociedad burguesa. Y todo su arte es una generosa fuente espiritual de la que mana la protesta de los humillados y ofendidos que quieren elevarse a una vida plenamente humana.

Las almas muertas

VOLVAMOS, ahora, en busca de Gogol al que encontramos en el extranjero, en la soledad y amargura del alejamiento de la patria que, equivocadamente ha buscado, y veámoslo, algún tiempo después, en la cumbre de su carrera literaria, con *Las almas muertas*.

Gogol había comenzado a escribir los primeros capítulos de este poema —así llama a su genial novela— ya en la propia Rusia. Según cuenta el mismo Gogol, Pushkin le había dado el tema encareciéndole que escribiera una obra de vastas proporciones, en la que se mostrara, como en un grandioso friso, la vida de toda Rusia. Y, en efecto, Gogol presenta, en toda su amplitud y profundidad, la sociedad rusa de la primera mitad del siglo pasado. Por la obra van desfilando, con lúgubre paso, los propietarios de siervos: el perezoso y frívolo Manilov; el zafio Sobakievich; el mentiroso y libertino Nozdriov; el avaro Pliuchkin; la tacaña y estúpida Korobochka; el insignificante y abúlico Majuev, y burócratas, autoridades provincianas y demás representantes del régimen de servidumbre.

En medio de ellos, se mueve el pícaro Chichikov, acaparador sin conciencia, que llevado de su sed de riqueza, aprovecha en su favor la podredumbre de estos parásitos y de los venales funcionarios, comprando el derecho de propiedad sobre los siervos fallecidos, llamados oficialmente *almas muertas*.

Gogol pinta, con trazos geniales, este ambiente inhumano, ayuno de principios morales, en el que reina la explotación y la avaricia, la descomposición moral más profunda y la degradación más extrema de la personalidad humana. Y nos lleva a la conclusión de que, en esta sociedad moribunda, las verdaderas *almas muertas* son los representantes del régimen de servidumbre, no los siervos que padecen su yugo.

Cuenta Gogol que cuando leyó a Pushkin los primeros capítulos de su obra, el genial poeta que siempre reía de buena

gana cuando Gogol le leía algo, mudó de color y el rostro se le fué ensombreciendo cada vez más, hasta exclamar con voz angustiada:

—¡Dios mío, qué triste es nuestra Rusia!

Y a Pushkin tenía que escapársele esa exclamación de lo más hondo del alma, ante aquella imagen sobrecogedora del régimen de servidumbre, ante aquella Rusia, en carne viva, que el genio de Gogol presentaba tan vigorosamente.

Le duele Rusia a Gogol, como a Unamuno su España, y su dolor crece multiplicado por la distancia. Desde el extranjero, la ve como un pobre y tierno universo, de enormes extensiones desnudas. La ve pobre, desordenada, sin nada que cautive la vista. Y, sin embargo, exclama apasionadamente en el último capítulo de su obra inmortal:

"¿Qué fuerza incomprensible y misteriosa atrae hacia ti? ¿Por qué se oye y resuena siempre en los oídos tu melancólica canción? ¿Qué se extiende de un extremo a otro, de mar a mar? ¿Qué tiene esa canción? ¿Qué es lo que llama y solloza, penetrando en el corazón? ¿Qué sonidos acarician dolorosamente y tienden a penetrar en el alma, envolviendo el corazón? ¡Rusia! ¿Qué quieres de mí?"

Toda Rusia se estremece al leer la obra inmortal de Gogol. Los lectores se rien mientras tienen el libro en las manos, pero después sus ojos se humedecen. Es la risa a través de las lágrimas, o como dice Belinski, "la animación cómica siempre vencida por un sentimiento de profunda tristeza".

Los dardos envenenados tornan ahora con redoblada fuerza a lanzarse contra Gogol, que ha vuelto a Rusia, manuscrito al brazo, a enfrentarse con los censores.

Algunos sedicentes amigos de Gogol, los eslavófilos, tratan de defenderlo a su manera, atizando en él un mesianismo eslavo que en Dostoievski aparecerá con toda violencia. Belinski destaca el profundo contenido social de la sátira gogoliana y lo reclama para la nueva y democrática Rusia.

Hay muchas pinceladas sombrías en *Las almas muertas*, porque sombría era la realidad social de la época. Pero Gogol no considera que Rusia esté postrada para siempre, que su patria se reduzca a estos terratenientes, podridos hasta la médula y secos de alma. Después de haber mostrado estos miembros carcomidos, enfermos de la sociedad rusa, pretende mostrar los brotes sanos, primaverales, de una nueva Rusia. Y, emulando

al Dante, emprende la tarea de escribir una segunda parte de *Las almas muertas*, con una especie de Rusia purificada, que, en una tercera parte, llena de luz y felicidad, llegaría a las puertas del paraíso.

Hasta entonces sólo ha presentado almas muertas; ahora, trata de sacar a la luz almas vivas, redimidas de la corrupción, de la avaricia y del envilecimiento. Y en esta dirección trabaja años y años.

La tragedia de los últimos años

GOGOL ha descrito, hasta ahora, con vigorosa mano, los Jlestakov, Chichikov y Sobakievich; ha mostrado sus vicios, su degradación moral y su podredumbre. Ahora intenta purificarlos, reeducarlos, presentarlos libres de las lacras, que tan certeramente ha mostrado en la primera parte de *Las almas muertas*. Vano empeño. Los terratenientes podridos palidecen en la segunda parte. Carecen de vigor y se esfuman como pobres muñecos a los que el artista no ha sabido infundir vida.

La segunda parte se convierte en trágico fracaso. Gogol se da cuenta de él y, por eso, destruye el manuscrito en 1845 y vuelve a quemarlo, poco antes de morir.

Como el pintor de *El Retrato*, Gogol se enfrenta a la suerte más espantosa que puede sufrir un artista: la incapacidad de crear, la impotencia artística.

Gogol paga así sus largos años de voluntario alejamiento de la patria, su soledad, su falta de contacto con los círculos progresivos de la *Joven Rusia*, su frialdad ante la crítica sana de la época y el haberse dejado seducir, en ocasiones, por los cantos de sirena de sus falsos amigos, los eslavófilos.

La desgracia de Gogol está en que no ve el futuro de Rusia, de su pueblo, con los ojos de los que representan ese futuro. Las almas vivas, que Gogol quiere encontrar, no pueden estar entre esos terratenientes, a los que desea regenerar espiritualmente, sino en los humillados y ofendidos, entre los siervos, entre los intelectuales avanzados que desgarran las tinieblas de Rusia.

Gogol quiere hallar lo vivo en lo muerto, y lo muerto se le resiste. En la segunda parte de *Las almas muertas*, nos presenta a terratenientes que se regeneran por el trabajo. Pero los muertos no se regeneran, no se ponen en pie.

Debatiéndose en lucha interior terrible, cada vez más débiles las fuerzas físicas y espirituales, Gogol se refugia en el más profundo misticismo. Publica, por entonces, en 1847, un libro penoso, *Extractos escogidos de la correspondencia con mis amigos*, en el que el alma de Gogol es llevada como una hoja seca, por los vientos más oscuros e irracionales.

Gogol se opone, en esas cartas, a los hombres que aspiran a salvar a Rusia por medio de la lucha social. Como cualquier pequeño burgués desesperado, lo cifra todo en la regeneración moral y religiosa del individuo. Para él, los males de su patria proceden de la ausencia de perfeccionamiento individual. Si el hombre, individualmente tomado, se hace cada día mejor, si cumple con su deber, amoldándose al Estado vigente, llegará la salvación para todos.

Este es el programa ideológico que Gogol pretende expresar estéticamente en la segunda parte de *Las almas muertas*, pero el escritor genial de otros tiempos se muestra impotente para llevarlo a cabo. De esta manera, terriblemente dolorosa, Gogol ejemplifica, con su lacerante experiencia, el destino trágico del artista, que, como el pintor de *El Retrato*, traiciona la verdad que alimentaba su arte.

Belinski, en una carta inmortal que sacude a toda Rusia, se revuelve profundamente herido por la deserción de Gogol: "No es posible callar —dice— cuando bajo el manto de la religión, y defendido por el *knut*, se predica la mentira y la inmoralidad, como si fuesen la verdad y la virtud". Y agrega: "Si amáis a Rusia, alegraos conmigo del fracaso de vuestro libro".

Pero el veneno que Gogol lleva en el alma ha penetrado demasiado hondo para que la carta de Belinski pueda salvarlo. Hundido cada vez más en la soledad, rotos los lazos con hombres que, como Belinski, podían llevar la paz a su alma agitada y enferma, Gogol cada vez se muestra más angustiado por esta impotencia creadora.

Dos años antes de su muerte, escribe a su director de conciencia, el Padre Matvei: "... mi pluma está paralizada. Me falta la lozanía de espíritu necesaria. No le ocultaré que esta impotencia se convierte en objeto de mis secretos sufrimientos. Es mi cruz".

Llevado de esta desoladora impotencia creadora llega a renegar del arte mismo. Considerando pecaminoso incluso el arte, viendo en él sólo motivo de orgullo y vanagloria, que ata

demasiado a los bienes de este mundo, decide, por consejo del Padre Matvei arrojar a las llamas, en un gesto simbólico, el manuscrito de la segunda parte de *Las almas muertas*.

Muerto el artista, muerto también el hombre. Seca su inspiración, muerto ya para el arte, nada tenía que hacer en este mundo el hombre que creaba ese arte. Por eso, ansió y encontró la muerte, diez días después de entregar al fuego el manuscrito de la segunda parte de *Las almas muertas*.

Pero antes de morir, dejó unas líneas en las que palpitaba el Gogol que había exaltado, con su arte, los más nobles sentimientos: —¡Sed almas vivas, no muertas!

Y este Gogol es el que vive entre nosotros y vivirá siempre entre los hombres, en quienes florece el amor a la verdad y a la dignidad humana. Este Gogol que ha enseñado con su arte a mirar cara a cara la sucia realidad, a desnudar el alma podrida de los que quieren rebajar y humillar el hombre, este Gogol que, sobre el tiempo, reaviva nuestra fe en el porvenir del hombre, es el que vive, con su vivo esplendor entre nosotros.

LOS CAMINOS DE LA NOVELA CUBANA

Por *Loló DE LA TORRIENTE*

Orígenes

LA novela no ha sido, entre nosotros, género cultivado. La poesía y el ensayo, la historia y la antropología de los indígenas y afrocubanos, tenían ya sus realizadores afortunados cuando la novela estaba aún en sus primeros pasos. Pudiéramos decir, si para ello nos autorizara Luis Alberto Sánchez, que "nos está naciendo".¹ La carencia de novelistas no es, sin embargo, una modalidad exclusiva del medio cultural de nuestra Isla, ni revela falta de imaginación creadora en nuestro pueblo. Es, en general, una característica de nuestro continente al que ciertamente no le han faltado buenos narradores—por ejemplo, y para sólo citar uno, el Inca Garcilaso—aunque ha adolecido de plumas prestas a realizar una obra profunda, continuada y perdurable.

Esto se debe a la premura con que hemos vivido. América, y sus hombres, ha vivido con embriaguez su propia epopeya. Una epopeya llena de color, de audacia, de grandiosas aventuras apuradas en la copa maravillosa del vivir cotidiano. Nos ha faltado tiempo para sentarnos a soñar, a pensar, a escribir, cuando era necesario que viviéramos, plena y gozosamente, la gran epopeya de nuestro destino.

La poesía, el ensayo y la narración exigen menos tiempo. La historia y la investigación requieren temperamentos más reposados. La novela necesita más pasión, una experiencia propia y un sentido social. Es una síntesis de la propia vida, una acumulación de géneros y, además, una exposición representativa del pueblo que la produce. Las más de las veces una tribuna y una barricada.

¹ Palabras del mencionado profesor en la Universidad Autónoma de México. (Conferencia pronunciada el 7 de junio de 1944).

Nuestros artistas y escritores vivieron, durante los primeros siglos de la colonización, en un ambiente novelístico en el que la hazaña heroica, la fuga aventurera era presencia y acción. El amor, la rivalidad, la guerra: todo gozaba de ese matiz excepcionalmente emotivo que acerca a los hombres y a los dioses; y la novela, como producto de reflexión y análisis no tuvo, en este ambiente, tiempo propicio para escribirse. Sencillamente se vivía con intensidad desenfrenada, loca.

Es Bernal Díaz del Castillo una demostración. Narrador afortunado, pero sin continuadores. Su "Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España" (1568) es, en cierto modo, una crónica sincera de la gran novela que vivió. No pudo tener continuadores, ni crear escuela, porque los hombres letrados que de España nos llegaban estaban destinados a tareas más urgentes, como la evangelización, y en ellas empleaban su tiempo. Para dar rienda suelta al espíritu, a la pasión creadora, estaba la poesía, manantial siempre fresco, propicio, generoso.

No hay, pues, tradición novelística en nuestros pueblos. Fué hasta que nuestros países hispanoamericanos pudieron andar solos que América produjo sus propios escritores. Pedro Henríquez Ureña² hace notar cómo los dos acontecimientos más importantes del siglo XIX: la Reforma en México (1855-1874) y la lucha contra Rosas (1937-1852) seguida de la reconstrucción organizativa, en la Argentina (1853-1880), se llevaron a efecto con la ayuda de una enorme cantidad de literatura.

En México, dentro del período de la Independencia, José Joaquín Fernández Lizardi (1776-1827) estrena la novela costumbrista que es una destilación del ambiente. Julio Jiménez Rueda³ atribuye la anterior ausencia de novelas y novelistas al hecho de que "en una sociedad devota era difícil obtener la licencia de ordinario para la publicación de libros profanos. El material de impresión: papel, tinta, eran lo suficientemente caros para no hacer costeable la aventura de publicar un libro destinado a pocos lectores. Además, la fusión de todas las razas que iba formando el mestizaje no se había realizado en toda su amplitud para poder exhibir un tipo ya diferente del español y del indio que mereciera los honores de ser conside-

² Las corrientes literarias en la América hispánica. Biblioteca Americana. México, 1949.

³ Letras Mexicanas. Fondo de Cultura Económica. México, 1944.

rado, intrínsecamente, mexicano. El tipo nacional existía en estado de larva en el siglo xvii. En el xviii, cuando el americano está en aptitud de aspirar a la independencia política, es porque se considera ya lo necesariamente capaz para aspirar, también, a su independencia étnica. Se planta en la plaza pública y mira en torno y encuentra tipos como él, que piensan, actúan y reaccionan de diversa forma que los europeos. Siente deseos de expresarse y crea el tipo nacional que hace acto de presencia en la novela "El Periquillo Sarmiento".

Los caracteres de esta novela subrayan el contenido de la época en que se produce y la pintura que Lizardi logra no es otra cosa que la crítica audaz y perdurable del régimen colonial. Su proceso de nacimiento es el mismo que se produce en los restantes países, en los que la llamada novela costumbrista es la primera, aunque tardía, en aparecer, en el siglo xix. No es hasta fines de la misma centuria que surge la novela realista, la que encuentra su campo de experiencia y asimilación en las guerras que ensangrentaron el continente.

Hace sólo veinticinco años que aparece la novela social americana. Un estilo la hace inconfundible, el de la selva; un argumento las agita, aquel que se desarrolla en ella. El hombre pasa como un fantasma. Lleva sus problemas como fardo pero la naturaleza lo excita constantemente. Nuestros novelistas no pueden librarse del hechizo que posee la naturaleza americana que viene a ser tema y personaje en las grandes novelas. Son descriptivas, esencialmente descriptivas, y su nudo de acción se ciñe a los de la provincia o la hacienda. La psicología se adentra en los problemas telúricos de la gente aplastada por el medio. Nuestros ríos, turbios y silenciosos; la malla tupida de nuestra vegetación; las montañas, sembradas de abismos y heridas de cráteres, han ganado el espíritu de nuestros hombres. El ser humano, en nuestras novelas, alienta con la misma fuerza brutal que lo cobija.

Sarmiento (1811-1888), la primera gran figura de la literatura autóctona americana, no pudo librarse del hechizo y su "Facundo" (1845), que inicia un capítulo en nuestras letras, tiene la grandeza devoradora de la pampa, la rústica agresividad del baquiano personaje que tiene en sus manos la vida o la muerte de los hombres de la provincia, sin permitir nunca la superación del tema por el hombre.

En unos países el indio dió tono a la nueva vida que a hierro y fuego se creaba. En otros, Brasil y Cuba, los negros esclavos matizaron el material humano pero tanto en unos, como en otros, ha sido el canto —la poesía— la divisa literaria. La apatía por la novela sólo ha comenzado a deshacerse en los últimos años, al influjo de nuevas y más hondas razones sociales y a través de una naciente burguesía criolla que empieza a ser dueña de sus propios destinos.

Cuba: siglo XIX

NUESTRA tierra no podía salir del marco de Hispanoamérica. También ella ha carecido del género y sólo algunos escritores, inquietos y preocupados, lo ensayaron en el siglo XIX. Las primeras narraciones se deben a José María Heredia (1803-1839) y vieron la luz en la primera serie de "La Miscelánea", periódico crítico-literario que publicaba en México.

Poco después, José Victoriano Betancourt (1801-1859) dió a conocer algunos cuentos, entre ellos "El castillo de Kantín" (1813) en el que muestra calidad romántica. José Ramón Betancourt (1823-1890) produjo prosa narrativa, llena de interés, como "Una feria de caridad", reputada como buena, pero es preciso llegar a 1837 para encontrar los primeros novelistas. Ellos son Ramón de Palma (1812-1860) y Cirilo Villaverde (1812-1894). El primero dejó una serie de relatos con los que inicia el género del cuento cubano. "El cólera en La Habana" es una narración sombría, en la que descuella ya el brillante escritor. Aurelio Mitjans⁴ autorizado crítico de la producción literaria del siglo XIX dice: "se ve que trata de copiar la realidad no de fingir lances románticos". Villaverde dejó una novela costumbrista no superada aún y de la que nos ocuparemos después.

Anselmo Suárez Romero (1818-1882) inauguró, en 1838, la tendencia antiesclavista con la obra "Francisco" que sólo pudo ser leída en el manuscrito por unos pocos amigos del autor. En 1881, y gracias a la devota amistad de Vidal Morales, "Francisco" fué impresa en la ciudad de Nueva York. Se ha encontrado que la pintura del ambiente esclavista está realizado con

⁴ Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba. La Habana, 1890.

fidelidad aunque el idilio entre Dorotea y Francisco resulta irreal, extraño a la mentalidad de los negros esclavos. Las más autorizadas opiniones están de acuerdo en que el autor se afanó demasiado en hacer una novela sentimental, meramente imaginativa, utilizando unos elementos y desechando otros más valiosos que hubiesen dado a la obra un sentido más humano.

José Z. González del Valle, íntimo en la amistad de Suárez Romero, le escribió refiriéndose a "Francisco": "Quisiera que cuando el segundo capítulo (del que te oí una parte) comience a interesar, no pierdas la ocasión de escribir los pensamientos tristes y conmovedores de Francisco, el estado de su alma, su verdadera índole. Balzac es el novelista que sabe tal vez interesar a los lectores con cualquier cosa, nada más que por la profundidad psicológica con que se entra por la inteligencia y el corazón de sus personajes: yo nunca que pueda despreciaré un recurso artístico tan precioso, porque es el único que puede despertar en los ánimos la compasión o el sentimiento que corresponda".⁵

"Francisco" es obra de juventud. Suárez Romero la escribió a los veinte años. Su inexperiencia era total pero su estilo empezaba a alcanzar cierta fina y poética intención. El campo lo seducía y a la campiña le extraía la inspiración que puso en cuadros y escenas como "El guardiero" en el que el ambiente es todo. Además, su prosa llegaba a conmover las almas inspirándoles el deseo de un nuevo régimen social.

El tema de los esclavos fué muy explotado entre los escritores de la época. Domingo Delmonte, el humanista más atendido, el escritor y crítico más profundo, lo elogiaba como el tema de los temas. Muy compenetrado con la gran literatura universal, Delmonte instaba entre los jóvenes escritores cubanos para que abordaran los temas del ambiente y la época en que vivían. Antonio Zambrana (1812-1873) escribió "El negro Francisco",⁶ muchas de las narraciones que se publicaban entonces trataban del asunto y hasta Gertrudis Gómez de Avellaneda (1812-1873) se vió atraída por su realismo cuando escribió

⁵ La vida literaria en Cuba (1836-1840). Dirección de Cultura. La Habana, 1938.

⁶ Fué escrita por su autor en Santiago de Chile entre 1870-1875 cuando realizaba un viaje de propaganda por la abolición de la esclavitud y la independencia de Cuba.

"Sab" que algunos escritores sitúan en 1841 pero que Mitjans, más precavido, dice que escribió y publicó entre 1840 y 1842.

Las opiniones sobre "Sab" varían mucho. La propia Avelleda la descartó, con su habitual energía, de la colección completa de sus obras aunque para muchos merece leerse sólo para conocer las primeras chispas de un ingenio notable. Otros críticos, más severos, opinan que "no puede esconder su pobreza de ideas, su expresión desmayada, su falta de interés".

La novela "Antonelli" inicia el género histórico. José Antonio Echevarría (1815-1885) logró en ella un cuadrillo vigoroso y lleno de realismo matizando, con buen gusto, lo puramente histórico y lo imaginativo. No escaparon a los escritores la descripción de los tipos leguleyos y de médicos de campo. Sobre este tema merece citarse: "Mi tío el empleado", de Ramón Meza y Suárez (1861-1911) en la que se presenta, con fina ironía y buena técnica, la rapacidad de los españoles que llegaban a Cuba con el ánimo de hacer dinero. José Martí, que conoció la novela, dijo de ella que era la crítica más violenta que se había hecho a España. La otra obra es "Historia de un bribón dichoso", de Ramón Piña (1819-1861), considerada como una crítica muy aguda y bien hecha.

Ha hecho notar Eligio de la Puente⁷ que la narración, en Cuba, comenzó siendo una forma histórica legendaria de apuntes hechos, a la manera de Walter Scott; que después entró en el romanticismo para despuntar, por último, en el naturismo costumbrista que alcanza su forma más exaltada y brillante en "Cecilia Valdés". Es una orientación que ya había anunciado el propio Villaverde, en 1879, cuando declara en el prólogo de su citada obra: "Hace más de treinta años que no leo novela alguna, siendo Walter Scott y Manzoni los únicos modelos que he podido seguir al trazar los variados cuadros de Cecilia Valdés".⁸

No obstante el valor histórico de las obras que hemos citado, de ellas no puede decirse —si exceptuamos a "Cecilia Valdés"— que eran novelas cabales, llamadas a perdurar. Ramón de Palma, que poseía la pluma más correcta y grave y la intuición más clara, sólo alcanzó a trazar cuadros llenos de frescura y con el perfume de nuestra tierra, pero sin la extensión y profundidad que requiere la novela. El valor de estas obritas radica

⁷ Ramón de Palma. Cuentos Cubanos (Introducción). La Habana, 1928.

⁸ Cirilo Villaverde. "Cecilia Valdés" o "La loma del Angel".

en que abrieron el campo a la especulación imaginativa abordando un género que estaba aún por estrenarse. Más que *novelas* eran *narraciones* que se incluían, como material de lectura, en "El Album"⁹ en torno al cual se agrupaba lo más representativo de las letras a mediados del pasado siglo. Hablando de estos intentos literarios, González del Valle los llamará, sencillamente, "novelitas" o "artículos de costumbre". José Jacinto Milanés (1814-1863), "cuentos" o, repetirá "novelitas". Los críticos modernos, todos, han convenido en que no otra cosa fueron en realidad. La verdadera novela no aparece, en Cuba, hasta entrado el siglo XIX, después de la independencia, cuando un grupo de autores destacan en el género con fuerte personalidad.

Siglo XX: primicias

ERA 1905 cuando los jóvenes escritores de la primera generación republicana comenzaron a darse a conocer. Apareció el primer libro de ensayos del eminente americano Pedro Henríquez Ureña causando honda, perdurable influencia. El y Jesús Castellanos (1879-1912) modificaron el ambiente habanero depurando el gusto artístico.

En 1906 Fernando Ortiz, ya muy conocido como criminalista, publicó "Los negros brujos". Fué una renovación que afectó los criterios positivistas de la generación de Enrique José Varona (1849-1933) y Manuel Sanguily (1849-1925) aportando la luz de la ciencia antropológica contemporánea. Pero la República había nacido mediatizada por la Enmienda Platt y las luchas fratricidas, la voracidad por los "nuevos" negocios, la aspiración caudillista y la despreocupación de la realidad cubana alejaban a nuestros gobernantes del panorama en que naufragaban los anhelos de superación cultural. Como reacción al medio algunos escritores se aislaron, otros continuaron en la batalla con la pluma en la mano.

De los últimos era Raimundo Cabrera (1852-1823) abogado, patriota y hombre de acción. El mismo había escrito: "Tuve la dicha de nacer, crecer y formar mi espíritu en tiempos

⁹ Periódico de más larga vida el siglo pasado. Fué fundado en 1838 por Luis Caso y Sola pasando después a manos de Ramón de Palma. Publicó 12 tomos que contienen artículos de las mejores firmas cubanas. Fué sustituido por "La cartera cubana", dividido en cinco secciones, que dirigía Vicente Antonio de Castro.

heroicos, de nobles y desinteresadas ambiciones; vi, casi niño, a toda una pléyade de jóvenes ardorosos lanzarse a la muerte con el afán de alcanzar la gloria en la realización de un ideal de libertad, entrevisto lleno de fulgores, a la luz de sus primeras ilusiones; me vi, en la adolescencia, preso y proscrito entre venerables ancianos que habían sacrificado su fortuna, hogar, familia, todos los egoísmos y todos los goces, por dar a las nuevas generaciones dignidad y patria; presencié, en mis primeros años, el desquiciamiento de una sociedad aparentemente próspera, pero minada por el descontento y la rebeldía contra la imposición y las humillaciones y en la misma hora de la derrota, cuando todas las fuerzas incontrastables del número, el poder y la influencia se sobrepusieron y avasallaron, entre los escombros de las ciudades destruidas por el incendio y en las soledades del campo, devastado por la guerra, en la lejanía del destierro donde se refugiaban los últimos vencidos en la contienda, oí los ecos mantenidos de la protesta, la expresión del sentimiento que no claudica y presencié la acción constante, en una u otra forma, pacífica y guerrera, del patriotismo que no se rinde, labora y espera".¹⁰

Era pues, Cabrera, el novelista de la época. El escritor romántico de la ilusión republicana. Había comenzado a escribir en 1887 publicando "Cuba y sus jueces" —que alcanzó nueve ediciones agotadas— un libro ágil, documentado, vibrante, que era la réplica a un español que en Madrid, de regreso de La Habana, había publicado algunas procacidades contra los cubanos. No se detuvo aquí el escritor. Continuó, en la conspiración y en la guerra, escribiendo, tomando apuntes. Siguió publicando y, entre muchas páginas políticas, cartas, borradores de viaje, interpretaciones de los partidos coloniales, exhibía las novelas o memorias de sus andanzas. "Mis buenos tiempos" (1891), con varias ediciones agotadas y la última hecha en París, en la casa Olendorff. "Mi vida en la manigua" (1898), episodios de la guerra de Independencia; "Cuentos" (1904), "Desde mi sitio" (1912), "Medio siglo", cuentos y novelas cortas; "Sombras que pasan" (1916), "Ideales" (1918), "Sombras eternas" (1919).

Pero sus sueños románticos pasaron de moda. La República que ambicionaron los fundadores, no era tal República; los próceres no existían y los que habían sido y aún vivían habían

¹⁰ Raimundo Cabrera. "Mis malos tiempos". La Habana, 1920.

dejado de serlo. El patriotismo —decía— "parece haberse ahogado en las piras del sentimiento de nuestro pueblo". La patria era para él un concepto idealista, lleno de belleza y ajeno a la maldad de los hombres. Escribía, ya en el ocaso de su vida: "La patria era, para mi concepto, inmensa fortaleza de sólidos e inmovibles cimientos, una piedra ajustada sobre otra piedra, en planos regulares, iguales y paralelos, alzada a la orilla de un mar sereno, en los lindes de un prado ilimitado, fértil y verde. . .". Entristecido, cerca ya de la tumba, observaba que aquella "inmensa fortaleza" tenía la superficie "agrietada y rugosa" formándola, no una piedra ajustada sobre otras piedras, sino "grandes pedruscos superpuestos los unos a los otros, llenos de musgo pestilente, entre hongos repugnantes".

Era verdad. El fraude, la concupiscencia, la rivalidad, el entreguismo: eso era la República. Los escritores, aislados, no podían hacer nada y nada hicieron. Otros tenían fe. Jesús Castellanos había comenzado a escribir publicando, en 1902, "Cabezas de estudio"; en 1906, "De tierra adentro" y, en 1908, "La conjura", contra el aislacionismo culpable de los hombres cultos. Novela premiada, "La conjura" está escrita con bello estilo, prosa poderosa y sentido y proyección cubanísima. Vinieron después, "Los optimistas", "Los argonautas", "La manigua sentimental" y muchos cuentos de afilada agudeza.

En 1913 nace "Cuba Contemporánea", cuyo primer director fué Carlos de Velasco (1884-1923). De larga vida, la revista va a alentar a la generación republicana que en lucha contra la hostilidad del ambiente se abre paso entre "generales y doctores". Son los representantes del "nuevo orden político" que tiene, en el Palacio Nacional y en el Congreso, las apariencias de dos poderes Ejecutivo y Legislativo, pero que abre sus puertas a la codicia de una burguesía internacional que, a través del capital financiero de Wall Street, acapara nuestras tierras, adquiere nuestra industria azucarera, extiende y monopoliza la ferroviaria, absorbe las vegas y fábricas de tabaco y administra los servicios públicos. Nada queda para el nativo. Para el libertador romántico y el mambí insumiso que siguió a Carlos Manuel de Céspedes y peleó al lado de Gómez y Maceo reincorporándose a los ideales martianos al impacto apasionado del verbo de Martí.

Dos novelistas siguen los caminos trillados. Miguel Carrión (1875-1829) médico, publica "El milagro", "Las impu-

ras", "Las honradas", pero es Carlos Loveira (1882-1928) el representativo de la nueva generación. De origen proletario, muy joven se incorporó a la expedición del general Lacret que llegó a Cuba por Banes. En las vicisitudes de la campaña del 95 fortaleció su experiencia publicando una magnífica colección de novelas: "Los inmorales" (1919), "Generales y doctores" (1920), "Los ciegos" (1923), "Ultima lección" (1924) y, sobre todo, "Juan Criollo" (1927), donde descuella el tipo nacional cubano.

Siglo XX: de 1925 a 1950

MENOS romántico que Cabrera, tampoco Loveira, y muchísimo menos Carrión, hacía novela *eminente* social. Son obras del medio. Costumbristas, expositivas del mal social corrompido por la mediatización, la ambición y el pillaje. Los escritores de nuestros primeros veinticinco años no lograron una orientación político-social y combatían lo existente sin prever los remedios. Los jóvenes escritores, que seguían las huellas de estos novelistas, se influenciaron por el realismo de su época del que hacía gala la literatura mundial. Los ojos abiertos sobre el panorama de nuestro angustiado mundo sirvieron de norte a Luis Felipe Rodríguez (1887) —que acaba casi de morir— autor de "La conjura de la ciénaga", "La copa vacía", "La pascua de la tierra natal" para dar, en 1932, su aportación más definitiva al realismo de nuestras letras: "Marcos Antilla".

Ya más avanzado el siglo han escrito novelas de éxito algunos escritores notables. No podemos referirnos a todos y sólo hemos seleccionado las que estimamos mejores, aquellas en las que buscamos las características del género. Sin embargo, hay que reconocer que Enrique Labrador Ruiz ha acertado en "Cresival", "Laberinto", "Anteo" y, últimamente, "La sangre hambrienta" (1950). En el tema negro han penetrado, con fortuna, Lydia Cabrera, Ramón Guirao y Rómulo Lachartañeré que han recogido cuentos y leyendas de origen yoruba. Alejo Carpentier escribió "Ecué Yambá" y, sobre todo, Lino Novás Calvo con su biografía novelada Pedro Blanco Fernández de Trava, "El negrero", con la que logró la obra más bella y singular dentro del género.

Tres novelas, de las publicadas en Cuba en los últimos años, expresan el desarrollo que se ha venido produciendo dentro del

género. Estas son: "Caniquí" (1939), "Contrabando" (1938) y Tilín García (1939). Las tres están conectadas con esa época agitada de la política cubana. Ya lo dice José Antonio Ramos (1885-??) en las palabras que anteceden a la lectura de su novela: "Quien sepa lo que ha sido de Cuba y de los cubanos dignos desde 1928 a la fecha, creo que no necesita explicaciones ni comentarios míos sobre las interrupciones y colapsos, casi totales, que esta obra ha sufrido en estos siete años. Nuestro vasallaje a la usura yanqui, en vísperas de la inevitable transformación mundial que se aproxima, parece acentuarse en Cuba, con graves síntomas de descomposición social".

Las tres novelas forman, a nuestro ver, una unidad representativa de Cuba. "Caniquí", de José Antonio Ramos, es la novela histórica. Se desarrolla en Trinidad, cuando esta ciudad era emporio de riqueza, en 1830, es decir en plena esclavitud. "Contrabando", de Enrique Serpa, es la gran novela del mar. Su acción tiene lugar en la goleta "La buena ventura", en el puerto habanero y en los barrios. Epoca actual. "Tilín García", de Carlos Enriquez, es un cuadro de la sabana. Está realizado con el sentir de nuestro tiempo. Es la epopeya de la manigua que subyuga y domina al escritor.

Hemos seleccionado estos tres libros, para su estudio, porque forman una unidad histórico-geográfica en relación con Cuba: la provincia, tan importante en nuestra economía; el campo fértil, asiento de nuestras industrias agrícolas y el mar, su entraña y su fuerza. La lectura de las tres obras nos ponen en contacto con la realidad cubana, con su historia y geografía, con sus pobladores, hábitos y costumbres.

A los nombres ya citados debemos añadir el de Carlos Montenegro, autor de cuentos magníficos y de "Hombres sin mujer", publicada en México, la más terrible de las novelas cubanas. Alfonso Hernández Catá (1885-1940) cuyos relatos y novelas han sido traducidos a distintos idiomas rebasando los límites de la patria. Miembro del cuerpo diplomático, por más de veinte años, vivió muchos años fuera de Cuba frecuentando las "peñas" y "tertulias" literarias de Madrid, Barcelona, París y Sur América. Marcelo Salinas y Miguel de Marcos han tratado temas guajiros y populares con extraordinaria habilidad. Félix Soloni, periodista como los anteriores, publicó dos novelas en las que se enfrenta con los temas del solar y la barriada. No al-

canzaron perdurabilidad lo que debe atribuirse a la premura con que fueron escritas.

Igual suerte corrieron los libros de dos novelistas. Lesbia Sorabilla en "Cuando libertan los esclavos" expone el tópico de la esclavitud social de la mujer, tema que, con éxito, había abordado Ofelia Rodríguez Acosta en su novela "La vida manda" (1930) que no pudo superar en "Dolientes" (1931). Su prolongada ausencia de Cuba la ha alejado un poco de nuestros caminos y aspiraciones culturales.

El cuento tiene cultivadores muy talentosos. El de más experiencia es, sin duda, Lino Novás Calvo. Pero también Montenegro, Félix Pita Rodríguez, Enrique Serpa han escrito hermosos cuentos. En 1930 Pablo de la Torriente Brau y Gonzalo Mazas dieron a la publicidad "Batey". En la actualidad el joven de mejores promesas es Onelio Jorge Cardoso. Varios nombres de mujer han cosechado triunfos: Aurora Villar Buceta, Rosa Hilda Zell, cuyo cuento "La hormiga" es magnífico, Dora Alonso y Delia Fiallo, premio Hernández Catá.

Siglo XIX: "Cecilia Valdés"

"**C**ECILIA Valdés o La loma del Angel"¹¹ es la única novela del siglo XIX que aún se lee. Recuerdo haber visto, en alguna oportunidad, el retrato de su autor Cirilo Villaverde, un cubano de aspecto venerable, de largas y blancas patillas, ojos tristes, nariz y boca bien marcadas y denunciadoras de una voluntad firme y severa. Su intensa vida política no le permitió dedicarse a las letras como era su vocación. Las notas biográficas que de él se han escrito lo presentan en la juventud, en el Colegio San Carlos, estudiando filosofía con José Agustín Govantes, después de una infancia apacible pasada en el ingenio Santiago, en la provincia de Pinar del Río, donde su padre ejercía la medicina. Ya en la madurez, Nueva York le ofrece generoso asilo permitiéndole dedicarse a la enseñanza.

La política fué su actividad máxima. Narciso López habría de ser, para él, ruta y destino. Como su secretario particular, Villaverde emprendió el camino que ya siguió hasta su muerte. Influyó en su ánimo, sin duda, el medio político social en el que le tocó vivir en el que las virtudes del espíritu no eran estima-

¹¹ Cirilo Villaverde. "Cecilia Valdés o La loma del Angel". Cultural, S. A. La Habana, 1944. (409 páginas).

das y la producción literaria se encerraba en una pequeña *élite*. Si Villaverde hubiese nacido en otro país o, simplemente, en otro momento histórico su fama habría sido más sólida y general.

Pero, a nuestro novelista, le tocó vivir en una de las épocas más turbulentas de la Colonia. Francisco Dionisio Vives inaugura su gobierno de Capitán General de la Isla en marzo de 1823, es decir, cuando Villaverde apenas tiene once años. Durante este gobierno, que se prolonga hasta 1832, van a tener lugar hechos importantísimos para la historia de Cuba: la conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar, cuyo primer contra-tiempo ocurre en 1823 con la prisión de José Francisco Lemus, en Guanabacoa, y cuyo drama más doloroso aconteció en Camagüey con el ahorcamiento de Andrés Manuel Sánchez y Francisco Agüero a quienes se consideró emisarios de los insurrectos que trataban de invadir la Isla con tropas que al efecto facilitarían México y Colombia.

El gobierno constitucional cayó estrepitosamente. Por Real Orden de 28 de mayo de 1825 se le confirió a Vives "todo el lleno de las facultades que por las Reales Ordenanzas se concede a los Gobernantes de plaza sitiada". Sin embargo, es fama que el favorecido capitán general no hizo uso de estas facultades y que sólo creó una Comisión Militar Ejecutiva Permanente encargada de juzgar los delitos políticos y de bandolerismo.

Los anhelos de libertad fueron ahogados y el gobierno se dedicó a mantener "el orden", a la vez que construía obras públicas para distraer así la atención de la población. Fué entonces que se erigió, en la ciudad, El Templete; se construyó la Casa de Dementes; se trasladó la cárcel y se estableció un correo ordinario entre la colonia y su metrópoli. Pero de entre las cenizas de la pasada conspiración surge una nueva: la del Aguila Negra,¹² como la anterior, llamada a fracasar pero que mantuvo en el corazón de los isleños la llama de los más caros anhelos: los de la libertad.

Conociéndose, aunque sea a grandes rasgos, el medio político social en que le tocó vivir a Villaverde se comprenderá mejor su obra. Así nos explicamos que publicando el primer tomo

¹² Organizada en Veracruz con el objeto de cooperar al logro de la libertad de América Hispánica. Los fundadores de la orden fueron el general Guadalupe Victoria y como jefe supremo aparecía el habanero Simón Chávez.

de su novela en La Habana, en la Imprenta Literaria de Lino Valdés, no la diera a conocer completa hasta cuarenta años después, es decir, hasta 1879, en que la publica en Nueva York, y asimismo comprenderemos lo que el autor, refiriéndose a su trabajo literario, llama *realismo*, cuando escribe: "Reconozco que habría sido mejor, para mi obra, que yo hubiera escrito un idilio, un romance pastoril, siquiera un cuento por el estilo de Pablo y Virginia o de Atala y Renato; pero esto, aunque más entretenido y moral, no hubiera sido el retrato de ningún personaje viviente, ni la descripción de las costumbres y pasiones de un pueblo de carne y hueso, sometido a especiales leyes políticas y civiles, imbuído en cierto orden de ideas y rodeado de influencias reales y positivas. Lejos de inventar o de fingir caracteres y escenas fantaseosas e inverosímiles, he llevado el realismo, *según lo entiendo*, hasta el punto de presentar los principales personajes de la novela con todos sus pelos y señales, vestidos con el traje que llevaron en vida".¹³

Tal explicación nos exime de la obligación de clasificar la obra y nos facilita su análisis. Villaverde trazó un drama de su época. Su desarrollo tiene lugar dentro de las murallas de La Habana y su pintura es tan vigorosa, tan plástica, tan llena de colorido, que se ha dicho, y con razón, que "Cecilia Valdés" es un gran mural al fresco. Ciertamente. Ningún pintor ha hecho un cuadro de época de tal magnitud, de tal fuerza y realismo que el logrado por Villaverde en su novela.

Los materiales, todos, están arrancados de la vida habanera. El cuadro en que se desarrolla la acción está cerrado por las murallas que tenían cinco puertas: tres —la de Monserrate, Muralla y Tierra— para el público de carruaje, a pie y a caballo; dos —la de Punta y Tenaza— para los vehículos de carga. El centro vital de este plano era la Loma del Angel, en la que se levantaba la construcción de la iglesia del mismo nombre, muy concurrida por las damas y caballeros de la sociedad habanera. Allí se celebraban las bodas de postín; allí las misas de sufragio y allí también las solemnes conmemoraciones de San Rafael, en el mes de octubre, que daban ocasión para que la criolla luciera su donaire, la gracia de su cuerpo ceñido por el traje de tafetán negro y, sobre los hombros desnudos, la pañoleta de burato.

Los quitrines, que habían sustituido a las volantas y calesas que venían usándose desde fines del siglo XVIII, dejaban a la

¹³ Prólogo. Ob. cit.

puerta del templo su bella carga de habaneras que aprovechaban la oportunidad para comprar las sabrosas tortillas de San Rafael, doradas por el calor del anafe. En plazuelas y calles adyacentes había feria y a débil luz de los faroles públicos¹⁴ uníase, en estos días, la de los mechones que se colocaban en los puestos ambulantes, en los que se vendían baratijas de escaso valor, confituras de varias clases, tortas, alcorza, agua de Loja y ponche de leche. Allí cerca se instalaba la banca permitiéndose los juegos de azar a los que eran muy aficionados los criollos. El predilecto era *el monte*.

Por el rumbo, en la esquina de Aguacate y O'Reilly, vivía Cecilia Valdés, la mulata más salerosa de La Habana. Villaverde nos la presenta desde que era una chiquilla, tan bella como "las vírgenes de los célebres pintores". De frente alta, coronada de cabellos negros y copiosos, naturalmente ondulado, con facciones muy regulares, nariz recta que arrancaba desde el entrecejo y, entre los labios, dos sartas de dientes menudos y blancos. Sus cejas describían un arco y daban mayor sombra a los ojos negros y rasgados los cuales eran como movilidad y fuego. La boca la tenía chica indicando más voluptuosidad que firmeza de carácter. Las mejillas llenas y redondas y un hoyuelo en medio de la boca formando en su totalidad un conjunto hermoso que "para ser perfecto, sólo faltaba que la expresión fuese menos maliciosa, sino maligna".

Es esta mulata la protagonista de la novela, la que arrastra sus chancletas por la plazuela del Cristo, o por las de San Juan de Dios, si va para Santa Clara. La muchacha de "cuerpo más delgado que grueso, antes baja que crecida, y el torso, visto de espalda, angosto en el cuello y ancho en los hombros", la que prendió una llama de amor en el veleidoso corazón de Leonardo Gamboa, con residencia en la esquina que forman las calles de Luz y San Ignacio.

Estudiante de jurisprudencia, Leonardo se distinguía, entre los jóvenes de su edad, por su varonil belleza, su afición a las mujeres, hábito que había adquirido de su padre, y por la espléndida forma en que dilapidaba el dinero, parte de la cuan-

¹⁴ El primer alumbrado público de La Habana fué ordenado por Josep de Ezpeleta y Galdeano, Gobernador de la ciudad de San Cristóbal de La Habana y Capitán General de la isla de Cuba y de las provincias de Louisiana y Florida, por bando del año 1789. Boletín del Archivo Nacional. La Habana, Cuba. 1916. (Tomo XV, pág. 355).

tiosa herencia que había de recibir de sus mayores y que sumaba el central "La tinaja", el cafetal "Las mercedes", la goleta "Veloz" más de un centenar de esclavos, miles de onzas de oro y bienes raíces en La Habana y regiones del interior de la Isla.

El nudo dramático de la novela ha sido llevado hasta las páginas finales en las que el desenlace descubre la acción. Los amantes viven con pasión un amor pecaminoso en el que se confunde, ignorándolo ellos, la sangre de dos hermanos, ya que Cecilia es hija de don Cándido Gamboa, que había llevado una vida disipada en relaciones ilícitas con las mulatas habaneras, entre las que repartió sus ocios y halagos de contrabandista negrero.

La pluma de Villaverde se complace en trazar los tipos principales de su novela, personajes de carne y hueso a quienes trató. Doña Rosa Sandoval es una criolla orgullosa y soberbia. Ama a su hijo con ese cariño lisonjero y consentido que disipa las responsabilidades. Como madre es suave, complaciente, comprensiva; como ama es cruel e intransigente con los esclavos. Don Cándido es el tipo representativo de los españoles de la época, residentes en Cuba. Había hecho fortuna en oscuros negocios y después el grueso de su capital se había aumentado con el tráfico ilícito de negros a los que Gamboa hacía conducir a Cuba, desde las costas de África, en su goleta "Veloz" que muchas veces había sido apresada por las naves inglesas que vigilaban los mares para hacer cumplir la cláusula del Tratado de Utrech que se refería a este importante comercio.¹⁵

La riqueza de la Isla no marchaba pareja con el progreso material que se advertía en La Habana. El Paseo del Prado era la mejor avenida. Tenía no más de una milla de extensión "formando un ángulo casi imperceptible de 60° frente a la plaza donde se levantaba la frente rústica de Neptuno. Lo constituían cuatro hileras de árboles comunes del bosque de Cuba, algunos

¹⁵ Las primeras concesiones para el tráfico negrero las otorgó, la Corona de España, a los flamencos, pero en 1532 recobraron sus súbditos el monopolio, hasta 1580 en que Felipe II las concedió a una compañía genovesa; y el V de los Felipe, más tarde, las otorgó a los flamencos. En 1713, al discutirse el Tratado de Paz de Utrech, Inglaterra reclamó para sí el monopolio y lo disfrutó por espacio de treinta años. Por este motivo en los mares que separan al continente negro de América había siempre una flotilla inglesa lista para apresar a los contrabandistas que eran muy audaces.

con la edad, muy corpulentos e impropios de alamedas. Por la calle del centro, la más ancha, podían correr cuatro coches apareados; las dos laterales, más angostas, con unos pocos asientos de piedra, servían para la gente de a pie, hombres solamente, quienes en los días de gala o fiesta se formaban en filas interminables". Por esta avenida era fama que no paseaba la juventud criolla o cubana que rehusaba confundirse con los peninsulares endomingados. Para los jóvenes estudiantes era denigrante sorprender a una hermana en amores con los militares españoles llegados de la Metrópoli con el ánimo de reconquistar México y quienes ante el fracaso habían encontrado, en La Habana, cómodo refugio dedicándose a hacer fácil fortuna en los negocios o la burocracia, amparándose en el Gobierno para hacer contrabando y obtener jugosas concesiones.

La máquina de vapor comenzaba a llegar. La fabricación de azúcar se hacía por medio de modestos trapiches movidos por bestias de carga y negros esclavos. Las familias adineradas pasaban en la capital los meses de otoño e invierno, cuando tenían lugar los rumbosos bailes de la Sociedad Filarmónica. En los meses de canícula se trasladaban a los campos, a los alrededores de La Habana, al ingenio o al cafetal donde siempre había agradable temperatura, casa acogedora, portales, jardines, hamacas y naranjales espléndidos.

En lo intelectual aquella Habana de Cecilia Valdés era muy refinada. La *élite* poseía cultura filosófica adquirida en el Colegio San Carlos donde el Padre Varela redactó un texto apartándose del aristotélico, único seguido en Cuba, hasta entonces, desde la fundación de la Universidad en 1714. En aquel Colegio enseñaban, junto a Félix Varela que había reemplazado al ilustre Padre Caballero; José Antonio Saco que sustituyó a Varela cuando marchó a representar a Cuba a las Cortes Españolas; José Agustín Govantes y Francisco Javier de la Cruz. Merced a estos ilustres hombres reinaba alguna libertad de enseñanza y las ideas antiesclavistas comenzaban a propagarse.

Delito grave era hablar de política. La prensa, "La Moda o Recreo Semanal",¹⁶ "La Siempreviva",¹⁷ "El Plantel",¹⁸ era muy buscada. Posteriormente, muchos habaneros leían "El haba-

¹⁶ Pertenecían a Domingo Delmonte y a Villarino.

¹⁷ Escribían aquí Antonio Bachiller y Morales, Manuel Costales, José Victoriano Betancourt, José Quintín Zuzarte y varios más.

¹⁸ Fué fundado por Ramón de Palma y José Antonio Echevarría.

nero" que Félix Varela editaba en Filadelfia y que las autoridades coloniales se habían apresurado a declarar "subversivo". También circulaba, clandestinamente, "El Mensajero Semanal", periódico científico literario que Saco publicaba y en el que apareció la defensa que hizo de Heredia en la polémica contra La Sagra.

Mitjans dice que la censura tachaba hasta lo más inocente. Los carteles de teatro requerían la rúbrica del capitán general y era bien conocida la prohibición de la palabra *libertad* hasta en la ópera "Los puritanos". El teatro era de las diversiones favoritas. En mayo de 1776 se había terminado la construcción del "Teatro Coliseo".¹⁹ En 1803 fué decorado por el artista italiano M. Peruani. Humboldt halló que era un lugar agradable y que estaba decorado "con gusto". En 1800 se había inaugurado otro local fuera del recinto amurallado de la ciudad. En 1827 otro en el barrio de Jesús María y en 1830 se abrió, como teatro, el edificio que Juan Bautista Vermay había construido para diorama.²⁰ Muchos cómicos visitaban la plaza. En el "Coliseo" había compañía completa dirigida por Andrés Prieto y Antonio Rosal.²¹ En el "Diorama" trabajó varias veces Diego María Garay.

En el ánimo de la juventud ejercían gran influencia los patrióticos versos—editados en Toluca, México, en 1832 y, anteriormente, en Nueva York, en 1825—, de José María Heredia. Su oda "La Estrella de Cuba" (1823), su epístola "A Emilia" (1824), su soneto a Boves y su "Himno del Desterrado" (1825) eran muy leídos. Muchos jóvenes los aprendían de memoria y no pocos los repetían en las primeras ocasiones.

Se oía el rumor que el gobierno americano se había opuesto a la invasión de Cuba y Puerto Rico por tropas americanas y colombianas. En el cuartel de Dragones y en el de las Milicias de Color, en el Castillo de la Punta, estaban presos y en espera de la muerte los cómplices de la conspiración del Aguila Negra. Conoció Cecilia Valdés al violinista Brindis de Sala

¹⁹ Situado en el extremo de la Alameda de Paula, entre la bahía y la calle de oficios.

²⁰ Llegó a tener 292 lunetas, 49 palcos, 132 asientos de sillones y una cazuela de gran tamaño.

²¹ José Juan Arrom. Historia de la literatura dramática cubana. Yale University Press. New Haven, 1944.

y, en más de una ocasión, danzó con un mulato habanero, bien parecido y poeta, al que llamaban Plácido.

En la librería de la Cova, en la calle de Muralla, se adquirían los últimos libros llegados en el correo de la Península. Los de Balzac tenían fácil venta. "Nuestra Señora de París", de Víctor Hugo, era muy solicitado. Los ejemplares del Quijote y "Persiles y Segismunda" se agotaban rápidamente y Quintana, Gallegos y Martínez de la Rosa eran nombres familiares a Domingo Delmonte en cuya hermosa residencia se celebraban las "tertulias" literarias más famosas de la época.

La esclavitud

PERO en esta Habana, refinada y romántica, existía una institución bochornosa: la esclavitud. Este auge colonial se asentaba sobre el trabajo de los esclavos africanos, cuyo tráfico había tomado gran incremento por consejos de Francisco de Arango y Parreño, de lo que más tarde se arrepentiría. Las innovaciones técnicas introducidas en la fabricación del azúcar, la supresión del monopolio comercial español, el desestanco del tabaco y la creación del Real Consulado de Agricultura y Comercio multiplicaban la riqueza criolla al mismo tiempo que creaban las más inhumanas medidas de terror.

Para narrar las injusticias de la explotación esclavista Villaverde conduce a sus personajes al ingenio "La Tinaja". Esta parte del libro está escrita con sentido antiesclavista, siempre de manera realista y sin hacer teoría. La parte en que narra la conversación de don Cándido, con su esposa, en la que le revela que el capitán de la "Veloz" se ha visto precisado a echar al agua "los fardos" ²² que tenían sobre cubierta "que por cierto eran los muy enfermos, los enclenques, aquellos que de todas maneras morían, mucho más pronto, si los volvían al sollado donde estaban como sardinas, por que fué preciso clavar las escotillas", es de un dramatismo conmovedor, y no lo son menos las escenas en que explica cómo María de la O es rematada con sus cuatro hijos, así como aquella que narra la fuga de los siervos que ya no aguantan más el grillo de doble ramal y las cadenas con maza.

²² Nombre que se les daba a los negros que venían en las goletas contrabandistas.

Los cimarrones eran cazados y castigados con tal crueldad que se hacía preciso curarlos con "aplicaciones de sanguijuelas a las sienes y por lo que hace al tétano fácil es que se presente mediante a que el negro se ha mojado después de recibir las heridas". Pero donde la dramaticidad llega a su clímax es en las escenas en que Villaverde refiere cómo Pedro, un esclavo, se ha tragado la lengua aunque para ello ha sido preciso un desesperado esfuerzo de absorción, al que sucedió una agonía terrible; y el ahorcamiento del otro cimarrón al que las guásimas parecieron más acogedoras que los barracones del batey.

Poseía el autor de "Cecilia Valdés" una espontánea brillantez para las descripciones y aunque algunas veces abunda en innecesarias y demasiado largas; otras, en cambio son concisas, como las de los bailes que se celebran, en distintas fechas, de blancos y negros, aunque ambos con gran tipicidad y colorido. Otro pasaje descrito a maravilla es aquel en que Isabel viaja por el valle de Vueltabajo y que Villaverde aprovecha para la descripción geográfica de la región.

Se ha dicho que más que un triunfo literario, "Cecilia Valdés" lo fué político. No es extraño: en ella se exhiben las lacras del régimen colonial y se ponen de manifiesto las desigualdades e injusticias sociales. Cuando se refieren los métodos para administrar justicia, dice: "una ejecución de mujer blanca, era más rara que dar garrote a la gente noble". La misma forma en que describe a don Cándido ("hombre sin escrúpulo, contrabandista, inculto, ambicioso, rapaz y, sin embargo, próximo a ingresar en la nobleza española que "para ello no le faltaban méritos" y que, además, gestionándose "estaba un buen agente quien obtendría que Fernando VII lo nombrara Conde de Casa Gamboa") es la forma más real de criticar un régimen en el que imperaba la corrupción y la incapacidad.

El autor de "Cecilia Valdés" no desaprovechó la oportunidad para hacer una crítica de la juventud criolla de la época. La novela es un documento de aquellos años de desmedidos esfuerzos en aras de la independencia y de inicio de una conciencia ciudadana que no habría de tener completo desarrollo hasta varias décadas después. Emeterio Santovenia²³ ha trazado un ajustado juicio escribiendo: "la peor tacha que ya ponían al cubano los usufructarios del coloniaje consistía en el hecho de haber nacido en Cuba. El talento y la inspiración, la honradez

²³ Del pasado glorioso. La Habana. 1927.

y el patriotismo, prendas tan estimables en otros países, eran en Cuba crimen imperdonable”.

Por la forma en que “Cecilia Valdés” refiere la historia, por su pureza en los datos y su realismo en la acción, puede considerarse una novela ejemplar. Leyendo sus apretadas líneas sentimos vivir un pueblo y gemir una raza. Aun, en nuestros tiempos, posee las virtudes que la hicieron famosa: frescura, belleza y pasión. Y si Cirilo Villaverde no hubiera escrito otras páginas, éstas solas bastarían para que su nombre viva siempre en la historia de nuestras bellas letras.

(Continuará en el próximo número)

LA JUSTICIA DEL VARAYOC

Por F. LEÓN DE VIVERO

NICOMEDES Barrantes y Escajadillo celebra en su latifundio la festividad del Santo Patrono. Gamonales de la región, ventrudos, rústicos, gozosos y glotones, acompañanlo. Son sus compadres, defienden idénticos intereses, persiguen iguales propósitos y militan en el partido del gobierno. Los une entrañable amistad, nacida en el despojo de la tierra y la explotación del indio. No hay vínculo más fuerte y perdurable entre los hombres que la lucrativa asociación del mal.

Los ágapes y tertulias en la Sierra, brindan oportunidades para transmitir y comentar sucesos, recoger informaciones, indagar existencia y costo de productos, pactar compromisos, fijar precios, disfrutar de placeres y conocer vida y milagros de los vecinos. El gamonal, en el propio escenario y fuera de él, jamás abandona las congénitas aficiones de paradislero. Anda a caza de noticias y si no las halla, las finge o inventa.

LA misa mayor en la capilla barroca de la hacienda termina. Los cohetes revientan en chisporroteos multicolores. Las bandas de música y los típicos conjuntos indígenas atruenan el espacio. Los bajos, contrabajos, trombones, clarinetes y cornetines compiten y asordan con quenás, pututos, antaras y demás instrumentos autóctonos. El júbilo es general, apabullante, indescriptible.

Los indios del pueblecito enclavado a la fuerza dentro de los linderos del feudo voraz que nunca deja de crecer, danzan y beben sin tasa. Las payas lucen llamativos y vistosos trajes de fiesta. Junto a las blusas de tonos recios destacan las anchas y graciosas faldas de bayeta bermeja. Sobre el pecho combo y sensual brillan prendedores en forma de cucharas, tenedores y mariposas de filigrana de plata. Las negras trenzas caen encima de las espaldas incitantes que cubren lindas llicllas. Del lóbulo de las orejas carnosas y prietas penden gruesos zarcillos

de oro y plata. Y en los dedos retacos de las manos cuadradas relumbras valiosos anillos de metal.

El sol quema fuerte en las alturas. La naturaleza también contribuye al éxito del holgorio. Presta marco y tendal. El cielo luce claro, límpido, azul. De las nubes negras que portan lluvia y presagian tempestad no queda rastro. Uno que otro cirro gatea parsimonioso al soplo de los alisios. A lo lejos, en las altas cumbres, descansan los ventisqueros, albos, imponentes, ceñudos.

El bullicio y alegría acrece. Alegría en los patrones que gustan de los mejores vinos, aguardientes, coñacs, ginebras. Alegría en el pueblo por el día franco que defienden y escudan a socapa de San Cayetano: día exento de trabajos, sacrificios y penas.

Los indios ingieren cañazo y chicha. Chacchan coca, la hoja sagrada de los incas. Cuando se llevan penas centenarias, la embriaguez reconcilia al hombre consigo mismo y la naturaleza. Lo libera del tormento diario, de la carga cuotidiana, del fantasma hecho sudor y servidumbre. La exaltación alcohólica sumerge al nativo en el olvido de lo personal y recóndito. Olvidar el agobio arrastra a regocijos extremos. Los frenos se sueltan o rompen. Para vivir el indio explotado, necesita de la coca y alcohol. Su capacidad extraordinaria para el dolor requiere de tan nocivos estimulantes. Y el gamonal que sustenta inmuebles, muebles y semovientes en hombros del dolor aborigen —impotente éste de protestar, reclamar y reivindicar—, prodígale montones de coca y tragos de cañazo. Coca y alcohol que adormecen la sensibilidad y matan las energías de la raza. Pero coca y alcohol que sepultan instintos, odios del despojado, impulsividades del oprimido.

El latifundio serrano se forjó tras ofrendas aguardentosas y dádivas cicales. Después vinieron tinterillos, jueces, escribanos, peritos y testigos a legalizar con títulos supletorios las tierras usurpadas. El latifundio subsiste y fortalece al socaire de odres de cabra y aypus de coca. El escudo caciquil representa: espaciosa extensión de tierras, al fondo de los Andes y en la cima dos manos toscas y febriles: la siniestra invita coca, la diestra enarbola una espita.

Los gamonales están en su pepinar. Con la servilleta de hilo amarrada al cuello, relámense de gusto labios y bigotes. Saborean y regoldan el succulento banquetete. Cultores de la gula,

proclaman las excelencias de la cocina serrana, rica en platos indígenas y españoles. Al fin, y con gran contentamiento de cocineras, fámulas, fregatrices y pongos, deciden reposar la comilona. Alrededor de las mesas de juego echan algunas "partiditas" de rocambor que rocían de vez en vez con cacao, menta, benedictino y anís del mono.

El eructo de los vientres repletos, el palillo que entra, sale y escarba en la helgadura de los dietes ralos y desiguales y el chasquido sonoro de la lengua que arranca la última partícula de grasa atascada en la raíz descubierta del molar, ponen los nervios de punta a la señora de don Nicomedes.

MISIA Micaela Ponce y Amézaga de Barrantes, limeña, inteligente y fina, nació en hogar de muchas campanillas. Los padres y abuelos amasaron caudales. Escrupulosos, educáronla en magnífico y acreditado plantel. Cursó estudios en el Colegio del Sagrado Corazón en León de Andrade. La falencia fortuita de los suyos, infortunadamente, la condenó por brutal imperativo materno a los brazos del primer arribista social que alardeara de opulencias. No era guapa. Sin embargo, su bondad, cierto hechizo de los ojos negros y tristes y el donoso mohín en la boca chica y encendida, agraciaban la estampa de esta hermosa fea, belle laide dirían los franceses. Tuvo sí la rara virtud de compenstar con longa cultura la parquedad física. Amaba los libros, viejos amigos que jamás decepcionan. No comprendía la existencia del Comodoro Vanderbilt que leyó un solo libro, *Pilgrim's Progress*, y eso a los setenta años de edad. Hablaba francés e inglés con fluencia. Ya pobre, invertía pequeños ahorros en el "libro del mes" que Brentano remitiale desde Nueva York. Las amigas, atónitas, censuraban estos desembolsos y preferían jactanciosas abrir cuentan el *Bon Marche* o el *Printemps*.

La madre, egoísta, calculadora, inculta, la sacrificó irremisible e inhonesta. Por supuesto, no se arrepintió de ello. Verdad que en su alma no cabían remordimientos. En aquellos tiempos, no pocas madres autoritarias, intervenían enérgicas en el futuro de las hijas carentes de patrimonio. El destino lo resolvían con muy particulares balanzas de pro y contras. Inflexibles, uncíanlas al yugo que ofreciera positivas garantías económicas.

Doña Jesusita, madre de Micaela, confidencial, atrevida, parlera, dogmatizaba a su comadre Concha Alvaro:

—Desengáñese comadrita. . . El dinero en el mundo es desconsiderátum, sursuncorda, llave y palanca. El oro diabólico sirve para sacar las ánimas del purgatorio, según sentenciara, certero, Cristóbal Colón. Y lo creo a pie juntillas como que hay Dios en los cielos. La madre debe velar por la felicidad de la hija. Nuestra fortuna, malhaya la hora, se evaporó. No queda más remedio que asegurar a la muchacha. Las chicas de hoy no piensan. . . ¡Qué cabezas, santo Dios. . . ! Las muy bellacas sueñan con el amor. ¡Habrás visto tamaño desatino! ¡Ridiculesces. . . ! No hay más amor que la platita. . . , sonante y cantante. . . , "libritas" y "quintos" y no frases huecas, tontas, que destilan miel de chancaca. Parece inconcebible que esta moza aun no aprenda a apuntar bien. Si tuviera mis agallas otro gallo le cantara. Temo que se quede para vestir santos. Por dinero baila el perro, y por pan, si se lo dan. Ya ve usted a la fulana. . . ¿Quién habla de sus pobreza de antaño? Cazó al ricacho del azucarero, el nieto de la vivandera. . . , y la sociedad, de capitán a paje, va a tragar donde ellas. . . Pues, mi hija, se casará con quien yo determine.

Doña Jesusa creyó encontrar en Barrantes el candidato providencial. Su humildad aparente, instrucción incompleta —apenas terminó primaria—, el exhibicionismo que lo arrastraba a engalanarse con anillos, solitarios, relojes —usaba uno de "paila" en el chaleco de piqué y otro en la muñeca izquierda—, mancuernas, prendedores de corbata y garambainas, los ojos de carnero ahogado que ponía ad hoc y la fama de dineroso, cautivaron a la futura suegra. A ella importábase un ardite el trasfondo de Nicomedes, su sordidez, voluntariedad, celos, tacañerías e inclinaciones donjuanescas. Conocía de oreja estas últimas y los otros defectos de visu, si caló hondo. Las versiones de atropellos y estupro llovían copiosas. Inclusive, salió a relucir la numerosa y desamparada prole. El chismorreó describía los allanamientos domiciliarios de Barrantes y la sarta de ultrajes perpetrados en niñas de once años. Tampoco ignoró el apodo vulgar y maligno de "burro hechor" que le colgaron en la provincia. Ella olía el oro, su oro, lo que bastó para lavar lo de culpa y pecados de juventud.

Nicomedes perdió el seso con la muchacha. Es posible que la indiferencia de ella exacerbara el agreste corazón. Aunque dolía la repulsa instintiva de Micaela, revistióse de paciencia y no alteró planes ni proyectos. No era hombre que tascara des-

alientos y quebrantos. Sobreponiase a desdichas y adversidades. De reveses y desventuras extraía energías. Contando con el apoyo de la madre, lo demás valía cero. A la postre, imaginaba domeñar a la limeñita engracida e insolente. Y un día, ceremonioso y de "chaqué", solicitaba de doña Jesusa la mano de su hija. La madre desborda felicidad. . . . computa y sopesa victorias y cartas de triunfo. Entran al grano y conciertan fechas para el cambio de aros y matrimonio. Las esquelas de estilo se cursan apresuradamente. Invitan a políticos, plutócratas, profesionales y altos jefes del ejército.

En la iglesia de La Soledad, el Obispo bendice la unión sacramental. Apadrina el acto el presidente del Senado. El Presidente de la República comisiona al jefe de la Casa Militar para que asista al acto y congratule a la pareja.

Micaela padece lo indecible. Su voluntad se frustró. Estrellóse frente a la indoblegable autoridad materna. Ruegos y súplicas, desplantes y negativas fueron inútiles. Barrantes, impetuoso, condúcela a la hacienda. Allí pasarán la luna de miel y allí consumirá Micaela, destino, ilusiones, juventud.

Víctima de los celos que llagan y martirizan. Barrantes provee retenerla en plena serranía. La distancia resulta parapeto contra tentaciones capitalinas y bálsamo que cura insurgencias. Sueña y tortura levantando externo e inexpugnable cinturón de castidad. De la casa-hacienda no saldrá viva. Juró y cumplirá el juramento. Socolor de caminos intransitables y atracos de bandoleros temerarios, le impide viajar a la capital. En el feudo la mantendrá segura y suya. Por algo, es el amo, señor de renque y cepo.

El sí suele frecuentar Lima. Pretextó negocios e infundios. En realidad, la agitación, murmuraciones y cominerías de Mercaderes, los Portales y Pescadería y cinculillos de restaurantes, prostíbulos, clubes, lo subyugan. Nutren vigiliias y alimentan ardores. Obseso con la representación parlamentaria de la provincia que aumentará su poder, no desaprovecha coyunturas. Las aborda. Cabildea. Aprendiz de politiquería criolla, compone festines. Halaga a los testafellos del régimen. Los trae y lleva de "El Rinconcito Surqueño" a "La Ramada Piurana" y de aquí a casa de "La Potranca". Afianza contactos y relaciones. En Perú, regalitos, almuerzos y encerronas abren puertas. . . . Son trampolines para el salto y asalto de la cosa pública.

La denigrante y vergonzosa tiranía doméstica prohíbe a la esposa leer libros que no sean catecismo, rezos o las *Meditaciones de Kempis*. Le disgusta y contraría Santa Teresa. La pasión por Jesucristo, candente y absoluta, le desagrada. Vanaglóriase de su bibliofobia ancestral. Los libros, uzga, quitan tiempo y colman la mente de fantasías peligrosas. La mujer vino al mundo con misión sagrada y específica: criar, coser y cocinar. No aprueba más actividades. ¡Guay de ella si la pilla leyendo a escondidas algún otro libro! Cobarde, habría vuelto a pegarle. En ocasiones, maltratábala feroz, de palabra y obra. Complaciáale ofender y castigar a la "remilgona", mote que le aplicó y difundió profusamente. Desde entonces, Micaela, asumió señero papel: cuidar a los hijos —suyos y ajenos—, proteger y favorecer a los indios, rezar de cinco a seis y media de la tarde, todos los días, con la servidumbre, interminables rosarios y letanías. Sufrió humilde y callada las infamias del esposo atribiliario. Pagaba así la voluntad agria, ambiciosa y despótica de quien le diera el ser y, largo, imperdonable resignación y falta de valor.

EN la noche, ebrios, Barrantes y amigos, cenan... Suponen apaciguar los efectos del alcohol si añusan el estómago. Comen y ahitan. Micaela, harta del lenguaje soez y espectáculo afrentoso, pasa furtiva al dormitorio. Nadie advierte su ausencia. Terrible basca la angustia. Suda y tiemblan sus miembros. La mujer del mayordomo busca a la patrona. Cruza pasadizos y habitaciones. Urge hablarle. Sigilosa revela el repulsivo encargo del patrón: distribuir en los cuartos de huéspedes, indias aseadas... Indignada, manda retirarlas. Lloro amargamente lágrimas de sangre.

A las tres de la mañana, el sueño vence a los comensales. Dando tumbos se dirigen a los cuartos señalados. Nicomedes Barrantes ríe a mandíbula batiente con la sorpresa adobada... En la borrachera, divaga acerca del conticinio, la hora del silencio... propicia, auspiciosa... Intenta comentar el hecho con Micaela. El alcohol y ají arremolinaron glándulas. Trata de abrazarla y besar. Airada y colérica, recházalo. El hombre inspira asco. Incrépale conducta y proceder. Vuelca amarguras, desengaños, sufrimientos... Esta es la hora de la liberación... de arrojar por la borda, complejos, debilidades, humillaciones... Entera, valiente, bravía, declara no tolerar más esta clausura de

martirio. . . , crápula. . . , vergüenza. Anuncia irreductible y varona que partirá a Lima, la mañana siguiente. . .

El semblante de Nicomedes cambia de colores. Se demuda. . . De la boca viscosa escapan espumarajos de rabia y viles denuestos. Micaela demuestra impavidez y coraje. Míralo de frente y de arriba abajo. Los párpados tiesos apuntalan la mirada. No tiembla. Perdió el miedo y ahora, aflora íntegra, inédita, la hembra fiera y digna. . . El, furioso y demente, coge la tranca de la puerta. . . , y rudo, salvaje, descarga golpes y más golpes. . . La mujer cae al suelo. De ojos, oídos y nariz corre la sangre a raudales. Muere sin lanzar un ¡ay!

El gamonal acuéstase y duerme tranquilo, plácido. . . En la tarde próxima, despierta. Desperézase. Estira los brazos y expectora. Dispara flemas en paredes y puerta. La mujer sigue inmóvil, yerta. Los ojos abiertos miran fijos, tercos, acusadores. La sangre en charcos oscurece el rojo vago de los ladrillos. Lento, flemático, se viste de negro. No delata vacilación, estremecimientos. Posee la frialdad innata del esquizofrénico. Calmo aparece en el salón. Breve, cortante participa la súbita muerte de Micaela. . . , a consecuencia de un infarto al corazón. La rigidez del rostro desconcierta. Los músculos tensos no denotan preocupaciones. Saca del bolsillo el pañuelo blanco de batista y enjuga párpados y frente. Los amigos se niegan a creer. ¡Es imposible. . . !, aducen. ¡No!, afirma él. Lo imprevisto, lo fatal mordió, agrega. Abrázanlo. Imperturbable, agradece pésames.

EN basto cajón de molle la meten y sepultan luego en el cementerio privado de la hacienda. De los ojos fulleros del patrón brotan unas cuantas lágrimas, aparatosas, de cocodrilo. Los hijos y los indios lloran desconsolados. Recuerdan ternuras, delicadezas, indulgencias maternas, afectos. . . Los amigos y Nicomedes matan la pena bebiendo días y días.

La servidumbre, a la sordina, glosa la bárbara paliza, causante del fallecimiento. El Varayoc del lugar, ebrio y pensativo, musita:

—¡Pobre de mi amita. . . ! En el cielo estará. . . ¿Quién sabe si Dios le hará justicia? En la tierra no la hubo para ella ni la habrá para nosotros. La justicia de los blancos, aconchabada con el amo, reiterará que murió del corazón. . . Nuestra ley india manda matar al que mata a uno de los nuestros. . . En el Imperio se mataba al asesino. . .

Los meses transcurren. El gamonal borró de la memoria a Micaela como los muchachos de la escuela borran en la pizarra odiosos problemas de trigonometría. Monta en mula alazana todas las madrugadas y va a cazar patos en la laguna del roquedal. Diez indios apostados esculcan. Los ojos de venado-vigilan incesantes. El achiote disimula fisonomías. Están embijados.

Barrantes monta indiferente. El peligro no lo olfatea. De pronto, felinos brincan los indios. Se le echan encima y descalban. Las voces de socorro y los gritos de espanto no se oyen en las abras y bosques de piedra andinos. La cordillera apaga clamores y alaridos. Los absorbe, diluye, enmudece. Hay sordera cómplice y justiciera. ¿Quién puede defenderlo? Nadie. Nadie salvará su vida. Está condenado y ha de morir. Cerca de treinta minutos, los indios severos y emponchados, sostienen a Nicomedes bajo el agua barrosa. Los dedos despliegan dureza de garfios y ajustan cual amarras de cabuya. La asfixia sofoca el último aliento que resta. . .

Durante la semana, el personal de la hacienda, busca afanoso al patrón. Recorren y registran potreros y campos. Con ninguna huella topan.

Una mañana estuosa, el caporal —indio nato—, encuentra el cadáver que flota. Está irreconocible. Su aspecto repugna. La descomposición hiere el olfato. Todos a una exclaman: murió ahogado. Y todos a una en el pueblo, corean el estribillo. . .

Los funerales realizanse. Las campanas tocan a doble. Mayordomos y caporales obsequian chicha y cañazi. Se le entierra en tumba continua a la de Micaela. Los ojos de los indios, secos, ásperos, estoicos, no vierten lágrimas.

El Varayoc de andesita, bebe impasible. . .

AMANECER DE UN POETA

DORA Isella Russell (nacida en Montevideo en 1925) es una de las más promisoras poetisas que han surgido en los últimos años, en la poesía de América. Ciertamente su obra es natural que sea así —no ha terminado de evolucionar; en última instancia hasta pueden enumerarse algunos defectos de artista joven; no obstante, de ella puede decirse algo que no suscribiríamos de la poesía de muchos versificadores: tiene alma, chorrea vida, y vacía este contenido en versos admirables.

Dora Isella Russell publicó hace pocos años (1943) su primer libro: "Sonetos", suave y delicado relicario sentimental que evidenciaba que su autora poseía muy estimables condiciones líricas. "Las virtudes de este primer libro de Dora Isella Russell fueron ampliadas en 1946 con la publicación de "El Canto Irremediable", en que junto a los sonetos que continúan la trayectoria del tomo inicial —aparecen poemas en verso libre, de viva música interna. Luego, en 1949, publicó "Oleaje". Ya por esta época la poetisa alcanza cierto fino acento personal, no obstante las reminiscencias modernistas (un poco del "Yo soy aquel que ayer no más decía"...) que todavía resuenan en sus versos. Su poesía, nacida de la desolación de un amor irremediable —motivo eterno de la canción— expresaba, a veces, con admirable certeza melancolía o nostalgia:

"Yo fui la niña que quedó en camino.
Queriendo o sin quererlo ya me vine
de aquella adolescente ilusionada
hasta esta joven desafiante y triste"...

Ahora un nuevo libro: "El Otro Olvido" (Editorial Cuadernos Americanos, diciembre 1952), aunque marca escasos progresos en la temática y arquitectura de su poesía, acentúa poderosamente su impacto emocional. En su sinceridad, en su sencillez dramática halla las mayores virtudes de este poeta llamado, sin duda, a nobles destinos en una literatura que, en Latinoamérica, estaba ya cayendo en la retórica cuando no en la cursilería:

Entre los vaticinios del pasado,
edad sin rostro, risa en el camino,
no advertía mi tiempo comenzado;

el ave aun era el ave y no su trino;
 mas ya dolía el sueño anticipado,
 y sin saberlo iba a mi destino.
 Así comencé a dar, como la fuente,
 el agua clara que se hará torrente.

De Dora Isella no puede decirse todavía que sea un artista dominador de todos los recursos de su oficio; fáltale aún asimilar algo de la herencia de la poesía moderna, en sus virtudes o sus excesos; fáltale también quizá incorporar nuevos dominios a su lenguaje —poco extendido por cierto desde "Oleaje"—. No sé hasta qué punto le sirva, en el futuro, apegarse a metros clásicos; el ejercicio del soneto, que ella maneja con frescura, le han adiestrado para el versolibrismo, que empieza a cultivar. Probablemente en él esta poetisa halle, más fácilmente, una expresión personal para su apasionado temperamento.

Por supuesto, estos reparos —nacidos más bien de la apreciación muy grande que tenemos de su talento— no quieren decir que, en la actualidad, Dora Isella no sea ya mucho más que una dorada promesa. Mas, precisamente por eso, deseamos que cuide su admirable vocación.

En la literatura americana, la poesía femenina, después de la aparición de sus más grandes exponentes (repetamos los nombres de Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, Delmira Agustini y Alfonsina Storni), no se han producido, en estos años grandes figuras, si exceptuamos a Claudia Lars, esa notable y poco conocida poetisa salvadoreña, a quien dicho sea de paso, no se le hace aún la justicia que merece. La aparición de Dora Isella debe recibirse, pues, con alborozo; creo firmemente que el tiempo, esa insalvable experiencia del poeta, labrará en la arcilla dolorosa de esta mujer apasionada un gran artista.

La autora de "El Otro Olvido" posee envidiable facilidad para el verso, como evidencia su constante obra; quizá convenga ponerla en guardia sobre tan traidora asechanza; sabido es que la facilidad es, en ciertos poetas, el mayor enemigo de la perennidad. En Dora Isella Russell se nota, a ratos, cierta repetición de temas, cierta monotonía en el lenguaje, nacidos, sin duda, de la generosidad con que prodiga su emoción. Quizá, por eso, séale útil, en el futuro, esperar un poco para publicar un nuevo libro. Y sea éste el último reparo a la poetisa que sabe escribir poemas tan bellos como éste:

"El Pequeño Don"

El aire que te roza, me despoja
 de una caricia de mi mano. El agua

que te resbala por la cara usurpa
una caricia de mi mano. El cielo
que estás mirando, mi mismo cielo, roba
una caricia de mi mano. Mírale:

Es pequeña e indefensa. Sólo tiene
la ciencia ambigua de su gesto leve.
Se te dió entre jazmines una noche.
Ahora sabe que quiso decir *siempre*.

Poemas así comprueban las palabras que Ventura García Calderón escribió en el bello prólogo de "Oleaje". Dijo entonces: "He aquí que esta Juana (de Ibarbourou) de mi admiración vitalicia, nos trae ahora de la mano, como en una alegoría renacentista, a una niña que parece ella misma a los veinte años. Predestinada también a desgarrarse en idénticas zarzas, ésta no quiere correr hacia el alba para danzar la ronda de las horas fugaces. Está de luto por la vida precozmente. Sentada en una piedra del camino va a partir en dos, como en el verso de Moreas, el pan de la amargura. Y sin embargo, esta niña colmada de todos los prestigios de la belleza y el talento —a los cuales añade, ay, el funesto don del canto— nació con un irreductible inconformismo:

"Toda la vida es una transigencia. . ."

dice ella. Para la poetisa, no; lo comprueba y lo canta rebelándose. Dora Isella (¿bautizada por Dante?) parece traer a la poesía americana un acento no escuchado, a la vez vehemente y exhausto".

Manuel SCORZA.

CRIOLLISMO Y CASTICISMO EN GABRIELA MISTRAL

Gabriela y "La fiesta de lo nativo"

Los artículos, cartas abiertas, o "recados" de la poetisa de Elqui, escritos en un estilo familiar, casi conversacional, abarcan un campo tan amplio y heterogéneo como sus intereses: historia, geografía, sociología, literatura, folklore, política... Pero la preocupación primordial de Gabriela Mistral es —y siempre ha sido— la América hispánica. Y es el latido del corazón de esa América criolla, o indígena, que ausculta cuando habla de ella en general, o de uno de los diversos pueblos que la componen: México, el Perú, Puerto Rico, su Chile nativo; cuando describe los Andes, la pampa argentina, la alameda chilena; cuando evoca "la luminosa meseta mexicana", "la verde estepa de Venezuela", "la negra selva austral"; cuando canta las alabanzas del Trópico, del maguey, del copihue chileno, de la chinchilla andina, del toronjal de Puerto Rico, de las jícaras de Uruapan; cuando elogia a sus escritores, sus hombres de estado, sus patriotas; o cuando ensalza su lengua, sus indios, sus mitos, su arte popular.

Gabriela, que tanto goza de "la fiesta de lo nativo", lamenta el "furor de extranjería" que ataca a algunos escritores jóvenes de América, y dice sentenciosamente: "los que habíamos acogido el modernismo con el mismo frenesí, ya sabíamos cuánto tiempo tardan en pasar esas tercianas y cuántos años perdemos los indígenas, en el sentido real de la palabra, en trocar la plata de nuestros cerros por las cuentas de vidrio de los viajeros". Porque para ella lo imperdonable es ese pecado del descastado: el abandono voluntario de lo nativo o del legado de la casta en la inspiración o en la expresión. Por eso alaba a aquellos que, como Julio Barrenechea, han sabido conservar "el tuétano y piel criollos"; y señalando el mérito de unos poemas de línea francesa que compuso Mariano Brull, le indica que prefiere unos romances del mismo libro de la línea temperamental española. "Espero siempre —le dice— espero siempre sin cansarme, y siempre con fruto, el regreso de mis amigos a su sangre". Pero su elogio mayor es para aquellos que, como Ventura García Calderón, "con Lima y la sierra peruana acostadas en en el ojo... se sacude París con un fácil movimiento de sus espaldas

de gigantón, y se queda en lo suyo, con sus tendones y sus huesos americanos"; como la venezolana Teresa de la Parra que en París, también, "acriollaba" la tertulia en veinte minutos; como Toño Salazar que "anda con su Centro América en la punta de los dedos y me la pasa como una salamandra pequeñita al saludarme"; como Manuel Ugarte, el argentino, que en el extranjero siempre se destacaba por "su energía criolla de buen jaguar del Chaco"; o como "el Ulises criollo", Vasconcelos, a quien encontraban sus amigos "en una de las avenidas más quietas de Neuilly trabajando delante de su mesa que cubre un sarape de Saltillo, de aquellos que son el trópico cuajado, y sentado en otro sarape, rodeado de libros de América".

El carácter americano se extiende, según Gabriela, hasta la fauna y la flora. La chinchilla indígena y andina es "una listísima criolla", y el copihue chileno, en vez de erguirse, "se dobla con no sé qué dejadez criolla". Ella ha visto, nos dice, a la camelia, "la flora ariana", "escandalosamente indigenizada" en algunos patios de Traiguén.

La lengua, "el santo y la seña" de la unidad americana

EN su apasionado "Grito" dice Gabriela que los pueblos de América, que ella más tarde llamará "nuestros pueblos latinoamericanos desgajados", tienen una doble base de unión: "la lengua que les dió Dios y el dolor que da el Norte". En *Tala* prefiere, como "arca tendida de alianza", la unión natural que efectúan los Andes—"carne de piedra de América"—y el sol del trópico: "sol de los Incas, sol de los Mayas, maduro sol americano". Pero ante todo la Mistral sabe que "el santo y la seña de la unidad del Continente... la maravilla de la semejanza, el toque de gracia unitario caído sobre esos veinte pueblos y de donde parten todos los bienes actuales y venideros de la unidad", es la lengua.

La mayor alabanza que le puede hacer a Torres Rioseco es que ha podido conservar intacto su caudal lingüístico chileno habiendo vivido fuera de su patria durante tantos años: "Pueden buscársele en su charla los destrozos del destierro en la sintaxis y las marcas del cartaginismo en el vocabulario. No se les halla. Se enroló con las tropas de Aníbal, pero habla todavía como en el patio de la casa familiar o bajo el parrón talquino". Lamenta el hecho de que a algunas plantas criollas se les bautice con nombres extranjeros "sin mirar a su piel india". Y dice de los flamboyanes de Puerto Rico: "El árbol del fuego... el que lleva nombre español en el Salvador y al que en la Isla le han dejado el apelativo galo, bonito, pero advenedizo de *flamboyant*, que habría de abandonar, amigos míos, porque la planta, tanto como los hombres y

las bestias, quiere ser mentada en lengua propia". Gabriela misma, desde el extranjero, le pedía libros en español a su amigo Brull porque "tantos años de vida entre otras lenguas me tienen muy hambreada la entraña del idioma".

En infinitos artículos, así como en las notas de *Tala*, nos ha mostrado su interés por la lengua; y su vocabulario es prueba de cómo le gusta *saborear* las palabras criollas y castizas. Como Unamuno (con quien tantas semejanzas ideológicas y expresivas tiene), opta por la palabra fuerte, punzante, violenta, vibrante que ahonda en la *entraña* o en los *tuétanos* del idioma, y sus ideas siempre están clavadas con golpes claros y seguros de martilleo lingüístico certero.

Gabriela Mistral ama ante todo el habla rural que conserva más puros los contornos del idioma. Usa con frecuencia dejos y expresiones de su valle de Elqui, tan añorado. Pero siempre explica, en el contexto, en nota, o a renglón seguido, su significijado preciso.¹ Porque aunque ella sabe que esas palabras o expresiones criollas le prestan sabor al idioma —y que deben usarse— no transige con el uso de esos vocablos regionales sin la debida aclaración para "los de fuera". Por eso le critica a su compatriota Marta Brunet su "dialectalismo desenfrenado", y el que no ponga al pie de sus páginas ni una línea de vocabulario: "Deje ella esa forma de criollismo que es una autocondena a ser leída por un clan. . . El quitar a sus personajes la muleta de su horrible jerga chileno-rural no les disminuirá una pestaña de su contextura y de su autenticidad. . . Semejante lealtad a la *patriecita* hace llorar por la humildad de que está cargada, pero también irrita".

Gabriela y su ruralidad "íntegra y verdadera"

GABRIELA Mistral, mujer sin artificio —personal o verbal— prefiere, en todo, lo natural, lo sencillo. De ahí su amor al pueblo —su gente, su habla— y a los niños, seres ingenuos y limpios que todavía no han llegado a lo que ella llama "las edades feas": adolescencia, juventud, madurez. Desea ver las cosas en su estado primitivo y elemental, sin la levadura de la llamada civilización o cultura. Tiene esa desconfianza de lo pulido, de lo cultivado, lo ciudadano, lo "endomingado" que tiene todo hijo del pueblo. Esto en Gabriela es temperamental y hondo; y si algún alarde ostenta es el de su "ruralidad" —sentida y vivida. Obra y habla "en derechura" como el pueblo, y ama a los seres y las cosas

¹ "Con el paso alegre que nuestro campesino llama *ganoso*"; "Y la vimos en salud plena y en eso que llaman los campesinos de Elqui *el punto* de cualquier materia: planta aromática, dulce criollo, o sazón de edad"; "El modo de hablar que allá llamamos *dejado por flojo*".

que tienen aquella "pureza elemental, como de persona decente" que una vez alabara en el habla. El pueblo es lo que más hondamente sintió en la civilizada Europa; el pueblo es lo que más quiere y alaba en "las tierras niñas" de América. Como persona de raíz campestre suele encontrar su más feliz expresión en los vocablos sencillos y tersos y en los aprendidos en su infancia; como persona culta reconoce el valor limpio, primoroso y exacto de la expresión popular. Porque, según ella, el pueblo es "la mejor criatura verbal que Dios crió"; y en el folklore "está asentada la lengua más casta y más genuina". Durante toda su vida, en sus peregrinaciones por el mundo, en su contacto y relación con las personas de más cultura, nunca ha permitido que se "corrompa" su lenguaje criollo elquiavo, ni que se cambie su tono bello, fuerte y natural. Sus mejores versos y "recados" están dichos en ese tono—"el tono más mío, el más frecuente, mi dejo rural con el que he vivido y con el que me voy a morir".

Las imágenes de Gabriela tienen, como todo lo suyo, ese don de naturalidad y frescura porque usa en ellas tan a menudo las cosas y gestos más familiares, más habituales, más cotidianos, para transmitirnos el sentido profundo de lo que quiere expresar. Basten, como ejemplo, estas muestras de *Tala*:

Y recibe su culpa como ropas
cargadas de sudor y de vergüenza
sobre tus rodillas

Diciéndole la muerte lo mismo que una patria;
dándosela en la mano como una tabaquera. . .

[El agua] Cae y cae como mujer
ciega en espuma de pañales

Les nació de sorpresa una noche
como se abre la hoja del plátano

Tengo mucho frío en Lyon
y me abrigo nombrando el sol de Vicuña

Maestra parecida a pan y aceite.

SERÍA difícil encontrar mejores palabras para definir a Gabriela Mistral—persona y escritora— que las que ella misma ha usado (con otra intención, por cierto). Ha logrado librar su obra—y su vida— de la banalidad porque es "íntegra y verdadera" y "profunda como el musgo de cuarenta años". Es una poetisa "en la cual el canto no es nunca una

comezón de lucir" porque sabe callarse, como esa "limpia gente" del pueblo, "cuando no le viene al pecho una bocanada de ímpetu", y también porque "no se le ocurre cantar como pintarse las uñas o rizar el cabello por endomingarse, sino que hace sus domingos con los golpes de la pasión".

Sidonia C. ROSENBAUM.

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

| | PRECIOS | |
|--|---------|------|
| | Pesos | Dls. |
| 1.—Ganará la Luz, por LEON FELIPE (agotado). | | |
| 2.—Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra, por ANTONIO CASTRO LEAL | 10.00 | 1.20 |
| 3.—Rendición de Espíritu (I), por JUAN LARRREA | 12.00 | 1.50 |
| 4.—Rendición de Espíritu (II), por JUAN LARRREA | 12.00 | 1.50 |
| 5.—Orígenes del hombre americano, por PAUL RIVET (agotado). | | |
| 6.—Viaje por Suramérica, por WALDO FRANK. | 12.00 | 1.50 |
| 7.—El Hombre del Buzo, por ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ (agotado). | | |
| 8.—Ensayos Interamericanos, por EDUARDO VILLASENOR | 10.00 | 1.20 |
| 9.—Martí Escritor, por ANDRES IDUARTE.... | 12.00 | 1.50 |
| 10.—Jardín Cerrado, por EMILIO PRADOS | 12.00 | 1.50 |
| 11.—Juventud de América, por GREGORIO BERMANN | 12.00 | 1.50 |
| 12.—Corona de Sombra y dos conversaciones con Bernard Shaw, por RODOLFO USIGLI..... | 12.00 | 1.50 |
| 13.—Europa-América, por MARIANO PICON SALAS | 10.00 | 1.20 |
| 14.—Meditaciones sobre México, Ensayos y Notas, por JESUS SILVA HERZOG | 10.00 | 1.20 |
| 15.—De Bolívar a Roosevelt, por PEDRO DE ALBA | 10.00 | 1.20 |
| 16.—El Laberinto de la Soledad, por OCTAVIO PAZ | 10.00 | 1.20 |
| 17.—La Apacible Locura, por ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ | 10.00 | 1.20 |
| 18.—La Prisión, Novela, por GUSTAVO VALCARCEL | 10.00 | 1.20 |
| 19.—Estudios sobre Literaturas Hispanoamericanas, Glosas y Semblanzas, por MANUEL PEDRO GONZALEZ | 12.00 | 1.50 |
| 20.—Signo, por HONORATO IGNACIO MAGALONI | 10.00 | 1.20 |
| 21.—Lluvia y Fuego, Leyenda de nuestro tiempo, por TOMAS BLEDSOE | 12.00 | 1.50 |
| 22.—Incero sin orillas, por GERMAN PARDO GARCIA | 10.00 | 1.20 |
| 23.—Los Jardines Amantes, por ALFREDO CARDONA PEÑA | 10.00 | 1.20 |
| 24.—Entre la Libertad y el Miedo, por GERMAN ARCINIEGAS | 12.00 | 1.50 |
| 25.—Nave de Rosas Antiguas, Poemas por MIGUEL ALVAREZ ACOSTA | 12.00 | 1.50 |
| 26.—Muro Blanco en Roca Negra, por MIGUEL ALVAREZ ACOSTA | 15.00 | 2.00 |
| 27.—El Otro Olvido, por DORA ISELLA RUSSELL | 5.00 | 0.70 |
| 28.—Democracia y Panamericanismo, por LUIS QUINTANILLA | 5.00 | 0.70 |

OTRAS PUBLICACIONES

| | | |
|---|------|------|
| Pastoral, por SARA DE IBANEZ | 4.00 | 0.50 |
| Un Método para Resolver los Problemas de Nuestro Tiempo, por JOSE GAOS..... | 4.00 | 0.50 |

| | | |
|--|-------|-----|
| REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL PARA 1953 (6 Núms.) | | |
| MEXICO | 50.00 | ... |
| OTROS PAISES DE AMERICA | 6.50 | ... |
| EUROPA Y OTROS CONTINENTES..... | 8.00 | ... |

PRECIO DEL EJEMPLAR:

| | | |
|---------------------------------|-------|-----|
| MEXICO | 10.00 | ... |
| OTROS PAISES DE AMERICA | 1.25 | ... |
| EUROPA Y OTROS CONTINENTES..... | 1.50 | ... |

Ejemplares atrasados, precio convencional.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

Jesús Silva Herzog La epopeya del petróleo en México.

Manuel J. Sierra Unidad Interamericana.

Demetrio Portales Talla y destino de Aneurin Bevan.

Nota, por Mariano Ruiz-Funes.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

Homenaje a García Monge.

Participan: Vicente Sáenz, Francisco Romero, Fernando Díez de Medina, Agustín Nieto Caballero, Baldomero Sanlín Cano, Germán Arciniegas, Gerardo Molina, Alfredo Cardona Peña, León Pacheco, Manuel Pedro González, Alfonso M. Escudero, Alfredo Pareja Diez-canseco, Benjamín Carrión, N. Viera Altamirano, León-Felipe, Mariano Ruiz-Funes, Max Aub, Luis Cardoza y Aragón, Mario Monteforte Toledo, Rafael Heliodoro Valle, Salvador Mendieta, Octavio Méndez Pereira, Natalicio González, Felipe Cossío del Fomar, F. León de Vivero, Luis Alberto Sánchez, Angel Flores, José Ferrer Canales, Alberto Zum Felde, Carlos Sabat Ercasty, Andrés Eloy Blanco, Diego Córdoba, Alfonso Reyes, Andrés Iduarte, José Gaos, Rómulo Gallegos y Jesús Silva Herzog.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

Margit Frenk Alatorre El nacimiento de la lírica española a la luz de los nuevos descubrimientos.

José Durand El afán nobiliario de los conquistadores.

Raimundo Lida Cartas de Quevedo.

Nota, por Tomás Acosta.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

Fryda Schultz de Mantovani. "La edad de oro" de José Martí.

Félix Montiel Camino y esperanza del cinema.

Adolfo Sánchez Vázquez Miseria y esplendor de Gogol.

Loló de la Torriente Los caminos de la novela cubana.

F. León de Vivero La justicia del Varayoc.

Notas, por Manuel Scorza y Sidonia C. Rosenbaum.